

# LA MÁQUINA

RENÉ BELLETO



**Entró en el cerebro  
de un asesino.  
Y no supo salir.  
Un experimento  
sobrecogedor.**

**Lectulandia**

«La machine» narra la historia de un psiquiatra obsesionado por penetrar en la mente de los psicópatas, para lo que ha creado una máquina con la que transferir partes del cerebro de una persona a otra. Una vez encontrado el perfecto sujeto, un asesino de tres mujeres, el doctor inicia el experimento que, desgraciadamente, le sale mal: cambia su cuerpo con el del asesino. A partir de ahí el tormento se instala en la vida del psiquiatra.

**Lectulandia**

René Belletto

# **La machine**

**ePub r1.0**

**Moro 29.07.13**

Título original: *La machine*  
René Belletto, 1990  
Traducción: Ramón Buenaventura

Editor digital: Moro  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# 1

Léonard esperaba a que su madre estuviese acostada para matarla. La iba a matar en su propia cama. En seguida. «En todo caso, no será así como lo haga», se dijo: de canal en canal, había ido a caer en una secuencia de telefilme donde el consabido asesino de mujeres mataba a la consabida prostituta clavándole un cuchillo en pleno corazón.

Él, Léonard, hundiría muchas veces el cuchillo.

La víctima sangraría en abundancia, y gemiría, y se retorcería antes de morir.

En un relámpago, se vio asestando el golpe en pleno corazón. Sí: para rematar la faena, también él hundiría el cuchillo en pleno corazón.

—¿De veras que te parece interesante lo que estás viendo?

El chaval se llevó un sobresalto.

—No. Me gusta más el Zorro.

—Pues vuelve a poner el Zorro —dijo la madre, con amabilidad.

Clac: volvió a poner el Zorro. A Marie Lacroix le había parecido sorprendente que el chico interrumpiera la película unos minutos antes del desenlace. Por lo general, ni por un terremoto en el jardín habría pestañeado Léonard durante la emisión de su serie favorita. Lo cual le hizo recordar que tampoco los arándanos con chantillí que puso de postre habían provocado los tradicionales gañidos de gozo.

¿No estaría enfermo?

Con alguna brusquedad, Léonard echó a un lado el telemando. Su madre le cogió la mano. Él le dedicó una sonrisa, un a modo de sonrisa, y a continuación retiró la mano. Léonard, el mismo que, en el momento más inesperado, mientras veían la tele, se acurrucaba contra ella con ansia de mimos.

—¿No estarás enfermo? —preguntó Marie Lacroix—. ¿Te duele algo? ¿No tendrás fiebre?

Le tocó la frente. El chico se dejó hacer, conteniendo un estremecimiento de emoción. Iba a matarla. Iba a matarla en seguida. Pronto podría expresar todo el odio que había acumulado, que seguía acumulando en el momento presente, como si la madre estuviera poniendo todo de su parte para llevar el odio hasta su colmo.

—No, de verdad, mamá. Me encuentro muy bien.

Marie estaba excesivamente inquieta. Lo sabía. Siempre había procurado no excederse en su protección de Léonard. Pero ahora, a fin de cuentas, bien podía permitírselo. Las circunstancias habían modificado el comportamiento de todos.

¿En qué estado regresaría Marc?

Ya estaba sobrefatigado cuando dejó de trabajar, seis días antes —sobrefatigado y, a ojos de Marie, bastante deprimido—, y luego vino la historia con Michel Zyto, como para acabar con cualquiera. Por no decir nada de la enfermedad que acababa de

descubrirse, Marc, y que debía de tenerlo más preocupado de lo que él mismo reconocía. Marie se arrepintió de no haber insistido en el asunto de las vacaciones. En la noche del 31 de julio tendría que haberle dicho a Marc que se marchaban al día siguiente, o dos días después, a cualquier parte —incluso en avión, si estaba demasiado cansado.

Todos los años pasaba lo mismo. Llegaban las vacaciones y Marc se hallaba al final de sus fuerzas, pero sin capacidad para relajarse, porque echaba de menos el trabajo, porque no lograba desligarse de él. Necesitaba varios días de transición. Y, por añadidura, en el hospital, aquel 31 de julio, que caía en lunes, hizo horas extraordinarias. Tendría que haber dado carpetazo el viernes anterior. Lo cual resultaba significativo. Marie le propuso, a principios de julio, que reservaran algo, aunque tuviesen que anularlo a última hora, pero él no dijo ni sí ni no, y no volvió a mencionar el asunto. Marie dejó pasar la cosa.

Punto positivo, sin embargo, y no carente de importancia: en estos seis días habían reanudado sus relaciones sexuales. Marie no dejaba de pensar que los acontecimientos algo tenían que ver con la cuestión. Había una relación, desde luego, quién sabe cuál.

Pero Marc se había vuelto a enamorar de ella.

Marie recobró la esperanza. Una vez pasado lo de Zyto, todo volvería a la normalidad. Había que echarle valor al asunto, mantener el tipo delante de Léonard.

—Esperemos que papá llame pronto —dijo.

Por primera vez desde su regreso de casa de los Cazanvielh, Léonard se animó como suelen animarse los chicos de su edad. Marie lo observó satisfecha. El chico se volvió hacia ella, con los ojos resplandecientes:

—¡Nos dijo que no nos preocupáramos!

—Sí, hijo, claro.

Lo apretó contra ella. Era verdad. Si Marc le dijo a Léonard que no había por qué preocuparse, no había por qué preocuparse.

«Estando donde está, y en el estado en que se encuentra, no hay mucho riesgo de que llame por teléfono», se dijo Léonard, lo cual atemperó la cólera que le producía el hecho de tener la cara tan apretada contra el pecho de su madre.

Finalmente, Marie lo soltó.

—Anda, venga, que no te dejo ver el Zorro.

Escena final del episodio: a ojos de todo el mundo se manifiesta que el justiciero enmascarado que marca a los malos ensangrentándoles la frente con el signo de la Z no es otro que el mismísimo caballereito rico, perfumado y cobardica. La revelación de semejante doble personalidad encanta a todos los niños del mundo, en general, y a Léonard en particular —salvo que esta noche se le escaparon dos bostezos seguidos, sin taparse la boca con la mano.

—Me da la impresión de que estás muy cansado —dijo Marie Lacroix—. Se dormía mal en ese hotel. En los hoteles nunca se duerme tan bien como en casa.

En seguida se arrepintió de haber mencionado el hotel. ¡Qué espanto tan horrible! Pero el niño no acusó recibo.

—Hale, a la camita —dijo ella.

Marie se puso en pie. El sofá de cuero recuperó su forma propia emitiendo ese suspiro animal, cercano al silbido, que solía suscitar la risa de Léonard. Había veces en que Marie lo hacía adrede, para provocar la reacción.

Atravesó la espaciosa habitación, acariciando de pasada una planta, y se acercó al ventanal.

Se veía el jardín, el cielo lleno de estrellas.

Mañana iba a hacer buen día.

—Haz el favor de apagar la tele. No hay quien aguante toda esa publicidad. ¿O no te parece?

—Sí.

Léonard rescató el telemando, que andaba hundido entre los cojines (como casi todo lo que se ponía encima del sofá), y hurgó en los botones. El aparato se apagó, con un clac muy limpio y decidido. «De un tajo», pensó Léonard.

Se instaló en la casa el vasto silencio del campo. El niño no se movía, no decía palabra. Marie Lacroix se dio la vuelta. Su hijo la estaba mirando con una expresión muy rara. Pocas veces lo había visto antes tan abatido.

—¡A la cama!

Subieron. Marie dejó encendidas todas las luces de la planta baja, mientras volvía Marc.

Léonard iba por delante de ella, subiendo la escalera de carpintería, forzándose a hacer unos cuantos juegos de piernas y payasadas, para mayor verosimilitud, balanceando la cabeza de un hombro a otro y lanzando grititos de cachorro —para gran placer de su madre.

Una vez en la planta de arriba, entró primero en su habitación y luego en su cuarto de baño.

—Hasta ahora mismo —dijo Marie.

Siguió en dirección a su cuarto, al extremo del pasillo. Dejó atrás la habitación de huéspedes y el despacho de Marc. En principio, esta última habitación estuvo prevista para un segundo hijo. La idea pasó por la cabeza de Marie en ese mismo momento. De recién casados, Marc y Marie Lacroix estaban totalmente de acuerdo en que era mejor tener dos niños que uno solo. Luego, un año después del nacimiento de Léonard, Marie tomó conciencia de que su deseo de maternidad había quedado satisfecho de una vez para siempre y de que no tenía ganas de meterse en otro embarazo. En cuanto a Marc, que era hijo único, en seguida se acostumbró a la vida

tranquila, conformándose con la trinidad doméstica a que ya estaba habituado. Los motivos válidos para ampliar el círculo familiar fueron perdiendo peso ante aquello que, secretamente, contribuía a que la pareja prefiriese dejar las cosas como estaban.

Siempre evitaron hablar a fondo del asunto. El tiempo y la costumbre hicieron el resto. Cuando Léonard cumplió los dos años ya no era cosa de modificar la situación.

Tenían un hijo único.

Marie corrió las pesadas cortinas marrones de ambas ventanas del dormitorio conyugal, una de las cuales daba al campo y la otra al jardín.

Se desnudó por completo y entró en el cuarto de baño.

Se dio una minuciosa ducha. Cabía la posibilidad de que Marc tuviese ganas de hacer el amor, aunque volviera muy adentrada la noche. Ahora volvía a desearla, de un modo conmovedor para Marie, con miedos e impulsos de adolescente, como si nunca se hubiera acostado con ella. Marie, claro está, se abstenía de todo comentario, por demasiado púdica y discreta. Aquellos momentos de rara pasión la estaban ayudando a atravesar la mala racha actual.

Salió de la bañera, se secó frente al espejo, con una toalla azul que iba muy bien con el color moreno de su piel.

Dudó entre dos braguitas. La blanca con rayas azules. Se preguntó que por qué habría vacilado: era ésa, la blanca con rayas azules, la que sin duda le gustaba más, aunque ya estuviera un poco vieja. Su carne hizo que el tejido se estirara. No era ancha de caderas —más bien estrecha, para su altura—, pero tenía el trasero respingón. Ésa fue la primera cosa íntima que le dijo Marc, al principio: que lo excitaba su trasero respingón.

Se peinó el largo cabello.

No había cambiado. Su cuerpo era tan impecable, tan firme, tan elástico, ahora, a los treinta y cinco años, como a los veintitrés, cuando se casó. Marc solía decirle que eso era algo rarísimo.

Se puso la bata burdeos de Marc.

Léonard aguardaba en su cama, enfundado en su pijama blanco con dibujos rojos, que figuraban instrumentos musicales. Odiaba aquella ridícula vestimenta, que se puso a regañadientes. Odiaba los libros, los juguetes, el cuarto, y todo lo que había dentro del cuarto.

Apartó con el pie la sábana y la manta.

Oyó sonar una puerta. Ya estaba, ya había terminado su madre en el cuarto de baño. Ahora diría «¡Ya!», y él tendría que contestarle «¡Ya mismo! ¡Ya!» Y vendría a darle un beso en la cama. ¡Semejante imbecilidad!

—¡Ya! —gritó Marie Lacroix.

Léonard se incorporó, apoyándose en los codos.

—¡Ya mismo! ¡Ya!

Con atroz ironía, imaginó dos cuchilladas: ¡ya mismo! ¡ya!

Se abrió la puerta de la habitación. Experimentó una sensación de desagrado al reconocer la bata de su padre.

—¿A que tienes sueño, cariño mío?

—Sí —dijo Léonard.

—¿Qué te parece? ¿Vas a dormirte en seguida?

—Desde luego que sí.

Marie se acercó a la cama.

—Enséñame los dientes.

Léonard hizo una mueca como de calavera, enseñándole la dentadura completa, hasta la última muela.

—Te pones guapísimo.

Marie sonrió. Lo habitual era lo contrario, que la dejase ver lo menos posible, limitándose a sacar un poco el morro y separar los labios, para que su madre no pudiera ver más que los cuatro incisivos, como máximo.

—Muy bien. Están muy blancos.

Ya podían estarlo: se los había frotado con todas las energías que le quedaban, como para gastarlos, como si hubiera querido traspasar al cepillo de dientes una parte de su nerviosismo y de sus malas intenciones.

—Buenas noches, cariño mío.

Le dio un beso en cada mejilla. El chico pudo oler su perfume o, más bien — porque nunca se ponía perfume—, el olor de su piel y del jabón de Marsella. Con la mano izquierda mantenía cerradas las solapas de la bata, muy arriba.

—Y ¿no me das tú un beso a mí? Ya puedes quitarte de la cara esa mueca tan horrible.

Marie se echó en la cama y se aflojó el cinturón de la bata. Tenía calor. Estaba agotada.

El teléfono se hallaba al alcance de su mano, en la mesita baja, pero aún se lo acercó unos cuantos centímetros, hasta situarlo completamente al borde de la mesa. Volvió a poner en su sitio la fotografía enmarcada que en dicha operación acababa de desplazar. De paso, la miró. Tenía ya once años, y estaban Marc y ella, el día de la boda. Marc todavía llevaba bigote, como en una especie de homenaje al investigador norteamericano Jay Mortimer, que también lo llevaba. Se lo afeitó poco después, porque Marie no era muy amiga de bigotes ni barbas. Era el año en que él terminó su carrera de medicina. El mismo en que ella renunció a licenciarse en filología clásica, lo cual sin duda alguna habría podido conseguir, pero obligándose, porque así lo estipulaba el Estado, a ejercer la docencia durante unos cuantos años.

De vez en cuando se preguntaba qué habría sido de su vida si hubiera llegado a enseñar. Profesora de francés, latín, griego, en un instituto, en Versalles... Pero no

lamentaba nada. Así había podido dedicarse por entero a Léonard.

Alargó el brazo hacia la *Odisea*. Para ella era un placer comprobar que seguía siendo capaz de leerla directamente en griego, sin problemas. Ya la tenía casi terminada. Sólo le faltaban unas cuantas páginas. Retiró el fino marcapáginas de cuero.

Le costó trabajo concentrarse en la lectura. Rebullía en la cama, se pasaba la mano por la frente. Se hallaba en estado de gran agitación. Plegó una pierna y en seguida la otra. Estaba pensando en Léonard. Estaría mejor mañana, tras haber dormido doce horas de un tirón.

La bata, enteramente abierta, mostraba su cuerpo hermoso.

Transcurridos veinte minutos de inmovilidad total, Léonard encendió la luz y se levantó.

Tiró del primer cajón de la cómoda. Sacó una sábana, que disimulaba el par de guantes, los dos revólveres, el largo cuchillo de cocina. Le brillaron los ojos.

Se colocó los guantes, primero el derecho, luego el izquierdo, agarró el cuchillo con la diestra.

Salió de su habitación. El silencio era total. Sus pies descalzos no hacían ningún ruido en la moqueta. Avanzó hacia el pasillo oscuro. Se movía deprisa. Se detuvo ante el cuarto de su madre.

Entonces le pareció escuchar un leve grito. No estaba seguro. ¿Alguno de los otros dos, en el sótano? ¿Habría conseguido desembarazarse de la mordaza? Por supuesto que no. Más bien sería algún animal, en el campo. La puerta del sótano estaba bien cerrada. Y, además, no tardaría mucho en ocuparse de ellos. Mientras tanto, que gritasen todo lo que les viniera en gana.

Llevaba el cuchillo oculto detrás de la espalda.

Marie Lacroix también creyó oír algo, tal vez el aullido lejano de un perro. Se incorporó para escuchar mejor. Nada.

Oyó que llamaban a su puerta, sin demasiada fuerza. Al mismo tiempo, vio que el picaporte se movía. Se incorporó aún más.

—¿Léonard?—dijo, con ansiedad en la voz.

## 2

Concluida la ronda de sus enfermos, en la mañana del 31 de julio, el doctor Marc Lacroix salió de su trabajo en el hospital de Sainte-Anne, donde —tres días a la semana— ejercía funciones de jefe de clínica en el ala de psiquiatría.

Lo entristecía la idea de no regresar durante todo un mes. Aun dedicándose a la investigación pura, le gustaba el trabajo «sobre el terreno», en el hospital. En cuanto especialista en el cerebro, y también físico, biólogo y clínico, siempre estaba tratando de hallar la síntesis entre unos campos de conocimiento que demasiado tendían, por sí solos, no ya a escindirse, sino incluso a presentarse en oposición. Así, sus intereses abarcaban todas las etapas de la actividad cerebral, de la célula al comportamiento. Y le habría costado trabajo decidir qué era lo que más lo apasionaba.

Se le hacía indispensable, en todo caso, el contacto directo, vivo, con los enfermos. Con ellos tenía la impresión de acercarse al misterio del pensamiento en su forma más difusa, más opaca, pero también más incitante. Nunca dejaba de sorprenderle su diversidad. De ahí que, a pesar de sus actividades más propiamente científicas, le repugnarán las etiquetas y las clasificaciones: no había enfermo que no despertara su curiosidad, como si algún día, del contacto con alguno de ellos, pudiera surgir la solución del misterio.

Su Nissan Terrano estaba aparcado en el patio, a la sombra de un nogal (aunque no hiciera más allá de tres semanas que Marc se había enterado de tal cosa, de que se trataba de un nogal). El vehículo, un todoterreno que acaba de ser elegido «4 X 4 del año» en Estados Unidos, aún olía a nuevo. Derivado del famoso Patrol, a partir del chasis y, en cierto modo, de la carrocería del King Club, dotado de un curioso cristal lateral en forma de triángulo, el vehículo poseía, comparado tanto con el Range Rover como con otros 4 X 4 del mismo tipo, una leve originalidad que sedujo de inmediato a Marc. Sus colegas no se privaron de tomarle el pelo el día en que desembarcó en el hospital con ese pequeño carro de combate de color rojo, con sus enormes ruedas. Quisieron saber si había pedido el traslado a Nuakchot, Mauritania, o si pensaba instalar en el cacharro aquel una clínica ambulante, con quirófano, sala de reanimación y otras lindezas por el estilo. Casi siempre amables, los colegas. Un poco estiradillos, de vez en cuando, porque no dejaba de fastidiarlos un poco la personalidad original —por no decir marginal del doctor Lacroix.

Era éste un hombre de treinta y nueve años, alto y delgado, que representaba menos edad de la que tenía, a pesar de las canas. Poseía unas manos finas y bien trazadas, y un rostro agraciado, flaco, que recordaba extraordinariamente ciertos Cristos de El Greco. Subió al espléndido 4x4, arrancó el motor, puso la radio. Los cuatro altavoces difundieron una sinfonía de Schubert. No es que lo entusiasmara Schubert, pero dentro del coche no había música que lo aburriera.

Salió del Hospital de Sainte Anne, no sin acusar recibo del saludo de Hervé, el pelirrojo de la recepción, que siempre le dedicaba algún pequeño gesto al pasar.

No tardó ni veinte minutos en llegar de Sainte-Anne a Lariboisière. París estaba medio vacío. No hacía demasiado calor, incluso andaba la cosa un poco fresca: resultaba agradable ir acelerando, con el cristal entreabierto. Y el Terrano, a pesar de las apariencias, no era más grande que muchos de esos automóviles que parecen abultar la mitad: la verdad es que se metía por todas partes y se aparcaba en cualquier sitio, o, bueno, casi en cualquier sitio, se iba diciendo Marc Lacroix, no sin burlarse un poco de su propia mala fe. Le constaba que lo de comprar el 4 X 4 había sido un capricho, una especie de juguete que se había permitido el lujo de regalarse, y que el trayecto de París a Versalles, y viceversa, no tiene necesariamente que hacerse en un vehículo capaz de escalar la torre Eiffel —como Marc le decía a su hijo para hacerlo reír—, o de remontar a ciento veinte el curso de un torrente de alta montaña.

Tomó por el bulevar de Sebastopol, que le pareció tan siniestro como siempre. Se concentró en la conducción de su Nissan. Iba tratando de pillar el máximo de semáforos en verde.

De vez en cuando le contraía la garganta una pequeña vaharada de angustia. No acudía al hospital de Lariboisière en su calidad de médico, sino para someterse a examen. Ya iban dos veces, este año, que padecía de vértigos y de zumbidos, reforzados por la sensación de que el oído se le hinchaba, adquiriendo enormes proporciones. Pensó que sería cualquier cosa sin importancia, quizá por mala presión de los líquidos en el oído interno. Y dejó pasar el tiempo, aun sabiendo que tales síntomas, si se repetían demasiadas veces y con excesiva violencia, podían deberse a causas más graves.

A finales de junio, tras la tercera crisis, consultó a su amigo Cédric Houdé, jefe del servicio de otorrinolaringología de Lariboisière. Éste le sugirió que se hiciera un escáner preventivo, por precaución, cuando le viniese bien a Marc. Pasó julio, sin nuevas alarmas.

En el bulevar de Magenta lo adelantó un vehículo similar al suyo, en el cual pudo leer la palabra «Cherokee». Le habría gustado echarle una carrera, para convencerse de que podía alcanzar, y aun dejar atrás al tal Cherokee. Pero renunció. De todas formas, ya faltaba poco para la calle de Ambroise-Paré. La tomó a la derecha, sofrenando un poco la marcha para que un perro plácido pudiera cruzar a gusto.

Aparcó en batería frente a la entrada de Lariboisière.

—¡Hola, gran jefe! —dijo Marc, al entrar en el gabinete de consulta.

—Tú sí que estás hecho un gran jefe, hermoso.

Cédric Houdé no bromeaba. Dejando aparte la simpatía que siempre le había inspirado su joven colega, la verdad era que también lo admiraba por su audacia profesional, sus intuiciones de investigador. Por ejemplo: el hecho de que hubiera

puesto a punto un nuevo antidepresivo, el Minotaryl, que ya llevaba tres años en el mercado: Marc, superando el escepticismo del laboratorio, había conseguido que le hicieran unos retoques moleculares complejos en un antidepresivo ya existente, obteniendo así un nuevo producto mucho más preciso y específico, capaz de aliviar las lacerantes rumias que padecen determinados tipos obsesivos.

Se dieron la mano. A sus sesenta y siete años, el profesor Cédric Houdé era apenas un poco más corpulento que Marc. En cuanto a su rostro, según decía —con gracia y buen tino— Marie Lacroix, «hacía falta ser muy buena persona para tener semejante cara». Parecía cualquier cosa menos médico; sus rasgos —decía también Marie— eran propios de un hombre que llevara toda la vida acariciando la idea de asaltar un banco, pero sin decidirse nunca, porque la bondad y la honradez siempre acababan por imponerse en el conjunto de su personalidad.

A Marc le gustaba el humor de su mujer. Era mucho lo que llevaban reído juntos en esta vida.

—Es que sienta muy bien vivir en el campo, en esta época del año —dijo Marc.

Miró el amplio patio interior a que daba el gabinete de Cédric Houdé: césped, árboles, setos. Cédric echó un rápido vistazo por la ventana.

—Si tú lo dices. Siéntate —pidió, mientras él tomaba asiento—. La verdad es que sí, que resulta agradable. Pero ya sabes tú cuál es mi sueño: una consulta de otorrinolaringología en el sur, a buena distancia de todas las grandes ciudades. Pienso dedicar la segunda quincena de agosto a explorar un poco el asunto. ¿Y vosotros? ¿Todavía no sabéis si os vais a marchar o no?

—No —dijo Marc—, no tenemos plan. Me dedicaré a descansar en casa. Ya veremos. Puede que una semana en Grecia o en Italia. Marie siempre está dispuesta a salir para Grecia o Italia.

—¿Cómo está?

—Bien.

—¿Y Léonard?

—Lo mismo. Cada vez más tremendo.

—No lo dudo —dijo Cédric, con una sonrisa un tanto forzada.

No se encontraban a gusto, ninguno de los dos, en esas circunstancias insólitas. Ambos se daban cuenta de que les iba a costar hablar, hasta que terminaran con lo del escáner. Marc miró la hora en su hermoso reloj marinero, herencia de su padre.

—¿Nos ponemos al asunto? —dijo, con una sonrisa tan forzada como la de su colega—. Ya es hora.

Cédric Houdé se levantó inmediatamente de su sillón.

—Venga.

Un ascensor los condujo al cuarto sótano. Anduvieron por pasillos de color anaranjado, que unas veces torcían en ángulo recto y otras en curvas interminables,

donde resonaban de modo extraño —hacia adelante o hacia atrás— tanto sus pasos como las pocas palabras que intercambiaban. Tras sus buenos cinco minutos de recorrido laberíntico, llegaron a la sala de escáners.

En aquel momento sacaban en camilla a un enfermo. El hombre iba sin conocimiento, con la cabeza vendada. Dos negros empujaban la camilla. La puerta volvió a cerrarse. Marc y Cédric aguardaron. Cuando se encendió el piloto, entraron en la sala de radiología.

Allí estaba, como entronizada, la esfera del escáner.

Se aproximaron.

Daba la impresión de hallarse en el interior del planeta, en una sala desde la cual fuera posible regir los destinos del hombre.

Todo estaba listo para los negativos.

—Cuando quieras —dijo Cédric.

Marc Lacroix hundió la cabeza en el escáner.

### 3

«Michel Zyto, treinta y siete años.

¿Psicópata? Sí y no. Sí. Raro.

*Bigote muy cuidado. Una mezcla de amor y de odio a sí mismo, es algo que se ve en seguida. Un pelo espléndido, castaño oscuro, espeso, ondulado. Es lo que primero llama la atención de él, el pelo y el bigote.*

*Rasgos irregulares. Algo simiesco, casi imperceptible, dentro del aspecto general; estatura media, mandíbula fuerte, brazos largos, un toque de torpeza, de imprecisión, en los gestos y en la forma de andar.*

*Lo cual es como decir que tiene un parecido (bastante) con Martin Vérapoutsimila. Pero Zyto posee una baza de la que no dispone Vérapoutsimila el Silencioso, y es su sonrisa, sorprendente, encantadora, que lo transfigura, que lo ilumina. No sonrío muy a menudo, pero sí largo rato, cuando lo hace, con una sonrisa persistente. Es curioso.*

*Buena actitud durante el proceso. Cierta barniz de autodidacta. Se expresa bien, con pequeños accesos de vulgaridad. Ha leído toda clase de libros.*

*Amnesia clásica. Elementos habituales, a veces caricaturescos de la constitución de la personalidad psicopática: padre tullido y débil, muerto pronto (la madre lo hacía objeto de malos tratos físicos y morales); madre alcohólica, relaciones de tipo incestuoso con Michel, pero sin llegar al acto (¿seguro?); en pocas palabras: negación total del padre, es decir de toda ley; hay en él una parte capaz de transgredir las prohibiciones sin el menor escrúpulo, capaz de incitarlo a hacer el mal, herir, matar (?). Ignora (¿seguro?) todo vínculo afectivo, toda relación firme. Clásico clásico. Clásico también el intento de suicidio durante su primer periodo de internamiento. Algo más que clásico: posee un temperamento verdaderamente suicida.*

*Pero. Sin embargo sin embargo sin embargo... Muchos elementos atípicos, entiéndase incluso contrarios a la psicopatología normal (ja-ja) de los pejes de este tipo. Ejemplos:*

—No miente. O miente poco. En mi opinión, está diciendo la verdad de cabo a rabo. En todo caso, en mi opinión, no miente sin parar, imposible.

—No es ajeno a todo sentimiento de culpabilidad, ni muchísimo menos.

—Falta una verdadera inestabilidad profesional. Inteligente, estudios técnicos nada despreciables. Incluso muy inteligente. Se pone a trabajar tras la muerte de su madre (en velomotor, aplastada por un autobús a altas horas de la noche, en una gran avenida de Pantin, algo horrible). La muerte de su madre no lo afecta en apariencia. Lo recoge un pariente, su tío o algo parecido, un señor soltero, de presencia casi tan nula como la del padre, pero que le proporciona una apariencia de

hogar. Ejerce doce oficios en quince años, muy variados, por culpa de lo difícil que está el mundo del trabajo, no del propio Zyto, porque nunca es él quien se despide, salvo en dos casos, y en ambos tenía muy buenas razones para hacerlo. En cierto modo viene a ser lo contrario de inestable, y es curioso. Vive en Pantin, en casa de su tío, hasta los veintiocho años; luego se instala en un pisito muy a mano, en el 30 de la calle Maronites, en el distrito 20. Allí vive solo, y no se mueve durante un montón de años. Sin amigos ni amigas. Vida neutra, sin relieve, sin sucesos notables. Señalemos, no obstante, las clases nocturnas: adquiere el hábito de seguir cursos nocturnos, y, como es hombre de costumbres, insiste en ello, hasta adquirir conocimientos de biología e informática.

—Otro elemento sorprendente (a comprobar, en este caso): observé atentamente a Zyto durante el proceso, y estoy convencido de que es posible establecer con él una relación terapéutica válida.

—El desastre empieza a los treinta y cinco años, es decir: tarde. Hasta entonces, ningún acto de violencia, nada, lo cual resulta excepcional en los psicópatas, que comienzan muy pronto con sus abusos, por regla general. Delitos menores, no obstante, en su juventud y adolescencia, del tipo de descerrajar tragaperras. (De paso, presume de haber sido un auténtico campeón jugando al flipper. Es un poco fardón.)

Y de pronto: acusado de apuñalar a cuatro mujeres, varias puñaladas a cada una, con fallecimiento de la cuarta. Confiesa las tres primeras, insistiendo en el hecho de que no las ha matado, de que nunca quiso matarlas, de que no era eso lo que andaba buscando; no pretendía más que hacerles daño. Niega lo de la cuarta mujer, a pesar de haber sido hallado cerca del lugar de los hechos. También cabe aducir que si él hubiera sido el culpable no lo habrían encontrado merodeando por el lugar de los hechos: se habría escapado unas cuantas semanas antes, en lugar de quedarse en el sórdido hotel donde fueron a detenerlo por la mañana temprano. Además, dice también, esa última puñalada, en pleno corazón... No: por extraviado que hubiera podido andar, en aquellos calamitosos momentos, cuando la emprendió con las mujeres, nunca habría asestado el golpe en el corazón. Sabe muy bien que no fue él. Eso es lo que sostiene Zyto, y yo lo creo. Por otra parte, no hay auténticas pruebas en su contra: suposiciones, pero ninguna huella, ningún testigo... En el momento de su detención llevaba un Colt del 38 del que nunca hizo uso.

Pregunta: ¿Por qué a los treinta y cinco años, por qué tan tarde? Quizá (pura hipótesis, por el momento) porque: 1) El capullo materno era absolutamente impermeable; 2) la identificación de toda mujer con su madre era igualmente absoluta; 3) el odio a la madre (que no le permitió acceder a la existencia) y el miedo a la madre (miedo a ser destruido, miedo al incesto) fueron casi absolutos; 4)

*de modo que hasta los treinta y cinco años puso buen cuidado en no acercarse a las mujeres, porque el miedo y el odio se imponían al deseo y la curiosidad. Hummm... Habrá que darle más vueltas al asunto; 5) a los treinta y cinco años, en tal o cual circunstancia, entra en contacto con una mujer (una prostituta borracha y echada para adelante). La parte «mala» que había dentro de él, dormida hasta ese momento, se despierta de pronto, con un sobresalto de terror, y pega, golpea, va en busca de un cuchillo, lo clava (heridas poco profundas) sin llegar a causar la muerte. Sin intención de causar la muerte. ¿Seguro? ¿Y por qué? Hay que darle más vueltas. Hay que darle más vueltas al asunto.*

*Conclusión: me apetece darle vueltas al asunto. Me interesa Michel Zyto. Voy a intentar por todos los medios que el excelentísimo Hugues d'Oléons lo acepte en su excelentísimo Centro, y luego solicitaré de tan excelentísima personalidad que me abra las puertas de su excelentísimo Centro, para intentar la psicoterapia de Zyto, etcétera.»*

El doctor Hugues d'Oléons, director del Centro psiquiátrico de la Avenida Stéphen-Mornay, ordenó las notas que acababa de leer en la abultada carpeta «Michel Zyto».

Justo en el momento en que se volvía para colocar la carpeta en su sitio, la última, a la derecha de otras catorce más, llamaron a la puerta. Gritó «¡Adelante!», pero sin levantarse. Se levantaba lo menos posible, por razón de lo mucho que pesaba. Era enorme. Tenía la existencia ordenada en torno a dicha enormidad: abandonar su sillón giratorio en tan contadas ocasiones como le fuera posible, reunir la mayor cantidad de datos sobre los pacientes sin verse obligado a visitarlos cuatro veces al día, aprenderse las carpetas de memoria.

Hizo girar su sillón en dirección a la puerta. Fue Marc Lacroix quien entró en el despacho. La habitación —grande, moderna— daba, al igual que las de los pacientes, a un jardín francés, cuidado con mucho detalle.

Marc parecía casi triste, más allá de su corta sonrisa. Pero es que hubiera sido la primera vez que Hugues d'Oléons viese a Marc Lacroix completamente en calma. Y nunca lo verá, se dijo, mientras le tendía la mano.

—¡Qué coincidencia, Marc! Acabo de revisar las notas sobre Michel Zyto que tomó usted al final del proceso. El primer documento de la carpeta que le hemos abierto aquí.

—Unos cuantos garabatos —dijo Marc—. No mucho más que una de esas caricaturas que hacen los dibujantes en la propia sala de juicio, ¿sabe usted? Pero sí que es coincidencia —su sonrisa se hizo algo menos desdichada—, porque precisamente venía a hablar con usted sobre nuestro psicópata modelo. Me gustaría intentar una salida con él. Acuérdesese de lo bien que funcionó la primera.

Era fácil escaparse de Stéphen-Mornay. Y Michel Zyto hacía ya cierto tiempo que tenía permiso para salir del Centro cuando quisiera, incluso a diario, si tal era su gusto. Pero nunca lo había hecho, salvo en una ocasión, acompañado por Marc. Por lo demás, hacía vida de recluso, en su bonita habitación. No alternaba con los demás internos del establecimiento. Rara era la vez que se le veía en la sala común. Parecía vivir a la espera de que lo visitase el doctor Lacroix.

Marc se había instalado en el sillón cercano a la ventana, un auténtico y magnífico sillón Luis XIV, que desentonaba aparatosamente en esa habitación toda de metal, madera lacada y líneas rectas; pero el efecto resultaba agradable. El sillón era propiedad de Hugues, que lo había heredado de su hermano. Marc echó un vistazo al exterior. El jardín parecía más luminoso que soleado, como si la luz le llegara de varios sitios al mismo tiempo.

—Paséelo todo lo que quiera —dijo Hugues—. Tiene usted toda mi confianza, como bien sabe. Desde el principio, nunca se ha equivocado usted en nada relativo al matador de la casa.

A Marc se le encogió levemente el corazón. Sí, ya sabía hasta qué punto llegaba la confianza que el excelentísimo Hugues d'Oléons tenía puesta en él. Confianza que, en cierto modo, en alguna medida, Marc estaba a punto de traicionar. Hugues había utilizado toda su influencia para apoyar a Marc, después del proceso. Al cabo de mil gestiones, de dos meses de auténticas acrobacias administrativas, Michel Zyto, a raíz de su intento de suicidio, fue acogido en el Centro —todavía reciente, pero ya famoso— de la avenida Stéphen-Mornay. Su estado de ansiedad y agresividad, agravado por el proceso y por los dos meses de internamiento duro (medicamentos inútiles, malas relaciones con el personal, puertas con cerrojo, ventanas con barrotes), mejoró mucho en menos de tres semanas.

Tal como Marc había intuido, resultó posible establecer un vínculo psicoterapéutico. Ahora, Marc sabía muchísimo de Michel Zyto. No todo, sin embargo. Seguía habiendo ciertas zonas oscuras, que Marc no desesperaba de iluminar algún día —ni Zyto tampoco, porque era grandísima, evidente, conmovedora, la buena voluntad que ponía en el asunto. También él deseaba conocerse, saber lo que ocurría en su interior en determinados momentos.

El doctor d'Oléons era un hombre serio, ponderado, razonable, de mesurado lenguaje. A diferencia de Marc, no le salían espontáneamente los chistes y las bromas, aunque a veces forzara su natural inclinación para situarse en la misma longitud de onda que su colega; de ahí lo que acababa de decir, ese «matador de la casa», expresado para servir de eco al «psicópata modelo» de Marc.

—Picador sería más apropiado —dijo Marc—. Múltiples pinchazos poco profundos, pero sin entrar a matar.

Hugues se pasó la mano por el pelo —que ya le raleaba, que ya empezaba a

ponérsele blanco, o ligeramente amarillento, a pesar de que no era mucho mayor que Marc —y se rascó la parte posterior de la cabeza. ¿Podrá la ciencia explicarnos alguna vez —pensó Marc— cuál es el motivo de que el hombre, desde la edad de piedra hasta nuestros días, se lleve la mano al cuero cabelludo en caso de perplejidad, para rascarse a gusto?

—¿Sin novedad al respecto? —preguntó Hugues, perplejo.

Es decir: respecto a la culpabilidad real de Michel Zyto en la muerte de Marie Poterjnikof, asunto que los tenía preocupados a ambos, desde el proceso.

—Sí y no —dijo Marc—. También de eso me gustaría hablarle. Ya sabe usted hasta qué punto se ha vinculado a mí. Demasiado, diría yo. Tendré que apañármelas para distanciarlo un poco, si no queremos que la psicoterapia se nos vaya al garete. Si hubiera algo nuevo que saber, en lo tocante a los hechos, yo ya lo sabría. Estoy convencido de que me lo ha dicho todo. Pero también estoy convencido de otra cosa, que me gustaría comentar con usted. Una hipótesis de psiquiatra por supuesto: ningún jurado la tendría muy en cuenta, o sea que no reviste importancia. Lo que importa es que logremos curarlo.

—Hable —dijo Hugues, muy interesado, en el fondo, pero forjándose una apariencia de digna calma.

—De hecho, son dos las cosas de que estoy convencido. En primer lugar, de que Michel Zyto nunca incurrió verdaderamente en incesto. No llegó a ponerlo en práctica. Lo que es tanto como decir que nunca ha tenido relaciones sexuales con ninguna mujer. En segundo lugar, no creo que haya matado a nadie. Estos dos convencimientos míos no son nuevos para usted. La novedad está en que ahora me parece ver una relación entre ambos. Le explico. Creo que el funcionamiento mental de Zyto es muy simple, como simples y poco numerosos fueron los elementos de que dispuso en los comienzos de su existencia para constituirse una personalidad. Odia a su madre y, por consiguiente, a las mujeres, en consonancia con la agresión sexual de que fue víctima. Dicho de otro modo: si hubiera habido consumación del acto, en su momento, ahora habría habido homicidio. El acto sexual representa en su imaginación una pérdida de ser como si la mujer le robara una parte de sí mismo, de su existencia. Y se venga robando a la mujer, por medio de la violencia física, el equivalente cuantitativo exacto, si puedo expresarme en tales términos, de lo que le han quitado a él. Podría establecerse, casi, una relación porcentual. Así es como veo las cosas en este momento. Mis dieciocho meses de entrevistas con él me permiten emitir este diagnóstico, habiendo conseguido, creo, suprimir los síntomas, con carácter provisional. Hoy en día puede decirse que Michel Zyto es una persona normal. (Marc insistió en la palabra.) Dejando aparte su hipocondría, claro, pero eso... ¿Sigue tomando antibióticos?

Marc no pudo evitarse una sonrisa. Zyto, que poseía un temple físico fuera de lo

corriente, que había sido capaz de estar huyendo de la policía durante semanas, a veces en muy duras condiciones de supervivencia, que había tenido el coraje de intentar acabar con su vida lanzándose con la cabeza por delante contra una pared de ladrillo, se volvía timorato como un pajarito en cuanto entraba en juego su salud. Lo aterrorizaba la idea de la enfermedad, hasta el punto de que cualquier picorcillo lo sacaba de sus cabales. Actualmente andaba quejándose de un vago dolor de garganta, en el lado izquierdo. El personal de la clínica había acabado por darle antibióticos, pero sólo para evitar su insistencia. No se le había encontrado nada en absoluto.

—Sí —contestó Hugues, también con una sonrisa.

Tenía los dientes casi tan amarillos como el pelo, a pesar de que se los frotaba varias veces al día con los dentífricos más blanqueadores del mercado. Su amplio rostro resplandecía de grasa. Hugues d'Oléons era muy feo. Demasiado feo para arreglarse los dientes, decía, o daba a entender: para lo que me queda... Y, sin embargo, no se hallaba tan a disgusto consigo mismo. Marc lo encontraba tan enternecedor, que le venían ganas de abrazarlo.

—¿Sigue sin tener nada pensado para agosto?

Sabía la respuesta. Hugues no se tomaba vacaciones prácticamente nunca. El Centro era su vida entera. Era soltero. No salía de la avenida Stéphen-Mornay más que para irse a dormir a su piso de la calle Saint-Dominique. Eso, exagerando un poco, y suponiendo que no tuviera actividades ocultas, de vida secreta (algo que a Marc en modo alguno le entraba en la cabeza).

—Nada. ¿Y usted?

—Nada.

El «nada» era categórico. Una especie de rechazo de las vacaciones, más tajante que el expresado ante Cédric Houdé. El resultado del escáner, no demasiado alentador, lo había desmoralizado un poco.

De todas formas, la posibilidad de irse de vacaciones quedaba totalmente descartada.

Ambos hombres permanecieron en silencio, sumido cada cual en sus propios pensamientos. Pero Marc volvió a Zyto:

—En cuanto a tocar el fondo de la cuestión, llegando a arrancarle esa imagen materna destructiva que tiene de sí mismo, de las mujeres, del mundo en general...

—Y que usted está empezando a representar para él en este momento, sólo que en sentido positivo, ¿no es así?

—No se le escapa a usted nada, Hugues. Nada. Eso es, en efecto. De ahí que me dé miedo, a pesar de todo, interrumpir el cara a cara en las entrevistas, para empezar con algo que se parezca de verdad al psicoanálisis.

En los inicios de su carrera, Marc había ejercido como psicoanalista durante un año, en una clínica de Fontainebleau, y fue a su vez psicoanalizado, cuando era

estudiante, por el famoso Martin Vérapoutsimila.

—Si Zyto va tan bien como nosotros esperamos, no habrá problema alguno — dijo Hugues.

—En efecto. Pero, si no, la cosa resulta delicada. Creo que más vale esperar. Que salga de vez en cuando. Permitirle que se enclaustre de ese modo es como mantenerlo en las condiciones del principio, que son las que dieron origen a sus dificultades.

—Pensándolo bien, su hipótesis es muy sorprendente.

—¿Cómo comprobarla? Habría que ver cómo funciona el asunto desde el interior. (Guardó un instante de silencio, con la mirada perdida.) Así tendríamos, además, la total certidumbre de que es inocente. Habría que ponerse en su sitio durante un momento. Ser testigo de uno mismo, más completo y más lúcido que uno mismo.

—Sí, claro. Darse una vueltecita por su cabeza. Un sueño de psiquiatra. Pero, ay, imposible.

—Imposible, sí.

Marc volvió a poner los ojos en el jardín. ¿Imposible? Quizá no. En los próximos días, su intención consistía, muy concretamente, en darse una vueltecita por la cabeza de Michel Zyto

Era por lo menos la vigésima vez, desde que abrió los ojos, que Michel Zyto acudía al espejo del cuarto de baño para mirarse la garganta.

Cerró la puerta y el tragaluz, para que todo quedara en la oscuridad. Luego encendió la luz eléctrica y sacó la lengua. ¡Horror! Esta vez era algo grave, sin duda alguna. Tenía la garganta tapizada de plaquitas blancas, y no sólo la garganta, también el paladar, la campanilla, todo. Pasó de la angustia al pánico. El viejo síntoma persistía, ese dolor en el oído y en el cuello —tenía la impresión, al tragar—, y ahora, por añadidura, una sensación de sequedad y de quemazón en toda la garganta. ¿Eran dos cosas diferentes, o tratábase del mismo mal, que iba creciendo con la diversificación? ¡O sea que los antibióticos habían sido inútiles, que no habían podido con la infección! ¿O era algo peor que una infección?

Pánico. Dejó la lámpara y volvió a la habitación. Se le pasó la agitación. Conocía el fenómeno: el exceso de miedo lo dejaba sin energía, confiriéndole una calma aparente. No cualquier miedo, sino uno muy concreto, el miedo a la enfermedad, a algo que estuviera dentro de él sin ser él mismo y que, haciéndole daño, lo destruyera. No había ninguna otra cosa que le diera miedo.

Se sentó en el borde de la cama, con los hombros gachos, con las manos metidas entre las rodillas. Si alguien le hubiera preguntado, no habría sabido decir si estaba tan contento como al principio de entrar en Stéphen-Mornay, o si ya estaba harto, hasta las mismísimas narices. Ambas cosas, seguramente.

Echó un vistazo al reloj. Marc se estaba retrasando. Zyto lo esperaba con todo su ser. Zyto era todo él expectativa. Lacroix lograría emitir un diagnóstico, ahora que empezaba a vislumbrarse algo. ¡Y vaya si empezaba a vislumbrarse algo! El doctor Lacroix ya no podría decirle que se concentraba en un dolor de nada, hasta el punto de aumentarlo, de sostenerlo. Y se ocuparía de él. ¡Si también Zyto hubiera sido médico! No tendría que pasar por esos momentos tan espantosos. Sabría interpretar los síntomas inmediatamente. Y se desenvolvería en un ambiente de médicos, componiéndoselas para tener amigos especialistas en todas y cada una de las partes del cuerpo.

Interrumpió sus ensoñaciones un ruido de pasos en el pasillo. Pero Zyto no identificó el modo de andar de Marc Lacroix. No, no era él. El ruido fue decreciendo.

Tragó saliva, cosa que llevaba impidiéndose desde hacía unos instantes. ¡Qué dolor!

En el cuarto de baño, tras haberse escudriñado la garganta una vez más, se enjugó la frente, húmeda de sudor, con un guante de aseo, y se atusó el bigote, y se peinó los hermosos cabellos castaños, y se ajustó el cuello de la camisa color azul pálido, perfeccionando su encaje en el pantalón —unos vaqueros azul oscuro que acaba de

estrenar esa misma mañana. Le gustaba estar impecable en las visitas de Lacroix. Por lo general, siempre había sido muy cuidadoso de su persona.

¡Un cuarto de hora de retraso! Incapaz de seguir aguantando, fue a abrir la puerta de su habitación. Puso un pie en el pasillo, deseando con todas sus fuerzas ver al doctor, pero, al mismo tiempo, molesto ante la perspectiva de que lo atrapasen en flagrante delito de impaciencia. Mala suerte —o dicha suprema—: Marc surgió al otro extremo del pasillo, procedente de la entreplanta —de ahí que hubiera utilizado la escalera para subir—. Muy elegante, con su traje de verano. Hizo un gesto dedicado a Zyto. Andaba a grandes zancadas, con mucha soltura.

Inmediatamente se dio cuenta de que su loco favorito no marchaba bien. Pero se abstuvo de manifestarlo, ofreciéndole su sonrisa y su apretón de mano habituales, mientras se excusaba por la tardanza... Michel Zyto lo hizo pasar, con ademán de médico introduciendo a un paciente en la consulta. A veces se complacía en figurarse que Marc Lacroix era paciente suyo y que venía a pasar consulta. Obtenía un placer muy vivo de tal ensoñación secreta.

El cuarto, tapizado en tela color rosa viejo, más parecía una habitación de hotel de buena clase que una habitación de clínica, con su mobiliario de madera oscura y sus cortinas de tejido provenzal, verde oscuro. Una habitación de hotel en la que, además, el cliente llevase mucho tiempo viviendo, ya que Zyto la había arreglado a su gusto, modificando ciertos detalles, apilando libros, instalando una pequeña cadena estéreo. Porque Michel Zyto, en efecto, se había aficionado a la música, sobre todo a Vivaldi. Un día le dijo a Marc, con tanta ingenuidad como fineza, que esa música le traía a la mente el jardín de Stéphen Mornay, pero sin la sensación de asfixia que provocaba el jardín, tan regular, mientras Vivaldi —Marc lo ayudó a expresar aquellas ideas confusas— lo sorprendía con el vuelo de sus instrumentos solistas, mediante los cuales quedaba roto todo el exceso de simetría.

Se sentaron en sus sitios de siempre, dos silloncitos colocados frente a frente, entre la ventana y una mesa que hacía las veces de escritorio.

—¿Qué tal? —dijo Marc.

Zyto halló en ello ocasión para encajar su cantilena hipocondríaca.

—Me duele la garganta —dijo—. Tiene una pinta horrible. Me la he visto a la luz eléctrica.

—¿Se lo ha dicho usted al doctor Fabricant?

—No.

Marc se puso en pie con aire resuelto.

—Venga usted, vamos a echarle un vistazo.

En la oscuridad del cuarto de baño, Zyto se avino, dócil como un niño, a lo que Marc le pedía. Se sentó, echando la cabeza hacia atrás —aunque no lo suficiente, porque Marc le puso la mano en el pelo y presionó ligeramente. ¡Qué cosa tan

espesa! Pensó en sus propios cabellos, que lo tenían desesperado.

—Saque bien la lengua. Diga aaaaa. Así. Vale, cierre la boca. Espere, espere, no la abra. Al contrario, apriete los dientes.

Michel Zyto mantuvo apretados los dientes. Marc le levantó los labios a todo lo ancho de la boca, por delante, por los lados.

—Perdóneme usted, lo estoy tratando como a un caballo. Perfecto. Visto para sentencia, está clarísimo. No tiene usted nada. Voy a explicarle.

«Tiene más suerte que yo con mi oído», se dijo Marc.

Vuelto a instalar cerca de la ventana, a Zyto le había cambiado la cara. Las palabras de Marc acababan de devolverle la vida. Ya no era el mismo hombre.

—Lo que le pasa a usted esta mañana es que le han salido unas Cándidas. Hongos vulgares.

—¿Hongos?

—Sí. Unas Cándidas provocadas por el antibiótico, y eso es todo. Pasa con mucha frecuencia, es algo muy corriente. Espectacular, pero se quita con la misma facilidad que aparece.

—¿Y el otro dolor? —preguntó Zyto, oscilando entre la ansiedad y la esperanza.

—A ello iba —dijo Marc, en un tono tranquilizador—. Me he dado cuenta al verle la dentadura. Ya sabía que no era nada, de todas formas, pero ahora tengo la explicación. Mejor así, ¿no?

Le sonrió. A Zyto también le vinieron ganas de sonreír, pero no le salió. Más tarde, cuando le hubiera dado la explicación pertinente.

—Sí.

—Los músculos de la mandíbula son, de todos los del cuerpo, los que mayor esfuerzo realizan. Ejercen unas presiones increíbles, del orden de cuatrocientos kilos por centímetro cuadrado. Y el caso es que las personas nerviosas, como usted, tienen tendencia a apretar los dientes, a crisar las mandíbulas.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro. Aunque no se dé usted cuenta. Por ejemplo de noche, durante el sueño. Además, también le rechinan los dientes. Me he dado cuenta por lo gastados que los tiene. O sea: ese dolor suyo es una cosa muscular, puramente mecánica, pero que puede incluso provocar inflamaciones. Al tragar siente uno un dolor en el oído y a la altura de la garganta, como si se tratara de un ganglio. Lo sé porque a mí también me pasa.

La esperanza se iba imponiendo en el ánimo de Zyto. Si lo mismo le pasaba a Marc Lacroix, entonces...

—Es algo así como el equivalente de las tendinitis que padecen los deportistas. Usted que se ve todos los partidos de tenis que dan por la tele, tiene que haberla oído mencionar. Es lo mismo.

—¿Se me pasará?

—Evidentemente. Sobre todo si deja de estar pendiente del asunto. Perdona que le repita esta frase...

—O sea, que no tengo por qué preocuparme.

—En absoluto. No le pasa nada.

—¿Y los hongos esos?

«Vuelta a empezar», se dijo Marc.

—Hongos tenemos todos, en el intestino. Hordas, ejércitos de hongos. Lo normal es que se destruyan entre ellos, con lo cual queda garantizado el equilibrio. Ya sabe usted que los antibióticos no son buenos para el intestino, porque alteran ese equilibrio. Uno de los ejércitos aprovecha para hacerse con el poder, invadiendo todo el aparato digestivo, subiendo por el esófago, llegando incluso, a veces, hasta la garganta. Candidosis digestiva. Eso es lo que tiene usted.

Mientras hablaba se había vuelto hacia el teléfono que había encima del escritorio, para marcar un número.

—¿Oiga? ¿Señorita? Soy Lacroix. ¿Tienen ustedes Maktarin? Muy bien. ¿Le importaría traerlo a la habitación número 6? Gracias.

Colgó.

—Ahora se toma usted, inmediatamente, tres comprimidos, y otros tres por la noche. A partir de mañana, dos antes de cada comida. Durante tres semanas. Y deja usted de tomar el antibiótico, por supuesto, porque no hay motivo alguno para tomarlo.

—¿Tres semanas?

—Sí, para evitar la recaída. El enemigo es pusilánime, pero tenaz. Lo que sí puedo garantizarle es que se sentirá mejor dentro de unas horas. Sin síntomas.

—¿De veras? ¿Es cierto todo lo que me está diciendo?

—Al cien por cien. Olvídese de la garganta, porque no le pasa nada en absoluto.

Michel Zyto no pudo contener un prolongado suspiro de alivio. Con gusto se habría lanzado a los brazos de Marc. Sus ojos claros resplandecían de agradecimiento.

—Gracias. Se lo agradezco mucho.

—Y ¿qué más, aparte de la garganta?

Zyto se concentró por un momento; en seguida cambió de tono, de actitud.

—Tuve dificultades para conseguir un arma. Es difícil. Hay que evitar las falsas pistas, las informaciones sin pies ni cabeza. Se tropieza uno con tipos que son casi como mendigos, que empiezan por pedir dinero y luego lo mandan a uno a cualquier lado, y aparece uno en un barrio desierto, sin haber encontrado a nadie en la dirección indicada.

De un modo tan curioso como incongruente, Michel Zyto, sin transición, acababa

de reanudar su relato. Desde hacía varias sesiones, se había puesto a contarle a Marc, por lo menudo, sus semanas de huida tras la tercera agresión, es decir: a partir del momento en que lo localizaron. Una vez tranquilo en lo tocante a su estado de salud, retomó el relato donde lo había dejado la última vez, y ello con tanta espontaneidad, tanta soltura y confianza, que Marc se sintió emocionado.

Guardó silencio para escuchar. Para Zyto era un alivio poder contárselo todo a alguien. Lo más penoso había sido el relato de las tres agresiones. Ahora, hablar, ir acumulando detalles, ya no le producía sino alivio.

—Lo que más trabajo cuesta es descubrir el camino adecuado. Tras cinco días recorriéndome París de arriba abajo, acabé por descubrirlo. Me hablaron de un individuo que se pasa la vida en un bar cerca de la plaza Blanche, el «Terminus». Lo llamaban Ratón, supongo que por la pinta. Tiene unos bigotes muy raros y unos ojitos muy pequeños, muy redondos. No hace ninguna otra cosa, porque su oficio consiste en eso, en servir de intermediario a quienes andan en busca de un arma, un revólver, o cuchillos, o metralletas, o granadas, o cualquier cosa. No pide dinero. Me imaginé que el vendedor de armas le daría su comisión. No hay más remedio que pasar por él. Una llamada suya al vendedor de armas, y ya está. Al vendedor le caí bien, no sé por qué. Fue él quien me encontró escondite, en la calle Piat, en Belleville, en una casita de un solo piso, con jardín. Pequeñita, todo pequeñito. El dormitorio está en el primero. Un cuartito muy mono. Muy tranquilo. El dueño vive en el bajo. Lo llaman Jacquot, como si fuera un loro. Debe de ser porque nunca cuenta nada, ni le gusta tampoco que le cuenten nada. Tendrá unos sesenta años. En su casa se siente uno a salvo.

Llamaron a la puerta. Entró una mujer rubia y fea. Sonriendo al uno y al otro, dejó en la mesa dos envases de medicamentos, para marcharse a continuación.

—¿Me lo tomo ahora mismo?

—Sí, claro, adelante.

Se tragó los tres comprimidos, con un poco de agua. Luego volvió a tomar asiento frente a Marc.

—Se puede estar seguro de que si algo pasa no será por culpa suya. Esa reputación tiene. En aquel cuartito pude descansar, recuperar el resuello.

Quedó en silencio. ¡Qué estupendo era no tener que preocuparse de la garganta!

Miró a Marc, cara a cara. De pronto le sonrió, con esa sonrisa suya tan fina y encantadora, como de actor de cine.

Marc bajó la vista y luego volvió a levantarla, durante un segundo, para devolverle la sonrisa y luego la bajó otra vez.

Marc dejó los Campos Elíseos para tomar por la avenida Marigny, a la derecha. Giró con precaución. Una nube de velomotores parecía cercarlo.

Un motorista de aspecto peligroso, vestido de negro de pies a cabeza, puso una mirada de aprobación en el Nissan Terrano, y luego en Marc. La animosidad que tradicionalmente existe entre los vehículos de dos ruedas y los automovilistas es menos virulenta —hasta el punto de convertirse, a veces, en complicidad— cuando estos últimos conducen vehículos con algo especial, como los *jeeps*, por ejemplo. Como si el hecho de ir al volante de un 4 X 4 bastara para trocar a su conductor en un gran deportista, se dijo Marc, con amargura. Se echaba en cara el descuido en que tenía su cuerpo. Se encontraba más fofo que antaño, tanto en los pectorales como en los bíceps y la cintura. Había echado un poco de barriga. Barriguita.

Pero ¿acaso el hecho de estar duro o fofo dependía exclusivamente de la práctica o no práctica de alguna actividad deportiva? No. Michel Zyto no hacía ningún deporte, y estaba más templado que el acero. Y él mismo, Marc, quitando dos o tres puntos concretos de su cuerpo... Ahí sí que podría mejorar algo con el deporte.

La búsqueda de sitio para aparcar puso fin a tales consideraciones. Un extremo de la avenida Marigny, la calle Ponthieu a la izquierda, la calle Jean-Mermoz a la izquierda... Nada. Sí, qué suerte, un Citroën de los largos, que se pone en marcha y deja libre un sitio justo enfrente del restaurante El Dragón Rojo —en lo cual vio Marc un signo favorable. Había en él un fondo supersticioso, aunque no se lo tomara completamente en serio.

Aparcó fácilmente. Como cuatro Terranos caben en este sitio —se dijo, divirtiéndose con su mala fe habitual.

El 4 X 4 llamaba la atención de la gente, en especial de los niños, tanto por su imponente volumen como por su color rojo, sin olvidar las ventanillas triangulares de los lados. De modo que Marc, que en la vida cotidiana era más bien tímido, solía bajar del automóvil como un actor a punto de meterse en la luz de los focos.

Marie Lacroix, que estaba al acecho, aguardando la llegada de su marido, se puso en pie tan pronto como lo vio en la calle. Marc y ella mantenían viva la costumbre de comer solos en un restaurante, de cuando en cuando, sin Léonard, como antes de que naciera el niño.

Marc hizo su entrada en el comedor. Ella, sonriéndole, echó hacia atrás sus largos cabellos negros. Llevaba un vestido de color claro, sin mangas. Estaba guapa, fresca, con aspecto casi de chiquilla, a pesar de sus formas y de su elevada estatura.

«¿Cómo no estar enamorado de una persona tan encantadora?» —se dijo Marc, mientras la besaba. Pero el caso era que ya no estaba enamorado de ella y eso era algo que lo tenía atormentado durante las veinticuatro horas del día.

Ella volvió a sentarse. Marc se quitó la chaqueta y se instaló frente a Marie.

—¿No tienes frío? —le preguntó—. ¿Ni siquiera un poco de fresco?

—Traía la chaqueta roja, pero me la he dejado en el Austin. No importa.

—¿Por qué no estamos en la mesa de siempre?

—Me apetecía ponernos cerca de la ventana. ¿Te das cuenta de que va a hacer dos años que nos sentamos siempre a la misma mesa?

—Tienes razón. La rutina me acecha. Soy esclavo de mis costumbres —dijo Marc.

—Su esclavo preferido —dijo Marie.

—Su burro de carga...

Siempre le había gustado bromear con Marie, hablar con ella. Era una mujer inteligente, un estímulo para cualquiera. Ya hacía dos años que frecuentaban El Dragón Rojo. Y más de tres meses que no hacían el amor. ¿Desde su cita con Marianne? Sí, desde el día después. Pero Marianne fue un mero catalizador. Ya llevaba mucho, muchísimo tiempo, antes, sin desear a su mujer, para nada. Más de tres meses... Conociendo a Marie, a Marc le constaba que ella nunca abordaría el tema, por nada del mundo. Y él tampoco. Aún no había llegado el momento de hablar del asunto.

—¿Cómo está Léonard, desde esta mañana que no lo veo?

—Muy bien. Lo he dejado en casa de los Cazanvielh. Te habrás dado cuenta de que se han encariñado todavía más con él, ahora que Marie-Thérèse sabe que no puede tener hijos. ¡Pobre! Pasaré por allí un rato, esta tarde —añadió, tras una pausa.

Marc tenía el rostro desencajado. Marie se preguntaba a veces cómo diablos conseguía mantener el tipo, ocupándose de treinta y seis cosas al mismo tiempo, sus enfermos, sus investigaciones neurobiológicas en el hospital, sus trabajos de informática en el centro Dumesnil, de fisiología y fisiopatología cerebrovasculares en el Centro de la avenida de Verdun, sin olvidar los asuntos ocasionales a que no solía referirse con mucha precisión, más sus visitas regulares, dos veces por semana, a Michel Zyto, más los desplazamientos, más un mínimo de vida familiar... Era demasiado, no le quedaba un segundo de respiro. Y Marie comprendía muy bien que dejarlo todo al mismo tiempo pudiera suponerle una perturbación, y que se deprimiera. Que se pudiera poner, a fin de cuentas, como ya estaba en este momento, según lo veía ella.

Por desencajado que tuviera el rostro, a ella le parecía más guapo que nunca.

—¿Estará Marie-Thérèse, esta tarde? —preguntó Marc.

—No. Tiene cosas que hacer en París.

—¿Estarás sola con Martial, entonces?

—Y con Léonard. ¿Tienes celos?

—Siempre —dijo Marc.

—Te das cuenta de que es una tontería, ¿verdad?

—Sí.

La tomó de la mano. Estaba intentando que no se le notase la desesperación. Todo se iba complicando en exceso. Ahora que él engañaba a Marie con Marianne, tenía más celos que nunca de Martial Cazenvielh. Le hacía más falta Marie. La necesitaba totalmente.

Ella liberó su mano para poder colocarla sobre la del marido. Le daba un poco de lástima. Por supuesto que se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que hubiera otra mujer, una rival, incluso una muy concreta: su amiga Marianne, que ya no llamaba nunca por teléfono. Pero, dejando aparte que no conseguía creérselo, también daba la impresión de que el problema era otro. Marc se le estaba escapando, se estaba escapando un poco de sí mismo, sin duda alguna. Algo le pasaba.

Estaban atravesando una crisis. Toda pareja las padece. Lo superarían: a tal intento de certidumbre se aferraba Marie.

Sacó del bolso un frasquito de píldoras gelatinosas y se tomó dos. Había días en que le pesaban las piernas. Problemas de circulación. Marc le había recetado un tratamiento ligero, pero de duración indefinida.

Marie no dejaba de sonreírle delicadamente.

—¿Estás pensando en esta noche? No te preocupes, no nos quedaremos mucho. Y a partir de mañana vas a tener que distraerte y descansar. Aunque no vayamos a ninguna parte. Tenemos la suerte de vivir en una casa agradable, en el campo, y nunca lo aprovechas.

Marc valoró el «aunque no vayamos a ninguna parte». Marie era adorable. Bien sabía él que su mujer se llevaba una desilusión, quedándose sin vacaciones. Marc sacaba poco provecho de la casa de Versailles, pero Marie, en cambio, hacía en ella toda su vida. Ni siquiera mencionaron la última semana de agosto, que solían pasar en La Colle-sur-Loup, en casa de los padres de Marie. Ella no estaba en muy buenos términos con sus padres, y aquellas estancias se le antojaban una pura y simple obligación.

—Espero que por lo menos hayas tenido una buena mañana —dijo Marie.

—No ha estado mal. Y tú ¿qué has hecho?

—Lo de siempre. Bueno, y ponerme a releer la *Odisea* en griego. ¿Hay algo que te preocupe? ¿Algo nuevo, de esta mañana?

Adorable y maliciosa. Perspicaz, más bien, porque la malicia no le daba para mucho. ¿O acaso era él quien se equivocaba por completo? Marie estaba al cabo de la calle, lo sabía todo, su lío con Marianne, lo del laboratorio de Louveciennes; y además lo engañaba todas las tardes con Martial. Marie estaba dejándolo que chapoteara en su locura incipiente, adivinándolo todo. Era una especie de bruja consagrada a la tarea de perderlo... En efecto: pensó que se estaba volviendo loco.

Durante una fracción de segundo.

En principio, había tomado la decisión de no mencionar su paso por Lariboisière. Cambió de opinión.

—Sí, sí hay algo que me preocupe. Esta mañana he ido a ver a Cédric.

—¿Y? —preguntó Marie, de inmediato alarmada—. ¿Por fin te has hecho la radiografía? No me has dicho nada.

—Sí, sí me la he hecho. Es más serio de lo que yo suponía. Pero nada grave, te lo aseguro. (Marie había palidecido.) Cédric ha localizado un pequeño bulto, benigno, por supuesto, en el nervio acústico. Así se comprenden los vértigos que me dan. Lo que tengo se llama neurinoma del nervio acústico. Es una afección muy corriente.

—¿Qué hay que hacer?

—Nada. Puedo vivir ciento cincuenta años con él auestas. Y conste que no hago sino repetirte las palabras de Cédric.

—¿No hay posibilidad de que vaya en aumento?

Marc vaciló.

—Sí.

—¿Y entonces?

—Si crece demasiado, habrá que operar. Hay un pequeño riesgo de sordera. Se trata de una operación bastante delicada.

Muy arriesgada, en realidad, por no mencionar otros peligros más graves, mucho más graves. Marc tenía la esperanza de que la operación no llegase a ser necesaria.

—No te preocupes. Debe de hacer mucho tiempo que lo tengo. No hay motivo alguno para que crezca. Habrá que estar ojo avizor, eso es todo. Puedes creerme, no te preocupes. ¿De acuerdo?

—A ver si puedo.

Marc hizo como que estudiaba la carta.

—¿Lo de siempre?—preguntó.

Ella sonrió.

—Sí, lo de siempre.

No es que les encantaran los restaurantes chinos en general. Éste sí. La cocina de El Dragón Rojo se les antojaba deliciosa.

Connie Huong, la dueña, vio a Marc. Cada vez que se encontraba con ella, a Marc le venía a la mente la expresión «hecha una pura sonrisa». La chinita aquella, tan graciosa, era una pura sonrisa, una sonrisa ambulante.

—Menuda suerte tienes, pudiendo leer tranquilamente a Homero —dijo Marc a su mujer.

También él estudió griego en el instituto. Lo había olvidado por completo. Y lo sentía. Marie no tuvo tiempo de contestarle, porque ya se les había echado encima Connie Huong, tendiéndoles la mano y sonriéndoles.

## 6

Cookie, un terrier blanco *west highland*, una preciosidad de perro (como lo son todos los de esa raza), devoró con sorpresa el terrón de azúcar que le acababa de ofrecer su dueña. El azúcar le estaba prácticamente prohibida. Pero ya había comprendido él que hoy era un día excepcional. Primero: era evidente que su dueña esperaba a alguien. Había sacado las tazas buenas de café, había hecho un pastel, y estaba febril, yendo de un sitio para otro, a pesar de lo malas que tenía las piernas. Además, de vez en cuando lloraba. Cookie, entonces, se ponía a gimotear, con las manos en las rodillas de su dueña. Pero tales demostraciones, lejos de calmarla, hacían que lo apretara contra ella y llorase aún con mayor fuerza.

Sí, un día rarísimo, para Cookie. Y lo que faltaba todavía.

Germaine Halbronn, una anciana que siempre estaba sin aliento, sacó del refrigerador el pastel de arroz con chocolate, receta heredada de su abuela, y pasito a paso fue a colocarlo encima de la mesa del comedor.

Poco le quedaba para llevar cuarenta años en ese piso limpio, triste, modesto, del número 12 de la calle de Budapest, bajo izquierda. Y ahora iba a tener que abandonarlo. Pero cada cosa a su debido tiempo. Lo más duro era lo de Cookie. Después, ya veríamos. No era valor lo que le faltaba.

Pero ¡tener que separarse de Cookie!

Contuvo las lágrimas. Eran las tres y veinticinco. Tomó asiento y se puso a acariciar al perro con la yema de los dedos. El terrier no se atrevió a exteriorizar nada con demasiada rotundidad, no fuese que se echara a llorar de nuevo. Imposible, sin embargo, no alargar la cabeza hacia adelante, poniendo unos ojos muy redondos.

No había cumplido el año.

Por teléfono, el doctor ese, el que buscaba un perro muy agradable, dijo que a las tres y media; y eran las tres y treinta y tres cuando ya estaba sonando el timbre. Germaine Halbronn se levantó para abrir la puerta. Le costaba mucho tiempo desplazarse. Iba arrastrando las piernas, respirando con dificultad.

Marc se hizo inmediatamente cargo de cuál era la situación, en su aspecto esencial: una señora de mucha edad, un piso de dos habitaciones, sin sol, fotos del marido por todas partes (un señor con bigote, más bajito que su mujer), la obligación de separarse del perro, a pesar de que éste formaba parte de su vida.

Marc tenía buen corazón, y quedó conmovido. En seguida se dijo que haría todo lo posible para que la señora recuperase a su Cookie, aunque tuviera él que pasarle una pensión —suponiendo que fuera cosa de dinero, de verse obligada a buscar refugio en una residencia de ancianos.

Diez minutos más tarde, Marc Lacroix, Germaine Halbronn y Cookie se habían hecho grandes amigos. Marc se bebía un café con Cookie encima de las rodillas. Lo

malo estaba en verse también obligado a meterse en el cuerpo un trozo de pastel de arroz de sabor difícilmente identificable (con los ojos cerrados no habría logrado definir con exactitud lo que tenía en la boca), junto con unas cuantas pastas ligadas mediante una especie de yeso dulce y fresco —como más tarde contaría a Léonard. Después de los succulentos platos al vapor de El Dragón Rojo, era una auténtica prueba.

De inmediato había detectado la severidad del asma que padecía la señora Halbronn. Desgraciadamente, no tenía más remedio que renunciar a la compañía de Cookie. La cosa no podía arreglarse ni con todo el oro del mundo.

Y, habida cuenta de lo anterior, la verdad era que Cookie resultaría ideal para el experimento.

—¿Le gusta?

—Muy bueno —dijo Marc—. Buenísimo.

—Me alegro. No a todo el mundo le gusta, sabe. Fue mi abuela quien me enseñó a hacerlo. Dieciséis años tenía yo. ¡La de veces que se lo pude poner al pobre de mi marido! ¡Y a mi hijo! ¿Quiere que le sirva un poco más?

—No, gracias. Sin cumplidos. Ya le he dicho que acabo de levantarme de la mesa. Aunque tiene usted razón, se come solo... ¿Al perro no le gusta?

—No, nunca le ha gustado mucho, a pesar de lo golosísimo que es. ¿Verdad, Cookie?

El perro la miró, inclinando la cabeza hacia a un lado, como con extrañeza: ¿era la invitación lo suficientemente apremiante como para abandonar las cómodas y hospitalarias rodillas de Marc?

—Ya ve usted, tengo que desprenderme de este tesoro. Mi asma cada vez se agrava más. El especialista me tiene dicho: prohibido vivir bajo el mismo techo que un perro. Para colmo, ya tampoco puedo valerme sola, por cosa de las piernas y la circulación sanguínea. Mi hijo y mi nuera están dispuestos a acogerme en su casa. Viven en Montmartre. Aunque la casa es pequeña. Mi hijo es tubero. Qué le vamos a hacer. Los dos nos vamos a poner muy tristes, ¿verdad, Cookie?

Esta vez, el perro le saltó al pecho para lamerle la cara. Ella lo apartó, no sabiendo por qué optar, si por reírse o por entristecerse. Tenía muchísimas arrugas, pero no resultaba repugnante, como les pasa a ciertos viejos, se dijo Marc. Gracias a las manos. Las manos se le conservaban muy hermosas, no demasiado ajadas por los años.

Marc estaba pensando. El perro era lo suficientemente joven como para acostumbrarse a un nuevo dueño. Pero ¿qué dueño? Léonard no quería oír hablar de perros desde que se le murió Bebé, su pastor alemán. Más adelante, decía. Quizá. Y siempre que sea un perro de caza, no una de esas bolas de pelo. No le gustaban las bolas de pelo. ¿Quién, entonces? ¿Por qué no regalárselo a la gran serpiente vertical,

a Marie-Thérèse Cazanvielh, cuyo cumpleaños era precisamente esta tarde? Además del estupendo sombrero antiguo que le había comprado Marie. ¿Por qué no? Se daba el caso de que Marie-Thérèse quería un perro ya con algunos meses, no un cachorrillo, porque los cachorrillos le daban muchísima pena —según decía.

Cookie en casa de los Cazanvielh. Sí, por qué no.

—Yo ando mucho por París, en coche. No me importaría traérselo de vez en cuando, para que lo viera.

¿Era ésa una buena idea? Germaine Halbronn, con el rostro tenso, estuvo a punto de echarse a llorar ante la perspectiva de esos reencuentros episódicos con su perro. Pero se dominó. Era fuerte. Sabía ver el lado bueno, el lado positivo de las cosas.

Los ojos le resplandecían de agradecimiento.

—Gracias, muchas gracias. ¿De verdad que lo hará?

—Prometido —dijo Marc.

La señora Halbronn guardó silencio unos instantes, inquieta, apretando las encías, con la mirada perdida, puesta en un patio interior parecido al de una prisión.

—Ya verá usted lo contento que estará de tener a Cookie. Estos *west highland* son los perros más simpáticos que hay. Y Cookie es el más simpático de los *west highland*. Y el más guapo, mírelo usted. Me han dicho muchas veces que por qué no lo presentaba a algún concurso.

«Y cuando yo venga a verla a usted, con él, Cookie puede que sea el perro más famoso del mundo», pensó Marc.

—Tiene que valer mucho dinero un *west highland* de pura raza como Cookie, ¿no? Tres mil francos, por lo menos.

—Mucho más. Casi cinco mil. Pero los pagué con gusto. Y nunca lo lamenté.

Marc tenía su libro de cheques en la mano.

La señora Halbronn se quedó estupefacta, al borde de la indignación.

—¡Ah no, ni hablar! Lo puse clarísimo en el anuncio: «Regalo *terrier blanco west highland*». Con un año ya no se venden. La gente quiere cachorros.

—Sí, pero se da la circunstancia de que yo quería justamente uno de un año —dijo Marc, empezando a rellenar el cheque—. Si no, no la habría llamado por teléfono.

—No, señor, no, de verdad. Me daría muchísimo apuro.

Era de una sinceridad absoluta. Marc, dejando de escribir, se quedó mirándola.

—A mí también me da apuro. No menos que a usted, seguramente. Vamos a tratar de no complicarnos la vida ninguno de los dos. Yo quería exactamente un perro así, y lo normal es que se lo pague a usted. Si estuviera aquí mi mujer, no le diría otra cosa.

Germaine Halbronn no salía de su asombro ante el hecho de que pudieran existir personas tan agradables como Marc. Incluyó el cuerpo hacia adelante, sin levantarse de su silla, haciendo un gesto con el brazo. Marc adivinó lo que pretendía y no tuvo

inconveniente. El hijo de la señora Halbronn, el tubero, sería seguramente de su misma edad. Nunca había oído hablar de semejante profesión.

Él también inclinó el cuerpo hacia adelante, casi al mismo tiempo haciendo un gesto con el brazo derecho. La anciana le depositó un beso en la mejilla.

Miraban ambos por la ventana.

Marianne Matys era rubia y alta. Tenía las piernas largas, con un leve punto de pesadez en la forma; brazos finos, torso casi grácil, exceptuados los pechos grandes, bien dibujados. Sus rodillas no estaban situadas en el eje absoluto de las piernas, lo cual le confería una forma de andar y unas actitudes un poco lánguidas.

Marc adoraba las «imperfecciones» de Marianne —había otras, pequeñas irregularidades, por ejemplo en la sonrisa, en los ojos—, que la hacían atractiva y en las cuales residía su tipo de belleza y su seducción.

Marianne tenía un piso pequeño, de tres habitaciones, en la calle del Faubourg-Saint-Honoré número 14. Las ventanas daban a un amplio patio, compartido con otros inmuebles. En mitad del patio había un árbol enorme.

Marianne se apretó contra Marc, lo tomó por la cintura, lo besó en la mejilla. Marc deslizó la mano bajo la falda de la muchacha. Situó sus caricias entre la falda y las braguitas, luego entre la prenda y la carne. De inmediato le vinieron deseos de hacer el amor con ella.

No había conocido a nadie (aunque también es verdad que no había conocido muchas mujeres) con quien las relaciones físicas fueran tan fáciles, tan naturales, tan excitantes como con Marianne. Y así había sido desde su primer encuentro, en el despacho de Marc en la avenida Verdun, en un pequeño diván que hasta aquel momento no había servido más que para dormir la siesta. Maravilloso recuerdo.

Marc conoció a Marianne a través de Marie. Marianne era hija de un profesor de francés-latín-griego, Edouard Matys, a cuyas clases asistió Marie en el instituto Edouard-Herriot, en Lyon, en los cursos de preparación para la Normal. Marie tenía entonces diecinueve años y era una alumna excelente. Edouard Matys, que era viudo, le tomó cariño y la invitaba de vez en cuando a comer en su casa. Vivía con su hija Marianne, una jovencita de catorce años de formas ya sensuales, aunque ingenuas.

Quince años más tarde, una noche en que su mujer consiguió arrastrar a Marc hasta un teatro, para ver *El sueño de una noche de verano*, Marie reconoció a Marianne Matys en la actriz que interpretaba (muy bien) el papel de Titania, la reina de las hadas. Después de la función fueron a verla al camerino. Ambas mujeres se alegraron de volverse a ver. Edouard Matys había muerto. Marianne había empezado muy pronto en el teatro. Ya gozaba incluso de cierta fama: pasados los difíciles principios, empezaban a solicitarla. Aquella noche, en el camerino, miró mucho a Marc, y Marc la miró mucho a ella. Marie y Marianne se trataron algo a partir de ese momento. Llegaron a salir juntas de compras, en París, y Marianne estuvo muchas veces en la casa de Versalles, como invitada.

Un domingo por la mañana Marianne llamó por teléfono y fue Marc quien

contestó, porque estaba solo en casa. A la mañana siguiente ya eran amantes.

A partir de ese momento, Marianne no vio a los Lacroix, en pareja, más que una sola vez. Los encuentros con Marie fueron espaciándose poco a poco, hasta que Marianne dejó de llamar. Una noche, Marie, sorprendida, hizo un comentario al respecto. Marc se limitó a responder: «Ya sabes lo que pasa con las actrices... Puede que esté de gira.» Y no se volvió a tocar el tema.

Marc, al principio, tuvo miedo de haber ido a caer con una «devoradora de hombres». No era el caso, sin embargo. Marianne tenía tan poca «experiencia» como él. La cuestión no era ésa. Su comportamiento con él, su intimidad carnal, fue algo inmediato, de una maravillosa sencillez, inocente. Las palabras «paraíso terrenal» cruzaron la mente de Marc: había vivido una exultante impresión de primera vez, de vida nueva, de alegría total, de descubrimiento absoluto. Acostarse con ella se le hizo tan necesario como una droga. El resto del mundo, de pronto, empezó a existir en menor grado. Incluida su familia —como pudo comprobar, no sin horror.

Cabía la posibilidad de que fuera ésta la primera vez en su vida que se enamoraba de verdad, a los treinta y nueve años.

El resto del mundo, con una excepción: su laboratorio de Louveciennes, la máquina que allí había ido construyendo a lo largo de los años, sus grandiosos proyectos en lo relativo a Michel Zyto, dentro de ese mismo laboratorio. Eso era algo de lo que nunca había hablado con nadie. Era su secreto. También Marianne era su secreto. Dos secretos, dos tablas de salvación que le permitían seguir con vida sin hundirse.

Marianne Matys y Michel Zyto.

Y también, un poco, su vehículo rojo, para cruzar los desiertos, los mares, los ríos, las montañas —se dijo, divertido, cuando Marianne sacó a relucir el Nissan Terrano.

—¿Sigues enamorado de tu hermoso coche?

—Más que nunca.

Marianne no había visto el 4 X 4 más que en dos ocasiones. Marc podía aparcarlo en el patio interior, pero nunca lo hacía. Mantenía su relación con Marianne tan oculta como le era posible. No se dejaba ver con ella. Por prudencia, pero también por una profunda necesidad. Marc huía hacia Marianne, igual que se refugiaba en su laboratorio y todo movimiento en sentido contrario, ir hacia el mundo con ella, habría mermado los beneficios de la huida.

No se veía con ella, en el cerrado nido del piso de ella, más que para hacer el amor. Por el momento, Marianne no expresaba ninguna queja al respecto.

No le había hablado de Cookie. ¿Cómo se sentiría de mal el perro, encerrado en el coche? ¿Ladraría? No, no era ladrador. Puede que lloriqueara, que gimiera. Con sólo un año, y ya parecía haber heredado el temperamento sólido y filosófico de su dueña.

No enloquecía con cualquier cosa. Y, con un poco de suerte, no llegaría a enloquecer. Ya se ocuparía Marc: le gustaba el animalito, con sus ojos bondadosos y llenos de sorpresa.

Su mano bajó por las piernas de Marianne, para volver a alzarse entre los muslos. A Marianne le cambió la respiración: volviéndose hacia Marc, le buscó los labios, mientras él seguía acariciándola. En paralelo impulso, ambos interrumpieron caricias y besos para ceñirse fogosamente, cuerpo a cuerpo. También Marianne estaba muy enamorada de Marc, más que de ningún otro que hubiera habido antes. Amaba las intensas expresiones de su rostro hermoso, su inteligencia, su talento, su desamparo de niño perdido —su piel, tan suave, el modo en que la deseaba, el maravillado asombro adolescente que en su presencia expresaba... Sí: lo amaba y se sentía adulada, conquistada, lo cual la hacía aún más deseable, a ojos de Marc.

Apartándose de él, Marianne se desprendió en cuatro movimientos de la poca ropa que llevaba encima. Luego se tendió en la cama, con los ojos vueltos hacia Marc, dejándose impresionar —todavía— por su rostro de Cristo, que en este momento, a contraluz, resultaba espléndido.

Él se aproximó a ella y se puso de rodillas. Le alzó una pierna, con delicadeza, situando el sexo de la muchacha al alcance de su beso.

Tras un último beso para cada pecho, uno para el derecho, otro para el izquierdo, Marc salió de la cama.

En especial el izquierdo. El izquierdo era el más alejado de Marc, que solía tenderse a la derecha de Marianne en los momentos de descanso o de charla. Y ese pecho no era exactamente paralelo al otro, lo que hacía que su pezón resultara menos accesible a los besos de Marc. Estaba, por consiguiente, menos atendido. Cosas que se dicen los enamorados. No había más remedio, pues, que darle un poco de mimo de vez en cuando. Para compensar, como decía Marianne.

Marc se duchó en el cuarto de baño, que no tenía bañera y donde se iba uno dando golpes por todas partes, de lo pequeño que era. En casa de Marianne todo era pequeño, todas las habitaciones. Una especie de trastero con tragaluz era, según el de la agencia inmobiliaria, el segundo dormitorio. Para un bebé, fue el comentario que hizo Marc un día, y sólo durante los primeros meses de su existencia —añadió, tratando de hacer reír a Marianne. Un bebé pigmeo. Especialmente canijo, aun teniendo en cuenta que nació antes de tiempo. Marianne, risueña por temperamento adoraba las bromas de Marc. La hacía reír hasta cuando estaba tenso o deprimido.

Desde luego que el pisito, recién restaurado cuando Marianne lo ocupó, era verdaderamente encantador; pero Marc no habría sido capaz de quedarse allí encerrado durante varios días seguidos, como hacía ella. Se habría asfixiado. Marianne, por el contrario, se encontraba muy cómoda. Habría podido permitirse un piso diez veces mayor, porque no le faltaba trabajo como actriz, por no decir nada de

los guiones de radio ni del doblaje cinematográfico. Se ganaba bien la vida. Pero le encantaban esos pisos de estudiante rico, bonitos, incómodos y necesariamente provisionales. Por otra parte, adoraba las boutiques de lujo, y ésas las tenía a miles, a sus pies, en el barrio del Faubourg-Saint-Honoré.

Se quedó tendida en la cama, con las piernas separadas. Cerró los ojos. Nunca se duchaba inmediatamente después. Siempre dejaba que Marc fuese primero. Se quedaba pensando en él, diciéndose que lo amaba. Aún no veía problema en el hecho de que él estuviese casado y poco disponible. Era feliz en su despreocupación.

Le entró sueño. La arrullaba el ruido de la ducha. Las duchas de Marc eran interminables.

Cesó el ruido. A continuación se oyó un choque (codo, rodilla, quizá cráneo, contra sonoro tabique) seguido de un enérgico «¡Mierda!».

—Pobrecito mío —exclamó Marianne—. ¿Otro golpe?

Marc entró en la habitación, desnudo. Delante de Marianne no se avergonzaba de sus pequeños defectos físicos. Bien sabía que ella lo amaba demasiado. De todas maneras, siempre metía un poco la barriga, como si nada, sosteniendo bien erguidos los hombros. Marianne le sonrió. Estaba relajada, como perfectamente instalada en sus espesos cabellos rubios, en sus ganas de dormir, en su bienestar físico. Marc se apoyó en la cama con las dos manos y la besó en los ojos.

Sus rostros estaban muy próximos. Marianne le acarició el hombro en un gesto de pura ternura. Durante un breve instante, Marc se sintió tan feliz como ella.

Martial Cazanvielh y Marie Lacroix se estaban tomando una copita de Armagnac.

Martial había maquinado una hábil maniobra para que a Léonard no le apeteciera acompañarlos, a Marie y a él, en su habitual paseo de la casa al castillo.

Hoy estaba la criada. Léonard no se quedaba solo. Y no le faltaría con qué jugar. En modo alguno iba a faltarle con qué jugar. ¡Cuántos niños habrían dado algo por estar en su puesto!

Martial, coronel retirado, tenía sesenta años. Era calvo (aunque la calvicie le sentaba bien), sólido, seductor, bronceado todo el año, apasionado de la equitación, del tiro, del ajedrez, gran aficionado a las películas norteamericanas de acción, coleccionista de objetos antiguos y curiosos. Una habitación entera de su villa del centro de Versalles estaba destinada a sus adquisiciones en dicho terreno —salvo las estatuas, que emplazaba en su inmenso jardín.

Era muy casero, al contrario que su mujer, Marie-Thérèse, que siempre tenía algo que hacer en alguna parte. Nada, en verdad, pero necesitaba estar en continuo movimiento, meneando el aire, como decía Martial. Y cuando estaba en casa seguía en cierto modo moviéndose, llamando por teléfono a alguno de sus innumerables amigos y conocidos. Era once años más joven que Martial. A Marc y Marie les parecía un poco ligera, un poco «locuela», pero generosa y divertida. Y adoraba a Léonard.

En efecto, la pareja, tanto Martial como su mujer, estaba muy encariñada con Léonard, a quien mimaban como al hijo que no podían tener.

Marie terminó su copa y la colocó en una mesa baja, de marquetería fina y complicada. Trató de localizar a Léonard por una ventana que daba al jardín, la ventana del «rincón telefónico». Este rincón telefónico, que Marie-Thérèse se había ocupado de hacer cómodo y atractivo, consistía en un espacio delimitado por jardineras con plantas, una especie de minisalón dentro del salón, con un sillón de cuero cerca de la ventana, una mesa baja de seis patas, en madera de roble, y encima de la mesa un teléfono verde, de formas muy recargadas —un verdadero adminículo de ciencia ficción—, paquetes de cigarrillos, tres ceniceros —uno inmenso, otro mediano, otro pequeño— y un bloc de hojas cuadriculadas en el que Marie-Thérèse Cazanvielh iba anotando futilidades (siempre tenía algo que anotar cuando hablaba por teléfono).

Marie vio a Léonard. No habían pasado ni diez segundos cuando el chico entró en la habitación. Más bien delgado, pero alto y fuerte para su edad, y muy guapo. Se parecía a su padre y a su madre, sin que se pudiera afirmar exactamente lo que tenía de cada uno de ellos.

Martial vació su copa, se levantó y puso en marcha la primera parte de su plan.

Había esperado el momento del paseo. El efecto de la sorpresa, el atractivo de la novedad radical, obrarían a su favor, con lo que quedaría salvado el obstáculo que representaba Léonard.

—Tengo que enseñaros algo que me trajeron ayer —dijo a la madre y al muchacho—. Estoy seguro de que va a interesaros. Sobre todo a Léonard.

El «sobre todo a Léonard» hizo que brillaran los ojos del chico. Si Martial lo decía, seguro que valía la pena.

La habitación del primer piso estaba llena de objetos heterodoxos, pero, así y todo, el *flipper* llamaba la atención. Porque se trataba de un *flipper*, muy antiguo, uno de los primeros que hubo en París —dijo a Martial el cafetero retirado de la calle de los Lyoneses. Estaba decorado con escenas del Oeste. El panel vertical representaba la escena tradicional del duelo, dos hombres frente a frente en la calle principal, listos para ajustar cuentas, empuñando el colt, a punto de disparar, pronto habrá uno de ellos tendido en el suelo de la calle, muerto.

—¡Uau! —gritó Léonard, soltando la onomatopeya de felicidad que más le gustaba.

El aparato estaba pulido, rutilante, en perfectas condiciones de funcionamiento. Bien abastecido de fichas, Léonard se instaló ante él con la evidente intención, muy claramente expresada por cada centímetro cuadrado de su cuerpo y de su rostro, de no despegarse de ahí hasta que volviera a empezar el curso escolar, en el mes de septiembre.

Llevaba unos pantalones cortos de color azul marino y una camiseta blanca. Le caía sobre la frente un mechón de pelo, muy bonito. Daban ganas de darle un beso.

A la pregunta de su madre, tan solícita, contestó, en sustancia: que no, que no me importa en absoluto quedarme aquí solo con el *flipper*, mientras vais a dar una vuelta.

Estaba enfermo de gozo.

Marie y Martial salieron de la casa por el lado del patio: una soberbia villa estilo 1900 que costó una millonada, porque Martial y Marie-Thérèse Cazanvielh eran ricos, dueño cada uno de ellos de una buena fortuna personal en el momento de contraer matrimonio.

Cuando Martial estaba abriendo la reja que daba al callejón de los Soldados (la coincidencia militar le pareció graciosa, en su momento), apareció Martine, la criada pelirroja y cincuentona, por una ventana del primer piso.

—¿Al señor le siguen pareciendo bien las patatas *à la dauphine* ultracongeladas, para esta noche? —gritó—. Voy a hacer unas compras.

Martial, que, sin embargo, no era mal *gourmet*, tenía prohibida en su mesa toda clase de conservas y congelados; pero las patatas *à la dauphine*, ultracongeladas y todo, eran su debilidad.

—Me sigue pareciendo bien. No se olvide de que tiene que dejarlas en el horno cuatro minutos más de lo que pone en el bote.

—Ya lo sé, señor, así se les quita la grasa. ¿Acaso me he olvidado alguna vez?

—Nunca jamás, Martine. Es usted formidable.

Ella se rió, quizá con demasiada fuerza, y también con demasiada fuerza volvió a cerrar la ventana.

El callejón desembocaba en la avenida de París y ésta conducía en línea recta al castillo: un kilómetro y medio, aproximadamente.

Anduvieron a buen paso. Soplaban un poco de viento, no demasiado cálido para estar a 31 de julio. Marie se puso la chaqueta roja. Martial llevaba un jersey negro de lana fina directamente sobre la piel, lo cual le confería un aspecto muy deportivo.

Marie Lacroix se había dado perfecta cuenta de la operación destinada a desembarazarse de Léonard. De lo que cabía deducir que Martial tenía algo que decirle. Esperó tranquilamente. Por el momento hablaban de una cosa y de otra, del tiempo, de lo tristes que eran las calles de Versalles, hiciese el tiempo que hiciese. Como para no salir de casa.

—También puede ser que las personas caseras tiendan a instalarse en este tipo de sitios —dijo Marie, con una pizca de malicia—. Ni siquiera lo notan.

Martial sonrió. Tenía razón ella. Además, así vivía a diez minutos de los Lacroix, y ver a Marie con regularidad había adquirido notable importancia en su vida. Por siniestras que fueran las calles de Versalles...

Se enamoró de Marie desde el primer segundo. Pero —cosa sorprendente en un hombre como él, equilibrado, sólido, incluso con los pies en la tierra— la amaba de un modo romántico y casi adolescente. Marie representaba la porción de sueño de que seguía necesitando en la vida, y quizá, en el fondo, no deseaba de ella ninguna otra cosa, aunque él creyese lo contrario, aunque hoy hubiese tomado la decisión de hacer como si lo desease.

Por otra parte, Martial estaba muy profundamente unido a su mujer. Había momentos en que la encontraba un poco tonta, un tanto inconsistente, pero así y todo la adoraba y hacía el amor con ella apasionadamente, en su fantástica cama con baldaquino del siglo XV.

Los Lacroix conocieron a Martial en una agencia inmobiliaria de Versalles, unos cuantos años antes, en la época en que estaban tratando de salir de París. Martial era amigo del director de la agencia, también militar retirado, y se hallaba presente cuando pasaron por ella los Lacroix. Fue él quien trabó conversación, y se cayeron bien. Marc no estaba muy dotado para ciertas cuestiones prácticas. Martial se ofreció a ayudarlos. Poco a poco, se fue haciendo con las riendas del asunto. Los acompañó en sus visitas a las casas, e incluso hacía las visitas por ellos, para evitarles desplazamientos inútiles.

La corte que le hacía a Marie era siempre de una discreción y de una dignidad infinitas. Le hablaba de usted, saludaba y se despedía con un apretón de manos. Nunca pronunció una palabra fuera de sitio, ni siquiera ambigua. Marie agradecía tal actitud, y no era insensible a sus galanteos, aun sabiendo que nunca engañaría a Marc.

¿La engañaba Marc a ella? No, claro que no... Pero ¿qué estaba haciendo esta misma tarde, por ejemplo? Le había dicho que iba a estar desbordado, que tenía un montón enorme de cosas que solventar. ¿Marianne Matys? Qué idiotez. No dejaba de sentirse un poco desamparada, sin embargo.

Lanzó una mirada a Martial. En ese momento, no le habría resultado muy desagradable que le echara el brazo al hombro. En seguida se habría apartado, pero no le disgustaba la idea, ni figurársela en imagen.

Le sentaba muy bien el negro, con el bronceado.

Martial era consciente de que Marie lo estaba mirando. Luego apartó la vista. ¿Ahora? —se preguntó. No, un poco más tarde, en la plaza de Armas, cuando llegaran. Con gente alrededor resultaría más fácil. La multitud eliminaría en parte la distancia, creando una complicidad entre ellos.

—¿Siguen ustedes sin tener previsto ningún perro?

—No. Léonard ni menciona el asunto. Y, en cambio, sigue hablando de Bébé. Sueña con él, por la noche. Y me cuenta sus sueños.

Daba la impresión de estar muy conmovida. Y Martial pensó que con mucho gusto le habría echado los brazos al cuello, en ese momento...

El perro no murió de muerte natural, sino aplastado por un coche. Léonard tuvo ese perro desde muy pequeño, en una época en que, aparte de papá y mamá, la única palabra que pronunciaba de modo inteligible era «bebé». De ahí que el pastor alemán se llamara Bébé.

—El otro día recordé que tengo un amigo que es dueño de un criadero de perros, en Vésinet. Otro militar retirado. Somos una verdadera mafia, sabe usted —dijo Martial, sonriente.

Hablaba poco de su antiguo oficio. El hecho de que fuera coronel nunca dejaba de sorprender a Marie. Martial no encajaba en la idea que ella se hacía de los militares. Demasiado inteligente, demasiado fino, demasiado suave.

Llegaron a la plaza de Armas. Muchos visitantes, como de costumbre. Autocares llenos de turistas estrepitosos, exclamaciones variadas, ráfagas de discursos en lenguas extranjeras.

Por lo general no se quedaban mucho tiempo. Un vistazo al castillo, y emprendían el regreso. Hoy, Martial se plantó delante de Marie y allí se quedó, sin moverse. Ella le sostuvo la mirada. Una declaración, se dijo. ¡Lo que le ha costado!

—Marie, tengo algo que decirle...

Se calló. Imposible seguir adelante.

—Me sentiría muy desdichada si le hiciera daño, Martial. Muy desdichada. Le tengo a usted mucho cariño. No lo echemos a perder.

Él agachó la cabeza, corrido como un niño.

—Perdóneme usted. Y no me tenga en cuenta estas pocas palabras de más.

—Le juro que no le guardo ningún rencor.

Él la miró a los ojos.

—De todas formas, no voy a arrepentirme. Era el momento. Si lo hubiera dejado pasar, me conozco, habría estado de mal humor todo el verano.

Una vez más, Marie lo halló divertido y simpático. Se acercó a él, le puso una mano en el hombro y le dio un rápido beso en la mejilla. Luego, en seguida, cogiéndose de su brazo, hizo que ambos emprendieran el retorno.

Aquel beso había sido la más exquisita de las respuestas negativas. Martial se había quedado como en un sueño, maravillado. ¡Qué mujer tan formidable! Pensó que no cabía duda, que nunca se acostaría con Marie Lacroix. Lo cual lo llevó a enamorarse todavía más de ella.

—Ya ve usted: ni una sola mancha negra. La mancha negra es un criterio de descalificación. Igual que los ojos gobios. Mire usted qué ojos tan bonitos, color castaño. Los ojos tienen que ser oscuros o castaños. Mana es un pura raza. Para que se haga usted cargo, hay otros treinta como él en toda Francia, nada más que otros treinta dogos de esta misma calidad.

Ojos bonitos, ojos bonitos, qué fácil resulta decirlo —pensó Marc. El dogo plateado le daba un poco de miedo, y también de asco, con su pelo blanco como la nieve y con esas vagas rojeces en torno al gaznate, por dentro de las orejas y en los testículos.

Dándose cuenta de que estaban hablando de él, el perro se levantó sobre los cuartos traseros y se quedó mirándolos con frialdad. De vez en cuando gruñía un poco.

—¡Acuéstate, Mana, acuéstate!

John Joseph dijo esto último en un murmullo. El perro obedeció al segundo, tendiéndose bajo la ventana y desinteresándose de todo.

A lo lejos, Marc veía la torre Eiffel.

—¿No es peligroso? —preguntó Marc—. Me han dicho que los dogos...

De hecho, se había informado cuidadosamente acerca de los dogos plateados, antes de contestar al anuncio. John Joseph no lo dejó seguir:

—Son como se les educa. Ciertamente que, en origen, el doctor Antonio Nores Martínez quiso crear un perro destinado a cazar pumas y pecaríes. El color blanco estaba previsto para que fuera fácil localizarlo desde lejos, en la Pampa. Tras diversos ensayos, optó por un cruce entre dogo alemán, boxer, pointer y *Irish Wolfhound*. Y lo cierto es que obtuvo un animal capacitado para atacar. Pero la educación es determinante. Muchos franceses han educado a sus dogos para convertirlos en asesinos, y de ahí la mala reputación que tienen. Si se le educa para asesino, en asesino se convierte. Pero no si se le educa con suavidad, y sin pegarle. Sobre todo esto último. Mire, en 1972, el profesor Diego Rosa publicó un artículo sobre la conducta de los dogos. En él explica, demostrándolo, que es un perro tranquilo y obediente, si se le evitan los castigos corporales.

Sin levantarse del sillón, John Joseph (que hablaba francés sin pizca de acento, a pesar de que sólo llevaba tres años y medio en París) sacó de la biblioteca que tenía a su espalda una revista muy gruesa, la hojeó, encontró el artículo de Diego Rosa.

—Si quiere usted leerlo...

—No —dijo Marc—, basta con que usted me lo diga. Si me asegura usted que no es un animal peligroso... Tengo un hijo de diez años, figúrese.

En el fondo, era al contrario: John Joseph no le inspiraba la más mínima

confianza.

—Se lo aseguro. En condiciones normales, es un buen animal. De vez en cuando gruñe, pero es un gruñido que no significa nada de particular.

—De acuerdo —dijo Marc, sacando su libro de cheques.

Tenía prisa por irse. No le gustaba ese salón sobrecargado, ni ese medio loco pedante, con su manera de hablar, tan recortada, dueño de toda una biblioteca sobre perros —y con pinta de ser un individuo digno de toda desconfianza.

«¡Dos mil francos por un perro adulto, y además un dogo plateado! Este hipócrita debe tomarme por un gilipollas», se dijo Marc mientras llenaba el cheque.

Se lo tendió a John Joseph.

—Me gustaría preguntarle... Bueno, no tiene demasiada importancia, pero ¿por qué ha decidido usted desprenderse de él?

Hubo unos segundos de silencio (mientras John Joseph comprobaba el cheque); luego se abrió una puerta y apareció un muchacho de unos trece años, feo, con una mirada tan fría como la del dogo.

—Porque mordió a mamá —dijo el niño.

Marc no se disgustó. Lo que quería era eso, un perro obediente, pero desagradable y arisco.

Su búsqueda no había sido demasiado larga. Ya estaba en posesión de los dos perros ideales.

Marc llevaba a Cookie debajo del brazo. El perro se doblaba como un pedazo de caucho, y además parecía gustarle.

Cosa extraordinaria, el doctor d'Oléons no estaba en su despacho Marc dejó a Cookie al cuidado de la señorita André, la anciana de cabellos color violeta a cuyo cargo estaba la buena marcha de todo el papeleo de la casa.

Le encantó. Ella era dueña de dos caniches.

Marc había preferido no dejar a Cookie mano a mano, dentro del coche, con Mana, el dogo gruñón, que no había dejado de gruñir ni un momento, durante todo el camino. Cookie fue todo el tiempo apretándose contra Marc, tembloroso. Marc acarició a Mana en dos ocasiones, logrando que el perro se calmara de inmediato. Seguro que ese gruñido casi perpetuo no era más que un hábito carente de significación, como dijo John Joseph; pero más valía no correr riesgos.

—¿De dónde ha salido este tesoro?

—Es el regalo de cumpleaños de una amiga —dijo Marc—. ¿Qué le parece a usted?

—Muy bonito, muy bonito. (La voz de la señorita André vibraba de sincera admiración.) Es uno de los *terrier west highland* más bonitos que he visto. Y créame, soy una experta. Incluso tuve uno, cuando era más joven. Es mi perro preferido, después del caniche. Caramba, vamos a tener tormenta.

La dama de los cabellos violeta, tras haber experimentado una leve agitación a la altura del torso, declaraba que iba a haber tormenta.

—¿Usted cree? —dijo Marc, escéptico—. No hace demasiado calor, y está brillando el sol.

—Lo noto. Tengo un dolor entre los omoplatos. Cada vez que me duele entre los omoplatos, es que vamos a tener tormenta.

—¿Y cómo se lo tenía usted tan callado? No los dolores, las previsiones meteorológicas que le inspiran. ¿A qué hora será?

—Se burla usted de mí, ¿verdad? No tardará mucho. Una o dos horas... Mire, ya se ven las nubes.

Marc se acercó a la ventana. También Cookie, alzándose sobre los cuartos traseros.

Era verdad. A lo lejos, se veían en el cielo unos cuantos nubarrones, desplazándose a toda velocidad hacia París.

—Espectacular —dijo Michel Zyto, con un vaso de zumo de uva en la mano—. A las tres horas empezó a dolerme menos. ¡Si supiera usted cuánto se lo agradezco!

La eficacia del Maktarin, logrando que sus hongos se batiesen en retirada, lo llenaba de gozo. Pero también se alegraba mucho de ver de nuevo a Marc. Y lo hacía

feliz su solicitud. Marc habría podido limitarse a llamar por teléfono, sencillamente, pero aquí estaba: dos visitas en un mismo día.

Pero, ay, a partir de mañana...

—¿Se va usted de vacaciones?

A Zyto le preocupaba ese largo mes de agosto que se le venía encima. Echaría de menos a Marc. ¿Y al contrario? ¿Lo echaría de menos Marc? Sentía una especie de celos.

En cuanto psicoterapeuta, Marc era de una absoluta flexibilidad teórica. Eran los resultados inmediatos los que él valoraba, y ya en la segunda entrevista con Michel Zyto se había percatado de que su nuevo paciente necesitaba relacionarse de modo amistoso con su terapeuta. Iba en contra de las reglas y podía resultar peligroso, pero decidió correr el riesgo. Había que hacer comprender a Zyto que sí le era posible establecer vínculos afectivos con alguien que no fuera una mujer —tanto como decir: una madre—, que había otros hombres, además de su padre inexistente, y que el contacto profundo con tales hombres podía protegerlo de las mujeres (dicho de otro modo: podía amortiguar el tremendo odio que éstas le inspiraban).

A la pregunta de Michel Zyto, Marc contestó que no, con mucha naturalidad, con la misma naturalidad que había empleado antes para contestar a otras muchas preguntas de su protegido, sobre su casa, su familia, sus amigos, su vida en general. Así contribuía a darle la impresión de ser un hombre de una sola pieza, un igual, un interlocutor cuya curiosidad resultaba legítimo satisfacer.

Otra pregunta, no formulada, cargó de inmediato el ambiente de la habitación.

—Voy a descansar en mi casa, en Versalles. Estoy agotado. Pero no me faltarán oportunidades de pasar por el Centro. Ya vendré a verle para tener noticias tuyas.

—Estaré encantado —dijo Michel Zyto.

En efecto, no había nada que pudiera proporcionarle mayor placer. No trató de ocultar su alivio.

—Incluso he pensado que podríamos salir por ahí, un poco. La última vez fue todo un éxito.

—Sí, me apetece mucho repetirlo.

—Así verá usted mi coche nuevo, el 4 X 4 de que ya le he hablado. Y la radio. Cuatro altavoces de cuarenta y cinco vatios.

Nunca había ido tan lejos Marc en el trato «entre amigos».

—Estaré encantado —repitió Michel Zyto.

No sabía qué otra cosa decir. Había alguien que se ocupaba de él, que lo protegía, que lo ayudaba; alguien que no era su madre, que tampoco era un enfermero —amable por obligación, con su jeringuilla llena de tranquilizantes en la mano—; alguien que lo quería sin reservas.

Bebió con deleite, volvió a poner el vaso en la mesa, junto al libro que estaba

leyendo en aquellos momentos, *El conde de Montecristo*, y junto al teléfono.

Marc venía en la guía. Pero nunca le había dado su número. No por ello le guardaba rencor Zyto. Era normal. ¿Se lo daría alguna vez? ¡Eso sí que sería señal de confianza!

Por el momento, el «método» de Marc estaba haciendo maravillas.

¿Y ahora? Ahora se planteaban otros problemas, de tipo virtual, pero había que andarse con mucha prudencia. El primero ya lo había evocado Marc con Hugues d'Oléons: cómo modificar la vinculación de Zyto con respecto a Marc, la fijación, la transferencia particular que sobre él había efectuado; cómo cortar el principio de «maternización» de Marc por parte de Zyto. Sin duda que liberándolo, haciendo que se fuera insertando progresivamente en la vida activa —suponiendo que tal fuera su deseo, y apenas si había motivos para creerlo así—. Cada vez tenía menos sentido tenerlo incubado en Stéphen-Mornay. Existía incluso el riesgo de que se perdiera en parte lo ganado. Podía volver al Centro dos o tres veces por semana, por ejemplo para una tentativa de psicoanálisis.

Hacerlo salir.

Con lo cual quedaba planteado el segundo problema: Michel Zyto estaba curado, ¿pero qué significaba curación en este caso? ¿Cabía la posibilidad de que experimentase una recaída? ¿Dentro de cuánto tiempo y en qué circunstancias concretas, imposibles de prever?

Sólo Dios lo sabía. Dios y, quizá, también Marc, dentro de poco tiempo. Si su experimento tenía éxito.

Tercer problema, para uso particular de Marc: ¿no era culpable el doctor Lacroix de haber mantenido en secreto este experimento? ¿Por qué esa actitud? No le faltaban buenos motivos. Los medios científicos suelen ser despiadados con lo novedoso, lo original, la auténtica invención radical. Y el investigador con ambiciones hará bien, a veces, en mantenerse aparte. Pero tampoco faltaban los malos motivos: el orgullo, un desmesurado orgullo, convertirse en uno de los grandes nombres de la ciencia, a la misma altura que Pasteur, que Einstein, o más arriba aún... Y ello al precio de un experimento humano de cuya inocuidad Marc estaba absolutamente seguro. Aunque ¿qué derecho tenía un solo hombre a tomar tal tipo de decisión?

Había, además, otra cuestión que lo atormentaba, ahora que se acercaba el momento del experimento: esa actitud suya de seducción amistosa, con respecto a Michel Zyto, ¿acaso no había estado encaminada a convertirlo en sujeto complaciente, a quien no se le podía pasar por la cabeza la idea de negarse? Incluso esta visita, hoy por la tarde, cuando habría bastado con un simple telefonazo...

No. La pregunta lo atormentaba, pero, sin mala fe alguna, Marc estaba en condiciones de responder que no. Con o sin experimento, su actitud como terapeuta habría sido la misma.

Que el experimento tuviera éxito. Era su gran idea, su obsesión, el motor de su vida, la esperanza que le permitía plantar cara a todos sus temores, a no asustarse ni siquiera de ese trozo de carne que había tenido el mal gusto de instalársele en el nervio acústico.

Una tranquilizadora calma reinaba en la habitación color de rosa. Los arbustos del jardín, como paralizados por el sol, no movían una hoja. ¡Una tormenta! La vieja aquella estaba loca, con el cuento de sus omoplatos.

Zyto saboreaba su zumo de uvas. Marc se vio de pronto en su lugar, lejos de cualquier preocupación, protegido por todas partes: a la menor dificultad, basta con apretar un timbre y ahí viene alguien, puede que incluso el propio doctor Lacroix...

En seguida, la visión le produjo horror y tuvo que ahuyentarla para que se desvaneciera.

También Michel Zyto envidiaba a Marc en esta víspera de las vacaciones. Pero él no ahuyentaba las imágenes que tal envidia le suscitaba, sino todo lo contrario. Estaba pensando que Marc se iría con su mujer y con su hijo, y que no se apartaría de ellos durante días enteros; que vería a sus amigos, para pasárselo bien, que haría mil kilómetros en automóvil, si de pronto le apetecía, que podría hacer todo lo que se le ocurriera, experimentando toda clase de placeres.

Se sintió asfixiado por tamaño ataque de celos.

Unos celos, una especie de celos, en los que no había novedad alguna. Pero hoy lo traspasaron con una violencia criminal, una violencia que lo mataba, que le daba ganas de matar. De matar a Marc. De golpearlo, de estrangularlo, de vengarse de la injusticia de la fortuna, que a él lo había encerrado en el pellejo de un miserable. O que le daba ganas de matarse a sí mismo, por despecho ante esa misma injusticia.

Su espíritu pasó por un momento de confusión total, de destrucción; pero fue un momento tan breve, que apenas si tuvo consciencia de él, que apenas si lo recordó en lo sucesivo, como un dolor terrible que de pronto se desvanece: cuando abrimos la boca para gritar, ya no nos duele, y ni siquiera llegamos a emitir la queja.

Se estaba bien aquí, con Marc, que vendría a verlo a pesar de las vacaciones.

Se sonrieron. Esta vez, Marc no bajó los ojos.

Durante los tres primeros años de su matrimonio, Marc y Marie Lacroix vivieron en casa de los padres de él, en Louveciennes. Las dos parejas ocupaban, al final de la calle del General Leclerc, una amplia y lujosa vivienda de dos pisos, enteramente construida en madera, una especie de joya de dimensiones impresionantes (si es que tal cosa puede afirmarse de una joya; pero la casa, con sus destellos de espeso barniz, con sus balcones esculpidos como de encaje, parecía un objeto precioso). A cuyo mantenimiento dedicaba el padre de Marc muy buena parte de su tiempo, además de gran cantidad de dinero.

La vida en común no planteó ningún problema hasta que nació Léonard. Cierto que a Gertrude no le gustaba mucho Marie y que no la hacía objeto de un cariño desbordante: un ejemplo más de la consabida animosidad que pone a la madre del marido contra quien la sucede en el corazón de su hijo. Pero nada demasiado penoso para Marie: dada la gran cantidad de espacio que cada cual tenía a su disposición, no llegaban a molestar. La pareja joven salía mucho de noche. Durante el día, Marc estaba ocupado en su trabajo y Marie seguía con sus cursos de la facultad. Muchas veces se daban cita en París, a última hora de la tarde, para regresar juntos a Louveciennes, donde cenaban solos en el segundo piso, mientras los padres veían la televisión o estaban ya acostados.

Las cosas se estropearon cuando vino al mundo Léonard. Gertrude, de pronto, puso de manifiesto unas tendencias agresivas y posesivas que Marc conocía bien, pero cuya virulencia subterránea nunca había llegado a sospechar. Posesiva con respecto a Marc, que se le escapaba como niño, al trocarse él en padre; agresiva con respecto a Marie, la intrusa, la ladrona; y, lo que era peor, agresiva con respecto al bebé. Gertrude Lacroix les hizo la vida imposible. Paradójicamente, siempre quería que Léonard estuviese con ella, ocupándose todo el tiempo de él, lo cual venía a ser un modo de ejercer su dominio, de impedir que la unión de la joven pareja se viese reforzada por el niño, manteniendo una situación pasada, al arrebatárselos —por así decirlo— al pequeño.

Marie decidió que tenían que buscar otro sitio para vivir. Marc estuvo de acuerdo. Pero ocurrió una pequeña catástrofe: la muerte de André Lacroix. Gertrude Lacroix padecía diversas enfermedades graves, pero fue él, en plena forma, quien faltó primero, víctima de un derrame cerebral (agravado por una caída: se hallaba en ese momento en lo alto de una escalera, dando una nueva mano de barniz a las balaustradas de la casa por el lado del jardín, y la caída fue de dos pisos; quizá muriera en el trayecto).

Los tres meses siguientes fueron infernales. Gertrude vivía prácticamente con ellos. No era cosa de dejarla sola. Marc se sentía muy desdichado y muy a disgusto:

un viejo sentido de culpabilidad, del que ya se creía libre para siempre, volvía a manifestarse. No sabía a quién atender primero, si a su mujer o a su madre. Por aquella época estaba concluyendo su análisis didáctico con Martin Vérapoutsimila, a quien mencionó, claro está, la situación en que se hallaba. Pero bastantes padecimientos pasaba el anciano maestro de la calle Arquebusiers por culpa de su propia suegra, que ya había cumplido los cien años. Convencido de que este tipo de problemas hace inútiles los más denodados esfuerzos del espíritu humano, opuso a Marc el mutismo y la impasibilidad mineral que lo habían hecho célebre en el mundillo psicoanalítico.

En resumen: una crisis diabética se llevó por delante a Gertrude tres meses más tarde, las cosas volvieron a su cauce y los Lacroix se fueron a vivir a París, a un callejón del distrito XVI. Marie no habría podido permanecer en Louveciennes ni un solo mes más. Tampoco regresó a dicho lugar con demasiada frecuencia, a partir de ese momento, y Léonard perdió contacto con su casa natal. Más adelante, le explicaron que la casa le traía muy malos recuerdos a Marie. Nunca le dijeron de qué recuerdos se trataba, con lo cual la frase vino a convertirse en un misterio para él.

Marc heredó la casa. Por descontado que no la vendió. No le hacía falta el dinero, y le tenía apego a aquella vivienda, por razones sentimentales. Era su casa natal, la casa de su infancia. Le agradaba la idea de que no perdiese la enojada condición en que la había dejado su padre, y puso los medios para que se mantuviera como era debido.

Podía ser que algún día la habitase Léonard.

Por otra parte, tenía un sótano de noventa metros cuadrados, que ya André Lacroix había arreglado para fines científicos. Allí instaló Marc su laboratorio secreto.

André Lacroix, delgado, de corta estatura (Marc medía exactamente quince centímetros más que él), de carácter suave, sin nada que destacar en lo tocante a la vida cotidiana, fue bastante conocido como investigador en el campo de la física y de la informática, antes de consagrarse a la dirección de una fábrica de productos farmacéuticos. En los últimos años de su vida volvió a cogerle el gusto a la investigación. Dio en trabajar dos o tres horas diarias en el sótano. Su empeño, no acompañado por el éxito, consistió en poner a punto una especie de movimiento perpetuo, casi perpetuo, dado que una simple presión ejercida con un dedo, cada veintiséis días, debería haber bastado para proveer el funcionamiento del mecanismo. En especial, modificó un ordenador, ya de por sí bastante complicado, para añadirle la posibilidad de tratar informaciones insólitas, léase incluso fantasiosas, no por su contenido, sino por la forma en que venían ofrecidas a la máquina; por ejemplo: asociando el ordenador a otros aparatos de género completamente distinto, eléctricos o electromagnéticos. Tampoco en ese campo obtuvo resultados definitivos. Pero la

orientación que impuso a su espíritu creativo siempre había fascinado a Marc, haciendo que él también la siguiera —sólo que con mucho mayor éxito.

Marc hizo en el sótano las modificaciones que le parecieron pertinentes: electricidad (iba a necesitar una considerable cantidad de kilovatios), climatización, sistema de cierre. Dejó tal como estaba una cierta cantidad del material existente, desprendiéndose de todo lo demás, y adquirió nuevos aparatos, en especial un ordenador Umay 12, último de la serie Umay, espléndido objeto como de otro mundo, simple, cilíndrico, resplandeciente, que —y no dejaba de ser curioso— lanzaba pequeñas y rotundas humaredas grises cuando se hallaba en funcionamiento.

Marc llevó en secreto todas esas actividades. Algunas veces le decía a Marie que había pasado por Louveciennes, para verificar el estado de la casa, pero en otras ocasiones no le decía nada. Hubo varias oportunidades en que Marie no pudo localizar a Marc en los sitios en que se suponía que debía hallarse, pero él nunca había tenido dificultad en encontrar explicación para cada caso. En cuanto a la gente de Louveciennes, nada para ellos más normal que ver al doctor Lacroix entrando en la casa de sus padres. Tendría que haber habido una vigilancia estrecha y persistente para que alguien entrara en sospechas. Y, además, ¿sospechas de qué? ¿De que Marc tenía un laboratorio personal?

Había gozado de una perfecta tranquilidad. En unos cuantos años, concibió, ejecutó y puso a punto una máquina que había de marcar fecha en la historia de la ciencia.

El experimento decisivo estaba ya muy cerca. El corazón de Marc latía a una velocidad de locura, y le temblaban las manos. Se dio cuenta cuando su mano derecha soltó el volante para empuñar la palanca del cambio.

La casa de los Lacroix era la última de la interminable calle del General Leclerc, el número 101, y estaba aislada del resto del pueblo. Daba la espalda a la calle. Como de costumbre, Marc entró en el parque y aparcó frente a la escalinata. Así, el vehículo no podía verse desde el exterior.

La fachada —una curiosidad de artesanía— daba a un parque de doce mil metros cuadrados, en cuyo centro había un estanque rodeado de sauces. Marc se apeó del Nissan Terrano, con Cookie debajo del brazo y Mana a la traílla. Llevaba los bolsillos de la chaqueta llenos de terrones de azúcar. Respiró a fondo varias veces, para que se le calmase el corazón. Los dos perros eran dóciles y lo seguían sin dificultad; Cookie, porque era amable por naturaleza, Mana por una especie de altiva indiferencia.

Habían dejado de pasar las nubes, que ahora gravitaban sobre París y su región. El cielo había adquirido un tinte gris plomizo. La temperatura había descendido varios grados en media hora. ¿Puede que hubieran acertado los omoplatos de la señorita André?

Otra inspiración profunda, una suave exhortación a los animales; y Marc, haciendo tintinear el enorme manajo de llaves que siempre le deformaba el bolsillo derecho de las chaquetas, penetró en la casa de madera.

Bajó por la escalera del sótano.

Se encontró frente a una puerta de madera que abrió con una llave de buen tamaño, tras haber depositado a Cookie en el suelo y haberle dado un beso en plenos hocicos.

Detrás de la puerta de madera, a unos veinte centímetros, otra puerta, pesada, metálica. A un lado, entre ambas puertas, a altura de hombre, un teclado electrónico con letras y cifras.

—Todo va a ir estupendamente, ¿verdad, perros? Después, Mana irá a un hotel para cuadrúpedos ricos, donde lo tratarán a cuerpo de rey. ¿A que sí, pillastre? Y el pequeño Cookie irá a parar a casa de Marie-Thérèse la maquilladora, Marie-Thérèse Cazanvielh. ¿A que sí, perrito Cookie?

Marc se estaba expresando con tal ternura, con una benevolencia tan evidentemente sincera, que hasta el propio Mana quedó impresionado, haciendo que su cola se desplazara unos milímetros del eje habitual —signo, en él, de un intenso impulso amistoso.

A.2.B.3.4.

La pesada puerta se deslizó sin ruido, dando la impresión de que desaparecía en la

pared.

Marc pulsó un interruptor que había a la derecha. El enorme sótano quedó iluminado.

Entraron. Apretó un botón. La puerta se cerró tras ellos.

Marc había heredado de su padre la preferencia por la madera. Lo apasionaban las técnicas modernas y lo seducía la belleza funcional y refinada de los aparatos en que dicha técnica tomaba cuerpo. Pero los tenía delante de los ojos todo el año, y para su laboratorio quiso —al igual que su padre, antes que él— que predominara la madera; la madera, material primitivo, rico, noble, cálido, humano. Al entrar en el sótano llamaban la atención tanto la madera clara que cubría las paredes, como el sólido tabique de roble más oscuro que partía la pieza en dos mitades, como también dos bellas cabinas, igualmente de roble oscuro, adosadas al tabique. Estas dos cabinas, idénticas, situadas a dos metros de distancia una de otra, tenían cada cual una abertura por el lado enfrentado a la otra. De modo que al entrar se mostraban de perfil, y de cada una de ellas asomaban ligeramente unas torneadas patas de sillón.

En el rincón de la derecha, al entrar, había unos cuantos metros cuadrados acondicionados a guisa de zona de descanso: dos sillones a cada lado de una mesa redonda, un armarito, una pequeña nevera, también cubierta de placas de madera, un mueblecito de principios de siglo —que era en realidad un botiquín con diversos productos tranquilizantes—. Un lavabo, toallas.

En la pared, por encima del lavabo, a la izquierda del espejo, podía verse una acuarela. Era un autorretrato de Marc cuando joven, muy reconocible: su fino rostro de Cristo, su mirada intensa; un cuadrito bien trazado, bien pintado, con el azul y el gris como colores dominantes. Entre los catorce y los diecinueve años, Marc se entregó con pasión a la pintura y al dibujo. Luego, de la noche a la mañana, renunció a dicha actividad. De toda su producción lo único que le quedaba era ese autorretrato. Lo demás lo había tirado todo.

Cubría el suelo una espesa moqueta de color marrón.

Además de los motivos estéticos, otra consideración había determinado las elecciones de Marc en materia de decoración: aquí iba a desarrollarse un experimento —mañana, si todo iba bien—, un experimento que afectaría a dos hombres, al cerebro de dos hombres, al suyo propio y al de Michel Zyto, y era bueno que el lugar resultara cómodo, acogedor, tranquilo.

Detrás del tabique se hallaba la máquina de Marc, la obra de su vida.

A esa especie de doble fondo del laboratorio —aproximadamente un tercio de su superficie total— se accedía por una puerta situada en el extremo derecho del tabique de roble.

Reinaban un frío y una semipenumbra obligatorias.

Allí se congregaban los aparatos, reluciendo en la sombra. El imponente Umay

12, dos ordenadores Cray 6 menos voluminosos, que controlaban dos imanes superconductores de gran potencia, dos aparatos destinados a registrar la actividad cerebral en reposo y después de diversos estímulos electromagnéticos, junto con otros muchos aparatos más pequeños, pero muy impresionantes en su evidente complejidad. Aquello parecía una especie de trastero, el trastero de algún morador de un lejano planeta, un amontonamiento de objetos incomprensibles, inútiles, dispuestos a la buena de Dios —y no el cerebro concebido por Marc, magníficamente organizado, un cerebro superior capaz de regir el funcionamiento de otros cerebros.

Las dos cabinas eran perfectamente simétricas por su forma, sus dimensiones y su contenido, bastante reducido, por otra parte: un sillón, una abrazadera fijada al extremo de dos gruesos hilos que salían del tabique. Luego, encima de los dos sillones, sobre la cabeza de quienes en ellos se instalaran, las cabinas se iban estrechando en forma de ojiva de un metal casi blanco. Parecía el interior de un gigantesco obús.

Eso era todo, en esta parte del sótano. No había ninguna ramificación a la vista.

Entre las cabinas, en el tabique, se veían seis pequeños indicadores superpuestos en filas de tres. Cada indicador iba rematado por su correspondiente piloto circular. Los indicadores 1,2 y 3 estaban conectados a la cabina de la derecha (y entrarían en relación con el pequeño y lindo cerebro de Cookie); los indicadores 4,5 y 6, a la cabina de la izquierda.

Única excepción a la simetría: en la cabina de la derecha, sobresaliendo del tabique de roble, a la derecha del sillón, dos largos botones negros, también con sus correspondientes pilotos.

El conjunto de cabinas y salas de aparatos integraba un sistema complejo y revolucionario destinado a la manipulación del cerebro en sus manifestaciones más científicamente medibles; sistema al que Marc había dado el nombre de «psicordenador», a título provisional (aunque era consciente de que le iba a costar bautizarlo de otro modo, ahora que ya se había acostumbrado a éste).

Una vez cerrada la puerta deslizante, los perros empezaron a dar señales de ligera inquietud, cada cual según su temperamento. Cookie lloriqueaba, golpeando el vacío con la patita; Mana emitía gruñidos de casa de fieras a la hora del almuerzo, pero sin evidenciar una hostilidad declarada con respecto a Marc.

Marc les dio azúcar y se dispuso a llevar a cabo el experimento del modo más rápido posible. Él mismo temblaba como una hoja en la tormenta.

Empezó por Mana. A fuerza de terrones de azúcar, de caricias y de una sucesión ininterrumpida de palabras tiernas, lo hizo trepar al sillón de la cabina de la izquierda y sentarse en él. Luego le colocó la abrazadera alrededor del cuello. El dogo estaba habituado a los collares y, al menos en lo tocante a su obediencia, John Joseph no había mentado: no se inmutó. Su zumbido de escuadrilla despegando se redujo a la

mitad. Bostezando, buscó mejor acomodo en el sillón.

Ahora le tocaba a Cookie, que se habría dejado pegar por las orejas al techo sin manifestar la más mínima oposición. Mientras lo instalaba, Marc no le quitaba ojo a Mana, haciéndolo objeto de toda clase de delicadezas verbales, pero no sin intercalar de vez en cuando en su discurso algún insulto de verdulera. Con lo cual se divertía un poco, relajándose de paso.

Todo estaba listo.

Se sentó entre ambos perros y pulsó el primer botón. El piloto correspondiente se puso rojo. Se hizo perceptible un ligero ronroneo, procedente de detrás del tabique.

Comenzaba la increíble aventura.

En primer lugar, se trataba de analizar lo que Cookie y Mana «tenían en la cabeza», lo que se hallaba como almacenado en la materia cerebral, según dos modalidades: primera, en forma de concentraciones de ciertas especies moleculares en determinadas células cerebrales; segunda, en forma de «facilitamiento» del paso de la corriente nerviosa por los circuitos neuronales utilizados frecuentemente. Se encendieron los indicadores 1 y 4, aparecieron tres líneas luminosas de color naranja, que se alargaron, se acortaron, se volvieron a alargar, indicando que el análisis, efectuado por espectroscopia multinuclear de resonancia magnética nuclear, seguía adelante. Las ojivas de metal hacían que se concentrase en el cráneo de ambos animales un campo magnético de varios teslas; y, tras el tabique, bajo el control general del todopoderoso Umay 12, un pequeño ordenador Cray 6 levantaba en tres dimensiones una especie de minucioso mapa de la materia cerebral, donde cada tipo de molécula resonaba de determinado modo a determinadas frecuencias de radiación electromagnética, permitiendo diferenciarlas.

Tras otras varias modificaciones de longitud más o menos espasmódicas, ambas líneas naranja se estabilizaron en el mismo momento; y, en ese preciso momento, los pilotos correspondientes a los indicadores 1 y 4 se pusieron de color naranja.

Fin de la primera parte.

Los dos perros seguían tranquilos. Marc no escatimaba el azúcar. Había conseguido mantenerlos en la inmovilidad indispensable para el análisis por R.M.N. Se felicitó por ello, porque así se había ahorrado el retraso y las pequeñas dificultades que habría supuesto el hecho de tener que apelar a tranquilizantes.

Una vez encendidos los pilotos de color naranja, entraron a su vez en funcionamiento los indicadores 2 y 5, animados por dos líneas luminosas de color marrón claro, señal de que se ponía en marcha la segunda fase, la más sencilla. Electrodo situados en el interior de las abrazaderas transmitían estímulos electromagnéticos (no ya indoloros, sino apenas perceptibles: como unas ligeras cosquillas) que permitían registrar la actividad cerebral de ambos perros, para reconstituir los circuitos neuronales preferenciales de cada uno de ellos.

Marc no dejaba de acariciarlos, de hablarles, de atiborrarlos de azúcar. Cookie y Mana habían comprendido que si se quedaban quietos iban a poder disfrutar hasta la beatitud de la golosinería propia de la especie canina.

Estabilización simultánea de las dos líneas marrones, iluminación simultánea de los correspondientes pilotos.

Y desencadenamiento inmediato de la tercera fase —breve, pero más delicada que las restantes, más incierta, porque escapaba a la pura técnica, porque serviría para comprobar si la hipótesis de partida de Marc estaba bien fundamentada o, por el contrario, quedaba en el ámbito de la especulación teórica, ilusoria, demencial. Aparición de cuatro líneas azules en los indicadores 3 y 6.

Lo más importante, lo más extraordinario, lo más increíble, estaba tal vez empezando a cumplirse. Mientras el segundo imán superconductor (¿podía seguir llamándosele imán? Marc, por el momento, lo denominaba N.H.B.), regido por los dos Cray 6, continuaba ejecutando al pie de la letra el implacable programa del Umay 12, entró en acción éste, modificando radicalmente tanto las funciones de las ojivas metálicas situadas sobre el cráneo de los perros como las de las abrazaderas fijadas a sus cuellos. Si todo se cumplía según las previsiones, algo de Cookie pasaría a Mana, y algo de Mana pasaría a Cookie. Iban a intercambiar un poco de su «sustancia psíquica», de aquello que los convertía en seres irreductiblemente únicos. Era ese «irreductiblemente» lo que Marc había querido poner a prueba al concebir el nuevo aparato. Si el Umay 12 venía a ser el cerebro de la máquina en su conjunto, el N.H.B. era su alma.

Empíricamente, sin precisión ni control científico de funcionamiento, hace ya mucho tiempo que se puede captar lo que cabría llamar sustancia psíquica de un individuo —corriente nerviosa, corriente vital—: captarla, derivarla hacia fuera del individuo, algo parecido a extirpársela. Puede hacerlo un hipnotizador, hasta cierto punto y en cierto modo. Lo concebido por Marc era un aparato capaz de llevar a cabo del modo más científico posible una operación del mismo tipo: recibir y almacenar la mencionada corriente, que viene a ser la resultante bioeléctrica de todas las fuerzas que operan en los circuitos neuronales —los cuales, a su vez, son expresión de nuestra personalidad más íntima, tanto de nuestras virtualidades genéticas innatas como del conjunto de las experiencias vividas por nuestro sistema nervioso central. Semejante aparato era concebible en la teoría y realizable en la práctica, salvo por la temible complejidad de fabricación y de puesta a punto, salvo sobre todo por la necesidad de inventar antes una aleación magnética de un rendimiento inconcebible en las aleaciones ya existentes. A falta de la cual el aparato estaba condenado de antemano a la obtención de resultados de ámbito reducido y, por consiguiente, inutilizables.

La complejidad no fue impedimento para Marc. Disponía de tiempo, de talento,

de afán por conseguirlo. Tampoco pudo detenerlo el descubrimiento de la aleación. Tras un mes y medio de reflexión y cuatro de pruebas, de ensayos que abandonaba en seguida, de fracasos y semifracasos inmediatos y flagrantes, tuvo una inspiración de genio, su «eureka» particular. Un análisis informático completo de la estructura de los imanes lo condujo a poner a punto una aleación de base de neodinio-hierro-borio, materiales hasta ese momento destinados a aplicaciones más o menos secretas, por ejemplo en el campo aeroespacial. Obtuvo una aleación magnética de alto rendimiento capaz de generar una energía tres o cuatro veces superior a la de la ferrita tradicional. Tal diferencia en la cantidad traía consigo una diferencia en la calidad, en la propia naturaleza del objeto. El apelativo de imán superconductor resaltaba inadecuado, de modo que Marc se limitó a dar el nombre de N.H.B a esa pieza maestra de su psicordenador, por neodinio-hierro-borio. (Casi todos los nombres eran provisionales; se había prometido escoger las denominaciones definitivas cuando hubiera tenido éxito.)

Tuvo entonces que afrontar dos nuevos problemas técnicos de orden capital. El primero se refería a lo que Marc, que tanto tenía de filósofo como de sabio (y de artista como de filósofo) se había acostumbrado a entender por «sustancia psíquica»: algo que no era la materia, que no era tampoco el alma, que no se habría hallado presente en un espíritu puro ni en ningún dios; algo no carente de relación con esa especie de corporeidad positiva que el teólogo alemán Jakob Bohme llamaba justamente *Wesen*, sustancia, y que define al hombre, al verdadero ser. Y esta sustancia, aunque conservara, en su calidad de corriente nerviosa, una fuerza que permitía a Marc controlarla en una parte suficiente, perdía sus características específicas fuera del cerebro que la producía, la emitía, la exhalaba. Entonces quedaba en fuerza sin contenido, en corriente vacía, haciéndose inutilizable. De ahí la necesidad de una combinación original nueva, del N.H.B. y el ordenador Cray 6; combinación capaz de devolver a la corriente sus estructuras y su contenido de partida (en función, pues, del mapa cerebral alzado durante las fases 1 y 2), capaz luego de reexpedirla, así reconstituida, por las mismas vías electromagnéticas, al cerebro de un sujeto número dos —porque en tal cosa consistía el gran proyecto de Marc. Como consecuencia de todas estas maniobras diversas, se producirían pérdidas verdaderamente importantes, de modo que sólo se transmitiría una pequeña parte del «ser», que sólo circularía una imagen cerebral atenuada —pero completa.

Fue en ese punto de sus investigaciones cuando Marc dio al conjunto de su instalación el nombre de psicordenador.

El segundo problema quedó resuelto por la astucia de Marc.

Cada individuo rige su energía física del mismo modo que sus esfuerzos físicos, consumiéndola o economizándola en función de un equilibrio a mantener. Tal equilibrio es indispensable, y se ejerce de modo casi automático. Que una máquina

exterior a la persona —en este caso, el N.H.B— se hiciera cargo de la energía, acumulándola y utilizándola de conformidad con sus propias necesidades, representaba un peligro para el equilibrio cerebral, como también para ambos sujetos, el «receptor» y el «donante».

Esta última dificultad era en sí misma insuperable. Había que hacer trampas. Y a Marc se le ocurrió una solución lógica, sencilla en su principio: bastaba con que cada uno de los dos sujetos de la experiencia fuera al mismo tiempo donante y receptor, era necesario que la transferencia funcionara en ambos sentidos, era necesario que en el momento preciso en que algo de Cookie fuera hacia Mana por los tortuosos caminos del psicordenador, algo de Mana efectuara simétricamente el recorrido inverso... De ahí que Marc no hubiera podido realizar su máquina sino en forma absolutamente simétrica, para llevar a cabo su experimento según un modo de intercambio rigurosísimo, que dejaría a cada uno, por así decirlo, en su cantidad de ser original. Quedaba así eliminado todo riesgo de pérdidas y de acumulaciones perturbadoras. Durante unos instantes —tiempo de observación para el investigador—, Cookie sería Cookie menos un poco de Cookie más un poco de Mana, y el dogo experimentaría una modificación análoga.

¿Qué inconvenientes plantearía esta transferencia cuando los dos sujetos fueran el propio Marc y Michel Zyto? Ninguno. Marc estaba seguro. Al contrario, en ambos casos.

Marc dispondría, por así decirlo, de dos puestos de observación, en su cerebro y en el de Zyto. Lo cual le facilitaría el logro del objetivo que se había señalado desde el principio y que llevaba años obsesionándolo: sus facultades de observación y de comprensión del sujeto, de su memoria, de su presente, de sus proyectos, se ejercerían sin mediación alguna y, por consiguiente, sin interpretación —siempre aleatoria—. Conocería a Zyto pensamiento por pensamiento; sus pensamientos se mezclarían y, al mismo tiempo, seguirían siendo distintos, él sería el otro sin dejar de ser él, sin tratar de modificar su comportamiento durante el tiempo de la experiencia, limitándose a «ver», sencillamente.

Y vería. Sabría inmediatamente y con certeza si Michel Zyto era o no culpable de la muerte de Marie Poterjnikoff. Si tenía intención de volver a las andadas. Sabría desde dentro cómo funcionaba su asfixiante sistema psicopatológico, su prisión mental. Llegaría incluso a saber, quizá, cómo liberarlo, sin tenerse que limitar — como había hecho hasta ahora— a abrir unas cuantas bocas de aireación que, en el mejor de los supuestos, lo único que lograban era evitar la asfixia del prisionero — esa misma asfixia que en ciertas ocasiones lo había empujado a cometer actos ilusoriamente liberadores—. Durante unos cuantos minutos, sería un poco Michel Zyto: lo suficiente para verlo todo, para comprenderlo todo, quizá para cambiarlo todo.

Y Michel Zyto tendría simétricamente una experiencia parecida, cuyo carácter radicalmente nuevo e impresionante —fundirse a otros recuerdos, otros razonamientos, otros deseos que no eran los suyos— sólo podía resultarle beneficioso.

Desde luego —Marc no tuvo más remedio que repetírsele una vez más—: haría fecha en la historia de la ciencia. ¡Una de las fechas más importantes, tal vez la más importante de todas!

Las cuatro líneas azules saltaron —en exceso, y sin llegar a alargarse lo suficiente. Una agitación de mal augurio, se dijo Marc en seguida. De salmonetes arrojados vivos en una sartén. Un tembleque agónico.

¡Catástrofe! Las líneas se amontonaron a la izquierda del indicador, para luego desaparecer. Marc observó con ansiedad a los perros, espiando cualquier cambio de actitud en ellos. El éxito del experimento debía traer consigo un cambio. Libres de toda traba y de toda preocupación de orden científico, los dos perros tenían que sorprenderse ante los nuevos impulsos, las nuevas pulsiones que en ellos surgirían, cediendo, resistiéndose, agitándose... En pocas palabras: una modificación visible y neta de su comportamiento habría sido señal de éxito. Pero Cookie siguió lamiéndose una pata al modo de los gatos y Mana siguió gruñendo, con la mirada falsamente perdida. De hecho, lo que esperaba era recibir más terrones de azúcar.

Y el piloto azul seguía apagado.

Había fallado. Todo había fallado.

La primera idea que acudió al espíritu de Marc fue que ya no podría volver a hacer el amor con Marianne.

Se adueñó de él un desaliento enorme, a pesar de la esperanza de que en el fondo no todo estaba perdido.

Se recuperó. Tenía que funcionar, era indispensable que funcionara. Puede que hubiera olvidado o subestimado algún factor, puede que no hubiera tenido en cuenta... No. No se le había pasado nada por alto. Tenía que funcionar. (Se le había puesto la cara color tierra, como arrugada por la concentración.) Tenía que funcionar, pero cabía la posibilidad de que no funcionase siempre, en todas las ocasiones. Esa idea era interesante. No en todas las ocasiones, como ocurre con el hipnotismo o la prestidigitación (no, nada que ver), o como pasa con esos recuerdos que a veces se nos resisten, una palabra que tenemos en la punta de la lengua, alguna cosa así... El objeto de estudio y experimentación a que se enfrentaba el psicordenador era tan peculiar, tan tenso, tan frágil...

Había que volver a empezar, de inmediato. Si salía del laboratorio sin haberlo logrado... No se atrevía a pensarlo. La angustia acabaría con él en unos pocos meses. Nadie podría hacer nada por él. Ni siquiera Marianne. Ni Marie, ni Léonard. Nadie.

Contuvo un violento deseo de llorar. Se metió dos azucarillos en la boca y los rompió con los molares. Ambos perros estiraron el cuello, celosos, exactamente como si llevaran días e incluso semanas sin haber probado el azúcar. Marc volvió a hacer una distribución general (es decir: incluyéndose él). Si la cosa seguía así, iba a matar a sus cobayas de una manera única en toda la historia de la ciencia: por indigestión azucarada.

El segundo de los tres botones de la «cabina Cookie» permitía detener el experimento en cualquier punto. El primero, de puesta en marcha, activaba también una puesta en marcha tras haberse producido una parada. El tercero servía para volver atrás, para restituir las cosas al estado inicial por inversión pura y simple de todos los circuitos electromagnéticos, anulando los efectos del experimento —en nada de tiempo, Cookie volvería a ser Cookie y Mana, Mana.

¡Ha fallado, Dios mío!

Marc se decidió a pulsar el primer botón.

Nada. Otra vez la misma agitación, de inmediato interrumpida por las cuatro líneas azules.

El sudor de su frente seguía la línea de las cejas, le bajaba por el rostro, se acumulaba en gotas por encima de las mejillas.

Volvió a apretar el botón.

En ese momento, retumbó un trueno formidable —como Marc no lo había oído más que en la montaña, y que hacía suponer que el rayo no debía de haber caído demasiado lejos—, un crujido corto y desgarrador. Los dos perros se pusieron rígidos, tiesos de espanto, empezaron a temblar, con el pelo erizado; pero en seguida se calmaron. También Marc se había sobresaltado.

Rápido, terrones.

Su mirada no se apartaba del indicador número tres. Las líneas se estiraron, se acortaron, buscaron su sitio —lo encontraron.

Se iluminó el piloto azul.

Marc creyó que iba a desmayarse.

Lo había logrado.

Obtuvo casi inmediata confirmación al colocar los azucarillos en la boca de los perros. ¿Por qué? Porque Cookie —fenómeno como para entusiasmarse, pero también algo inquietante—, tras recibir el azúcar, emitió un gruñido poco amable, él que seguramente no había gruñido en toda su corta existencia. Y no miró a Marc exactamente con la misma bondad, la misma gratitud que antes. ¡Era verdad, estaba sucediendo! En cuanto a Mana, el cambio fue todavía más claro: el medio monstruo liso, blanco y rojizo perdió durante unos momentos su desprecio por el mundo que lo rodeaba. Alargó una pata hacia Marc, en actitud tímida, con los ojos resplandecientes de ternura, de sorpresa, de atento cariño, en lugar de su mímica «cara de pocos amigos» habitual.

Los cambios fueron atenuándose a continuación, pero incontestablemente los perros seguían siendo distintos.

Marc inhaló aire varias veces seguidas y se enjugó mediante un rápido gesto el sudor que le inundaba el rostro. Ha salido bien. Ha salido bien. Pero ¿por qué? ¿Algún fenómeno eléctrico en el aire, debido a la tormenta? Por supuesto que no.

Rechazo de inmediato esta idea propia de otras edades, aunque le hubiera pasado por la mente. Por el contrario, el terror, el choque provocado por ese terrible trueno, quizá hubiera aportado su contribución, simplona pero eficaz, al refinado funcionamiento de los aparatos, Umay 12, Cray 6, imán superconductor, N.H.B. Una emoción fuerte, el miedo, acaso hubiera despolarizado las neuronas (tal fue la hipótesis de Marc), permeabilizando sus membranas, dando lugar a una mejor circulación y asimilación de la corriente nerviosa, poniendo su granito de arena, último y decisivo —trivial, comparado con la complejidad de la instalación en su conjunto—, indispensable para el logro de la transferencia, del intercambio.

Marc, exaltado, con el corazón latiéndole hasta hacer daño, pulsó el tercer botón. El psicordenador recuperó fácilmente en sus circuitos lo que tan bien había sabido captar y reestructurar —como domesticar—, y devolvió a cada uno lo suyo. A renglón seguido se apagó el piloto azul y los perros volvieron a la «normalidad». Qué prodigio. Marc hubo de contener una risa nerviosa. En seguida presionó el segundo botón, para que el aparato volviera a ponerse en marcha, relanzando la última fase.

Idénticos temblores de fracaso en las líneas azules. Nada. No volvía a pasar nada más. ¿Y si no conseguía repetirlo... ? Claro que lo conseguiría. Confiaba en su hipótesis.

Un terror, una emoción fuerte. ¿Desempeñaría el mismo papel un dolor físico? Dio a cada uno de sus cómplices, tan obedientes, dos terrones de azúcar y se precipitó hacia la sala de aparatos.

Por primera vez desde el comienzo de sus actividades, ante el hecho de que lo increíble acababa de suceder, Marc se sintió impresionado por su psicordenador, por toda la serie de aparatos ronroneantes, humeantes, relucientes, que de pronto se convirtieron en un misterio a sus propios ojos.

Toqueteó los hilos. Sólo había que hacer una conexión, que cualquier electricista habría tenido resuelta en un periquete. Marc llevó a cabo la tarea y regresó rápidamente junto a Cookie y Mana.

Vuelta a poner en marcha. Tercera fase. Pero esta vez el botón también desencadenó una descarga eléctrica en el cuello de los perros, por mediación de la abrazadera, mientras duró la tercera fase. Una descarga dolorosa, pero soportable — Marc y Zyto tendrían que soportarla—, una breve ráfaga de dolor, que...

¡Hecho!... que produjo el mismo efecto que el trueno anterior, como Marc había supuesto, esperado, previsto. Hecho, y repetible a voluntad. Una emoción violenta homologaba los cerebros de ambos sujetos, haciéndolos, por así decirlo, semejantes. Por otra parte, Marc ya había escrito en cierta ocasión un artículo en que planteaba la posibilidad de dicho fenómeno. Por casualidad, vio en la tele la retransmisión de un concierto de música rock. La odiaba, pero le llamaron la atención los jóvenes de las primeras filas de butacas, que aullaban fascinados, hipnotizados, con los ojos fuera de

las órbitas y fijos en sus ídolos. En ese preciso momento, escribió Marc luego, sus cerebros eran teóricamente intercambiables. Los *fans* ni siquiera se darían cuenta.

Dolor, emoción, pasión fuerte. O la risa. La risa floja, la verdadera, la que invade totalmente el campo de conciencia y durante un tiempo unifica a dos o más individuos. En su excitación, Marc imaginó la escena: Zyto y él pasándose películas cómicas, desternillándose de risa, mientras el psicordenador aprovechaba para intercambiarles el cerebro a su gusto y manera.

Estaba enfermo de excitación, de alegría, de impaciencia.

Dio a los perros toda el azúcar que le quedaba en los bolsillos.

Luego, de pronto, se calmó. Volvió a pulsar el tercer botón. Soltó a los dos animales. Fue a la nevera y se bebió sin respirar más de media botella de gaseosa. Lo invadió una especie de serenidad.

Algo importante, algo esencial, acababa de cambiar, no sólo para él, sino también para el resto del mundo.

Calle Longue, en Neuilly. Dejó a Mana en un hotel para perros, inconcebiblemente lujoso, un cuatro estrellas de su género. Pidió al director —un individuo con las orejas asimétricas y arrebujadas, unas orejas de bastardo— que dedicara al dogo los más especiales cuidados y los mejores mimos. Muy pronto, fotógrafos procedentes de las cuatro esquinas del planeta acudirían con la pretensión de fotografiar a Cookie y Mana.

Sin salir de Neuilly, en una repostería-tienda de alimentación que conocía de antes, se compró un sándwich de pescado (filete de gallo) con mayonesa de la casa, y lo devoró con mucho apetito.

Jamón para Cookie.

Acariciando a Cookie, que iba apretado contra su muslo, y contándole un montón de historietas —el motor del Terrano le alegraba a uno el oído con su perfecta regularidad—, Marc emprendió el regreso a su casa, en el camino del Herrador, a seis kilómetros del centro de Versalles.

De pronto le había entrado la prisa por ver a su mujer y a su hijo.

—¿Un huésped? —dijo Léonard, haciéndose el ingenuo.

—Un *westie*, listillo. *Westie*, w, e, s, t, i, e.

—Y ¿por qué te lo has traído del laboratorio?

—Como regalo de cumpleaños para Marie-Thérèse.

Marc apretó a su hijo contra sí, le acarició el pelo, le dio un leve puñetazo en el hombro, un golpecito en el trasero, la tomó otra vez con el pelo, ahora para revolvérselo. Estaba más excitado que Léonard en sus grandes momentos de excitación.

Cookie aguardaba pacientemente su turno, y éste llegó. Mientras Marc colgaba la chaqueta del traje, Léonard se puso en cuclillas y le acarició la espalda al perro, suavemente, sin más. Pero Cookie era la bondad hecha perro. Dando la impresión de haber recibido mucho más de lo que merecía, movió la cola y tendió el hocico en dirección a Léonard. Éste volvió a enderezarse.

—¿No te has asustado con la tormenta? —preguntó Marc.

—No, al contrario, estuvo muy bien. Faltó poco para que nos pillara: acabábamos de volver de casa de Martial.

Iba a contar lo del *flipper* cuando Marie llegó al vestíbulo. El perro volvió la cabeza hacia la nueva persona. ¡Vaya día, vaya diíta! Eran todos muy amables, pero ¿faltaba mucho para que lo devolvieran a su casa, con su dueña?

Marie miró al perro, luego a Léonard, luego a Marc.

—Se llama Cookie —dijo Léonard—. Es un *huésped*.

—¿El verdugo se trae a casa a sus víctimas? —dijo Marie, mientras besaba a Marc.

Marc sentía deseos de aullar «¡Lo he logrado, lo he logrado!», pero optó por esperar hasta después del «verdadero» experimento. Prefería ir hasta el final. Era una decisión que tenía tomada desde el día en que dio comienzo a sus actividades.

No le desagradaba guardarse para él solo, durante unas horas más, su secreto y su alegría.

—¡No sabes de qué estás hablando! A Cookie le encantó atravesar por entre los campos magnéticos. Los teslas nunca han hecho daño a nadie. Esta joya se convirtió en el niño mimado del laboratorio. ¿Verdad, Cookie? Se acabaron los trabajos especiales para Cookie.

Marc hizo mención de su visita a Germaine Halbronn, sin precisar la fecha.

—Si lo metiéramos en una perrera se sentiría desgraciadísimo. De modo que he estado buscando una solución y me parece que la he encontrado. ¿Lo adivinas?

—Regalárselo a Marie-Thérèse —dijo ella, sin vacilar.

—Muy bien. ¿Qué te parece? Un *westie* que apenas si ha cumplido el año. Es

exactamente lo que ella quiere, ¿no?

—¿Por qué no? —dijo Marie, volviéndose a poner en pie—. Un sombrero y un perro. No está mal, para un cumpleaños.

—A ver si no se equivoca —dijo Léonard.

—¿Por qué? —preguntó Marie.

—Con el huésped y el sombrero lleno de pelos. A ver si no se equivoca y se pone a Cookie en la cabeza y le da de comer al sombrero.

Marc y Marie sonrieron. En lo tocante a bromas y juegos de palabras, Marc era digno heredero de su padre.

—No te burles de Marie-Thérèse —dijo Marie—. Ella te quiere mucho. Los dos te quieren mucho.

—Yo también los quiero a ellos —dijo Léonard, muy serio—. ¡No sabes las ganas que tengo de volverlos a ver! ¿Por qué no comemos en seguida y nos vamos a su casa?

Marc miró inquisidoramente a su mujer.

—Es que hoy los quiere más que de costumbre —dijo—. Figúrate que Martial ha comprado un viejo *flipper*, uno de los primeros que hubo en Francia. Está como nuevo, en perfecto estado de funcionamiento. Esta tarde, Léonard se dio una verdadera panzada de jugar, como dice mi madre. Y no me gustaría equivocarme, pero me parece que esta tarde también abriga la intención de meterse unas cuantas partidas en el cuerpo. ¿A que sí, Léonard?

—Sí, mamáaa. Unos cuantoscientos de partiditas.

Había adquirido la costumbre de alargar la a final de mamá, arrastrándola todo lo posible.

Marie le dio un beso en la frente, acarició de pasada a Cookie y se fue a terminar de preparar la cena.

—¿Le doy un terrón de azúcar? —preguntó Léonard.

—No, déjate de azúcar —dijo su padre, con alguna severidad.

Mañana se lo propondría a Zyto. Y Zyto diría que sí. Lo que a continuación iba a ocurrir sería increíble. Por superstición, a Marc le daba miedo imaginárselo. Miedo de estar soñando despierto. Aunque, desde luego, esta tarde no había soñado, ¡vaya que no! Alargó el brazo para tocar a Cookie, acurrucado junto a él en el sofá. Qué importaban los pelos en el sofá. El sofá siempre había estado prohibido a Bebé, lo mismo que las camas.

Marc se dio cuenta de que no había escuchado nada en absoluto de *La Frescobalda* de Frescobaldi. Retrocedió por el disco compacto con la ayuda del telemando. Las primeras notas de la primera de las cinco partes de *La Frescobalda* volvieron a resonar. Además de lo que habitualmente le gustaba, le ocurría con mucha regularidad quedarse prendado de algún fragmento musical descubierto más o

menos por casualidad y que a continuación escuchaba todos los días, en cuanto regresaba del trabajo. Era un rito. Marie se burlaba un poco de él, y le preguntaba que cuál era el «disco del mes». De hecho, la duración media de tales amoríos venía a ser de un mes. Luego se le pasaba casi por completo, por no decir del todo, aunque siempre existiera la posibilidad de alguna recaída.

En estos días estaba escuchando mucho el *Aria* llamada *La Frescobalda*, de Girolamo Frescobaldi, tocada al clavicordio por Rafael Puyana. Una de las cosas que más lamentaba Marc era no haber estudiado nunca música. Sus padres no fueron melómanos. Tan grande era la insensibilidad de su padre para la música, que llegaba a constituir rareza. Y Marc se temía mucho que Léonard siguiera ese mismo camino, al menos en lo tocante a la música clásica.

Bebió un poco de refresco de menta.

A pesar de la hora, el cielo manchado de rojo aún era muy visible desde el ventanal. ¡Qué tempestad! No se le quitaba de la cabeza. ¡Tempestad providencial, bendito relámpago!

Oyó los pasos precipitados de Léonard por la escalera de madera.

Había vuelto a perder el hilo del *Aria*. Pero no puso de nuevo el principio.

Había momentos en que sentía un júbilo interior tan fuerte, que casi lo aterrorizaba. Mañana, mañana...

La puerta del cuarto de estar se abrió con suavidad. Cookie levantó las orejas. Entró Léonard. Marc había dejado la mano derecha en el cuello del perro, mientras lo rascaba en un movimiento ininterrumpido. El perro estaba encantado. Y Léonard, bueno, un poco celoso. Se sentó junto a su padre y se apretó contra él.

—¿Qué es eso de tesla?

Marc pensó automáticamente: producción de un flujo de 1 weber en 1 m<sup>2</sup> por inducción uniforme.

—Un tesla, querido enano, es la unidad de medida de los campos magnéticos. Mide lo que sucede en un campo magnético, ante un imán. Una unidad de medida. Igual que los litros sirven para medir el agua. O los kilos pesan las patatas.

—Es un nombre muy gracioso, tesla.

—Es el nombre de un físico, de un sabio yugoslavo, Nicolas Tesla, que inventó un montón de cosas. Por eso tomaron su nombre para ponérselo a una cosa importante, en homenaje.

—Vale, vale. ¿Y hubo también un señor Kilo?

Fin de la *Corrente*, última pieza del *Aria*.

Marc paró todo, soltó a Cookie, abrazó a su hijo.

—¿Me acompañas al sótano? —dijo de pronto Léonard.

—Sí, claro. ¿Para qué?

—Necesito los guantes de cuero. Los viejos, ¿sabes?

—¿Aquellos tan usados?

—Sí. Son para jugar al *flipper*, dentro de un rato.

—Tienes razón, te irán muy bien esos guantes. Estarás hecho un *uau* de la cabeza a los pies.

No era un chiste nuevo entre ellos, pero siempre producía su pequeño efecto.

—¿Quieres que vaya a buscarlos y que te los traiga? —preguntó Marc.

—No, no, voy yo contigo.

El sofá silbó cuando se levantaron ambos al mismo tiempo. Pasaron al vestíbulo. Marc abrió una puerta que daba a una escalera. Espiaba a Léonard con el rabillo del ojo. Lo encontraba más ansioso que de costumbre.

De muy pequeño, Léonard logró la hazaña de encerrarse con llave en el sótano. Su madre no tardó mucho en encontrarlo, pero pasó solo en la oscuridad unos minutos de miedo pánico, aullando y golpeándose contra las paredes, incapaz de dar vuelta a la llave, de encontrar el interruptor de la luz.

Unos minutos de pesadilla que le habían dejado huella.

A partir de entonces, la puerta del sótano se mantenía siempre abierta. Y además de la llave que colgaba en el vestíbulo, junto a las restantes llaves, había otra disimulada abajo, en un escondite que sólo Léonard y su padre conocían: si daba la mala suerte de que los vampiros encontraban el modo de dejarlos encerrados, siempre podrían escapar.

A Léonard todo se le volvía hablar de vampiros en cuanto bajaban al sótano. Contaba, o se contaba, un auténtico surtido de aventuras en las que siempre acababa por imponerse a los mencionados vampiros. Marc no le llevaba la contraria. Pensaba que esos miedos antiguos, agazapados bajo la piel de Léonard, acabarían por diluirse en sus ficciones infantiles. Léonard había descubierto de modo espontáneo un procedimiento para calmar esos miedos, dominarlos, para luchar contra algo que, a fin de cuentas, constituía un pequeño traumatismo psíquico. Y era un procedimiento digno de todo respeto.

De modo que Marc le seguía el juego.

La llave estaba metida en una caja de cartón y en otra caja había unas podaderas, por si era menester cortar alguna atadura. Lo más importante era que Marc, con ayuda de Léonard, había inventado una fórmula mágica, sólo por ellos conocida: «vaku cipaldesa terunca», que provocaba un miedo especial en los vampiros, poniéndolos en fuga de modo impenable.

Pequeñas estratagemas que habían dado su fruto, tranquilizando a Léonard. Hasta el día, se anunciaba Marc, en que también deje de creer en los vampiros.

Marc, tras encender la luz, bajó por delante, silbando unos compases de *La Frescobalda*. Léonard lo siguió.

—Se van a enterar todos esos vampiros que hay escondidos en los rincones.

Vaku, cipaldesa, terunca...

Marc, dejando de silbar, lo respaldó:

—Van a arrepentirse de haber elegido Versalles para celebrar su asamblea general —dijo—. Van a tener que correr a la desbandada, como las hormigas.

Entraron en el sótano, limpio, bien iluminado, casi vacío. A lo largo de las paredes, a diestra y siniestra, había cajas de cartón llenas de juguetes o libros. Contra la pared de la izquierda había un mueble viejo, con las planchas de madera reventadas por varios sitios, y lleno de ropa desechada. Era todo. Marc se había esforzado en que el sitio resultara lo menos terrorífico posible.

La llave de la puerta se encontraba en la primera caja de cartón, según se entraba, debajo de unos juguetes. Las podaderas (tres: grandes, medianas, pequeñas, adquiridas por Marc en una época en que estuvo convencido de que se iba a ocupar del jardín), dos cajas más adelante, también debajo de juguetes. Pasados otras dos cajas se llegaba al mueble viejo, del que Marc sacó unos guantes usadísimos.

Se los tendió a Léonard.

Léonard ya no manifestaba el menor síntoma de inquietud.

—¿Cómo? —dijo Marc—. Jabato con chucrú y...

—Y bayas de enebro. Exactamente —dijo Marie—. Treinta y seis minutos de cocción en la olla a presión. Ha sido duro. (Pasó a la burla ligera:) Va a estar delicioso, con bien de frescos de menta.

Los refrescos eran la bebida preferida de Marc. Simple gaseosa, o menta dosificada con un celo maniático.

—¿Te va a gustar esto, huésped? —dijo Léonard, levantándose un poco de la silla para poder examinar el contenido del plato.

Cookie no ponía reparos al nombre nuevo que le estaba dando el chico. Se aproximó y empezó a hacerle fiestas.

—No lo llames huésped —dijo Marc, con cierta sequedad.

Léonard no se dio cuenta de nada, pero sí Marie.

—Qué más le dará— dijo Léonard.

—Sí, es cierto, que más le dará —dijo Marc, suavemente, sorprendido de sí mismo, por ese acceso de mal humor.

Marie volvió a ajustar la tapa de la olla a presión.

—Así no se enfría —dijo.

Empezaron con una ensalada con torreznos.

Cenaban en la cocina, blanca, espaciosa, reluciente. Habían acabado por preferirla al comedor cuando no tenían invitados, es decir: la mayor parte del tiempo.

A Marie le gustaba cocinar. (Ésa era una de las razones de que los Lacroix no tuviesen una muchacha interna.) Rara vez se atenía a las recetas compiladas en sus diversos libros. Inventaba, improvisaba. Esta noche, por ejemplo, las bayas de enebro

y los pimientos eran aportación personal.

—¿Te gusta? —le preguntó a Marc.

Marc, distraído, no respondió inmediatamente.

—¡Eh, papá! ¿Te gusta? —dijo Léonard, que estaba comiendo a dos carrillos.

Sí, le gustaba, le encantaba. Les sonrió de manera extraña. Después del experimento, se había quedado traspuesto. Marie se dijo que seguramente estaría preocupado, por culpa de aquella radiografía que acababa de hacerse. Le vinieron unas ganas muy grandes de apretarlo en sus brazos.

Cookie había decidido echar una cabezadita. El huésped está durmiendo a pata suelta, declaró Léonard, a los postres.

El pelo de Marie, soltándose de la cinta que lo mantuvo recogido mientras se duchaba, le cubrió los hombros.

Marc estaba convencido de haber oído a su mujer haciendo algo en la habitación de Léonard. Lo sorprendió encontrársela en el cuarto de baño, acabando de secarse, frotándose las hermosas piernas con la toalla. Estuvo a punto de excusarse y, en cierto modo, lo hizo:

—Creí que estabas en el cuarto de Léonard.

Marie se aproximó a él y le dio un beso en la mejilla, sin decir nada. Olía a jabón bueno, sencillamente. Antes de salir del cuarto de baño abrió un cofre minúsculo, con cerradura de combinación, disimulado al fondo del botiquín. Sacó de él un collar de ámbar. Tenía pocas joyas. No la volvían loca las joyas, como tampoco los trapos excéntricos.

Marc la miró sin dejar de pensar en su experimento, en su magnífico experimento. Mañana. Luego, se dijo, todo irá bien. Con Marie, con Marianne, con el mundo entero.

—¿Estás preocupado por lo de la radiografía? —dijo Marie, tras un momento de vacilación.

—No, cariño, en absoluto. No es seguro que evolucione. Y la evolución puede ser muy lenta. Es un riesgo lejano. En esas mismas estamos todos, ¿no?

—De acuerdo —dijo Marie, con una sonrisa—. Bien dicho. Te lo racionalizas estupendamente.

—Por cierto, se me había olvidado, hablando de Cédric. Pasado mañana cena con un nuevo cirujano otorrinolaringólogo de Lariboisière, que acaba de instalarse en Versalles. Les he propuesto que pasaran antes por aquí, para tomarnos un aperitivo.

—Muy bien. Aperitivo para Cédric, pasado mañana.

«Pasado mañana, ¿habré ya comunicado al mundo el resultado de mi experimento?», se preguntó Marc. «Quizá. Seguramente. Cédric se va a volver loco.»

Marie señaló la toalla que acababa de utilizar.

—No me gusta esa toalla marrón. Creo que la única que me gusta es la azul, la

grande.

—Tu problema es elemental, cariño mío. Te regalaré una docena de toallotas azules, y tiraré a la basura todas las demás.

—Buena idea —dijo ella.

Marie salió, dándole otro beso al pasar: un beso que nada pedía, un beso que no significaba sino «no te preocupes, que me tienes a tu lado».

Bajó.

Marc se afeitó, como siempre que salían a última hora, porque le crecía muy deprisa la barba, se duchó, se mudó de ropa interior y de camisa.

Después, desde su habitación, hizo una rápida llamada telefónica a Marianne.

—Sólo decirte que te quiero y que pienso en ti sin parar.

—Yo también —dijo ella.

—Te vuelvo a llamar muy pronto, y nos vemos.

«Después del experimento», se dijo. También ella se iba a volver loca. Y Marie. Y Léonard. Y Germaine Halbronn. Y sus suegros, sus colegas, todo el mundo. La locura. ¡El mundo entero caería presa de la locura!

Tras pensárselo un momento, llamó a Germaine Halbronn. La ancianita le pareció un poco tristonza, pero no hundida. Le dio las mejores noticias de Cookie, dijo que volvería a llamarla y que no pasaría mucho tiempo antes de que se vieran de nuevo.

Luego se dirigió a la planta baja. Léonard miraba la tele. Marie hojeaba un libro, una biografía del compositor Adrian Leverkühn que había empezado el día antes. También ella tenía sus apasionamientos musicales. En estos últimos días tocaba Adrian Leverkühn.

Se había puesto un vestido negro y una chaqueta roja.

Cerró el libro, se levantó.

—¿Vamos?

Cookie meneó la cola. Léonard apagó el televisor. ¡Clic! Y, dirigiéndose al perro:

—¡Venga! ¡Vamos a casa de los Flipper!

Encontraron a Marie-Thérèse Cazanvielh hablando por teléfono. Parloteaba sin cesar, apuntando una cita con una mano mientras con la otra sujetaba, al mismo tiempo, el cigarrillo y el aparato, componiéndoselas para escribir, fumar, hablar y dirigirles — sobre todo cuando vio al *westie*— toda una serie de mímicas, de señales de ¡oh! y de ¡ah! no por silenciosas menos eficaces.

Marie-Thérèse era una mujer alta, rubia, delgada, casi elegante, casi guapa. Poco le habría faltado para poder ser modelo. A ese respecto solía decir que si ella hubiese querido...

Se quedó encantada con Cookie. Nada habría podido gustarle más. Nunca se habría decidido por sí misma, no en este momento, pero, mira, ya que le caía del cielo... Una maravilla. Dio las gracias a todos, con sus correspondientes besos. Estaba emocionada de veras. Iría al veterinario, se informaría acerca de los *westies*, de su alimentación, sus enfermedades, particularidades.

Marc y su mujer se miraron en el mismo momento: sí, el regalo había sido una buena idea —parecían decirse—, y en su interior se alegraron de todo corazón por Marie-Thérèse.

Que ya tenía a Cookie apretado contra el pecho, y que no lo soltaría en toda la velada.

En cuanto al sombrero, que se probó con cierta timidez y que habría resultado ridículo en la cabeza de cualquier otra mujer, a ella le quedaba bien, tal como Marie había previsto.

Marc comprendía muy bien que un hombre como Martial se hubiera sentido atraído por una mujer como Marie-Thérèse. Pero también comprendía muy bien que ese mismo Martial se interesara en un tesoro como Marie. Conseguir a las dos habría constituido una buena hazaña para él, pensó Marc, tontamente, y llamándose tonto. Pero Martial nunca había conseguido a Marie, ni la conseguiría. No: Marc podía estar completamente tranquilo al respecto, a pesar de la intimidad existente entre Marie y Martial. Ella jamás lo engañaría.

Martial, que ahora volvía a ver por primera vez a Marie, tras sus maniobras y su declaración implícita de aquella tarde, no estaba lejos, para desgracia suya, de hallarse en idéntico convencimiento.

Subieron todos al primer piso, a rendir pleitesía al *flipper*. Léonard, con cómica naturalidad, se sacó del bolsillo los guantes de pordiosero e inmediatamente puso manos a la obra.

Marie-Thérèse y Marie charlaban de sus cosas. Martial y Marc terminaron una partida de ajedrez iniciada tres semanas antes. Ganó Martial. Siempre ganaba. Dedicaba un mínimo de dos horas diarias a la práctica del ajedrez, resolviendo

problemas y estudiando partidas famosas.

Se bebieron una botella de champán entre los cuatro.

A eso de las once, Cookie, sin previo aviso, se puso a gemir y llorar. La cosa duró diez minutos. Seguramente, empezaba a darse cuenta de que nunca volvería a ver a su anciana y adorable dueña. Marc y Marie-Thérèse se esforzaron en tranquilizarlo, pero sin lograrlo del todo.

Algo más tarde se les unió Léonard. Agotado, sudoroso, se dejó caer en un sillón y se durmió.

A las doce de la noche lo despertó su madre, dándole besos en la frente. Todos desearon feliz cumpleaños a Marie-Thérèse.

Luego, los Lacroix se marcharon.

—Hasta la vista, huésped —dijo Léonard antes de subir al Nissan Terrano.

Cookie tenía los ojos un poco tristes, pero se estaba quietecito en brazos de Marie-Thérèse.

En casa, en el camino del Herrador, ocurrió un incidente que contrarió mucho a Marc y Marie. Léonard hizo una idiotez que no lo habrían creído capaz de cometer.

Estaba arriba, preparándose para irse a dormir. Sus padres charlaban abajo, en el sofá, escuchando a poco volumen el concierto para violín de Leverkühn. Comentaban la velada. Marc estaba agotado y tampoco le gustaba gran cosa la música de Leverkühn, de modo que subieron poco después que Léonard.

Al llegar al piso de arriba, Marie se dio cuenta inmediatamente de que la puerta de su dormitorio, entreabierta, dejaba pasar un poco de luz. Por si acaso, lanzó el tradicional «¡Ya!», segura de que el no menos tradicional «¡Ya mismo! ¡Ya!» de Léonard no llegaría a producirse. No le parecía que el niño estuviese en su propio cuarto, sino en el de ellos, y no resultaba difícil adivinar que estaba entretenido en alguna actividad no muy santa.

En efecto, no hubo «¡Ya mismo! ¡Ya!» como respuesta. Pero Léonard apareció en el umbral del cuarto de sus padres, rojo de excitación.

Llevaba una pistola.

En su sobresalto, ni siquiera había tenido la presencia de ánimo suficiente para volverla a poner en su sitio, o por lo menos para dejarla en cualquier parte antes de salir, en vez de presentarse ante sus padres con el objeto del delito en la mano. ¡Tenía un aire tan cariacontecido! Su torpeza, aumentada por la ingenuidad, hizo que lo perdonaran de inmediato —aunque le echaran un poco de bronca, por cumplir.

Marie, más que nada, se asustó. El arma utilizaba cartuchos de salvas y el cañón llevaba una leva fija de obstrucción, pero siempre puede pasar algo, y las balas, aunque no mataran, podían causar heridas, producir pequeñas lesiones, sobre todo a corta distancia. Era una pistola de alarma de muy buena calidad, copia exacta del modelo suizo de 6 mm SIG P2 10. Cargador de ocho proyectiles.

Hacía un año que Martial se la había regalado a Marc. Léonard nunca la había visto.

Por lo general la tenían escondida debajo de los pañuelos, en el cajón interior del enorme armario rústico. El cajón estaba cerrado con llave y la llave se encontraba, entre otros objetos, en la mesa de noche de Marc.

No dijo nada, pero a Marie le pareció muy bien que Marc mintiera al niño, diciéndole que la pistola disparaba balas de verdad. Además, Marc decidió en seguida que lo mejor era esconder el arma en el cofre del cuarto de baño. No resultaría muy práctico en caso de urgencia, pero era más seguro para Léonard, radicalmente seguro. Y no iba a haber ninguna urgencia: si un ladrón llegaba a forzar la puerta de la casa, antes de que alcanzara el primer piso les daría tiempo de disponer en el amplio pasillo toda una batería de cañones en orden de combate. O eso dijo Marc, para cerrar el incidente con una broma.

Algo más tarde se hallaban en la cama, con todas las luces apagadas. Marc se acercó a Marie. Le acarició la cadera, el sexo, el vientre, los hombros, sin hacer alto en ningún sitio, hasta llegar a la mejilla, donde su mano se detuvo. No pretendía pasar de ahí. Pero aquella noche le hacían falta los gestos, el contacto. Marie no respondió con ningún gesto preciso: se limitó a abrazarse a su marido, encajándose a él en postura de dormir.

Marc escuchaba su respiración. También él tenía mucho sueño. Era consciente de que iba a dormirse sin ninguna dificultad, en contra de lo que había temido. Dijo, en voz muy queda:

—Lo que me molesta un poco no es que haya hecho una estupidez. Menos mal que hace alguna de vez en cuando. Lo que me fastidia es el modo de llevar adelante la ocurrencia, la mala ocurrencia. Imagínate la tenacidad que hace falta para andar registrando, encontrar la llave, probar la...

—Son esos guantes de gamberro —dijo Marie, en un suspiro.

—¿Los guantes?

—Los guantes lo han hecho sentirse gamberro. No te preocupes tanto, Marc, y duérmete.

Se ablandó la mano que tenía puesta en la espalda de Marc.

Él sonrió en la oscuridad. Marie era formidable. Todo el mundo era formidable.

¡Mañana! ¡Mañana!

Tarareó mentalmente unos cuantos trozos de *La Frescobalda*.

Le habría gustado que Marc sintiese interés por la música; que se hiciera músico. Qué se le iba a hacer. Una vez más, lo lamentó.

Tuvo un último pensamiento para Cookie antes de quedarse dormido, de pronto.

El *Presto* de *El verano* de Vivaldi caía como un alud por los cuatro altavoces del Nissan Terrano. Era impresionante, pero hacía casi imposible la conversación, y Marc tuvo que bajar el volumen.

Michel Zyto llevaba (igual que Léonard, el día anterior, pensó Marc) una camisa azul claro y un pantalón azul oscuro. También llevaba una chaqueta negra ligera, muy a tono con el azul de la restante ropa y con el castaño del pelo.

Zyto había pasado buena noche. Ni pizca de dolor en la garganta, ni la más mínima molestia. Estaba feliz con el buen tiempo que hacía, con el paseo, con la música del coche, con la compañía y con la confianza de que lo hacía objeto el doctor Lacroix. Marc. ¡Cuánto le habría gustado poderlo llamar por su nombre de pila, y que Marc lo llamara a él Michel! Tal vez después del experimento, que iba a convertirlo en una especie de colaborador del doctor. Eso, al menos, era lo que le había dicho Marc. No cobaya, sino colaborador.

No había motivo alguno para negarse. Y todos los motivos del mundo para aceptar.

Marc había tomado por los muelles del Sena, por gusto. Perlongaban el río a toda velocidad. Desfilaban los puentes, uno tras otro. El Sena iba alto: no era aquél un año seco. Michel Zyto devoraba con los ojos el río, la gente, los árboles.

El sol le calentaba la mejilla derecha. Era agradable.

El experimento. Nada que perder y todo que ganar. Con ayuda de Marc, se había metido en una empresa emocionante, de conquista de sí mismo. Algún día saldría libre de Stéphen-Mornay, con verdadera libertad. Y Marc seguiría cuidándolo. Tenía su promesa en dicho sentido.

Se arrellanó cómodamente en los gruesos asientos del Nissan Terrano y volvió a plantear la única cuestión que lo tenía un poco preocupado:

—¿Está usted completamente seguro de que no corro ningún peligro? ¿Ninguno? ¿Seguro?

—Seguro —dijo Marc—. Su organismo correrá menos riesgo que cuando se sienta usted demasiado cerca del televisor. Ni siquiera hay que tomar ninguna clase de medicamento. ¿Sigue usted con el Maktarin?

—Sí, por supuesto.

—El único problema posible sería si se fuera la luz. Pero también está excluido, porque el grupo electrógeno se haría inmediatamente cargo de la situación. Comprenderá usted que si hubiera algún peligro...

Se interrumpió. Zyto terminó la frase por él:

—¿No se sometería usted mismo al experimento?

Los altavoces reproducían el *Presto* a bajo volumen. Parecía como si el coche

fuese flotando en la música.

Marc sonrió.

—Puede que a mí mismo sí; pero no a usted.

Zyto también sonrió, con esa sonrisa encantadora que se le quedaba prendida en el rostro durante unos cuantos segundos de más. Marc añadió:

—No es solamente que no haya peligro, sino que, como ya le he dicho, espero ciertas consecuencias de orden positivo para usted, en el plano psicológico. Durante unos cuantos minutos, tendrá plena certeza de que se puede ser diferente de lo que usted es. Lo importante es que no alcanzará esa certeza por la vía racional. Ni por la vía racional, ni por esa sacudida emocional tan ligera que tal vez se ponga en marcha, a veces, durante nuestras entrevistas. Lo sabrá usted por experiencia radical, real, siendo de veras otra persona.

Marc añadió una especie de chiste:

—Todo ello, por supuesto, dando por sentado que haya tanta diferencia entre usted y yo. En fin... Usted mismo se dará cuenta, porque va a saber de mí tanto como yo de usted.

—¿Le molesta?

«A mí, en absoluto», pensó Zyto, emocionado y encantado ante la posibilidad de identificarse de veras con el hombre a quien más admiraba y envidiaba en el mundo, con el hombre a quien más amaba, con el doctor Marc Lacroix.

—No —contestó Marc.

A pesar de que la suya había sido una noche corta (había dormido tres horas, muy profundamente, pero luego se despertó y no logró volver a conciliar el sueño), se sentía mejor dispuesto y más relajado que el día anterior. Porque estaba seguro del éxito, y traspasado de felicidad ante la perspectiva. Y porque Michel Zyto, otra paradoja, ejercía en él una influencia apaciguadora.

Pensó con mucha intensidad en Marianne, en el momento en que volverían a hacer el amor. La llamaría esta misma noche, o mañana por la mañana. Durante la noche no resultaría muy cómodo. Luego se acordó de Hugues d'Oléons. Al excelentísimo d'Oléons le harían daño, mucho daño, los tapujos de Marc. Por no mencionar el carácter ilegal de la empresa, que le resultaría irritante. Pero Marc sabría explicarle, de modo que no le guardase rencor. Hugues tenía un corazón de oro y era un hombre sencillo y recto, como Marc había conocido pocos.

Al término del itinerario, que, a pesar de su fantasioso trazado, apenas si les había hecho perder tiempo y, de paso, les había permitido saborear la belleza de París, Marc y Zyto llegaron a la Puerta Maillot.

El cielo estaba despejado.

—Hoy no habrá tormenta —dijo Marc—. Ya me lo advirtió la señorita André.

—¿La señorita André?

—Sí. Cuando le duele entre los omoplatos, es que va a haber tormenta. Voy a tener que felicitarla por lo de ayer, porque la verdad es que no se equivocó.

—Me encantan las grandes tormentas —dijo Zyto—. ¿Le importa que pongamos otra vez... ?

Tendía la mano en dirección a los aparatos.

—Claro que no —dijo Marc—. No hemos escuchado nada.

Alargó el brazo él también, y sus manos se rozaron. Apretó el botón de «parada automática» del magnetófono Kenwood, rebobinó, subió el volumen. Tres segundos más tarde, el *Presto* volvía a retumbar en el interior del 4 X 4.

Autopista de Ruán.

La tomaron.

—Es precioso esto —dijo Michel Zyto, tomando asiento en un sillón—. Ya no está uno acostumbrado a los bosques.

Asió el vaso de gaseosa que Marc acababa de servirle.

—¿No está contraindicado?

Rara vez lo había visto Marc tan relajado, tan inclinado a tomarse las cosas a broma.

—Siempre que no se pase con la dosis.

—¿No le pone usted menta?

—No. La gaseosa con menta es más bien para por la noche. Once milímetros de menta, ciento veinte de gaseosa.

Michel Zyto reía sin ruido.

—A su salud —dijo Marc.

En cuanto hubieron bebido volvieron a poner los vasos, ambos al mismo tiempo, en la mesita redonda.

Marc apoyó los codos en los brazos del sillón. Ambos se levantaron, también al mismo tiempo.

Ahora les había entrado la prisa.

En Stéphen-Mornay, Marc describió con toda precisión a Michel Zyto lo que iba a ocurrir en sus cerebros y en sus espíritus en el transcurso del experimento. Y al llegar a Louveciennes lo llevó a hacer un recorrido por el lugar, hablándole de sus padres, de la casa, que sólo él visitaba y que le permitía desarrollar su tarea con toda tranquilidad. Y a continuación le dio todas las explicaciones que un profano podía asimilar en lo relativo al funcionamiento de la máquina. Consideraba importantes tales explicaciones, tanto como el entusiasmo, la familiaridad con que se las ofrecía a Zyto: se trataba de una experiencia compartida, de una asociación de dos personas, y Zyto, dentro de lo posible, tenía que sentirse igual a él.

De las preguntas que a continuación hizo, se desprendió claramente que Zyto había comprendido a satisfacción las explicaciones de Marc. Expresó con

vehemencia su admiración por el psicordenador —y también su admiración por la acuarela, el autorretrato, que examinó con detenimiento: Marc era, en su opinión, un hombre agraciado, y el retrato se le parecía, a pesar de lo extraño de los colores. Marc no tuvo más remedio que sentirse halagado ante tal diversidad de cumplidos.

Michel Zyto no necesitó ayuda para sujetarse la abrazadera a la muñeca derecha. Más fácil de colocar que un reloj de pulsera. Echó un vistazo por encima de su cabeza, hacia el punto en que la cabina se iba estrechando como una especie de cohete a punto de despegar, llevándoselos lejos de este mundo.

—Todo listo —dijo Marc—. ¿Procedemos?

—Vale.

Marc, instalado en la cabina de la derecha, que para él sería ya siempre «la cabina de Cookie», pulsó el primer botón.

Se encendió el piloto rojo.

Percibieron el vago ronroneo de los aparatos, detrás del tabique. Se encendieron los indicadores 1 y 4, las tres líneas color naranja hicieron su numerito de serpientes amaestradas y, cuando se quedaron quietas, los pilotos 1 y 4 pasaron al naranja.

—Perfecto —dijo Marc.

Zyto tenía los ojos clavados en los indicadores. Los números 2 y 5 acababan de encenderse también.

Corto paseo de las dos líneas color marrón claro.

—Ya falta poco —dijo Marc.

Michel Zyto le sonrió: una sonrisa tranquila, confiada, restallante; la más bella y más lograda sonrisa que nunca le hubiera dedicado antes, se dijo Marc. Y Marc sintió una oleada de gratitud hacia él, traducida asimismo en la correspondiente sonrisa — sin duda la menos fea que nunca le hubiera dedicado antes, se dijo, porque no le complacía especialmente su propia sonrisa.

Este momento de complicidad total marcó el apogeo de su «amistad», del sentimiento de simpatía profunda surgida entre el terapeuta y su enfermo.

La sacudida eléctrica, tan pronto como aparecieron las líneas azules en los indicadores 3 y 6, fue bastante fuerte, más de lo que Marc esperaba. Los hizo saltar a ambos, y ambos, sin poderlo evitar, emitieron un gruñido de queja. Cerraron los ojos. Y, durante la breve tercera fase, sus cerebros se vaciaron o, más exactamente, comunicaron en el vacío de un único e idéntico dolor, que permitió al psicordenador llevar a cabo su tarea.

Desapareció todo dolor. Marc volvió a abrir los ojos.

Estaba hecho.

Y fracasado, porque no había ocurrido nada. Nada en absoluto, se dijo, dándose cuenta de que seguía siendo enteramente él mismo, dentro de su propia cabeza: Marc Lacroix.

A continuación, todo sucedió muy deprisa.

De súbito, una sorpresa atroz, que le revolvió las entrañas: el piloto azul estaba encendido. Y dicho piloto, que era el más cercano a él al principio del experimento, era ahora el más alejado de los tres. Y su mano derecha, buscando los botones de mando, sólo hallaba el vacío. ¡Y el tabique de madera estaba ahora a su izquierda!

Marc se negaba aún a comprender.

Pero la certeza de la catástrofe le vino casi simultáneamente cuando vio frente a él no a Michel Zyto, sino a sí mismo, a Marc Lacroix, el cuerpo de Marc Lacroix, su cuerpo, su propia cara, sus ojos, que lo miraban primero con sorpresa y luego, en seguida, con cierta malicia, porque era Michel Zyto quien miraba por ellos: Michel Zyto dentro del cuerpo de Marc, mientras él, Marc, ocupaba el cuerpo de Michel Zyto. Vio su chaqueta negra, ligera: por la manga asomaba una mano robusta, dando remate a un brazo demasiado largo; una mano que no era suya, cubierta de fino vello rojizo.

¿Fracaso? En modo alguno: éxito, demasiado éxito.

El psicordenador había funcionado, pero sin llegar a controlar la última fase de la experiencia. El N.H.B. se había esmerado, haciendo más de lo que se le pedía: el «vacío» dejado en la cadena de neuronas por el fuerte dolor había sido tan completo, había suscitado tal necesidad de mantenimiento del equilibrio en la estructura de la personalidad, que el N.H.B. y el ordenador de control pusieron el máximo empeño en llenar el vacío; y toda la sustancia psíquica de Marc hubo de pasar a Michel Zyto, mientras todo el ser de Michel Zyto tomaba posesión del doctor Lacroix.

Por supuesto que el error tenía arreglo, fácil arreglo. La inversión del proceso tenía que poderse llevar a cabo sin problemas. Pero si Marc pensó de inmediato que se hallaba enfrentado a una catástrofe abominable, es porque adivinó en seguida en la mirada de Michel Zyto —en *su propia* mirada— todo el horror que a continuación le sobrevendría, que estaba a punto de ponerse en marcha, que no podría hacer nada por evitar.

Resistió el pánico lo suficiente como para decirle a Michel Zyto, con una voz que lo sorprendió, que le produjo un escalofrío en la espina dorsal, porque era la voz de Zyto:

—Deprisa, apriete usted el tercer botón. Apriételo a fondo. Con suavidad, pero a fondo. Ya se da usted cuenta de lo que ha ocurrido... Deprisa, ¡apriete el botón!

Su «colaborador» se había dado perfecta cuenta de lo ocurrido, cuando vio su propio cuerpo en el otro sillón. Se había quedado estupefacto, pero no horrorizado.

Todo lo contrario.

El cielo acababa de concederle su más anhelado deseo.

La idea se le iba imponiendo con la evidencia y la fuerza de una necesidad vital, de una exaltadora fatalidad.

Y su decisión fue inmediata.

Iba a sacar partido de la situación, para ver cumplido su sueño más demencial — tan demencial, y tan difuso, pero también tan constante y tan fuerte como el deseo de inmortalidad; un sueño que, por milagro, se acababa de poner a su alcance: convertirse en el doctor Marc Lacroix.

Ahora iba a estar en condiciones de domeñar esa mezcla de amor y odio que sentía tanto por su propia persona como por Marc, conciliando lo inconciliable, instalándose en el cuerpo de Marc y enviando al «otro» a Stéphen-Mornay, con los locos.

No dudó, no se planteó ninguna pregunta. Empezó por actuar.

En lugar de obedecer la orden de Marc, se quitó con toda calma la abrazadera que le sujetaba la muñeca derecha y se levantó, estirando con torpeza ese cuerpo largo y delgado al cual iba a tener que acostumbrarse.

Sólo entonces pensó.

Marc se vio dominado por un terror sin límites cuando vio que «Michel Zyto» se levantaba, lo miraba con frialdad, haciendo cálculos, sopesando las consecuencias y los riesgos de su acción.

Se esforzó por expresarse en un tono firme:

—Le ruego que se vuelva a sentar y se coloque la abrazadera.

El otro se frotó la muñeca derecha, sin decir palabra. Luego habló, tan sorprendido como encantado de la nueva voz que salía de su boca:

—Póngase en pie, mi querido Michel Zyto. Vamos de vuelta. Voy a llevarle a usted al Centro. Será usted quien conduzca el coche. Así podrá usted contarle a d'Oléons y a todo el mundo que el doctor Lacroix, además del placer del paseo, le permitió conducir su enorme cochazo, con lo bonito que es. ¡Venga, vamos!

Esperó a que Marc se desprendiese de su abrazadera para lanzarse sobre él. No

quería que la máquina padeciese el más mínimo deterioro.

Marc lo miraba, incrédulo, estupefacto ante la rapidez, la facilidad, la maldad con que Michel Zyto se había instalado en «su» pellejo, en su nuevo papel. De nada serviría tratar de convencerlo. ¡Zyto se había convertido en otra persona, yendo mucho más allá de todo lo previsto o esperado por él!

Las imágenes desfilaban por su cabeza. Pensó en Marianne, en su mujer, en su hijo.

¡Qué complicación, qué espantosa complicación! ¡Y qué responsabilidad la suya!

Se quitó la abrazadera, se levantó suavemente, con esfuerzo —y de súbito se lanzó contra Zyto, contra su propio cuerpo. Se lanzó con intención de tumbarlo de un golpe y luego manietarlo. A tal efecto tenía un montón de cable eléctrico al otro lado del tabique. Luego resultaría posible volver atrás, hacer que la pesadilla se desvaneciera.

Michel Zyto estaba apercebido. A pesar de que su actual envoltorio corporal era más débil que el anterior, más delicado, seguía siendo él mismo, seguía siendo una persona habituada a la amenaza, al peligro, bien entrenada en peleas callejeras.

Esquivó la carga de Marc y aprovechó el propio impulso de éste para aplicarle un golpe en el estómago. Era una sensación repugnante, pero también voluptuosa: estaba castigando su propia carne, golpeándola con todas sus fuerzas.

Marc se vio detenido en seco, con el aliento cortado, y se llevó las manos al vientre. Lágrimas de dolor corrieron por su rostro. Le vino una especie de sollozo, una náusea, y creyó que vomitaría.

Rapidísimamente, Michel Zyto lo agarró por la muñeca y le retorció el brazo, llevándoselo a la espalda. Luego, con un solo gesto, puso los aparatos a cero y lo apagó todo —era fácil, con lo bien que se lo había explicado el doctor Lacroix.

Empujó a Marc hacia la puerta.

—Que no se le ocurra ninguna idea brillante, por favor. Vamos a salir. ¡Abra!

Marc tuvo que manipular los botones de apertura y cierre de la puerta deslizante. Zyto se sacó del bolsillo del traje de Marc el voluminoso llavero, lo puso en la mano de Marc y éste —que seguía con el brazo izquierdo retorcido contra la espalda— tuvo también que cerrar la puerta de madera del sótano.

Zyto recuperó el llavero.

—¡Aguarde un momento, por favor! ¿Qué espera conseguir? No va a llegar a ninguna parte con todo esto. Lo único que va a lograr es meterse en problemas.

Zyto lo empujó escaleras arriba, con violencia, como si hubiera querido obligarlo a correr. Cada vez le retorció el brazo con mayor fuerza.

—¡Cierre el pico! —farfulló, con súbita grosería—. ¿Sabe a dónde voy a llegar? A su casa, tan tranquilo. Y es lo contrario de lo que usted dice: se terminaron mis problemas. Voy a enterarme de cómo se siente uno siendo el doctor Marc Lacroix.

Mejor que siendo Michel Zyto, de eso estoy seguro. Iré a hacerle mis visitas a Stéphane-Mornay, como de costumbre.

—Es usted lo suficientemente inteligente como para comprender que eso es imposible. Acabará traicionándose. Y yo...

Zyto se detuvo en lo alto de la escalera y habló muy cerca del oído de Marc Lacroix, con una voz monótona, más horrible que si se hubiera dejado llevar por la cólera:

—Usted nada, nada en absoluto. Si dice usted algo, lo que sea, si se le escapa cualquier cosa, mataré a su familia, a su mujer y a su hijo, a los dos. No me apartaré de ninguno de los dos. Y si me aparto, no sabrá usted dónde estarán. Y siempre llevaré conmigo algo con qué matarme, con qué matarle *a usted*, ¿comprende? Que no se le quite esa idea de la cabeza, no lo olvide nunca, ni por un segundo, cuando esté solo en su cuarto de loco. Un cuarto modélico, ya verá qué a gusto se encuentra en él. Buena luz, buena comida, música, un servicio encantador. Y las visitas del doctor Lacroix.

Había levantado un poco el tono. Se burlaba. Si de lo que se trataba era de conseguir una metamorfosis, no había de qué quejarse. El psicordenador había hecho auténticos milagros.

Salieron. El verano se iba consolidando: era ya una auténtica tarde de agosto. Zyto cerró la puerta de la casa y luego obligó a Marc a subir al Nissan Terrano por el lado del pasajero, lo empujó sin miramientos hasta el asiento del conductor, colocándose él en el sitio del pasajero, y cerró de un portazo.

—Lleve usted el coche —dijo—. Ya conoce el camino. Le repito que más vale que no se le ocurra ninguna idea brillante, o lo mato.

Marc arrancó. Se vio en el retrovisor, sobresaltándose de nuevo. Ese bigote, ese pelo de chulo, esos rasgos vagamente simiescos... Estuvo a punto de ponerse a gritar, le vinieron nuevas arcadas, un verdadero espasmo. Se tapó la boca con la mano.

En seguida, sin transición, recuperó una apariencia de valor. Intentaría algo durante el trayecto, o al llegar al Centro. En el Centro montaría un escándalo, la emprendería a puntapiés con la puerta del despacho de Hugues. El excelentísimo d'Oléons se vería obligado a salir de su madriguera, agitando sus cien kilos de peso. Marc denunciaría la impostura, diría que el «otro», ese de ahí, no era Marc Lacroix, hablaría de su experimento en términos que conmocionarían a Hugues, dando detalles, precisiones de carácter científico que Michel Zyto de ninguna manera podía conocer. ¡Sí, esa era la solución! Hugues no tendría más remedio que verse afectado por sus palabras, aunque no quedara convencido desde el primer momento. Él conocía muy bien la locura investigadora de Marc, la situación lo haría dudar, y a partir de ahí se podría solucionar todo.

No, era mejor durante el trayecto.

Marc trató de mantener las ideas claras, sin ceder a la demencia que se originaba en aquella situación demente.

—¡Pare! —ordenó Zyto.

Acababan de franquear la cancela.

—¿Por qué?

—La cancela estaba cerrada, hace un momento, ¿verdad? Vamos a volver a cerrarla.

De golpe, se abalanzó sobre Marc, lo sacudió, lo asió por la muñeca, le retorció el brazo. Bajaron del coche. Marc gemía. Otra vez ese dolor en el hombro, insoportable.

Se sintió invadido por el odio. Era un sentimiento que hasta entonces no había conocido. Se echó a temblar, se echó a temblar de odio.

Una vez cerrada la cancela, volvieron a montar en el coche y tomaron por la calle del General Leclerc. Marc conducía y Zyto lo vigilaba, dispuesto a golpear, como le había advertido.

También él había pensado en el problema de la llegada. Tenía un plan muy sencillo: dejar sin sentido a Marc antes de entrar en el Centro y luego hacer que lo atiborrasen de Téméril, por perfusión. Dormiría un mínimo de doce horas, como bien sabía Zyto, por experiencia propia. Estaba muy puesto en materia de tratamientos.

Rodaban por la calle desierta.

Cualquier testigo —aunque ninguno había— habría pensado que algún amigo del doctor Lacroix, con permiso de éste, estaba probando su 4 X 4 de marca japonesa.

Fue así como Marc Lacroix y Michel Zyto salieron de Louveciennes.

Tras el primer cruce, una vez abandonado el término municipal de Louveciennes, había que torcer a la izquierda por una carretera más importante, que desembocaba en la autopista.

Los dos hombres iban en silencio, sin intercambiar una palabra, encerrado cada uno en sus propios pensamientos, vigilando la actitud del otro. El tiempo se estaba echando encima. Marc tomó la decisión de actuar inmediatamente. Vio un árbol en la otra carretera, a la izquierda del cruce: daría la vuelta, tomaría la curva y se estrellaría contra el árbol. Él dispondría del volante y los pedales para sujetarse. Zyto, en cambio, mal instalado en su asiento, perdería el equilibrio y saldría proyectado contra el parabrisas, con posibilidad de que perdiera el conocimiento.

Pero, desgraciadamente, las cosas no sucedieron de tal modo. Zyto estaba pendiente de que Marc, a la desesperada, intentase algo. Iba sobre ascuas, sin perder detalle, tenso como un animal dispuesto a dar el salto. Había recuperado toda la rabia, toda la maldad de los comienzos de su existencia; estaba ansioso de volverlos a expresar por medio de la acción.

Se dio cuenta, captó en el mismo segundo lo que iba a hacer Marc. Y cuando Marc, tras haber girado a la izquierda, con una prudencia normal, para hacer el cambio, aplastó de pronto el acelerador, Michel Zyto se abalanzó hacia un lado y le arrebató el volante. El vehículo, lanzado como un proyectil por la formidable aceleración de Marc, se desvió ligeramente de su trayectoria. Pasó a unos cuantos centímetros del árbol, rodó por un prado desigual y fue a hundirse en unos espesos matorrales que lo inmovilizaron de inmediato.

Marc se consideró perdido. Tendría que pelear, pero sabiendo que acababa de hacer uso de sus últimas energías. Ambos hombres se arrojaron el uno contra el otro. Zyto se impuso sin dificultades. Ni siquiera prestó atención a los torpes ademanes con que Marc trataba de golpearlo: agarró a su contrincante por el pelo —su pelo, su magnífica melena castaña, tupida y sólida— y le golpeó la cabeza contra el cristal, por la parte de detrás del cráneo. Michel Zyto, ensañándose con su propio cuerpo, golpeó dos, tres veces. Primero acercaba el rostro de Marc al suyo, luego lo alejaba con todas sus fuerzas, haciéndolo chocar contra el cristal. Siguió golpeando cuando Marc ya había perdido el conocimiento, gozando de su propia brutalidad, escrutando aquel rostro crispado por el dolor, deleitándose en el ruido apagado de los impactos, uno tras otro, uno tras otro...

¡Iba a aprender a resistirse, el cabrón ese!

Al fin lo soltó. Marc quedó derrumbado en su asiento, inerte.

El cristal estaba manchado de sangre.

Zyto —Marc Lacroix irreconocible, transformado, convertido en bestia salvaje—,

Zyto recuperó el aliento, expirando ruidosamente por la nariz y por la boca entreabierta.

Vio la sangre. Agarró a Marc por una oreja y le hizo volver la cabeza. En el cuero cabelludo se abría, al rojo vivo, una herida de varios centímetros, con los bordes blandos y temblorosos. De ella fluía la sangre, goteando por el cabello abajo.

¿Y si lo mataba, en ese mismo momento? Legítima defensa. No volvería a hablarse de Michel Zyto. Que siempre había tenido ganas de quitarse de en medio. Se le ofrecía una oportunidad soñada, ideal, para «suicidarse».

Jugó un segundo con la idea. Pero no estaba dispuesto a renunciar a su cuerpo. Y necesitaba a Marc.

Se apeó del coche, abrió en primer lugar la puerta trasera y luego la del pasajero. Agachándose, no demasiado, tiró de Marc hacia él y se lo colocó cuidadosamente sobre el hombro izquierdo.

Luego lo dejó caer en la parte trasera, sin precaución alguna, atravesándolo en el asiento. La cabeza de Marc recibió otro golpe, esta vez contra el reborde metálico del techo. «Un punto de sutura más», pensó Zyto, refocilándose en ello.

Le recogió las piernas y cerró la puerta.

En aquel momento se detuvo un coche en la carretera y de él bajó a toda prisa un joven muy peripuesto, con bigote, pelo corto y camisa a cuadros. ¿Había visto a Michel Zyto instalar a un hombre desvanecido en el asiento trasero del Terrano, como una bolsa de ropa sucia? No, nada en su actitud hacía suponer semejante cosa.

Zyto fue a su encuentro.

—¿Ha tenido un accidente? —preguntó el joven.

—Nada grave. Me entró una especie de malestar, un mareo. Fue muy corto, pero cuando quise darme cuenta estaba en mitad del prado. Menos mal que no iba deprisa.

—¿No se ha hecho daño? Tiene usted un poco de sangre, aquí.

Hizo un gesto señalando su propia ceja. Se hallaban frente a frente, detenidos a unos cuatro metros del Terrano. Michel Zyto se llevó la mano al arco superciliar. Había creído que aquella humedad era sudor. Pero se trataba de sangre. Se había cortado la ceja contra el retrovisor, al lanzarse contra Marc.

—He debido de darme con el retrovisor. Mala suerte.

—¿No le duele en ningún otro sitio? ¿No se ha roto nada?

—No. De todas formas —añadió Zyto, sonriente—, soy médico.

—Ah, muy bien, directamente del productor al consumidor —dijo estúpidamente el joven—. ¿Puedo hacer algo por usted?

«Irte a tomar por culo lo antes posible», pensó Zyto.

—No, muchas gracias.

—¿Podrá usted volver a la carretera con el 4 X 4?

—Por supuesto.

—También es cierto que con semejante motor... ¿Es el nuevo 4 X 4 de Nissan? He leído un artículo en *Coches de hoy*. Parece ser que es formidable.

—Formidable —dijo Zyto—. Con cualquier otro coche, seguramente habría volcado.

—¿No quiere usted que lo ayude?

—No, de veras, gracias, no vale la pena. Voy a relajarme un par de minutos antes de seguir adelante. Buscaré una farmacia.

—Muy bien, como usted quiera. Hasta luego. Y que pase usted un buen día, a pesar del accidente.

—Gracias, lo mismo digo.

Una vez en su coche, el amable joven aún dedicó un gesto de despedida a Zyto antes de ponerse en marcha.

Un estorbo menos. Zyto se puso al volante del Terrano. Enderezó el retrovisor. En efecto, estaba manchado de sangre. Encontró pañuelos de papel en una bolsa lateral. Se restañó el arco superciliar, limpió la sangre de la esquina del retrovisor y del cristal y colocó un puñado de pañuelos sobre la cabeza de Marc.

El coche necesitaba una buena limpieza.

Dio marcha atrás. Volvió a la carretera sin dificultad y puso rumbo a París.

Miró la hora en el bonito reloj marinero de Marc, que siempre le había gustado.

Comenzaba una nueva aventura.

De vez en cuando se volvía para vigilar a Marc.

Aprovechó los semáforos rojos para pasar revista a sus papeles. Localizó su dirección exacta, encontró una tarjeta de visita no profesional, donde venía el nombre de pila de su mujer. El del niño lo conocía de antes, pero no el de la mujer. *Su mujer y su hijo, ahora.*

Los llamaría por teléfono tan pronto como llegase al Centro.

Le dio la impresión de que en los bolsillos del traje había algo como arena. Pero no, era azúcar. El azúcar para los perros. Marc se lo había contado todo. Sacudió los bolsillos.

Se miró en el retrovisor. Doctor Marc Lacroix. Llevando al Centro psiquiátrico Stéphane-Mornay a un paciente víctima de una crisis súbita de agresividad. Marc había tenido que defenderse. No sin dificultades, yendo en coche. Fue una suerte, cabría afirmar, que el vehículo se saliese de la carretera. Accidente, sacudidas violentas, el cráneo de Michel Zyto había ido a chocar contra el parabrisas. Un golpe tremendo.

Doctor Marc Lacroix. Veía el mundo con otros ojos. La exaltación no dejaba sitio en su ánimo para la ansiedad.

Marc seguía sin conocimiento. Perfecto. En caso contrario, habría tenido que volver a dejarlo K.O.

Cuando se acercaban a la plaza de Italia, el corazón de Michel Zyto empezó a latir a toda velocidad. Pero estaba seguro de sí mismo. Confiaba en sí mismo.

Michel Zyto estaba repantigado en el sillón Luis XIV, cerca de la ventana. Curioso sillón, y curioso personaje este doctor d'Oléons, capaz de colocar semejante antigualla en una habitación ultramoderna como ésa.

Sobre todo, no sorprenderse de nada.

—¡Ya está! —dijo Adeline, una enfermera muy joven que acababa de ponerle una venda en la frente.

Había actuado con rapidez y precisión, sin hacerle apenas daño al desinfectarle la herida. Esta Adeline era nueva en el Centro. Una de las muchas razones de la buena marcha de la casa, del alto nivel de la atención recibida, de que las curaciones solieran ser más rápidas que en la mayor parte de los establecimientos del mismo tipo, estaba en la elección severa, draconiana, de los colaboradores, empezando por los tres médicos principales y terminando por las señoras de la limpieza. Era Hugues d'Oléons quien se ocupaba de ello, con atención constante e infalible. Todo el mundo tenía que estar «bien», incluso las personas que no entraban en contacto directo con los enfermos. Era para él una regla, una teoría, casi un dogma de fe. Que la señorita André fuese una estupenda gestora tenía su importancia en la mejora del estado de quince enfermos, a pesar de que ella no los viera jamás. Fuera o no cierto, d'Oléons así lo creía, y ello (como Marc había pensado muchas veces) contribuía a hacerlo un poco cierto.

Hugues no sólo había salido de su sillón giratorio, sino que recorría la habitación a pasos lentos y pesados, como un navío, mientras Adeline se ocupaba del pobre Lacroix. Ahora estaba aplicando tintura de árnica en los cardenales que le adornaban el rostro.

Se hallaba presente la señorita André.

—Siéntese, por favor —le pidió Hugues, señalando su sillón, abandonado con carácter excepcional.

—No, no hace falta. Gracias, Hugues.

Era la primera vez que lo llamaba por el nombre de pila. La emoción sin duda. Estaba pálida como un cadáver. Con lo cual aumentaba el violeta de sus cabellos violeta, y crecía la punta de su puntiaguda nariz. Había sido ella quien, hacía una hora, ante las puertas del Centro, había tropezado con el doctor Lacroix saliendo de su cochazo, herido, azorado. Se había quedado impresionadísima. Adoraba a Marc. Todo el mundo adoraba a Marc.

Acabó por tomar asiento en el sillón del jefe.

—Ya está. Queda el traje —dijo Adeline—. Pero ahí sí que no puedo hacer nada por usted.

—Gracias —dijo Michel Zyto—. Muchas gracias.

Ella le sonrió con amabilidad y salió de la habitación, muy discreta, saludando a Hugues d'Oléons con una inclinación de cabeza.

«Muy bien, la nueva», se dijo Hugues.

Luego pensó en Onizian, en Verhoeven, en Fabricant, que no se privarían, en su fuero interno, de hacer observaciones del tipo «eso es lo que pasa cuando se permite que una persona ajena al Centro se meta en nuestros asuntos». Pero pronto apartarían esas ideas de sus cabezas. No eran tan tontos. Sabían muy bien que los métodos de Marc encajaban con los suyos, y que no era cosa de tener a los enfermos atados a la cama en celdas de prisión... No, no habría verdadero problema con los médicos. El verdadero problema era el pobre de Marc, herido, asombrado, decepcionado. ¿Cómo iba a recuperarse de este maldito asunto, él que en el fondo —como bien sabía d'Oléons— era tan frágil, tan depresivo, sobre todo en los últimos tiempos?

La señorita André se dio cuenta de que ambos hombres tenían cosas que decirse. Se puso en pie:

—Los dejo —dijo—. No se puede usted hacer idea, señor Lacroix, de cuánto lamento verlo en ese estado.

Michel Zyto, bajo su apariencia de «señor Lacroix», no necesitaba hacer ningún esfuerzo para aparecer tenso y desvalido. La prueba era temible. Había que pensar en todo. La voz, por ejemplo. Tenía que imitar constantemente el modo de hablar reposado de Marc, la suavidad de sus tonos. Y prestar atención al vocabulario, procurando hablar «bien». Por otra parte, ¿cómo se comportaba, cómo se habría comportado el verdadero doctor Lacroix? ¿Cómo trataba a la señorita André? ¿La saludaba con un apretón de manos o con un beso en la mejilla —o en la frente? ¿Qué hacía al llegar a la clínica, al salir de ella, cuáles eran sus costumbres?

Nada extraordinario, se dijo Zyto, para tranquilizarse al respecto. Y, además, hoy nadie le echaría en cara que introdujese pequeños cambios en sus costumbres. Por otra parte, se dijo de pronto, podía hacer lo que quisiese, andar con las manos si le venía en gana, hablar como una verdulera, darle un cachete en el culo a la vieja, porque a nadie se le pasaría por la cabeza la verdadera explicación. ¡No había peligro de que sucediera nada fastidioso!

Tomó la mano que le tendía la señorita André y le dirigió una menguada sonrisa:

—La felicito por sus previsiones meteorológicas de ayer. ¡Menuda tempestad! Me acordé de usted.

La señorita André se quedó encantada.

—Ojalá no los tuviera, los dolores esos. Pero el señor d'Oléons me dice que son incurables. También usted me dijo lo mismo, en cierta ocasión. ¿Se acuerda? Neuralgias dorsales. Eso es todo lo que he podido sacar de la medicina. Un nombre. Una etiqueta.

—Las etiquetas son una de las funciones de la medicina —dijo Hugues, casi

sonriente—. ¿Sabe usted lo que decía George Sand del reuma cerebral? Que los médicos no le habían sabido encontrar otro remedio que el de llamarlo coriza.

Cuando se hubo marchado aquella especie de ratita amable de color violeta que era la señorita André, Hugues d'Oléons recuperó su sillón y abordó con Zyto uno de los problemas que planteaba la sublevación del «prisionero voluntario», como Marc lo llamaba a veces: ¿sería mejor trasladarlo a algún otro sitio? Hugues no lo deseaba, y menos todavía Zyto, que prefería mantener a Marc bajo su control.

—No —dijo Zyto a Hugues—, sería un error. Sería hacerle pagar un precio demasiado alto por su pequeña crisis de agresividad. En mi opinión, él mismo se la va a hacer pagar a un alto precio. No: de ahora en adelante, habrá que tener en cuenta lo sucedido hoy; y eso es todo. Vamos a pensárnoslo. Por otro lado... Me temo que va a tratar de llamarme por teléfono a casa, a mi domicilio. Estoy seguro de que va a intentarlo. Y me parece que por el momento...

—Muy bien —dijo Hugues—, le retiraremos el teléfono durante todo el tiempo que usted considere conveniente.

—Sí, es lo mejor.

Nada de teléfono para Marc Lacroix. Buena medida de precaución.

En seguida, Hugues dedicó a Zyto un pomposo discurso, dicho con la respiración jadeante:

—Mi querido amigo... Lo único que me preocupa es el susto que se ha llevado usted, y su decepción. Sé hasta qué punto se toma usted a pecho su trabajo. Cada vez que hablo por teléfono con alguien de su sección de Sainte-Anne me pasa lo mismo: no hago más que escuchar elogios de usted. En cuanto a sus amigos de la avenida de Verdun, no hacen más que hablar de usted en su boletín, desde que dirige el laboratorio (apoyó la mano, plana, en una de las revistas que había en su despacho). Y yo, aquí, en Stéphen-Mornay, puedo garantizar que su trabajo con Michel Zyto roza lo milagroso, teniendo en cuenta el estado en que nos lo trajeron. ¿Necesito decirle que sigue usted gozando, exactamente igual que antes, de mi admiración y de mi confianza? No, porque sería insultante, tanto para usted como para mí. No ha sido culpa suya en absoluto, como usted bien sabe. Me importa que salga usted cuanto antes de ese estado de preocupación en que ahora lo veo sumido. En que lo veo sumido desde hace ya mucho tiempo, mi querido Marc —añadió suave, tímidamente, Hugues d'Oléons—... Como usted comprenderá, me he dado cuenta... Si incurro en la grosería de mencionárselo, es porque no me gustaría que el desgraciado incidente de hoy contribuyese a agravar... En todo caso, ya sabe que puede usted contar con mi amistad...

Se calló, molesto y agotado por su parrafada. «A ver si terminan de una vez de curar al otro, para poder escaparme del bocazas éste», pensó Zyto.

Pero escuchaba, se mantenía al acecho, registraba las informaciones de utilidad,

tal vez preciosas. A partir de ahora, todo era digno de anotación y recuerdo. De modo que el doctor Lacroix llevaba bastante tiempo dando muestras de preocupación. ¿De depresión? Eso era lo que parecía dar a entender el jefe del Centro. Y tampoco es que a Zyto le sorprendiera mucho la noticia, pensándolo bien.

—Aprecio en todo lo que vale lo que usted me dice —contestó, con voz apagada—. Lo cual no impide que sea un fracaso, un completo fracaso.

—¿Y qué? —dijo Hugues—. Así es la vida. Está dentro de lo normal. ¿Pondríamos la misma pasión en nuestro oficio si no implicara siempre el riesgo de fracasar? Por otra parte, sabe usted muy bien que no puede hablarse de fracaso total. No se trata de volver a empezar de cero. La tarea que ha realizado usted con Michel Zyto sigue siendo positiva. Lo sucedido hoy tenemos que considerarlo como una especie de incidente dentro del proceso.

Zyto miró directamente a los ojos al enorme y calvo d'Oléons, que parecía estar sentado sobre un puf que alguien hubiera puesto encima del sillón: su propia barriga. Problemas hormonales, como todo el mundo sabía en la clínica. Como todo el mundo sabía, también, que vivía solo. No habría metedura de pata en ese sentido: Zyto no le iba a dar recuerdos para su mujer y sus hijos, al despedirse de él. Pobre hombre. Seguro que no mojaba con mucha frecuencia. Seguro que no con mayor frecuencia que yo, pensó Michel Zyto. Es decir: nunca.

Zyto tenía que reconocer que el doctor d'Oléons siempre había sido amable con él. No del mismo modo que Marc, sino de otra forma, de una forma tal, que le resultaba imposible odiarlo —ni tampoco amarlo—, como, en cambio, sí era capaz de odiar al otro, a Marc.

—Es usted demasiado amable conmigo, Hugues. ¿Y el orgullo? No valora usted cabalmente mi orgullo.

¿Había utilizado de modo intencionado el adverbio «cabalmente», que había leído alguna vez, pero que nunca antes había salido de sus labios? Sí, le parecía que sí. En cuanto a la declaración relativa a su orgullo... ¿Un poco arriesgada? ¿Era normal que el pundonoroso doctor Lacroix pronunciase semejantes palabras en tales circunstancias?

Sí, Zyto estuvo a punto de ponerse a dar saltos de alegría cuando oyó que d'Oléons le contestaba:

—Desde que nos conocemos, no es la primera vez que se acusa usted de orgullo, como si se tratase de una vergonzosa tara. ¡Ya sé que es usted orgulloso! Yo también lo soy, a mi manera. No sería usted el médico ni el investigador que es si no tuviera esa fibra, esa ambición... Zyto adoptó un aire soñador: —Me siento culpable —dijo—. Con respecto a Zyto y también un poco con respecto a usted. Volveré a verlo otra vez, y pronto. Tengo que ocuparme de él, que continuar atento a su proceso, sobre todo en este momento. Es imprescindible.

«Es extraño esto de hablar de uno mismo, de oír a otro hablar de uno mismo como si se tratara de una persona distinta: Zyto, voy a ocuparme de Zyto, no es la primera vez que se acusa usted de orgullo, mi querido Marc. Y, hablando de orgullo, menuda perorata me ha salido. Si a alguien se le ocurriera decirle al ballenato éste que tengo delante que no soy Marc Lacroix, sino Michel Zyto, el ballenato lo mandaba a que le endilgasen un buen electroshock.» Zyto sentía deseos de reír, verdaderos deseos, pero tuvo que aguantárselos.

Llamaron a la puerta del despacho.

Era el doctor Antoine Fabricant, el decano, por edad, de los médicos del Centro. Médico militar en los inicios de su carrera, tenía la particularidad de poseer un buen grado de competencia prácticamente en todos los campos de la medicina, incluida la cirugía. Y era un médico de diagnóstico seguro. Un simple vistazo, unas cuantas preguntas, una breve palpación, le bastaban para averiguar casi todo de los pacientes. En el Centro se ocupaba, concretamente, de la condición física de los internos, atendiendo anorexias, bulimias, traumatismos de quienes se reincorporaban tras un intento de suicidio, molestias digestivas o de la tensión arterial debidas a los tratamientos antidepresivos, etcétera.

Siempre tenía un aspecto jovial.

—¿Está usted mejor, Lacroix?

—Sí, gracias, ya estoy mejor —dijo Zyto.

—Bueno. En cuanto a ese chiflado suyo, el sanguinario... No ha sido fácil afeitarse la nuca con esa herida tan bembona que se ha hecho. Desinfección, puntos de sutura, inyección antitetánica, antibióticos por si acaso. Por lo demás, leve conmoción cerebral, no vaya usted a creerse. Muy leve, muy leve —añadió, viendo la expresión inquieta de d'Oléons—. Le he recetado antiinflamatorios y descongestivos. Va a pasarse unas cuantas horas en el limbo. Le ha subido la tensión, casi a 20, y tiene espasmos musculares en el nivel del rostro y del vientre. Y en las pantorrillas. Cuando se despierte va a hallarse en un fuerte estado de excitación, imagino.

—¿Nada demasiado grave? —preguntó Hugues.

—No. Cuando estaba en urgencias, en el Hotel Dieu, si llegaba alguien en un estado como el suyo lo mandábamos a casa con una tirita en el hombro. O una patada en el culo, si había mucho agobio de gente.

Zyto no pudo evitar reírse. También Marc se habría reído, porque era un hombre que captaba bien las bromas.

—¿Y nosotros? ¿Qué medida tomamos?

—¿Qué le parece? —dijo Zyto—. ¿Téménil?

—Sí. Más vale que no se despierte directamente de su conmoción.

—Eso es exactamente lo que yo pienso —dijo Zyto.

—Ahora, Marc, va usted a volver a su casa. Lo tendré al corriente de cualquier

novedad que se produzca.

—De acuerdo —dijo Zyto—, levantándose con cuidado, como si le doliese todo. Me daré una vuelta por aquí mañana por la mañana.

D'Oléons protestó un poco, por guardar las formas, pero ya conocía a «Marc».

El doctor Fabricant se acercó a la puerta.

—Antoine —le dijo Hugues—: Marc no va a presentar ninguna denuncia. Hemos decidido que el incidente no trascienda, si puede evitarse. Ni una palabra fuera de aquí. Por el momento no vemos utilidad alguna en que se sepa.

—Por supuesto —dijo Antoine Fabricant.

Salió.

—¿Puedo llamar desde aquí a Marie? —preguntó Zyto, que había hecho todo lo posible por aprenderse de memoria el número, «su» número, repitiéndolo mentalmente una y otra vez.

—Claro está.

Hugues empujó el teléfono en su dirección.

—¿Prefiere que lo deje solo?

—De ningún modo. Voy a limitarme a preparar un poco el terreno. Si me ven aparecer así... ¿Marie? Soy yo.

Marie no respondió inmediatamente. Zyto añadió:

—Marc.

Entró a considerable velocidad en el camino del Herrador.

Llevaba bien conducido el 4 X 4. Tenía talento para los coches. En otros tiempos condujo mucho el camión traqueteante de su tío Nicolas, el de Pantin. En ese camión, su tío había escrito con pintura, con letras torpes: «Nico-Limpialotodo». Merodeaban por las afueras y a veces había alguien que les encargaba que limpiasen algo, el granero, el jardín abandonado, el techo negro de hollín. Su subsistencia quedaba así garantizada por un par de días.

El Terrano se llevaba solo. Zyto había examinado el contenido del coche. Había abierto y vuelto a cerrar las puertas, la trasera, el capó. Y se había entrenado en el funcionamiento de la radio cassette. Fácil. Era habilidoso y en seguida lo comprendía todo.

Le había costado trabajo localizar ese maldito camino, a pesar de los dos planos que encontró en la guantera, uno viejo hecho jirones y otro nuevo tal vez nunca utilizado: las cercanías de París, escala 1:200.000.

No era cosa de preguntar a alguien por su propia dirección.

Vio la casa. Ningún otro edificio visible en los alrededores. Ni siquiera tenía número: era la única del camino del Herrador, que moría en un cercano bosquecillo.

Zyto se vio asaltado, ahora, por todos los temores que venía disimulando con mayor o menor éxito desde su salida del Centro. ¿Cómo se produciría el encuentro con Marie y Léonard? (Se repetía en la cabeza «Marie» y «Léonard», para habituarse a sus nombres de pila.) Estaba en el pellejo de Marc, desde luego, pero todo lo demás... Sus costumbres, su comportamiento, las llamadas telefónicas que hacía y recibía regularmente, las visitas. ¿Cabía la posibilidad de que esperase visita esta misma tarde? ¿Se duchaba Marc, o se bañaba? ¿Cuándo? Y ¿cómo se reía? Zyto nunca lo había visto reírse abiertamente. ¿Cómo era, pues, cuando se reía con todas sus ganas? (Por hoy, pensó Zyto, no habría problemas: el doctor Lacroix no tenía motivos para desternillarse de risa.) ¿Cómo le hablaba a su hijo, de qué, en qué tono? ¿Mucho, no mucho?

Y había lo más temible, con mucho lo más temible: la intimidad con Marie, la esposa...

Y otros mil detalles.

Y uno, entre esos mil, que Zyto no lograba quitarse de la cabeza: ¿Se callaría Marc? ¿Resistiría la tentación de confiar en Hugues? Sí, Zyto estaba seguro de que sí, seguro de que Marc tomaría sus amenazas en serio. Porque eran serias, además. Marc tuvo que comprenderlo así, en lo más profundo de sí mismo. No obstante, Zyto estaba obsesionado por esa duda procedente de la mera ansiedad, tan alejada como persistente.

La casa se iba acercando. Rompió a sudar por los nervios. Si se dejaba atrapar en la red de sus dudas y sus temores, no aguantaría ni cinco minutos.

Hizo un esfuerzo por sobreponerse.

Lo consiguió. Quería disfrutar siendo Marc Lacroix, no torturarse de miedo y tensión. Se tranquilizó. Tendría que limitar al máximo su contacto con otras personas. Hacer que su mujer contestara el teléfono. Jugar con el hecho de que era un hombre depresivo y, por lo tanto, algo raro y distinto. Sobre todo después de una agresión como aquella de que había sido objeto.

Por lo demás, seguir utilizando lo que por fuerza le enseñarían los otros, empezando por su mujer, y acudir a la improvisación, corrigiendo a tiempo los errores, sin dejarse ni uno.

De modo que no había por qué perder la cabeza de antemano.

Esperar, con la certeza de que no podía suceder nada irrecuperable. «¿Cómo es que ahora te lavas los dientes en cuanto terminas de cenar?» «Sí, y también justo antes de acostarme. He decidido respetar al pie de la letra las reglas de la higiene dental. Es importante. ¡Venga, todo el mundo al cuarto de baño!» O bien: «¿Qué te vas a poner mañana?» «No sé. ¿Un pantalón verde y un gorro de gendarme?» «Muy gracioso. El traje azul marino, ¿no? Habrá gente de respeto.» «¿Y si no fuera?» «¿No ir a la boda de Henry? Difícil lo veo. Habrías tenido que avisar de antemano.» «Ya sé, ya sé. Pero ¿y si lo intentara? A ver si se me ocurre alguna excusa irrefutable. Ya podrías ayudarme, en lugar de ponerte de parte del enemigo.» Y también: «¿No me dices ninguna otra cosa del nuevo que tenéis en el laboratorio?» «No, la verdad, nada. Creo que me precipité en mis juicios. No hay nada de particular que decir al respecto... Un novato. Yo no era así en mis tiempos de novato, pero eso es todo.»

Etcétera. Zyto se iba tranquilizando con esas historietas. Lo que es más: la idea de improvisar, de ir resolviendo los problemas según se presentaban, deprisa y bien, empezaba a resultarle divertida y emocionante.

Disfrutar siendo Marc Lacroix...

La casa, su casa, era una vivienda de ricos, grande, hermosa, toda blanca. Estaba dispuesta en perpendicular al camino del Herrador. Una fachada daba al jardín, otra al campo. Franqueó la verja, aparcó en una especie de patio, junto a un pequeño Austin de color rojo (¿un segundo coche, el de Marie, o quizá una visita? Más bien el de Marie), y no en el garaje, a pesar de que éste tuviera las puertas abiertas. En un día como éste, nadie perdería el tiempo aparcando en el garaje.

Apagó el motor.

Dos preguntas le vinieron entonces a la cabeza; dos preguntas importantes, que hasta entonces no se le habían ocurrido.

¿Habría otra mujer en la vida de Marc Lacroix? No.

¿Habría mantenido el secreto absoluto acerca de sus trabajos, como le dijo a él,

como le dijo Marc Lacroix a Michel Zyto? Sí.

No a la primera pregunta, sí a la segunda. Esperaba no haberse equivocado. Sí, así lo creía.

Salió del coche.

Ni siquiera habría sabido por qué puerta entrar.

Pero ya salían de la casa una mujer y un niño, viniendo hacia él.

La mujer era alta y esbelta, morena; a cada paso que daba le flotaban sobre los hombros los largos cabellos. Bella silueta, dentro de un vestido largo de color rojo, ajustado. Que debía de excitar a los hombres normales. Una verdadera mujer, de las que Zyto había visto sobre todo en las revistas y en las series de la tele. También el rostro era bello, maduro y, al mismo tiempo, muy joven. En el segundo mismo en que tropezaron sus miradas, Zyto percibió en ella algo tranquilizador, algo que no lo rechazaba, que no lo amenazaba en verdad.

—Todo va bien —le dijo Michel Zyto, con una pequeña sonrisa—. Ya pasó.

El chaval echó a correr para llegar primero, y le saltó al cuello. Embarazoso. Michel Zyto lo alzó del suelo, le dio un beso en la muy suave mejilla, le sopló el mechón de pelo negro. ¿Por qué no?

—Cuéntanos lo que ha pasado, anda —dijo Léonard—. ¿Vas a tener que llevar la venda durante mucho tiempo?

Zyto sabía que el muchacho andaba por los diez años. Alto, para su edad. Con una mirada brillante, de inteligencia, con una elegancia innata en el modo de llevar la ropa, cara sin duda, sobre todo la camisa. Un guapo muchachito. También Marc era guapo, con su rostro fino, anguloso, pero perfectamente dibujado. Todos eran guapos, en esa familia.

De la cual él formaba parte, ahora.

Puso a Léonard en tierra.

—Ya te lo habrá contado tu madre. No hay gran cosa que decir, ¿sabes? Un cortecillo, un chichón. Al coche no le ha pasado nada. Y la venda me la podré quitar... Dentro de tres o cuatro meses.

—¡Qué va! —dijo Léonard, riéndose.

—Pues mañana o pasado.

Marie tomó el relevo, ciñéndose contra Zyto, rodeándole la cintura con los brazos desnudos, apoyando su mejilla contra la suya. Se dirigió a él en voz muy baja:

—¿No te has callado nada cuando hablamos por teléfono? ¿Va todo bien?

—Te aseguro que sí, cariño. En seguida te lo contaré mejor, pero... Nada. En fin: un mal día, desde luego.

Léonard se dirigía al coche.

Marie, tomando distancia con respecto a él, miró a Michel Zyto con mucha ternura. ¿Debía besarla? La besó rápidamente en la boca. Y la había llamado «cariño». ¿Era así como Marc la llamaba? Quizá. No tenía importancia. Si no acostumbraba a hacerlo, mira qué bien: esta tarde sí, esta tarde la llamaba «cariño», en vez de «cielo» o «pequeña». Esta tarde tocaba «cariño». No tenía por qué preocuparse.

Ser natural. No sorprenderse de nada.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no limpiarse los labios tras el beso. ¡Puah!

—¡Léonard! ¡Ven aquí! —casi gritó Marie.

El niño se disponía a entrar en el coche. En un susurro, Zyto le dijo a Marie:

—No te preocupes. Ya limpié la sangre. También la del traje.

—¿Por qué? —preguntó Léonard a su madre.

—No, nada, déjalo. Haz lo que quieras.

El niño regresó tan deprisa como se había marchado.

Por una de las ventanas que daban al jardín Michel Zyto pudo ver el salón. Era una habitación de aspecto suntuoso. Se iba a encontrar a gusto aquí.

Marie volvió a apretarse contra él, con mucha fuerza; luego lo soltó para tender la mano a Léonard.

Abrazos, palabras tiernas, besos. Michel Zyto estaba atónito ante el hecho de haber podido soportar tantas cosas de una mujer: una mujer que se le acercaba, lo tocaba. Igual que su madre. Pero, al igual que su madre, ¿qué podía desear esta otra, sino su perdición? Acapararlo, absorberlo, devorarlo, suprimirlo, reducirlo a nada.

Y, a pesar suyo, se imaginó golpeando a Marie. Dándole de cuchilladas, haciéndola sufrir.

Y acogió con gratitud tal imagen, ese deseo de violencia contra una mujer, reprimido durante meses en Stéphen-Mornay, pero que en seguida volvía a presentarse, a una velocidad terrible, instantáneamente fuerte, vivo; porque semejante deseo constituía el propio ser de Michel Zyto, la materia de que estaba hecho. No bastarían todos los doctores Lacroix del mundo para cambiarlo. Porque no se puede cambiar lo que es, y se obtiene una especie de exaltación vital, esencial, siendo lo que se es.

La novedad, la prodigiosa novedad, estaba en que ahora era, al mismo tiempo, él y otra persona. Volvía a ser el Michel Zyto de toda la vida, plenamente, pero dentro del cuerpo de Marc Lacroix. Ahora, de pronto, ya no experimentaba sino la exaltación, el placer, el impulso, el disfrute de sus pulsiones íntimas. ¡No más culpabilidad, no más padecimientos! Y no más odio contra sí mismo, porque ahora tenía la posibilidad de orientarlo hacia otra persona, el tipo que se encontraba allá en el Centro, atontado primero por la conmoción cerebral y luego por los efectos del Téméril. Si el objetivo de un psiquiatra consistía en eliminar los padecimientos morales de sus pacientes, devolviéndoles la alegría de vivir, Marc Lacroix había desempeñado su tarea a la perfección o, como dijo el simplón aquel, había hecho una especie de milagro.

De modo que Zyto se consideró capaz, a pesar de haber recuperado sus impulsos violentos, de aceptar el apoyo de Marie. La propia esposa de Marc iba a ayudarlo — por lo tierna que era, por la paz que de ella emanaba— a interpretar mejor su papel de

Marc Lacroix, ocultándole una verdad que podría matarla de terror, si llegase a conocerla.

Se burló para sus adentros.

Luego, sintió asco ante la idea de que Léonard hubiera salido de aquel vientre. Se le pasó por la cabeza justo cuando el niño asió primero la mano de Marie y luego la suya, para fingir que los arrastraba en dirección a la casa, inclinado hacia adelante, como tirando de un arado.

El monigote aquel no le gustaba mucho a Zyto. Habría preferido que no estuviese más que Marie.

—¡Vaya porquería de pantalón llevas!

Léonard, acostumbrado a las bromas de su padre, tenía respuesta para todo. Apartándose de Michel Zyto, hizo como que lo observaba con atención:

—Sobre todo si lo comparamos con tu traje, tan limpito.

El traje ligero que llevaba Zyto, arrugado, con todos los cercos del quitamanchas, no era en efecto como para que su propietario fuera por ahí acusando de sucios a los demás.

Divertido, muy divertido. ¿Cuál era la reacción adecuada? ¿Darle al enano un tortazo en los morros? —pensó Zyto, sabiendo muy bien que no, que en modo alguno podía ser ése el estilo de la casa. Viendo que Marie sonreía, le copió la actitud, y sonrió él también.

Entraron en el vestíbulo. Zyto colgó su chaqueta.

—Qué bien se está en casa.

—¿Me lo cuentas o no me lo cuentas? —preguntó Léonard.

—Ya lo sabes todo, muñeco. Te lo ha contado mamá.

—¿Mamáaa? No me ha contado nada en absoluto. Casi nada. ¿Sabes lo que me parece? Que cuando andes por ahí, para arriba y para abajo con los locos, deberías llevar siempre tu pistola. Le habrías vaciado el cargador en la cabeza, y...

—¡Léonard! —gritó Marie—. Se supone que tu padre tiene que curar a sus enfermos, no asesinarlos. ¿Cómo pretendes que vaya por ahí con una pistola?

Léonard era listo. Daba la impresión de adivinar las cosas.

—Estoy seguro de que el otro intentó hacerle daño —dijo, en tono súbitamente grave, asiéndose tiernamente de la mano de su padre—. Vi la cara que ponías, cuando hablabas por teléfono.

—Qué va, muñeco —dijo Zyto, acariciándole la mejilla—. Lo dejé conducir y tuvimos un accidente. Y nada más.

Era eso lo que habían acordado decirle al niño. Léonard echó a correr por todo el inmenso vestíbulo, chillando « ¡Vale! ¡Vale! ».

—Martial llamó nada más colgar tú —dijo Marie—, y se lo conté.

¿Martial? ¿Quién era Martial?

Marie se dio cuenta de la cara de contrariedad que ponía «Marc».

—No te importa, ¿verdad?

—No, pero es que Hugues y yo nos hemos puesto de acuerdo en que la cosa no circule...

Marie pareció sorprenderse. Ay ay ay. Primer pequeño fallo.

—¿Y? —dijo ella—. Martial no va a contárselo a nadie.

Zyto entró en el salón tras ella.

—Es verdad. Perdóname, estoy un poco nervioso.

«Lo que estás es un poco celoso», pensó Marie, enterneciéndose.

Zyto se dejó caer en el sofá de cuero negro. Estaba agotado. Pasó revista a la habitación. ¡Vaya tele! Parecía una pantalla de cine, con las esquinas cuadradas, con altavoces independientes a cada lado, igual que en las cadenas estéreo. Y tantísimo libro, centenares de libros, más el sistema de sonido, negro y brillante, más bonito que una escultura. Había un mueble de madera maciza, barnizada, todo lleno de discos, cassettes, compactos... Había para toda una vida de estar escuchando música.

—Once milímetros de menta, ciento veinte de gaseosa —dijo Michel Zyto a Marie.

Acompañó tales palabras con una sonrisa irónica, por si Marc no hubiera delegado antes en nadie la preparación de su combinado, dando a entender que esta tarde habían todas las transgresiones.

—Ahora va —dijo Marie, sin pestañear.

Salió del salón y cruzó el comedor para dirigirse a la cocina de donde salía en ese momento Léonard, ya no al galope, sino al paso, todavía con la boca mojada, con signos evidentes de haber bebido algo, zumo de fruta, o cualquier otra cosa, a toda prisa.

Se secó con el antebrazo desnudo y vino a acurrucarse contra su padre.

—¿Pasaste miedo? ¿Mucho miedo?

—No, muñeco. Casi ninguno.

—¿Cómo es que hoy te ha dado por llamarme muñeco?

—Hay que cambiar de vez en cuando, ¿no te parece?

—¿Quieres que te ponga tu disco?

—Sí, mira, ponme mi disco —dijo Zyto.

Léonard le dio un beso en la mejilla y se levantó. Era un virtuoso de los aparatos y telemandos diversos. Zyto, observando sus maniobras, se las fue aprendiendo. Aparecieron lucecitas azules en diversos puntos de la cadena estéreo negra: indicadores, líneas que se alargaban y se encogían...

Era inevitable pensar en el psicordenador de Marc. Y Zyto, que hasta ahora había venido dejándose arrastrar por la necesidad de actuar, de pronto adquirió plena conciencia de lo sucedido a lo largo de las últimas horas. Fue entonces, y sólo

entonces, cuando se le vino encima la impresión, cuando experimentó una sorpresa sin límites, el miedo a lo desconocido, la sensación de estar soñando, de hallarse metido en el relato de un cuento de hadas.

Sonaron los primeros compases de la sonata de *La Frescobalda*. Marie le trajo su vaso de menta con gaseosa. Las cosas volvieron a ser reales. En cierto modo, nada había cambiado. O, dicho en otras palabras, el cambio era infinito y, al mismo tiempo, nulo.

Zyto residía en el cuerpo de otro. Pero nunca había sido él mismo hasta ese punto, nunca había sido tan Michel Zyto.

Bebió, manifestando una satisfacción que se hallaba muy lejos de sentir. Pero, en fin, el precio a pagar por su alegría no resultaba demasiado alto... Se estaba tan bien en aquel lujoso salón, rodeado de objetos de valor incalculable, de plantas en cuyas grandes hojas no había ni una brizna de polvo, instalado en un sofá que parecía ceñirlo por todas partes, envolviéndolo suavemente por arriba y por abajo, bien protegido, como en un capullo, pero sin perder por ello la plena posibilidad de permitir que su mirada se lanzase a lo lejos, más allá del ventanal, para adentrarse en un paisaje cuyos colores se ahondaban en las primeras sombras de la noche, resaltando en toda su intensidad, más ricos que bajo la luz del sol...

... Y gozando de la compañía de una mujer y de un hijo atentísimos, una mujer y un hijo cuyo afecto, por ahora, podía soportar sin angustia ni demasiada agresividad. ¿Durante cuánto tiempo? ¿Y si tomaba la decisión de matar a Marc y luego, tras él, a Marie y a Léonard, quedándose solo y renovado, en vez de devolverle el cuerpo, aunque fuera en el momento ideal y en inmejorables condiciones?

Más tarde. Esas preguntas, para más tarde.

Aprovechar el presente.

Acabó la música, que lo había aburrido. Marie y Léonard tendrían que acostumbrarse a un cambio de gustos por su parte.

—¿Puedo ver un poquitín la tele? —preguntó el niño.

Zyto no contestó, dejando la decisión a Marie.

—Bueno, hoy sí. Así verás con tus propios ojos las tonterías que ponen a esta hora.

Tonterías o no tonterías, Léonard se abalanzó sobre el telemando y se puso a hurgar en los botones como si se hubiera tratado de impedir el estallido de una bomba. A continuación, Marie le preguntó a Michel Zyto, en tono más afirmativo que de pregunta, si quería darse una ducha y cambiarse de ropa.

—A la ducha —dijo Zyto, poniéndose en pie con aire resuelto.

Comprendió que Marie deseaba hablar a solas con él.

Con un silbido como de animal agonizante, el sofá recuperó su forma original nada más despegar Zyto las posaderas. Estuvo a punto de hacer un comentario al

respecto, igual que había estado a punto, un momento antes, de hablarle de usted a Marie Lacroix.

Una vez en el piso de arriba, tuvo que contar con todo detalle el accidente y la agresión. Dejó que condujera Michel Zyto. Al principio todo había ido bien. Anduvieron por el campo, charlando y escuchando música. Pero, en un momento dado, Zyto se negó a seguir el camino que Marc le indicaba. Ello ocurría no muy lejos de Louveciennes, por cierto. Al final acabaron forcejeando, qué remedio, y el coche se salió de la carretera, quedando medio volcado en una cuneta, tras un choque muy violento. En contra de lo que hasta ese momento había venido sosteniendo, reconoció haber pasado mucho miedo, porque el otro lo habría matado sin vacilar, si hubiera podido.

Michel Zyto y Marie avanzaban lentamente por el pasillo, ancho y largo, del piso de arriba. Zyto aprovechaba para irse orientando acerca de la disposición de las habitaciones, el cuarto de Léonard, el de huéspedes, el despacho de Marc Lacroix.

El dormitorio conyugal. El cuarto de baño, el armario, el modo en que estaba colocada la ropa. La cama.

Se le hizo un nudo en el estómago ante la contemplación de la cama. ¿Qué pasaría más tarde? Bueno, claro, esta noche no se suponía que estuviese para grandes proezas. Pero ¿y mañana? Y, de todas formas, quedaba la proximidad física, aquella mujer tendida a su lado, aquella mujer espléndida y temible.

Recuperó la calma con facilidad, una vez más.

Ya vería, cuando llegase el momento. Todo iba bien, todo iría bien.

Sin que él se lo hubiera pedido, Marie iba colocando ropa encima de la cama: calzoncillos, calcetines, una camisa.

—¿Está bien la camisa verde? —preguntó, simplemente.

—Muy bien.

Un momento de duda. Se metió en el cuarto de baño sin desnudarse. Otra duda. Dejó la puerta abierta. ¿Entraría con él? ¿Lo esperaría en el dormitorio? ¿Iba a verlo desnudo? ¿Qué relaciones había entre los esposos Lacroix, cómo se comportaba él en la intimidad? ¿Cómo reaccionaría si ella se acercaba y se ponía a darle besos y caricias?

Pero nada de eso ocurrió. Oyó los leves pasos de Marie sobre el suelo de madera, alejándose.

Abrió los grifos. Poco le faltó para ponerse a silbar el *presto* de Vivaldi.

Bajo la ducha, estudió su nuevo cuerpo. Grande, bien proporcionado. Algo flaco. Piel suave, de mujer o de niño. Abdominales un poco blandos. En cuanto al sexo, sometido a atento examen, lo halló más bonito, más fino, mejor formado que el suyo. Pero el suyo también tenía su encanto: más recogido, más fuerte, más enigmático, quizá más inquietante para una mujer, ahí metido, oculto en una maraña de pelos de

color castaño.

Se enjabonó amorosamente.

Antes de cenar, pretextando ocupaciones diversas y alegando la necesidad de relajarse un poco, exploró más a fondo la casa: todas las habitaciones, el garaje, donde vio aperos de albañilería y de jardinería sin utilizar, el sótano, casi vacío (juguetes y libros, sobre todo, pero también algo de ropa), el terreno de alrededor de la casa, un simple prado sin aprovechar para nada.

Le gustaba el sitio. Todo le gustaba.

Cenaron. Sin hacer casi ninguna pregunta, fue recogiendo numerosos datos relativos a los Lacroix, a los padres de Marie, a los amigos de Léonard, a los Cazanvielh, al *flipper* que acababa de adquirir Martial. ¿Un *flipper*? ¿Eran los dueños de algún bar, esos Cazanvielh? No, el Martial de marras se dedicaba a coleccionar cosas.

Marie no trabajaba, algo que ya sabía él de antes. Había estudiado francés, latín y griego. En el piso de arriba había visto, aparte de los libros científicos, otros que llevaban en la guarda el nombre de Marie Leleu, escrito a veces con letra infantil. Otros eran libros de clase.

No hubo ninguna llamada telefónica.

Concluida la cena, Michel Zyto fue el primero en levantarse.

—Tengo que llamar a Hugues. Es un minuto.

Se dirigió al salón.

De modo, pensó, que había una pistola en la casa. Seguro que los ricos, como vivían en casas aisladas, tenían todos pistola.

Hugues. Asegurarse de que por aquel lado todo iba bien.

Estaban bajando las persianas. Su inconsciencia no era completa, porque había percibido el ruido de la manivela. Se trataba seguramente de Adeline, la nueva, la jovencita que desempeñaba el trabajo de dos enfermeras y que lo hacía muy bien.

Adeline. Marianne. Una sucesión de imágenes en su cabeza. En realidad no estaba pensando: las ideas desfilaban a toda prisa, enmarañándose, escapándosele; se abalanzaba tras ellas y luego... nada. ¿En qué pensaba hacía un segundo, qué era aquello que se le había antojado tan importante?

En una calle pequeña de Louveciennes, un niño muy travieso solía dejar tirado un portamonedas, o algo de aspecto deslumbrante, por ejemplo un cochecito metálico, poca cosa, pero capaz de reflejar en todo su esplendor la luz del sol. Broma tonta, viejísima: cuando alguien trataba de recoger del suelo el objeto, ¡hop!, el chaval tiraba del hilo invisible y la cosa se escapaba de entre las manos de quien pretendía hacerse con ella. Marc, de niño, cayó dos o tres veces en la trampa.

Estaba agitado: pequeños movimientos, crispaciones musculares, abrir o cerrar la mano, un miembro que se desplaza algunos centímetros; pero él tenía una impresión de actividad gigantesca, de estar corriendo, de meterse en altercados, de desplomarse en caídas sin fin.

Su padre se mató cayéndose de una escalera; dos pisos, una caída espantosa, cráneo abierto, pierna dislocada.

Tu padre no sintió nada. Murió en lo alto de la escalera, antes de caer, ésa fue la razón de que se cayera. Marc detestaba a su madre cuando le decía tal cosa. O cualquier otra. O nada. Su rostro de anciana se pegaba al suyo y a él le habría gustado apartarlo. ¿Por qué era tan débil? ¿Y por qué no estaban allí, con él, Marie y Léonard? Tenía que curarse pronto, para reunirse con ellos, para volver a su hogar, sus comodidades, el afecto, los días parejos.

Marianne. Era la imagen que con mayor frecuencia se repetía, llegando incluso a oscurecer todas las demás. Marianne, tan rubia, tan deseable; le sonreía como sonreía desde la cama, cuando él salía del cuarto de baño; la deseaba, le venían ganas de volverla loca de placer, de que se apretara contra él hasta hacerle daño, pronunciando su nombre, Marc, con palabras de amor.

Las calles de Louveciennes, los rostros, las escenas, todo le iba desfilando por la cabeza.

Todo, menos Michel Zyto.

No le dolía nada. O casi nada. Seguro que había sido Fabricant. El bueno de Antoine. Nadie como él para remendar de arriba abajo a un despellejado. De manera que pronto podré volver a casa.

Tenía la memoria averiada, desorganizada, como si funcionase mal, al sesgo. Se

tomaba por Marc Lacroix en el cuerpo de Marc Lacroix, en su cuerpo de siempre.

Hizo un gesto más amplio que los anteriores: pretendía retirarse una máscara del rostro, tenía la impresión de estarse ahogando bajo una máscara; levantó la mano derecha con gran esfuerzo y sus dedos tocaron unos pelos debajo de la nariz, un bigote. El bigote que adornaba el rostro de Michel Zyto. ¿Qué era lo que... ?

Y todo volvió de golpe.

Marc quiso aullar, creyó aullar; pero no le salió más que un gruñido sordo. Un hilo de baba le colgaba de los labios. Michel Zyto, el accidente de coche, la pelea, su pobre cráneo, chocando contra el grueso cristal del Terrano, la cara de aquel enfermo mental, cerca de la suya, lejos, cerca, lejos, cerca... Aquel enfermo mental metido en su casa, con su familia, con la posibilidad de que en cualquier momento asesinase a su mujer y a su hijo.

Y ese bigote que acaba de tocar. ¡Qué horror!

Se crispó por efecto de un dolor moral insoportable, de nuevo intentó aullar —y luego se calmó, porque lo invadieron otras imágenes. Su estado de conmoción le impedía toda manifestación psíquica demasiado violenta: no podía gritar, no podía bajarse de la cama y ponerse a pegar voces por el pasillo, golpeando las paredes con los puños. Otras imágenes lo invadían, de pronto: Marie, tan feliz al volante de su Austin recién comprado, los guantes de pordiosero que se ponía Léonard, Marie-Thérèse cacareando por teléfono, su madre, Gertrude Lacroix, y sus veinte enfermedades... Volvió a la calma. Una pequeña cantidad de un líquido infame, procedente de lo más profundo de sus entrañas, se le derramó por la barbilla y por el cuello, sin que él siquiera se diese cuenta.

¡Marianne, Marianne!

Se había limitado a decirle que la llamaría por teléfono, como de costumbre. Marianne tardaría en empezar a preocuparse. Si transcurría demasiado tiempo, se sentiría un poco triste, pero se lo explicaría pensando que a Marc le había sido imposible llamar por alguna razón, y que ya la llamaría en cualquier momento.

¡Y no se equivocaba! Iba a escaparse del sitio este. Llamarla por teléfono, explicarle. Y evitar que Zyto pudiera hacer daño a nadie. Siguió esta vía de razonamiento durante medio segundo. Se escaparía, llamaría a Marianne, la convencería, por fuerza tendría que convencerla, le ofrecería pruebas irrefutables de que le estaba diciendo la verdad... Luego habría que... Zyto...

Zyto... Estuvo a punto de volver el dolor insoportable, pero todo se le enmarañó en la cabeza, todo se le ablandó, alejándosele cada vez más.

Perdió el conocimiento.

Había luz.

Le estaban limpiando la boca, la barbilla, el cuello. Era una sensación de frescura.

Un pinchazo en el brazo.

Perfusión. Téménil. Jodido, pensó. Emparedado en el cuerpo de otro. ¿Durante cuánto tiempo?

Alzó los párpados. Haciendo acopio de toda su energía, logró mantener los ojos abiertos y emitir un gorgoteo de palabras cuando reconoció a Hugues d'Oléons sentado en una silla, junto a él.

A la enfermera que estaba instalando la perfusión ni siquiera la veía. Para ello habría tenido que desplazar no poco la cabeza. Sabía que estaba allí, un bulto blanco que se movía a su derecha, una blusa, seguramente Adeline.

Clavó los ojos en Hugues, que lo observaba con su bondad habitual y que parecía triste, muy triste.

—El doctor Lacroix... ¿Dónde está el doctor Lacroix?... Quiero... Verlo...

Se percibían, más que ninguna otra cosa, las vocales, abriéndose camino a través de una mala saliva, «o...

or... a... uá... óe... eá... o... or... a... uá... ?» Pero Hugues lo comprendió muy bien.

Inclinando hacia adelante su pesado torso, puso suavemente la mano en el hombro del herido.

—No se preocupe usted. Ahora todo va bien. El doctor Lacroix está en su casa. Acaba de llamarme por teléfono, interesándose por usted. No va a abandonarlo, piensa seguir ocupándose de usted. Mañana por la mañana vendrá a verlo. Ahora va usted a dormir y descansar. Todo irá bien, se lo aseguro.

¡El doctor Lacroix! ¡Michel Zyto en su casa, con su mujer y con su hijo!

Una sensación se impuso a todas las demás: la del líquido de perfusión, que, partiendo del brazo, le calentaba el cuerpo entero.

Se quedó sin fuerzas, sin valor, sin ideas.

Se le cerraron los ojos.

Por sus mejillas rodaban gruesas lágrimas, manchando la almohada.

Viéndolas, el excelentísimo Hugues d'Oléons se sintió sinceramente emocionado.

Se fueron a la cama temprano, al mismo tiempo que Léonard. Marie Lacroix era aficionada a acostarse pronto, para leer en la cama, y Michel Zyto secundó la iniciativa.

¡Qué delicia de cena! Hacía una eternidad que Michel Zyto no se pegaba un festín semejante. Marie era una cocinera estupendísima. Una maravilla, la tarta Tatin del postre. Si no hubiera sido por el tragón de Léonard, Zyto con gusto habría repetido. Y Marie sabía cómo hacer succulentas las recetas más sencillas, como la ensalada con pasta. En la pasta fue menos temible la competencia de Léonard: Zyto se puso hasta las cejas.

La llamada a Hugues lo había tranquilizado. Ya no le daba tanto miedo pasar la noche con Marie. Y Marie era dócil, hacía uno con ella lo que quería. Nunca se ponía pesada. Zyto se sentía dueño de la situación. Haría lo que le viniese en gana.

Léonard le dio un beso antes de meterse en su habitación, pero en cambio no besó a su madre, a quien apenas si dedicó una mirada. Curioso. ¿Debía hacer o decir, él, Zyto, algo especial al respecto? El niño desapareció, dejando sin cerrar del todo la puerta de su cuarto.

Marie continuó camino del dormitorio conyugal. Michel Zyto fue tras ella.

—¿Vas a ducharte otra vez?

—No, no me apetece.

Luego cabía deducir que Marc Lacroix tenía la costumbre de ducharse antes de meterse en la cama. Igual que Marie, que se metió en seguida en el cuarto de baño.

—Ponte pijama limpio. He lavado hoy.

Volvió la puerta sin cerrarla por completo.

Zyto eligió un pijama entre los que había en el armario, rojo con bordes negros, muy abierto por el pecho, como una especie de uniforme de judo. Se desnudó y se lo puso.

Antes de la cena había visto —además de la foto de Marc, de joven, con bigote, que le provocó cierta burla interior— el libro griego que había encima de la mesilla de noche de la derecha. Ése era el lado de Marie. ¿Tendría Marc también la costumbre de leer en la cama, aunque no hubiera ningún libro en la mesilla de noche del otro lado, idéntica a la otra? ¿O se quedaba dormido mientras su mujer leía?

¿Hacían el amor todas las noches?

Sacó un libro de las estanterías, *El concepto de biolímite*, y se tendió en «su» lado de la cama, sin meterse bajo las sábanas.

Hizo como que leía.

De vez en cuando se pasaba la mano por la cara. Echaba de menos el bigote. Lo había llevado desde muy joven. Prefería el rostro de Marc sin bigote, pero al tocarse

le faltaba algo.

Ya no había ningún ruido en el cuarto de baño.

—¿Me traes una toalla, por favor? —gritó Marie.

—¡Ahora mismo!

Se levantó, cogió una toalla cualquiera —una grande, de color marrón— y entró en el cuarto de baño. Marie estaba cómodamente instalada en la bañera, con el pelo anudado en lo alto de la cabeza, lo cual la hacía parecer más joven todavía, con los pechos asomando a medias por encima del agua.

—La tuya está empapada. No me acordé de cambiarla.

En punto se calló para quedarse mirando a Zyto, sonriente.

—¿Me estás tomando el pelo?

Zyto pensó a toda velocidad. ¿El pelo? ¿Por qué le iba a estar tomando el pelo? ¿Tendría que ver con la toalla que le había traído?

¿De qué otra cosa podía tratarse?

—¿Quieres otra? —dijo, por si acaso, devolviéndole la sonrisa, también por si acaso.

—No, no, claro que no. Estás con la cabeza en otro sitio, cariño mío. De todas formas, no te olvides de que me tienes que comprar una docena de toallas azules.

No le gustaban, o habían dejado de gustarle las toallas marrones. Marc y ella tenían que haber hablado del asunto poco tiempo antes. Muy bien, comprarían toallas azules. Ella se puso en pie, extendiendo los brazos, y él le alargó la toalla. En seguida empezó a secarse.

Sí, decididamente, se parecía a las mujeres de las revistas. Era igual de esbelta, estaba igual de bien hecha, con unas nalgas tan respingonas... Zyto se sorprendió de que le impresionara tanto la belleza de las nalgas.

Apartó los ojos y salió del cuarto de baño.

Se volvió a echar en la cama, esta vez debajo de las sábanas, con su *Concepto del biolímite*. Leía sin comprender gran cosa, pero esperaba el desarrollo de los acontecimientos, sometido de nuevo a una creciente aprensión.

Marie fue de un lado al otro de la habitación envuelta en un albornoz blanco. El de color burdeos tenía que ser de Marc. Suyo. Marie salió al pasillo, gritó «¡Ya!» y Zyto oyó cómo contestaba Léonard, desde bastante lejos: «¡Ya mismo! ¡Ya!». Comprendió. Un ritual, una costumbre idiota. Todos aquellos «ya» eran un anticipo de los besos de buenas noches. Ya ya ya estaba claro por qué Léonard no le había dado un beso a su madre hacía un momento, se dijo Zyto, burlándose de sí mismo, para dejar en seguida de burlarse, en cuanto le vinieron a la memoria los rituales que su madre había establecido entre ellos.

Se vio sumergido en una ola de odio. No, no quedaba más remedio que resistirse. Marc le había enseñado a resistirse. Primero lo ayudó a expresar el odio, luego a

explicarlo, luego a combatirlo. Seguía dentro de él, el odio, pero era capaz de controlarlo.

Hasta cierto punto. Gracias al doctor Marc Lacroix, a sus obstinados esfuerzos de psicoterapeuta competente, y porque acababa de tener la bondad de prestarle su cuerpo a Michel Zyto (¡qué risa!), él podía ahora soportar, hasta cierto punto, la proximidad de Marie Lacroix, esposa del doctor.

Léonard estaba tan mono y tan adorable como siempre, metidito en su cama. En cuanto vio a su madre abrió la boca, para enseñarle lo bien que acababa de lavarse los dientes. Luego hizo sonar un beso en el vacío, cerró los ojos y fingió dormir, todo muy deprisa, jugando. Su madre se acercó y le dio un beso en la frente. Él pegó un brinco, como si acabara de despertarse, y ambos se echaron a reír, para en seguida reanudar el ritual desde el principio.

Una vez de vuelta junto a Zyto, Marie se quitó el albornoz y se puso un camisón que habría cabido entero en el hueco de una mano cerrada.

—¿Cómo es que esta noche te ha dado por leer? —preguntó, tendiéndose junto a él.

—Ya ves.

Marie le dio un beso en la mejilla y cogió la *Odisea*.

—Haces bien, así te relajas un poco. Ya verás lo pronto que te duermes. ¿No te duele nada? ¿Ni siquiera la frente?

—No, estoy bien. Como con agujetas, pero no me duele en ningún sitio concreto.

Apagaron la luz poco después, sin haber leído gran cosa.

Quedaron tendidos de espaldas en la oscuridad y el silencio.

Zyto se vio asaltado por un súbito deseo de tocar a Marie.

Pero temía que ella tomase el gesto por una invitación a ir más lejos, que se lo devolviese.

Pero se impuso el deseo. Porque Zyto sabía que aquella noche, y durante cierto tiempo aún, tanto como le viniera en gana, podía obrar a su guisa; que todo le sería aceptado y perdonado de antemano. Cada vez se daba más cuenta de hasta qué punto era Marie una mujer contenida y discreta. Todo lo contrario de esas tres mujeres a las que tuvo la mala ocurrencia de acercarse, aquellas a las que... Y, luego, el miedo le hacía imaginar que los contactos entre los Lacroix tenían que ser tan frecuentes como fogosos. Y a lo mejor estaba completamente equivocado.

Se puso sobre el costado y alargó el brazo. Esperaba tropezar con la tela del camisón, pero la ligera prenda se había subido y su mano vino a posarse en parte sobre el vientre de Marie. Tras unos instantes de vacilación, la deslizó hacia abajo, evitando el sexo, acariciando la cadera y el muslo hasta la rodilla, para en seguida volver por el mismo camino, subiendo hasta los pechos, que le gustaron mucho, porque le recordaron las preciosas nalgas que acababa de contemplar.

Nunca antes había llegado a tanto con ninguna mujer. Con las tres prostitutas había sentido desde el primer contacto la necesidad de golpearlas, de hacerles daño: ocultó el cuchillo debajo de la cama mientras ellas se lavaban, asquerosamente acuclilladas encima del bidé. El cuchillo... El recuerdo del placer experimentado al herirlas lo inundó por un momento, pero en seguida lo abandonó.

Todo iba bien. Nada iba mal. Las caricias de ahora no tenían nada de desagradables. Podía soportarlas.

El sexo lo atraía.

Desplazó la mano hacia abajo, para recorrer con suavidad el espacio del vientre. Marie volvió la cabeza. Lo besó en la frente, un beso corto y tierno. Luego lo dejó tranquilo.

Llegó al vello púbico (se deslizaba entre sus dedos, haciéndole ligeras cosquillas en la palma de la mano), siguió bajando, hasta donde aquello empezaba a abrirse un poco. Se dio cuenta de que pasando el dedo de cierta forma, de una forma que uno en seguida descubría, porque era del todo natural, se notaba un poco de humedad, apenas, algo muy suave. No se atrevió a seguir bajando. Le dio miedo explorar más abajo, retiró la mano a toda prisa y la volvió a poner en los pechos, tersos, sin recovecos ni sorpresas, aunque las puntas —que acarició en repetidas ocasiones— tendieran a aumentar de tamaño y endurecerse; pero eso, lejos de resultarle terrorífico, le pareció casi gracioso. Le venían a uno deseos de acercar la boca y morder, deseos de tantear esa dureza con la lengua.

Dejó de moverse. Marie, entonces, empezó a acariciarle el brazo y el hombro, por encima del pijama, la espalda, las nalgas; pero con tantas precauciones, que él no llegó a eludir el contacto, ni siquiera cuando ella, de paso, le rozó el nuevo pene, que estaba allí, asustado bajo la tela. Luego le acarició la mejilla, sin más, y allí acabó todo.

Al igual que el día anterior, Marie había percibido el deseo aumentado que «Marc» sentía de tener contacto con ella, pero también había percibido sus temores secretos, verdaderamente adolescentes, una tensión que le hacía imposible abandonarse. Pero esta vez había ido un poco mejor que la noche antes. Un pasito más. ¿Cabía esperar que pronto volvieran a hacer el amor? La idea de que él pudiese tener una amante, Marianne Matys o cualquier otra, le pareció en ese momento aún más incongruente. Estaba deprimido, preocupado, se aferraba a su trabajo, y hoy había sufrido una terrible decepción, pero Marie estaba segura de que volvía a desearla.

Dejándose llevar por un impulso de ternura, se ciñó contra él, abrazándosele. Para Zyto, el peligro ya había pasado. Comprendió que el impulso de Marie no significaba nada de particular, que más bien ponía término a lo que acababa de ocurrir. Se relajó, la abrazó a su vez, colocando la mano en el trasero respingón y firme. Estaba

abrazando a una mujer que, casi desnuda y en la misma cama que él, le ofrecía su presencia sin esperar nada a cambio.

Y el caso era que, en aquella posición, la mano encajaba perfectamente con la curva de las nalgas, proporcionándole una satisfacción que lo tenía sorprendido. Sintió crecer en el hueco del vientre una sensación que le resultaba muy conocida, pero que nunca había experimentado ante una mujer, y que además resultaba ahora ligeramente distinta, que no era solamente un deseo de placer, sino el deseo de otra persona. Y esta vez sí que tuvo miedo: volvió a verse asaltado por ideas violentas...

—Buenas noches, Marc. No sigas dándole vueltas a lo sucedido.

Marie le dio las buenas noches y se separó de él, como si lo hubiera adivinado todo.

—Buenas noches, Marie.

Ella se durmió en seguida. No así él, a pesar del cansancio del día.

Se dio cuenta de que tenía las mandíbulas contraídas, crispadas. Las aflojó. Si no, volvería a padecer dolores de garganta y de oído.

Mañana recordaría a Hugues que Michel Zyto tenía que seguir con sus comprimidos de Maktarin.

Persistía el insomnio, pero no le resultaba penoso. De vez en cuando, aún le venía una estupefacción sin límites ante el hecho de ser Marc Lacroix. Era algo tan inconcebible como la noción de infinito, de eternidad, de que algo no tuviera fin, de que durara para siempre. Tan inconcebible como la idea de la muerte. Y éstos eran pensamientos en los que no cabía detenerse. No lo hizo, porque en seguida lo distrajo la respiración regular de Marie, que dormía a su lado. Impresionado por el profundo silencio del campo, pensaba en que tendría que hacer lavar el coche en algún garaje, porque los matojos le habían llenado los costados de manchas, de estrías negras y verdes.

Marie había descornado las pesadas cortinas color marrón de las dos ventanas que había en el cuarto. El sol invadía el dormitorio.

Michel Zyto se había despertado Marc Lacroix.

—Oigo a Léonard abajo —dijo Marie—. Seguro que nos está preparando el desayuno. Me pidió permiso hace unos días, pero hasta ahora no se había atrevido.

Se lavaron, se vistieron, se prepararon para bajar.

—Necesito algo de dinero —dijo él.

Zyto había observado que la cartera de Marc estaba más bien desprovista. Atento a las reacciones de Marie, fingía mirar los libros, con la cabeza ladeada, como buscando uno en concreto.

—¿Quieres mil francos? —preguntó Marie.

—Sí. Voy a ir directamente al Centro. No me apetece parar por el camino. Ahora que me doy cuenta, se me ha olvidado mi número de código. Ya me pasó ayer. Cada

vez ando más despistado, últimamente.

—6473 —dijo Marie, entrando en el cuarto de baño.

Perfecto. Así podría utilizar la tarjeta bancaria de Marc. Más fácil que los cheques. Para poder utilizar los cheques, primero tendría que ir al banco, a comunicarles su decisión de cambiar la firma.

—¿No te habrás olvidado de que Cédric va a venir a última hora de la tarde, a tomar el aperitivo con nosotros?

—No. Casi, pero no me he olvidado.

Se dominó. Cédric. Marc le solucionaría el problema.

Fue en pos de Marie y se pasó el peine por el pelo.

—Qué mierda de calvicie incipiente.

Ahora decía «mierda». Marie pensó que era raro.

—Te garantizo que no tienes por qué angustiarte, porque no se nota. Además, tienes un cráneo muy bonito, muy regular. Aunque te quedaras sin un solo pelo...

—¡No digas barbaridades!

Se quedó mirándola. Había abierto la puerta del botiquín. Vio el cofre. Había un cofre allí oculto. Muy bien. Se acercó a Marie, le besó el pelo.

—¡Ya querría yo tener tu pelo! Estoy pensando que no voy a tardar mucho en el Centro. La verdad es que podríais veniros conmigo los dos, Léonard y tú. Me esperáis un momento en un bar.

No dejar nunca a Marie y Léonard solos en la casa, ni en ningún otro sitio que Marc conociera, por si le daba por «confiarse» a alguien.

Pero no lo haría. Era demasiado peligroso. El chantaje de Zyto estaba bien apalancado. Pero se andaría con ojo. Adoptaría todas las precauciones posibles.

—Estupendo —dijo Marie, encantada de que le hubiera pedido tal cosa.

Abrió el cofre. Combinación sencilla, fácil de retener en la memoria. Zyto la retuvo. Era una pequeña caja fuerte de nada, para urgencias.

Vio dinero en billetes, unas cuantas joyas —y la pistola.

Marc Lacroix tenía la impresión de que lo estaban enterrando vivo. No le quedaba más remedio que levantar la tapa del ataúd, costase lo que costase, antes de que la clavaran. Luego sería demasiado tarde.

Abrir los ojos.

Sus párpados eran la tapa del ataúd.

Le dolía la parte de detrás de la cabeza. Le dolía todo. Se sentía paralizado.

Pero levantar los párpados era también despertarse, recordar, zambullirse en los recuerdos que ahora lograba encauzar... Si permitía que clavasen la tapa del ataúd...

Abrió los ojos.

Normalmente, no habría debido aullar. Era fisiológicamente casi imposible: demasiada fatiga, demasiado medicamento en las venas. Y, sin embargo, al ver lo que vio lanzó un aullido, un prolongado aullido de terror, de condenado.

A un palmo de su rostro, el rostro de Marc Lacroix, como suspendido en el aire, lo estaba escrutando, su propia mirada, habitada por el espíritu enfermo de Michel Zyto...

Marc Lacroix, abominablemente vuelto a nacer, se había despertado Michel Zyto.

Pensó por un momento en Marianne, con mucha fuerza, como si el rostro de Marianne hubiera podido ahuyentar, borrar ese rostro que era suyo y de otro, al mismo tiempo: del otro.

No estaba en el mundo. Tenía que hallarse en el infierno.

Acudió una enfermera, la alta con voz de hombre. Pidió perdón al ver que el «doctor Lacroix» estaba ya en la habitación.

—No se preocupe, no es nada grave —dijo Zyto.

Hizo como que examinaba el frasco de la perfusión.

—Empezaremos a reducir esta misma tarde —dijo la enfermera.

—Estoy al corriente —dijo Zyto—. Acabo de ver al doctor d'Oléons. Es buena señal.

De todas formas, tampoco podía mantener a Marc inconsciente a perpetuidad. ¿Lo deseaba? No, porque tendría que hablar con él. Ejercer su poder sobre él, hablarle como un médico habla a su paciente, invirtiendo los papeles, completamente, de una vez por todas.

—Al despertarse —dijo Zyto— le han vuelto de golpe todos los recuerdos de ayer, todo lo sucedido. Ha tenido una reacción nerviosa, de ahí que haya gritado. Ahora estoy seguro de que va a calmarse. Puede usted dejarnos solos. Gracias.

No le había salido tan mal la parrafadita. La enfermera lo había escuchado con toda atención. Ahora salió del cuarto.

«El hijo de puta se las compone bastante bien», pensó Marc. El choque que

acababa de experimentar, la visión de pesadilla que hubo de afrontar al abrir los ojos, le habían puesto los nervios en ebullición. Durante todo un cuarto de hora, su demencial exaltación combatiría el efecto embrutecedor del Téménil. Tenía que aprovechar la ocasión, hallar el modo de que Zyto... Pero fue Zyto quien tomó la palabra primero, con dureza, tan pronto como hubo salido la enfermera —con dureza, pero en voz baja, como tan bien sabía hacerlo:

—La próxima vez, trate de dominarse. Nada de gritos. Si no, haré que le apliquen un tratamiento más duro. Le repito que no vacilaré en matar a su mujer. Y a su hijo. Y, en el peor de los casos, me mataré yo mismo. Sabe usted muy bien que soy capaz de ello. En el peor de los casos. Lo planteo así para hacerle comprender que no pienso retroceder ante nada, que soy yo quien está al mando y que usted no tiene ninguna posibilidad, ninguna esperanza. No le queda más remedio que pasar por mi voluntad. De modo que nada de gritos ni de escándalos. La próxima vez que llame por teléfono, quiero oír a d'Oléons decirme que es usted un paciente modelo. Como lo era usted antes. Por otra parte, ya que hablamos de teléfono, he hecho que se lo quiten. En su estado, es una fuente de excitación completamente inútil.

Había vuelto a acercar el rostro al de Marc. Se había exaltado con sus propias palabras, y estaba acechante.

En ese momento, Marc lo habría matado sin vacilación alguna. Zyto estaba espantosamente en lo cierto: no había esperanza para él, no había más que una vaga y confusa esperanza, fundada en la idea de que una situación semejante no podía durar para siempre. Pero duraría lo bastante como para que él, Marc, perdiese el ánimo, para que su psiquismo se viera peligrosamente afectado, para que se convirtiera en una especie de enfermo mental.

Para que se transformara todavía más en Michel Zyto.

Y el «otro» podría vivir durante largo tiempo con Marie y con Léonard. Era un tipo extraordinariamente astuto. En septiembre podía anunciar su retirada de la medicina, divorciarse (no le faltaría el dinero), hacer daño a Marie y a Léonard, ¡todo lo que se le pasara por la cabeza!

Marc se vio invadido por la desesperanza. Casi un deseo de dejarse morir, allí, en aquella habitación de color rosa viejo, sin hacer un gesto ni pronunciar una palabra.

No, no podía. Tenía que aguantar. Escaparse. Llamar por teléfono a Marianne, explicárselo todo, convencerla de lo increíble, hallar apoyo moral en ella. Suplicarle que no le dijera nada a nadie. Por el momento, él mismo renunciaba a toda posibilidad de hablar con Hugues, que era incapaz de cualquier disimulo. No hacer nada que pudiera desembocar en catástrofe. Zyto era demasiado astuto, demasiado desconfiado, y más en este momento: no bajaría la guardia ni un segundo, y estaban en juego las vidas de Marie y de Léonard; y también la de Marc, que no deseaba acabar sus días dentro de aquel cuerpo odioso. Aquel loco era muy capaz de

eliminarse, «en el peor de los casos», como él mismo decía, en cuanto captara algo anormal, tan pronto como no viera ningún otro modo de ejercer su maldad.

Más adelante, quizá tuviera oportunidad de... Pero la mera noción de «más adelante» resultaba ya descorazonados. Marc volvió a hundirse en el desánimo absoluto.

En realidad, esta vez Michel Zyto se había marcado un farol, al hablar de su eventual suicidio. Se sentía muy capaz de violencia contra el falso Zyto, allí acostado en su cama, en Stéphen-Mornay, gemebundo, herido, aterrorizado. Pero no contra sí mismo, contra el doctor Marc Lacroix.

—¿No habrá usted... tocado... a Marie?

Fue quizá que no le interesaba que Marc alcanzase el paroxismo de la furia, viéndose impelido a actuar desesperadamente; pero el caso es que optó por dosificar el tormento.

—No. Sabe usted muy bien que no. Tampoco ella parece muy predispuesta a tocar a su marido. Y está muy bien así.

Marc lo creyó. Conocía a Marie, lo reservada que se había vuelto, ahora que él la había estado descuidando. Y conocía a Zyto.

—¿Le importaría... subir la persiana?

Zyto subió la persiana. Se acordaba de haberle pedido el mismo favor a Marc Lacroix, en cierta ocasión, cuando acababan de admitirlo en el Centro y estaba ahí tirado, en esa misma cama, sin poderse mover.

Inversión de papeles.

¡Qué agradable, qué embriagador resultaba!

Volvió a sentarse junto a la cama. No había duda de que Marc tenía muy mala cara. Apenas si conseguía mantener los párpados levantados. Había momentos en que sólo se le veía el blanco de los ojos, como a los moribundos. Se le habían revuelto todos los pelos del bigote. En lo sucesivo tendría que cepillárselo con regularidad, dos o tres veces al día. Hacer un esfuerzo por ir bien presentado. Era lo que Marc le decía siempre, y Zyto le había hecho caso.

—¿Espera usted alguna llamada telefónica? ¿De Sainte-Anne? ¿De su laboratorio? ¿De dónde? ¿De quién? ¿Tiene usted que hacer alguna llamada, por su parte?

Marc invocó sus recuerdos. No contestó de inmediato. Se concentró en el asunto del teléfono.

—Le conviene colaborar —dijo Zyto, fríamente—. Le juro que le conviene muchísimo.

—Ninguna llamada. No, nada de particular. Todo el mundo se ha marchado. Menos... Léonard tiene amigos que pueden... o sus padres...

—Eric, Vivien, Simon. Eso ya lo sé.

—En Versalles tenemos unos amigos que...

—Martial y Marie-Thérèse, también lo sé. ¿Nada más?

Sí que se las apañaba bien, el hijo de puta. Marc se dijo que, en efecto, le convenía colaborar, para ver si se confiaba.

¿Quién podía llamar por teléfono? Decenas de personas. Pero llamadas seguras, embarazosas a corto plazo para el impostor.

—No, nada más —dijo en un susurro—. No se me ocurre nadie. ¿Qué piensa hacer usted? ¿Qué espera conseguir?

—Sacar partido de la situación. Usted que siempre estaba hablando de los beneficios psicológicos del cambio, ahora podrá ver que tenía razón: me siento mejor que nunca.

—Pero, más adelante, qué piensa...

—Más adelante, ya veremos.

Chantaje bien apalancado. Nada que oponerle, ninguna base de negociación.

¡Aunque quizá tuviese una!

El lamentable estado físico y psíquico en que se hallaba Marc, los caprichos de su memoria... La obsesión por el teléfono, que Zyto le había metido en la cabeza... el sueño que se le echaba encima ya... Todo ello explicaba por qué no había pensando hasta entonces en...

Tenía una base de negociación. Era Zyto quien acababa de hacerle parar mientes en ello, con sus preguntas.

Michel Zyto se inclinó hacia adelante, amenazador:

—¿Y Cédric? ¿Y la visita de Cédric, hoy, a última hora de la tarde? ¿Quién es ese Cédric? ¿Pretende usted ocultarme cosas?

En el fondo, no creía que Marc intentase ninguna maniobra. Se daba perfecta cuenta de que Marc estaba luchando con sus ideas y recuerdos, tratando de salir de la confusión.

Marc lo había olvidado verdaderamente. Y lejos de su ánimo la idea de ocultar a Zyto la visita de Cédric Houdé. Al contrario.

El tumor. La hipocondría de Zyto. Una pequeña posibilidad de establecer una relación de fuerzas algo menos desastrosa.

—Lo había olvidado, puede usted creerme. Pero hace usted muy bien en recordármelo.

A continuación hizo el esfuerzo de abrir mejor los ojos. De volver lentamente la cabeza hacia su interlocutor, a pesar de los dolores. De dirigirse a él con una voz que consiguió hacer seca:

—De modo que se siente usted mejor que nunca. Le aseguro que no será por mucho tiempo. Dentro de poco no se sentirá usted nada bien, en absoluto.

Zyto se enderezó en su asiento.

—¿Por qué? —preguntó, con súbita alarma.

—Porque estoy enfermo. Porque está *usted* enfermo. Me lo comunicó, el día antes de mi experimento, el doctor Cédric Houdé. Es el jefe del servicio de otorrinolaringología de Lariboisière. Un gran médico. Padecía vértigos, sorderas transitorias... Pero a qué explicárselo: pronto sentirá usted los mismos síntomas. («Si quieres que te diga la verdad, creo que ya los estás sintiendo, basura asquerosa, con lo cobarde que eres», se dijo Marc con perversa alegría, al observar que a Zyto se le había demudado la expresión.) Pasé por un escáner. Tengo un pequeño tumor en el nervio acústico. Está creciendo. Si se le deja crecer, las consecuencias serán terribles. Pero también serán terribles si se opera. Marie lo sabe, pero ignora hasta qué punto es grave la cosa. Por favor, no se lo mencione, si ella no lo hace antes.

Guardó silencio, agotado, preguntándose si alguna vez lograría volver a pronunciar una palabra. La droga que le habían administrado volvió a tomar posesión de él. ¿Qué otra cosa añadir, para que Zyto se inquietara todavía más? De todas formas, Cédric le quitaría parte del miedo, inevitablemente. Pero no importaba. Marc sabía que Zyto no dejaría de darle vueltas a «su» enfermedad y que llegaría el punto en que perdería por completo el control de sí mismo.

Una buena base de negociación.

Lo que se dice perder el control, ya estaba sucediéndole en este momento, a Zyto.

Ya no tenía al doctor Marc Lacroix para devolverle la calma.

Se levantó de su silla.

—¡Está usted mintiendo! ¡Me está contando un cuento tártaro! Pretende usted des... des... ¡Ándese con cuidado! No se olvide ni por un instante de lo que le tengo dicho.

Marc creyó que Zyto iba a golpearlo allí mismo, en la cama, que lo iba a estrangular, en un arrebato de su locura. Pero no: Marc, de ahora en adelante, estaba protegido contra asesinatos, mientras habitara en ese cuerpo robusto, al que bastaría un poco de Maktarin para curarse por completo. No se dejó intimidar, mantuvo la mirada del otro, sin vacilación, y aún logró decirle, pagando por ello el precio de su último esfuerzo:

—Esta tarde, a eso de las seis, el doctor Cédric Houdé pasará por casa. No viene más que a tomar una copa, no a hablar del tumor, porque a ese respecto ya nos lo hemos dicho todo. O sea: haga que la conversación gire hacia ese tema, pero con cuidado. No se supone que tenga usted que estar inquieto. Y vuelvo a rogarle, por favor, que no le diga nada delante de Marie. Las radiografías están en mi mesa de despacho, en el penúltimo cajón de la derecha. Y no haga preguntas demasiado ingenuas.

Michel Zyto volvió a tomar asiento.

—Explíquese —dijo, con voz temblorosa—. Explíquese. ¿Qué preguntas?

Pero el doctor Lacroix acababa de sumirse en el sueño: la tapa del ataúd había vuelto a cerrarse sobre él.

—Esto es. El tumor está exactamente ahí —dijo Cédric—. ¿Lo ves? Justo en el vestíbulo del oído interno. En sí, no es grave. El problema es que se halla situado en pleno cráneo. Mira el nervio, éste, el que va del tronco cerebral al oído... No... No... Ahí está.

Zyto y Cédric Houdé estaban mano a mano en el despacho de Marc, con los clichés extendidos encima de la mesa. En el ánimo de Michel Zyto, una calma de mala ley había sustituido al miedo.

Tronco cerebral... Neurinoma del acústico... Acústico-vestibular... Octavo nervio... paquete acústico-facial, séptimo nervio, el nervio facial, parálisis total o parcial de la cara... Iban cayendo las palabras, mientras Zyto hacía todo lo posible por no desfallecer, por guardar las apariencias, por beberse la menta con gaseosa sin que le resbalara el líquido por el mentón abajo. Odiaba a aquel médico enjuto y fuerte, porque estaba sano y por el tono de calma en que le daba a conocer aquellos horrores. No lo comprendía todo, pero sí lo suficiente como para saber que esa manchita de ahí era como un brote de muerte instalado en su interior, con capacidad para desarrollarse, aumentar de tamaño, madurar en muerte, su muerte.

¿Qué ocurriría si se operaba? Problemas inevitables, más o menos molestos: sordera, parálisis de una parte de la cara...

Por otra parte, incluso en el supuesto de que la operación se ejecutara perfectamente... Siempre había el riesgo de provocar un espasmo de la arteria cerebelosa media, muy próxima. Riesgo incontrolable, imprevisible.

Cédric Houdé se preguntaba por qué lo estaba acosando Marc con sus preguntas, cuando conocía las respuestas tan bien como él. Lo había hallado mucho más sereno en el momento del escáner. Un acceso de angustia, seguramente. Nadie está a salvo de cosas así. Se dedicó, pues, a tranquilizarlo, y Zyto, dejándose impresionar por la autoridad del veterano especialista, se tranquilizó en efecto. Teniendo en cuenta el resultado del escáner, la hipótesis pesimista de una evolución rápida previa, seguida de la catástrofe que supondría la intervención quirúrgica, podía casi descartarse estadísticamente. Un chequeo de vez en cuando y —Cédric insistió varias veces en este punto— Marc cumpliría los ciento cincuenta años sin que le molestara el neurinoma.

Michel Zyto hizo lo mismo que la noche anterior, y acarició a Marie. Más tiempo y mejor, hasta el punto de despabilarle con toda claridad el placer. La respiración de Marie se hizo rápida, su cuerpo entero se estremeció ligeramente. Él siguió adelante, sin detenerse, y de pronto Marie separó los muslos, los volvió a cerrar, apresando la mano de Zyto, y permaneció inmóvil. Hasta ahí habíamos llegado. No había pretendido semejante cosa, en realidad. Estaba sorprendido. Se encontró en brazos de

Marie, dejó que ella lo tomara en sus brazos, con fuerza.

Lo que acababa de suceder le suscitaba tanto temor como asco y odio. Pero no sólo eso. También excitación. Y Marie no había incurrido en ningún gesto comprometedor. Había pasado el peligro. Ella no parecía esperar lo que él más temía, lo que le resultaba imposible, la penetración. Marie no parecía esperar nada.

¿Cabía suponer que Marc Lacroix no hiciera el amor con su mujer?

Zyto se acurrucó mejor contra ella.

—Estoy pensando en lo que me dijo Cédric —murmuró, al cabo de un momento.

A pesar de las recomendaciones de Marc, no había logrado evitar lamentarse ante Marie. Ella lo abrazó con más fuerza.

—No te preocupes, cariño mío. Ya verás cómo no hay evolución. Y si la hay, será muy lenta. Estoy convencida. Estoy convencida de que no deberías preocuparte. Tú mismo me lo dijiste, antes.

Marie sabía cómo hablarle. El miedo, el asco y el odio se mantenían a distancia. Y su excitación sexual iba en aumento. Se apartó un poco de Marie, para que ella dispusiera de mayor libertad de movimientos, para que pudiera tocarlo. De pronto, le habían entrado muchas ganas de que lo tocara.

Marie se dio cuenta inmediatamente: tomó en sus manos el sexo de quien ella creía Marc Lacroix y no se puso a acariciarlo hasta que estuvo segura de que él así lo deseaba, verdaderamente; al principio lo hizo con suavidad, con delicadeza, con habilidad, con ternura.

Le apetecía retirar la sábana, pero se abstuvo. Prefería esperar a que él lo hiciera.

Michel Zyto, por su parte, estaba pensando que la sábana era un auténtico fastidio, pero aún no se atrevía... Y se atrevió. Apartó la sábana. Suprimido todo contacto fastidioso. Se le había endurecido el sexo, irguiéndose en la oscuridad de la habitación. Zyto no se sentía amenazado. Nadie le estaba exigiendo nada. Al contrario: le estaban proporcionando placer, sin pedir nada a cambio. Y se abandonó. Marie lo acarició más deprisa, tanto como él deseaba.

Sintió por todo el cuerpo la llegada de un formidable gozo. Marie se detuvo un instante, precisamente lo necesario para que la espera del placer alcanzara su colmo, y luego volvió a empezar: más deprisa, muy fuerte, y menos deprisa, menos fuerte, un segundo antes del momento exacto en que Zyto se vio sacudido por una interminable eyaculación.

Se abrazaron como dos enamorados.

Era la segunda mañana en que Michel Zyto se pasaba la maquinilla de afeitar por el labio superior. Curiosa sensación. Necesitaría tiempo para acostumbrarse. Sí se acostumbraba, en cambio, a su nuevo rostro, a su nuevo cuerpo. Mucho más le habría gustado si no hubiera sido por la enfermedad. Estaba en el convencimiento de que no era razonable incurrir en excesivos temores, echando a perder inútilmente todo el

placer que obtenía de aquella situación; pero en su interior había nacido una fuente de angustia —una fuente que nunca se secaría, mientras no se reintegrara a su cuerpo de Michel Zyto.

Vendrían momentos en que esa angustia lo hundiría, asfixiándolo. Lo sabía de antemano.

Había dormido muy mal.

No por culpa de las radiografías, no por culpa de esa manchita borrosa en la trayectoria del nervio, del «neurinoma del acústico», como lo llamaba Cédric Houdé. No, tampoco, por culpa de lo ocurrido con Marie. Un hecho sin precedentes, un acontecimiento que lo había sumido en el desconcierto y cuyas consecuencias, por el momento, era incapaz de predecir.

—¿No te apetece comer en el campo? —le preguntó Marie, desde el dormitorio—. Y a la vuelta pasamos por el hiper. ¿Qué te parece?

Michel Zyto se secó la cara con la toalla. Un buen afeitado.

Marc Lacroix lo miraba desde el espejo. Un rostro de veras hermoso.

¿Hiper? ¿Los Lacroix hacían sus compras en un hipermercado, como cualquier otro vecino de las afueras? ¿O sería solamente hoy?

Curioso.

Almuerzo campestre. ¿Por qué no? Le sentaría bien un paseíto con la familia.

Se metió en la bañera.

—De acuerdo —dijo.

Adeline retiró la venda.

—Ya está... Vamos a dejarlo destapado.

—¿No habrá peligro de infección, señora doctora? ¿No será mejor que dejemos la venda puesta?

Zyto hacía como que estaba de broma, pero prefería que lo convenciesen de que no había ningún peligro de infección.

—No. El peligro de gangrena es mínimo —dijo Adeline, con una sonrisa.

—Está bien. Confiaré en usted. Gracias.

La enfermera salió del despacho sin hacer ruido, aún con la sonrisa flotándole en los labios.

—Está muy calmado —dijo Hugues d'Oléons—. Y arrepentido. Ahora entrará en un periodo de culpabilidad. Luego, si no me equivoco, volverá a la situación anterior al accidente.

—No debería haberme confiado tanto. Ha establecido conmigo una relación ambivalente. Lo sabía, pero de ahí a imaginar que... Conclusión: voy a tener que irme desligando de él, poquito a poco.

Establecer una relación ambivalente. Zyto había preparado su discurso, antes de venir. Incluso tenía otros dos o tres en la reserva. Había estado hojeando, en casa de

Marc, un libro sobre psicoanálisis, y se había leído con mucha atención el capítulo sobre la transferencia.

Hugues manifestó su aprobación.

—Sí, es lo que ya me había dicho usted. Tampoco yo me habría imaginado nunca... ¿Le aplicamos otra perfusión, esta noche, o le parece a usted que... ?

El hombretón sudaba la gota gorda. El verano se estaba instalando, de una vez por todas: hacía mucho más calor que los días anteriores; incluso algo de bochorno. Gotas de sudor perlaban el cráneo desguarnecido.

Era repugnante.

—Bueno, tal vez sí, esta noche.

Marc Lacroix estaba dormido.

Michel Zyto entró en la habitación y tomó asiento sin decir nada.

Lo miró con disgusto. Esas manos bastas, peludas, ese bigote que se ponía tan feo en cuanto no recibía las debidas atenciones, ese cuerpo sin elegancia, ahí amontonado, padeciendo. Cada hora que pasaba le apetecía menos recuperar ese cuerpo. Pero, ay, el asunto no podía ni plantearse, a estas alturas. No le quedaba más remedio que volver a ser Michel Zyto, tarde o temprano, le gustara o no, por culpa del maldito neurinoma. Por culpa de unas degradaciones físicas que, de sobrevenirle, soportaría peor que la propia muerte; por culpa de esa arteria cerebelosa media que podía cerrarse brutalmente en el transcurso de la operación, dejándole el cerebro sin sangre, desecándolo, hasta producirle la muerte. Y ya no tenía ninguna gana de morir.

Lo invadió una pequeña crisis de angustia. Lo esperaba, pero no tan pronto.

¿Qué hacer? ¿Regresar con Marc a Louveciennes, tan pronto como fuera posible, acomodarse en los confortables sillones del psicordenador, echar marcha atrás? ¿Matar a Marc y evadirse, a continuación? O no matarlo: ¿dejarlo fuera de combate durante cierto tiempo y escaparse luego, habiendo preparado antes minuciosamente su fuga al extranjero, provisto de una nueva identidad?

No había prisa ninguna, por Dios, no había prisa ninguna. A plazo inmediato, la respuesta a todas sus preguntas era bien sencilla: ir tranquilamente a comer al campo; hacer la compra con la mujer y el niño en uno de esos hipermercados que tan familiares le eran; por la noche, ponerse morado de *terrine* de pato, que Marie llevaba preparando, con toda pericia, desde el día anterior; y, en la cama, regresar al gozo de las caricias con una mujer que lo espantaba menos que todas las restantes mujeres del planeta.

Marc Lacroix dormitaba, sin llegar al verdadero sueño. Tenía consciencia de estar ahí. Simulaba un agotamiento total. Había podido oír cómo decía Hugues d'Oléons: «Se está relajando, ya no pelea. Ha pasado la crisis. Ahora va a dormir mucho, con toda tranquilidad...» De modo que ofrecía la imagen de alguien que dormía, sin resistencia, habiendo renunciado a toda lucha.

Pero sí que luchaba. Con todas sus fuerzas. La perfusión de la noche antes no había sido demasiado fuerte. Y por la mañana no se la habían vuelto a colocar. El Tendéril iba desapareciendo poco a poco de sus venas.

Zyto lo sacudió por el hombro. Marc se movió un poco, refunfuñando sin llegar a abrir los ojos.

—¿No me pregunta usted como está la familia? —murmuró Zyto—. No están muy lejos de aquí. Todo va bien. En cuanto a usted, esperemos que este cambio radical mejore su estado depresivo. Me interesaré por usted esta noche, después de la perfusión.

¡Qué hijo de puta! Marc se sintió de nuevo con ganas de matarlo.

—¿Ha visto al doctor Houdé? —preguntó, con una voz débil y pastosa.

—Sí. Y, como usted bien sabe, el problema no es urgente. De modo que no hay novedad. Obediencia y buen comportamiento, señor Zyto.

¡Hijo de puta!

Pero por supuesto que había novedad. No obstante, Marc se abstuvo de llevarle la contraria. Tenía un proyecto maduro en la cabeza. Y luchaba, esperando el momento en que hubiera recuperado las fuerzas y la lucidez suficientes como para entrar en acción.

Más adelante, en la tarde de ese mismo jueves, 3 de agosto, el doctor Marc Lacroix —metamorfoseado en Michel Zyto como consecuencia de un experimento tan extraordinario como fracasado— se evadió del Centro psiquiátrico de la Avenida Stéphan-Mornay.

Dejando aparte un incidente, fue casi tan fácil como tenía previsto.

Escogió en el armario de Zyto una ropa que nunca le había visto, cosas de color oscuro, mal conjuntadas: una chaqueta marrón y un pantalón de franela —que lo hicieron sudar en cuanto se los puso—. En el mismo armario encontró mil quinientos francos en papel moneda, y se los embolsó.

Guardó en el bolsillo la caja de Maktarin. Se pasó el peine por el pelo. Pero no bastaba con pasarse el peine. Esa cabellera, tan abundante y revuelta, se resistía a la herramienta. Tardó bastante en conseguir un aspecto no del todo hirsuto. Una pasadita, también, por el bigote. Nadie en el pasillo. Bajó la escalera. Un incidente sin consecuencias, pero lamentable. Adeline salía del despacho de Hugues, que estaba prácticamente al pie de la escalera. Marc no tenía elección: se lanzó, salvando a toda velocidad los últimos escalones, y llegó hasta la joven con el puño por delante. No era cosa de perder el tiempo en un vago forcejeo con ella. Adeline ni se enteró de lo que se le venía encima: recibió un impacto de setenta y ocho kilos en la parte de abajo de la cara, y se derrumbó sin un grito.

Sin apenas haber perdido impulso, Marc se abalanzó hacia la salida, hacia la luz que se veía al fondo del corredor. Oyó que se abría la puerta de Hugues, lo oyó resoplar primero y luego gritar «¡deténgase!» Y nada más.

No había peligro de que Hugues echara a correr tras él.

Pero avisarían inmediatamente a la policía.

Ninguna importancia. Estaba incluido en el programa. No iban a encontrarlo tan fácilmente.

Marianne. La salvación, provisionalmente, estaba en Marianne.

Corriendo, subió la corta avenida de Stéphan-Mornay, tomó por el bulevar Vincent-Auriol y llegó muy deprisa, sin dejar de correr, al metro de la plaza de Italia.

Se lanzó escaleras abajo.

No obstante, se cruzó con una mujer que le prestó atención, y él a ella, durante una fracción de segundo. No era muy alta. Tenía el pelo color castaño, largo y rizado, en un estado de desorden general que contrastaba con la extraordinaria finura de su rostro pálido, de rasgos admirablemente trazados. Un rostro de pintura.

Iba vestida sin rebuscamiento alguno, con un pantalón y una ligera cazadora de cuero.

Por supuesto que Marc no se fijó en todos aquellos detalles. La fotografió

mentalmente, de pasada, como si alguna otra persona hubiese apretado el disparador. Fue algo muy breve, que ambos implicados olvidaron de inmediato, tan grande era el peso de sus respectivas preocupaciones. Ambos prosiguieron su camino, sin volverse.

Poca gente en el metro. Marc se dejó caer en un asiento.

Sí, sí que había novedades, sí que había cambiado algo, y Zyto tenía que saberlo muy bien. Hiciera lo que hiciera Marc, Zyto se lo pensaría dos veces antes de llevar a la práctica sus amenazas. Marc poseía ahora la potestad de dejarlo abandonado para siempre en «su» cuerpo enfermo.

Ganaría el más astuto, el más duro. Una vez descubierta una posibilidad, una vía de acción, Marc sentía nacer en él, aunque todavía con cierta timidez, una nueva energía. El neurinoma iba quizá a salvarle la vida.

Estaba resuelto a combatir, a ganar. A su modo, era fuerte y no le tenía miedo a nada.

Cambió de línea en Chaussé-d'Antin. Cinco minutos más tarde, emergía a la luz del sol que alumbraba todo el barrio de la Magdalena. Se puso de nuevo al trote. En dos zancadas se plantó en el café «Marítimos», en la calle del Faubourg-Saint-Honoré, justo enfrente de donde vivía Marianne. Ya en cierta ocasión anterior la había llamado desde allí. El teléfono estaba en la parte de abajo, un lugar tranquilo en principio.

Metió la moneda de un franco. Con gusto se habría puesto de rodillas, para pedirle a Dios que Marianne estuviera en casa. Se dio demasiada prisa en marcar el número, antes de que la moneda hubiese cumplido con su función de desbloquear el mecanismo, y tuvo que marcarlo otra vez, con el corazón latiéndole de una forma terrorífica. ¡Que estuviera en casa! ¡Tenía que estar! ¡Tenía que estar!

Seguramente que estaría, a esa hora, incluso esperando la llamada de Marc, impaciente o un poco inquieta ante la falta de noticias.

Comunicando.

Estaba en casa, pero ¿cuánto tiempo tardaría en dejar de hablar?

Marcó doce veces. Temblaba como una hoja.

A la decimosegunda, la llamada sonó. Ella descolgó en seguida. Marc sintió impulsos de echarse a llorar.

—Marianne... Soy Marc. Perdona, me ha sido completamente imposible llamarte antes.

Estaba sin aliento, no pudo pronunciar ni una sola palabra más.

—¿Te pasa algo, Marc? —preguntó Marianne, súbitamente alarmada.

—Sí y no. No. Voy a explicártelo.

—Tienes una voz muy rara. Me estás asustando. ¿Qué es lo que te pasa?

Había perdido su habitual tono despreocupado, ante la evidencia de que algo muy grave estaba sucediendo.

Él se lo explicó. Le habló del experimento fracasado, abominablemente fracasado, de los acontecimientos que posteriormente se produjeron, de su ansiedad por hallarse cerca de ella, de su miedo atroz a que Marianne no pudiera soportar tanto espanto, al verlo delante.

Ella quedó convencida de inmediato. Marc era la única persona en el mundo que podía hablarle de esa manera.

—¡Ven en seguida!—dijo.

Pero cuando lo vio, cuando vio a aquel hombre más bajo que ella, con ese bigote, con esas manazas, tuvo un movimiento de retroceso, de miedo, Incluso de duda.

—Te lo suplico, Marianne, no tengas miedo. En seguida te lo explico todo, con todos los detalles. Deja que me siente, estoy muerto de cansancio. Las perfusiones me han dejado agotado. Ni siquiera sé cómo he logrado llegar hasta aquí.

—Siéntate, siéntate —dijo ella, acompañándolo al pequeño sofá—. ¿Te duele mucho la nuca?

—No, ya casi no noto nada.

Marc se derrumbó. Los seis pisos habían acabado con él. Apenas si se atrevía a mirar de frente a Marianne. ¡Pobre Marianne, en qué lío la estaba metiendo!

—Sé que es increíble, sé lo que tienes que estar diciéndote, Marianne, comprendo que te estén pasando por la cabeza las ideas más demenciales. Te comprendo, porque, pienses lo que pienses, nunca será tan demencial como lo que te he contado, como lo que todavía me queda por contarte. Pero te voy a demostrar... Pregúntame, si quieres, pídemme que te cuente algo que haya sucedido entre nosotros desde el día en que nos conocimos después de la función de *El sueño de una noche de verano* hasta anteayer. Pregúntame. Te daré detalles que nadie en el mundo puede conocer. Hace unos tres meses, te corté un pelo que tenía la punta partida y lo arrojé por la ventana para ver a qué velocidad caía. ¿Te acuerdas? Pregúntame, pregúntame todo lo que quieras, y luego ayúdame, te lo suplico. ¿Te das cuenta de la pesadilla que estoy viviendo?

Jadeaba, se retorció las manos, estaba a punto de llorar. Se sentía ridículo con esa historia del pelo. Se sentía feísimo, asqueroso. ¡Con tal que ella lo soportase! Marianne le dijo varias veces «Te creo, Marc, te creo». Era horroroso, pero también sentía piedad por él, y ternura ante ese cuerpo diferente en que su amante se hallaba preso... Sí, era increíble, demencial, pero se prometió ayudarlo, estar a la altura de las circunstancias.

Se sentó junto a él y le tomó la mano con naturalidad.

—¡Cálmate, cálmate! Voy a ayudarte, tenlo por seguro. Nadie te va a encontrar aquí.

—Gracias, Marianne. Pero permíteme darte pruebas. Lo necesito, me sentiré mejor después. Aun suponiendo que me creas, lo necesito.

Y se las dio, irrefutables. Luego volvió a empezar desde el principio: sus

actividades mantenidas en secreto, el experimento con Cookie y Mana, la continuación, la máquina que se había excedido en el desempeño de su función, las horas de pesadilla, el chantaje que le hacía Zyto, su hipocondría, la respuesta de Marc.

Hablar, poder contarle todo, le sirvió de solaz. Marianne lo escuchaba con una atención furiosa, una atención de niño incrédulo que se ve forzado a creer, a pesar de todo. Hizo un esfuerzo por calmarse ella, por admitir tanto como le fuera posible, no sólo con la razón, sino también con los sentidos, que ese hombre a quien nunca había visto era Marc. Tenía que ayudarlo y reconfortarlo, con tanto impulso y tanto amor como lo habría hecho si hubiera tenido a su lado el cuerpo de su amante.

—No me habías dicho nada de esa enfermedad.

—No. Pero no es nada grave, te lo aseguro.

Ella le acarició el pelo, lo besó en la frente, forzándose un poco. Como tenía un fondo divertido y alegre, que incluso se manifestaba de modo inconsciente, se sorprendió pensando que a Marc le podía haber tocado algo peor que el Zyto ese. A pesar de su pinta algo brutal, y del bigote —fácil de afeitar, por otra parte—, el tipo no estaba tan mal, no era tan horrible ni tan asqueroso, y hasta tenía unos ojos bonitos, claros. Esperaría a su lado, hasta que llegase la solución. Pero ¿qué solución?

—¿Qué piensas hacer? ¿Por dónde vamos a empezar?

Marc había percibido el cambio de actitud en Marianne. Se lo agradeció de todo corazón. Le devolvió el beso, absteniéndose de besarla como le habría gustado hacerlo, en la boca, con caricias, abrazándola.

—No lo sé. Arrojarle contra él en un momento en que esté solo, dejarlo sin sentido, llevarlo conmigo a Louveciennes... Tengo sueño, Marianne, de pronto tengo sueño... Después de todo lo que me ha dicho, el plan parece imposible, pero... Al ponerme a hablar contigo se me ha ocurrido una idea. Aunque tendrás que ayudarme.

—Por supuesto que te ayudaré. Todo lo que tú quieras.

¡Qué alegría, qué alegría volverla a ver, y qué desastre verla ahora, cuando se hallaba preso en aquella carne odiosa! ¡Cuánto bien le hacían su belleza, su pelo rubio, su luz! ¡Y qué desgarró, no poder manifestarle más vehementemente su amor!

¡Qué desgarró, también, no poder regresar a su casa, después de Marianne, para disfrutar de Marie y de Léonard, de sus radiaciones, diferentes, pero igualmente beneficiosas! Marie y Léonard, que, hoy lo comprendía con toda claridad, le resultaban tan necesarios como Marianne, en la misma medida.

Tenía un vago plan. Se lo expuso a Marianne. Luego se vio asaltado por un sueño invencible. El Téméril, el cansancio, la tensión. Se levantó titubeante, para dirigirse al pequeño dormitorio. Marianne lo llevaba sujeto por el brazo. Se quitó la chaqueta y se dejó caer en la cama. Cinco pisos más abajo, en el patio, con gran estrépito, arrancó un automóvil. Marianne cerró la ventana. ¿Cuándo volvería a verse al volante

de su espléndido 4x4? Miró el reloj que llevaba en la muñeca, ese reloj gordo y feo, propiedad de Zyto.

—Despiértame dentro de dos horas. Si no te importa, cómprame alguna otra ropa. Y unas gafas oscuras.

En seguida, de golpe, se durmió.

Dos horas más tarde, Marc se metió entre pecho y espalda dos tazas de café y unas cuantas rebanadas de pan con mantequilla, se afeitó el bigote (igual que se lo afeitó, hacía unos años, a petición de Marie), se duchó, se cambió la venda de la nuca y se puso la ropa nueva que le acababa de comprar Marianne. El traje gris le iba perfectamente. La camisa blanca le apretaba un poco por los hombros. Pero valía.

Se colocó las elegantes gafas de sol, de fina montura metálica, y ambos abandonaron el piso. Marc llevaba, apelotonada en una bolsa de plástico, la chaqueta marrón y el pantalón de franela de Zyto, que tanto asco le daban. Al llegar abajo los echaría al cubo de la basura.

Para divertida sorpresa de Marie, su amiga Dominique Macher llevaba una peluca. Marie dio una vuelta a su alrededor, admirándola, y luego la felicitó, poniendo a Zyto y Léonard por testigos. Como la palabra «peluca» no se pronunció hasta más tarde, Zyto se halló en la obligación de tener que extasiarse sin saber de qué. ¿Un nuevo tinte, quizá? ¿Un nuevo peinado? ¿Alguna otra cosa? No sabía. Por si acaso, le hizo un guiño de complicidad al joven Léonard, a quien dejaban bastante frío todas aquellas historias de pelos. El chaval se le cogió de la mano. Su padre jamás le había guiñado el ojo. Estaba bien. Quedaba muy de amigos. Se puso muy orgulloso.

Espontáneamente, sin pensárselo, Zyto se inclinó y le dio un beso en el pelo. Marie, al darse cuenta, se sintió llena de ternura. Le parecía que Marc estaba particularmente afectuoso, desde hacía dos o tres días.

Peluca. Se trataba de una peluca.

No se estaba bien en aquel despacho demasiado estrecho, de un verde repulsivo, con muebles que parecían insectos de enormes proporciones.

Léonard le agarró la cabeza y le devolvió el beso: un besazo con mucho ruido, en la mejilla.

Iban por los pasillos del hipermercado Carrefour, sección alimentos. Zyto empujaba un carro que cada vez se llenaba más. Se sentía un poco tonto, con ese carro, que hacía el mismo ruido que una gallina cacareando.

Léonard, tímidamente, pidió un *walkman*. De la mirada de Marie dedujo Zyto que el deseo del niño no venía de hoy. ¿Qué era lo que convenía hacer?

—¡Venga, vamos a comprarte el *walkman*! —dijo de pronto.

—¡Uau! —aulló suavemente Léonard, precipitándose hacia la estantería.

Marie no ocultó su sorpresa.

—¿No quedamos en que no querías esos aparatos de marciano para tu hijo?

—Le hace tanta ilusión. Lo motivaremos para que escuche música clásica. ¿No te parece?

—Yo no tengo ningún inconveniente. Eras tú quien estabas totalmente en contra.

—¿No puede uno cambiar? Me apetece darle gusto, después del espanto que tuve que vivir el martes.

Aquellas palabras la hicieron pensar en la noche anterior. Y Marie se emocionó.

En cuanto a Zyto, estaba muriéndose de risa, por dentro. Se encontraba astutísimo. («Después del espanto que tuve que vivir el martes, ¡he cambiado! ¡Qué risa!»)

Léonard sacó en limpio un magnífico *walkman* Akai, con radio y la posibilidad de grabar directamente de la radio a la cassette, así, andando. Además, el casco, muy refinado, tenía unos auriculares que se podía uno meter en los oídos sin hacerse daño,

y que no emitían música más que para el portador del aparato. Con lo cual salía ganando la gente de alrededor.

El *flipper* de Martial y, ahora, ese *walkman* tan chupi: las vacaciones ofrecían unas perspectivas estupendas para Léonard. Estaba rebosante de alegría.

Cuando terminaron la compra fueron a merendar a la cafetería, una especie de entreplanta inmensa, dentro del propio hiper. Zyto se limitaba a seguir la corriente, descubriendo así el desarrollo habitual de las operaciones —visita a Dominique Macher, compras, cafetería— y acumulando datos.

De manera que una vieja amiga de Marie trabajaba aquí, en Carrefour, y tenía graves problemas con el pelo.

El carro estaba lleno hasta los topes.

A unos veinte metros de la cafetería, Marie se encontró con Marianne.

Primero reconoció su silueta. Marianne trataba de atrapar un libro. El peso de su cuerpo descansaba sobre la pierna derecha, y el arco que formaba dicha pierna resultaba ligeramente acentuado a la altura de la rodilla.

—¡Marianne!

La joven se volvió hacia ella. El rostro se le iluminó de sorpresa y alegría. Marianne Matys, tan rubia, con esa preciosidad de labio superior que se le levantaba en exceso al sonreír, esa ligera disimetría en la mirada, esa claridad, la luz que emanaba de ella, ese candor, esa lascivia natural; Marianne: la única mujer que había provocado nunca los celos de Marie en relación a Marc —sin razón alguna, se decía hoy, aunque no sin un repunte de obcecada sospecha.

—¡Marie! ¡Qué alegría verte! Hola, Léonard.

—¡Qué sorpresa! —dijo Marie.

Ambas mujeres se besaron. Luego, Marianne le dio un beso a Léonard, que se acordaba de ella, sin más detalles, pero que la encontró simpática. Ahora, «Marc»... Por dos veces lo había mirado sin detener la mirada en él, normalmente. Tenía miedo. Pero había que soportar la impresión, había que hacerlo, por Marc.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo, tendiéndole la mano.

¿Quién era la Marianne aquella? ¿Cómo tratarla? Más bien amiga de Marie que de él, a juzgar por lo visto. Se limitaría a ser amable, ni más ni menos, y a escuchar con toda atención lo que dijeran.

En cuanto a Marianne, si le hubiera quedado alguna duda, la mirada de Michel Zyto al estrecharle la mano se la habría disipado mejor que todos los discursos y todas las pruebas: ese hombre nunca la había visto antes, ese hombre no era Marc, ese hombre —a pesar de su cuerpo— era menos Marc que el otro. Habría tenido que vencer su repugnancia para tocarlo, y la asustaba mucho más que el otro.

¡Comportarse con naturalidad, Dios mío, comportarse con naturalidad!

Se volvió hacia Marie.

—Me da un poco de vergüenza haberte tenido sin noticias mías. Pero acabo de volver a París. Pensaba llamaros este fin de semana.

—¿Has estado actuando?

—Claro, por supuesto. No has sabido nada de mí porque he andado por provincias y por Suiza. De gira. Me volvieron a ofrecer el papel de Titania en la función de Shakespeare, ¿os acordáis? Tuve que decidirme de un día para otro. Al principio dije que no, en junio, pero la actriz que hacía el papel se puso enferma... Bueno, no enferma: preñada, un embarazo difícil. Y tuve que aceptar, porque el director es amigo mío y además no tenía ningún otro compromiso. Una vez que te metes de gira... Es otro mundo, otro planeta. Pero he pensado mucho en vosotros. ¿Me perdonas?

—Date por perdonada —dijo Marie.

Si Marianne había estado fuera de París, era imposible que Marc y ella se hubieran visto. Pero ¿y antes? ¿Justo antes de la gira? No. Era una necedad. No podía creérselo. Iba a proponer a Marianne que se viniese con ellos a la cafetería cuando Léonard, que se moría de sed y que tenía ganas de tarta, de refresco y de helado — como mínimo—, se le adelantó:

—Íbamos a la cafetería —le dijo a Marianne, de un modo curioso.

Marianne le sonrió.

—¿Te has comprado un *walkman*? Yo también tengo uno. Ya verás que guay.

Sí, era simpática la tal Marianne, pensó Léonard.

Y Zyto evaluó más o menos la situación: Marianne era una vaga amiga de Marie, actriz; Marc la conocía poco; no habían sabido de ella durante cierto tiempo; hoy se encontraban por casualidad. Nada embarazoso.

La encontró guapa. Antes, nunca llegaba a pensar esas cosas de una mujer. Pero desde que se había convertido en Marc Lacroix... La encontró guapa, pero no tanto como Marie. Y además no la amaba. No habría podido hacer con ella lo que había hecho con Marie. Le habría dado demasiado miedo. La habría odiado en exceso. Y sin duda alguna le habrían venido las ganas de hacerle lo mismo que a las otras, las anteriores.

—¿Te vienes? —dijo Marie.

—¿Por qué no? Parece que conocéis esto bien, ¿no?

Cogió de la mano a Léonard, y él se dejó hacer.

—Venimos mucho —dijo el niño.

—Pero ¿no está muy lejos de Versalles?

—Sí, pero mamá...

Se volvió hacia su madre.

—Aquí trabaja una compañera mía de la facultad, que ya ha llegado a gerente —dijo Marie—. Mi mejor amiga de aquellos tiempos. Dejé la enseñanza. Reconversión

total. Viniendo aquí nos vemos de vez en cuando. Y tú, ¿también frecuentas las tiendas de gran superficie?

—A veces, cuando vuelvo de la gira y no tengo nada en casa. Me gusta, de cuando en cuando. Sobre todo en las afueras. En París es otra cosa. En las afueras tengo una impresión de anonimato total, más que en París. Miro a la gente. Es un verdadero espectáculo. Lo contrario del teatro. Lo que me gusta del Carrefour de Ivry es tener esa impresión y, al mismo tiempo, saber que estoy a dos pasos de París.

Zyto pensó que aquella chica no era tonta. Lo que contaba estaba muy bien pensado. Para una actriz de teatro, deambular por unos grandes almacenes era lo contrario de interpretar en escena: interesante, interesante.

Se consideró obligado a decir algo. Seguro que Marc habría dicho algo.

—Lo malo será cuando te hagas tan famosa que te reconozcan en los hipermercados. Un día, la tienda entera se pondrá a aplaudirte...

Tampoco estaba mal. Marianne halló divertida la idea. Zyto quedó contento de sí mismo.

—Todavía me faltan unos cuantos años para empezar a preocuparme —dijo ella, sonriéndole.

Le costaba trabajo mirarlo como si verdaderamente fuera Marc. Pero lo conseguía. Buena actriz. Y tampoco él era mal actor, dicho sea de paso, pensó, un actor magnífico, que se desenvolvía increíblemente bien metido en una situación imposible.

—¿Cómo van tus investigaciones?

—Bien. Y muy contento de no tener que investigar nada durante todo un mes. Por otra parte, para qué vamos a engañarnos, mucho investigar y poco descubrir.

Buena respuesta, se dijo Zyto —y se dijo Marianne. Volvió a sonreírle, antes de poner la mirada en el carro repleto.

—Sois más razonables que yo. Siempre me pasa lo mismo. En lugar de hacer compras útiles, empiezo por tirarme una hora delante de los libros, los discos, la ropa...

—Yo también miro la ropa —dijo Marie—. Es fea y está mal hecha, pero siempre me paro.

Marianne ya sabía que Marie era una mujer guapa, pero esta vez la encontró especialmente seductora. Llevaba un vestido azul claro formidable. Y, sobre todo, estaba muy bien de cuerpo. Bonitos pechos, bonito trasero... ¿Mejor cuerpo que ella? Sin duda. ¡Y esa mirada tan inteligente, en ese rostro tan bello!

Para su propia sorpresa, de pronto se dio cuenta de que estaba celosa. Era la primera vez. ¡Vaya momento que había ido a elegir!

—A veces te llevas sorpresas agradables. Ahora mismo acabo de ver unas faldas que no estaban mal. Lo demás era todo feísimo, pero esas faldas... Reconozco que

estuve a punto de meterme con una en el probador. ¿Por qué no vamos a verlas? —le propuso a Marie, como si acabara de ocurrírsele—. Dejamos a los hombres que vayan pidiendo y nosotras vamos a ver qué pasa.

Muy buena actriz. Su propuesta sonó absolutamente natural. Léonard, al oír que lo llamaban hombre, elevó hacia Marianne una mirada de adoración.

—Ya lo intenté —dijo Marie, sonriendo ampliamente—. Figúrate qué casualidad, que también me fijé en ellas. Pero yo sí que me atreví...

—¿Y? —preguntó Marianne, fingiendo cierta excitación.

—Pues son bonitas, en la mano, pero cuando te las pones no dicen nada. No hay milagro.

—Qué se le va a hacer. Así me evito el trabajo de probarme. Si te apetece, un día podemos ir a ver faldas, en algún otro sitio que no sea un hiper.

—Encantada —dijo Marie.

Fracaso. La primera y más segura de las tres tentativas previstas por Marc y Marianne acababa de fracasar. Habría resultado sospechoso insistir.

La segunda tentativa era más arriesgada. Se trataba de aislar no ya a Marie, sino a Léonard, con alguna excusa irrefutable. Y el caso es que la excusa se presentó. Léonard se puso a deshacer subrepticamente el embalaje de su *walkman*.

—No lo abras —le dijo Zyto—. A la cajera no le va a gustar, y puedes tener problemas.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—Pues todo un surtido. Una multa enorme, dos días de cárcel... Y, desde luego, te confiscan el *walkman*.

Marianne, como profesional, valoró la impresionante facilidad con que Michel Zyto representaba su papel. En lo del *walkman* había estado perfecto. Ni el propio Marc habría bromeado de manera más creíble, con esa mezcla de maldad y de afecto en la mirada. Léonard se echó a reír, como ríen los niños cuando se les dice algo desconcertante, que ellos saben muy bien que es falso.

—¡No es verdad! —dijo.

—No, no es verdad, muñeco. Pero te aseguro que no está bien visto desembalar el producto antes de pasar por caja. No les gusta nada.

El niño se volvió hacia Marianne.

—Qué pena, porque yo quería que me enseñaras cómo funciona. Para escuchar la radio mientras me bebía mi refresco.

Marianne miró primero a Zyto, luego a Marie y luego otra vez a Léonard, como quien se deja llevar por el enternecimiento y la compasión.

—Escucha, hay una solución. Pasamos nosotros dos por caja, te lo enseño deprisa y luego volvemos a la cafetería. ¿Te parece?

—Por mí sí —dijo Léonard.

Marianne dedicó una ligera sonrisa de complicidad a Zyto. También ella había estado perfecta.

—Eres muy amable —dijo Zyto—. Pero ¿has visto la gente que hay?

Señaló en dirección a las cajas. Cada una de ellas sufría el asalto de una verdadera multitud de personas.

—Imposible —dijo Zyto, y añadió, mirando a Léonard—: Tratemos de abrir el embalaje de modo que no se note.

—¡Venga, venga! —dijo Léonard.

«Léonard, voy a decirte mi número de teléfono. Te lo vas a aprender de memoria. Le dices a tu madre que me llame, pero solamente a tu madre, ¿me comprendes? Se lo dices en un momento en que tu padre no esté delante. Tu mamá te lo explicará. Lo principal es que tu padre no se entere. Es un juego, ya te lo explicará tu madre. ¿Me lo prometes?» Esto era lo que Marianne le habría dicho a Léonard en el trayecto hacia la caja. Luego, habría intentado responder del mejor modo posible a las preguntas del niño. Habría podido funcionar. Pero con riesgos. Marc le había dicho a Marianne que valorase ella misma la situación.

Fracaso. También ahora habría resultado sospechoso insistir.

Marianne no pudo evitarse una sensación de alivio.

Zyto dejó el carro al pie de la escalera que llevaba a la cafetería. Subieron.

Marianne jugó su última carta, la más azarosa, en la que no creían ni Marc ni ella; pero lo intentó.

Mientras subían las escaleras, sin prisa, hablando de esto y de aquello, como personas a quienes nada acucia, personas que se disponen a tomarse un buen refresco en un día de vacaciones y calor, preguntó a Zyto si se había comprado por fin el 4 X 4 que en aquella época estaba planeando comprar.

—¿Te acuerdas? Bravo —dijo Marie.

—Sí, nos lo hemos comprado —dijo Zyto.

—Un Nissan Terrano. El último modelo, el mejor de todos. Coche del año en Estados Unidos. Con ventanillas laterales en triángulo —dijo Léonard, dando la impresión de que recitaba un anuncio, y provocando con ello las risas de todos, empezando por Zyto.

«Risa ligeramente forzada», pensó Marianne. Pero el impostor seguía impresionándola con su formidable capacidad de adaptación. En cuanto a las noches en el lecho conyugal... Ya que le asustaban las mujeres y que Marc y Marie llevaban cierto tiempo sin hacer el amor... El muy canalla lo tenía todo a su favor.

Lo anterior le brindó la ocasión propicia para hablar de su viejo coche, en un tono que dio lugar a que Zyto le preguntara:

—¿No estás contenta con él?

—Ya no, la verdad. Siempre está averiándose. Ahora le toca calarse y no volver a

arrancar hasta que viene el mecánico. Acaba de pasarme hace un momento, al aparcar en el *parking*. Ahí se ha quedado.

En ese punto dejó de hablar, con toda intención.

Hubo un silencio de unos cuantos segundos. Zyto se lo estaba pensando.

—Te diría de ir a echarle un vistazo —dijo—, pero, francamente, no sé nada de motores. No es que me enorgullezca de ello, pero así es. Lo único que sé es que de vez en cuando hay que echar gasolina. Y no siempre me acuerdo.

De hecho, no habría ido ni aunque hubiera sido un mecánico de excepción, y aun teniendo en cuenta que en modo alguno cabía sospechar de la Marianne aquella. Habría encontrado alguna otra excusa para no alejarse de Marie y de Léonard. O habrían ido todos juntos a ver el coche.

Marianne lo sabía. Estaba segura. *Casi* segura. Había que intentarlo todo, y todo lo había intentado.

Y despertaron los celos de Marie: ¿había pretendido Marianne llevarse a Marc a solas hasta lo más profundo del aparcamiento? Ridículo. En seguida se controló. ¿Qué iba a ocurrírsele la próxima vez?

Por otra parte, la respuesta que dio Marianne a Zyto, por prudencia sistemática, contribuyó a disipar por completo las sospechas de Marie:

—Gracias, eres muy amable, pero no lo decía por eso, ni se me había pasado por la cabeza. He dejado las llaves en la estación de servicio del hiper, y me lo van a solucionar. Si no, no me habría podido quedar tranquila.

Vieron una mesa libre y a ella se encaminaron. Marianne los dejó un momento precisamente para llamar a la estación de servicio y enterarse de cómo iba el asunto de su coche.

El teléfono sonó en una cabina situada frente a un hotel con las paredes sucias, en la esquina de la calle Robert-Louis y el callejón del mismo nombre.

Hacía ya unas cuantas semanas que Marianne había sustituido su Peugeot de tiempos inmemoriales por un pequeño Autobianchi de color rosa, ágil y poco voluminoso. En ese Autobianchi la esperaba Marc, sentado en el sitio del conductor, con la puerta abierta no sólo por el calor, sino también para poder lanzarse con mayor facilidad hacia la cabina en cuanto sonara la llamada.

Descolgó.

Marianne tenía que llamar en todos los supuestos. Si lo del coche —cosa bastante dudosa— funcionaba, Marc se dirigiría al aparcamiento del tercer sótano y aguardaría junto a la entrada de peatones la llegada de Marianne y Zyto. A continuación tenía que dejar sin sentido a Zyto y meterlo en la parte trasera del Autobianchi, para que Marianne los condujera a ambos hasta Louveciennes. Se sentía capaz de cualquier cosa.

—Falló— dijo Marianne, percibiendo al instante la formidable decepción de Marc—. Pero no te preocupes demasiado, resiste. Estoy segura de que pronto se nos ocurrirá alguna otra cosa. Ya verás como sí. Ahora hablamos.

Estaba nerviosa, tras la tensión de los minutos precedentes.

—¿Cómo están Marie y Léonard?

—Muy bien. Están muy bien. Por cierto, que menudo actor, tu cobaya. Habrá que procurar que se dedique al teatro, cuando todo esto pase... Vamos a cazarlo, ya lo verás. Estoy segura.

Marc superó su decepción. Fragaría diez, veinte planes de acción. Se hallaba en estado febril, constantemente sometido a la tortura de su situación, todavía cansado; pero estaba mejor. Se iban disipando los efectos del Téménil y, a pesar de las circunstancias, había dormido mucho en Stéphan-Mornay, una verdadera cura de sueño. Y ahora tenía a Marianne a su lado, animosa y eficaz. Hasta cierto punto, gozaba de libertad de movimientos.

Incluso, si así lo deseaba, podía...

—¿Qué vas a hacer con el coche? Suponte que deciden acompañarte hasta el aparcamiento.

Marianne y Marc habían decidido resucitar el Peugeot a efectos del plan recién fracasado, por si Marc utilizaba el Autobianchi, para andar por Versailles, por ejemplo.

—No te preocupes, ya me las apañaré. No me acompañarán. Te dejo. Estamos en la cafetería. Tardaremos media hora, más o menos. Tres cuartos de hora. Me daré toda la prisa que pueda. Hasta ahora. Un beso.

—Un beso. Tengo prisa por estar contigo.

Marc volvió a sentarse en el coche durante unos segundos. Luego se levantó y dio paso al deseo, tan imprudente como irresistible, que lo había asaltado mientras hablaba por teléfono con Marianne.

Andaba a grandes zancadas.

Conocía bien la tienda, la cafetería. Ningún peligro de que lo viesen, si andaba con tiento.

Recorrió toda la galería de ventas. A su izquierda, las cajas desfilaban como si las hubiera estado viendo en una película.

Subió la escalera de la cafetería.

Se encontró en el primer local, donde se exponían los platos a la hora de la comida. Un telón de plantas interiores aislaba ese espacio del restaurante propiamente dicho, inmenso. Se acercó, apartó ligeramente las hojas. Detrás había un cristal.

Y más allá del cristal, a unos quince metros, en seguida vio lo que había venido a ver.

Y lo que vio lo dejó conmocionado, lo impresionó casi tanto como todo lo que hasta ahora llevaba vivido. Cosas extraordinarias podían ocurrir en su laboratorio secreto de Louveciennes, o en la habitación de una clínica. Tales sitios se prestaban a ello, hacían que todo resultase menos extraordinario. Pero ahí, ahora, en esa vulgar sala de restaurante, en la cafetería del Carrefour de Ivry...

Marie y Michel Zyto estaban situados de frente a él. Marianne y Léonard le daban la espalda, mirándose entre ellos de vez en cuando. Todos bebían, charlaban, sonreían, instalados en una apacible conversación.

Ningún horror a la vista.

Sencillamente una imagen imposible, que iba a disiparse de un momento a otro, en la irrealidad. Pero no se disipaba. Y Marc se dejaba los ojos mirando, aturdido, flaqueándole las piernas.

Léonard se colocó en los oídos el casco de su *walkman*. Marianne trajinaba en los botones de mando.

¡Un *walkman*! ¡El muy hijo de puta le había comprado un *walkman* a Léonard!

El chaval se quitó el casco y dijo algo que hizo reír a los demás. Marie y Zyto, en ese momento, se miraron casi con ternura, le pareció a Marc. Zyto, inclinándose hacia adelante, besó a Léonard en la frente y luego puso la mano en el hombro de Marie.

La desesperación y el odio se ensañaron con Marc, debilitándolo todavía más. Mataría a Zyto. Se prometió que lo mataría. Tarde o temprano se presentaría la oportunidad, y lo mataría.

Los Lacroix volvieron a Versailles contentos de su jornada.

El 4 X 4 relucía de puro limpio. Lo había repulido un muy joven y muy concienzudo empleado de la estación de servicio de Montcourt, a unos treinta metros del restaurante en que comieron. Habían quedado borradas todas las huellas, tanto de la pelea como del accidente.

La pintura roja brillaba de tal modo, que daba la impresión de acabar de secarse.

En un rincón del garaje había apiladas unas cuantas herramientas de albañilería y jardinería: entre otras, una carretilla, un carro de mano, una pala, un escardillo. Ninguno de ellos parecía haber sido utilizado nunca. Zyto, a quien ya había llamado la atención ese material, lo sometió a examen y decidió enterarse de algo más al respecto. Se disponía a hacer una pregunta de broma, del tipo: «Me gustaría saber quién ha comprado todo esto, y por qué», cuando Léonard se le adelantó. Le preguntó, afectando toda la seriedad del mundo:

—Ya está. ¿Ya te vas a poner a construir el murete?

—¿O a escardar el terreno? ¿O a plantar árboles frutales? —dijo Marie, en el mismo tono.

Poco después de que se instalaran en Versailles, en el camino del Herrador, a Marc le entraron unas súbitas ansias de trabajo físico y de retorno a la tierra. De manera que se compró de golpe todo lo que ahora Zyto veía amontonado en el garaje (más un juego de tres podaderas escondidas en el sótano). Pero Marc nunca había puesto las manos en una sola de las herramientas. Nunca.

Zyto se hizo una vaga idea. Lo suficiente como para adivinar que no iba a comprometerse a nada en absoluto diciendo que no con la cabeza y sonriendo.

Marie halló diferente su sonrisa. Más franca, más abierta, menos apresurada que de costumbre.

Entraron en la casa. Sonó el teléfono. Zyto dejó que contestara Marie. Ella, en seguida, le tendió el aparato a Marc: era Hugues, para comunicarle la fuga de Michel Zyto.

Michel Zyto se había escapado del Centro poco después de la visita de Marc. Adeline Ledru se había llevado un golpe bastante serio. A partir de ese momento, Hugues había estado llamado a casa de los Lacroix cada cuarto de hora. Y había dado parte a la policía. Esta vez no era posible actuar de otro modo.

La noticia dejó estupefacto a Zyto, sumiéndolo instantáneamente en la angustia. Su enloquecido espíritu funcionaba por sí solo. ¿Por qué una evasión? Si Marc hubiera querido revelar la verdad a alguien, lo habría podido hacer en Stéphan-Mornay. Pero también cabía la posibilidad de que hubiera decidido guardar silencio y actuar en solitario, para mayor seguridad, por temor a que Zyto diera cumplimiento a

sus amenazas. Acaso fuera eso precisamente lo que Marc pretendía que Zyto entendiese, lanzándole una especie de desafío: ahora puedes estar seguro de que no voy a meter a nadie en el asunto; así que nada de tonterías y arreglemos esto entre nosotros dos.

A Hugues le temblaba la voz. Zyto se dio cuenta de que estaba enfermo de disgusto. Era indiscutible que habían cometido un error de diagnóstico, lisa y llanamente... Lo único que se podía hacer era esperar, se dijeron el uno al otro. Se mantendrían al corriente en cuanto hubiera la más mínima novedad, y pronto se verían.

Zyto colgó. Recompuso la expresión de su rostro antes de volverse hacia Marie y Léonard. Marie había oído y se había hecho cargo de lo sucedido —y también Léonard, porque era un chico listo.

—Se ha escapado de la clínica —dijo Zyto, logrando que la voz le saliera normal—. Una nueva crisis. Ha llegado a golpear a una enfermera, a una que conozco yo, una tal Adeline.

—¿Y ahora? —preguntó Léonard, aproximándose a su padre—. ¿Va a venir aquí?

—De ninguna manera, muñeco. Muy al contrario: tratará de poner por medio toda la tierra del mundo. Lo encontrarán y lo meterán en un sitio donde esté mejor vigilado. Ya empiezo a estar harto de toda esta historia. Venga, vamos a estudiar de cerca el *walkman*. Vamos a ver cómo se presintonizan las emisoras. Se pueden presintonizar doce emisoras, imagínate.

Marie dirigió a Zyto una mímica ligeramente interrogativa: ¿había motivo para inquietarse? Zyto respondió mediante una mímica ligeramente dubitativa: no, aunque nunca se sabe. Habría podido esforzarse un poco más en tranquilizarla, pero no lo hizo.

Tenía una idea.

Marie fue a la cocina. Zyto tomó asiento junto a Léonard en el sofá.

¡Marc se había escapado! ¡Qué energía no le habría hecho falta, qué valor! Zyto lo admiraba. Es lo que él habría hecho, el propio Michel Zyto, en el mismo caso: escaparse repartiendo golpes a diestra y siniestra.

Siempre había admirado al doctor Lacroix.

¡Pero cómo lo odiaba, en este mismo momento! De ahora en adelante, se vería en la obligación de multiplicar por mil su prudencia. Sí: si Marc había optado por fugarse de Stéphane-Mornay, arriesgándose a caer en manos de la policía, complicándolo todo, era porque tenía el ánimo de intentar directamente algo. Y actuaría a pesar del chantaje de Zyto. ¿Por qué? Porque también Marc poseía un medio de chantaje, un arma, ese neurinoma del nervio acústico.

La angustia iba cediendo su lugar a la cólera. A Zyto le habría gustado hundirse la mano en el cuello, detrás de la oreja, y extraer por sí mismo el pequeño tumor —y

matar a Léonard (crimen perfecto: ¿quién iba a sospechar del padre, el doctor Marc Lacroix?). Marc lo leería en los periódicos, tendría que rendirse ante la evidencia de que Zyto era el más fuerte, comprendería que para salvar a Marie no le quedaba más que una solución: volver al Centro y deslizarse suavemente entre las sábanas de la cama, en la habitación número 6.

Zyto ardía de rabia y nervios contenidos. Apenas si veía a Léonard mientras éste le tendía el *walkman* y una cassette.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Huhú! Es una cassette virgen. Vamos a hacer una prueba grabando de la radio. Eso no me lo enseñó la señora de antes, lo de grabar en la radio.

Zyto, mal que bien, logró sonreírle.

Intentar directamente algo contra él... La señora de antes... ¿Cabía acaso la posibilidad de que Marianne Matys?... No. Reflexionó. No, no y no. Imposible. Tenía desde luego que ser prudente, pero sin ponerse a ver indicios por todas partes, ni a interpretarlo todo en contra de las evidencias. Si no, se volvería loco. Poco bien que se conocía él: así no podría vivir.

Pero, por el momento, seguía siendo él quien mandaba en el juego, y seguiría siéndolo mientras tuviera a Marie y a Léonard bajo su control.

Hizo unas cuantas pruebas de grabación bajo la mirada fascinada de Léonard.

Marie volvió de la cocina con un gran vaso de menta con gaseosa. Luego sonó el teléfono. Contestó ella.

Los Cazanvielh los invitaban a cenar, improvisadamente, como tantas veces hacían.

—De acuerdo —dijo ella—. Así pensaremos en otra cosa. Falta nos hace, en este momento. Ya os contaremos. Pero espera un momento que le pregunte a Marc.

Tapó el teléfono con la mano izquierda.

—Marie-Thérèse, para invitarnos a cenar. Ha hecho gazpacho.

Zyto reflexionó, planteándose veinte preguntas en unos segundos, y al final dijo que sí con la cabeza. Por qué no ir esa noche a casa de unos viejos amigos de la familia.

¿Gazpacho? Nunca había oído hablar de semejante cosa.

—De acuerdo —dijo Marie—. Sí, hasta ahora.

—Ahí lo tienes —dijo Zyto a Léonard—. Puedes ir al galope y al mismo tiempo grabar de la emisora que más te guste.

Le indicó el modo de proceder, volvió a poner todo en cero y dejó que el niño probara por sí mismo.

Marie se fue al piso de arriba.

Léonard localizó una emisora, la presintonizó por medio del botón de «memoria» y se puso a grabar bajo la mirada falsamente atenta de Zyto.

¿Qué haría Marc ahora? ¿Merodear en torno a la casa, seguir paso a paso a los

Lacroix, invisible pero muy presente, en espera del momento propicio?

¿Dónde vivía, dónde podía esconderse? ¿En un hotel? Demasiado arriesgado. Y demasiado caro: Zyto sabía exactamente de cuánto dinero disponía Marc, y no era como para hacer locuras. En casa de alguien de confianza que Zyto no podía conocer y a quien se lo hubiese revelado todo. ¿Uno de sus compañeros de trabajo, por ejemplo? O bien, si había resuelto actuar en solitario, en la «madriguera» que Zyto había utilizado con anterioridad y de la cual había hablado a Marc con mucha precisión llevado por su voluntad de decirle todo, de confesarle todo. ¿Por qué no?

No. Marc evitaría precisamente ese escondite. O quizá no, pensando que a Zyto no se le iba a ocurrir buscarlo ahí. O sí: pensando que allí iría a buscarlo. En este último caso, ¿trataría de prepararle una emboscada?

Zyto gritó para sí mismo: «¡Ya basta!» Marc le había enseñado a desconfiar de esos debates interiores sin fin en que solía atascarse, encerrándose y envenenándose progresivamente. Mediante los cuales se autointoxicaba, según la expresión empleada por Marc.

Cada cosa a su tiempo. Seguir interpretando lo mejor posible el papel de Marc Lacroix. Mantenerse en estado de alerta, sin un fallo. Esperar que la policía no encontrara a Marc. Arreglar el asunto entre ellos, en Louveciennes, en el secreto del laboratorio. Volverían a trocarse los cuerpos. A renglón seguido, tocaba a Zyto apañárselas para imponer su ley. Matar a Marc y evadirse era en la posibilidad que consideraba cada vez con más insistencia. Nadie sabría nada. Más adelante, quizá mucho más adelante, encontrarían el cuerpo de Marc, los restos de la maquinaria. Misterioso suicidio de un sabio en su laboratorio. ¡Eso era! Suicidio.

O, si no, se quedaría en el cuerpo de Marc, a pesar del neurinoma, esperando que... ¡No, eso no lo soportaría nunca!

De nuevo se lanzaba, poniéndose nervioso.

Buscar a Marc, como Marc lo estaba buscando a él. Para lo cual le era indispensable poder dejar solos a Marie y a Léonard.

O instalarse con ellos en el hotel. Ésa era su idea.

—¡Ya está! —casi aulló Léonard—. ¡Ya graba!

Zyto se arrancó de sus pensamientos. Oyó los jadeos de una música rara.

—¿Qué estás escuchando?

—«Come-Rock, la emisora que sacia el hambre de rock» —recitó Léonard.

—¿Vas a escuchar un poco a Vivaldi, de vez en cuando?

Zyto desempeñaba el papel de un padre tolerante y serio al mismo tiempo.

—¡Claro! —dijo Léonard, sinceramente—. ¿Quieres que te ponga tu disco? No nos molestaremos. Yo no oiré nada y tú tampoco. Ya verás. Es estupendo, el Akai este.

—De acuerdo, muñeco con hambre de rock.

Marie, al bajar del piso de arriba, se encontró a los dos, al padre y al hijo, sentados juntos en el canapé, escuchando cada uno su propia música y muy cogidos de la mano —porque Léonard, en un arrebató de alegría y agradecimiento, se había agarrado de su «padre».

El cuadro era enternecedor.

—Léonard, arréglate un poco y cámbiate. ¡Venga!

Léonard, con los cascos del *walkman* colocados, hizo como que no oía, o, más exactamente, hizo como que hacía que no oía, para divertir a sus padres, cosa que siempre le funcionaba bastante bien. Ese sentido del humor que poseía, ya desde tan joven, era uno de sus numerosos encantos.

—¿De modo que no me oyes? —dijo Marie.

—Ni una palabra —dijo él, sacudiendo la cabeza con energía y haciendo con ello que durante un instante cambiara de sitio su espeso flequillo.

—¿Y si hablo más alto, así?

Los hermosos ojos oscuros de Léonard resplandecieron de malicia.

—Menos todavía. Ahora sí que no te oigo nada en absoluto. Pero puedo leerte los labios. Has dicho que me quede igual de sucio y que no me cambie de camisa para ir a casa de Martial. ¿A que sí?

A continuación se quitó el ligero casco, riéndose a carcajadas. Tras los besos de rigor, subió corriendo a cambiarse.

Zyto repescó el telemando del lector de discos compactos, que se había escurrido entre dos cojines del sofá, y se puso a manejarlo. Sonaban las últimas notas de *La Frescobalda*. Hizo que el disco se detuviera. A fin de cuentas, la música aquella le gustaba más de lo que había pensado en un principio.

Le habría gustado poder escuchar todos los discos de Marc.

Escucharlos en paz, con la mirada perdida en el hermoso paisaje campestre que se veía por el ventanal... Pero, ay, semejante cosa nunca sería posible. Sin el tumor, quizá hubiese tomado la resolución de seguir siendo Marc Lacroix para siempre, eliminando al «otro».

Marie se sentó junto a él. Llevaba unos vaqueros azules con un cinturón rojo oscuro, muy ancho, y un jersey negro muy fino y ajustado, sobre el que se derramaban sus negros cabellos, espléndidos.

Zyto, inclinándose, la besó en la sien. ¿Pasaría esta noche algo tan sorprendente y temible como lo ocurrido la noche anterior —que en última instancia había resultado más agradable que espantoso?

En el fondo, le apetecía.

—¿Cómo estás? —le preguntó Marie.

—Bien. Me pregunto si no sería bueno que nos quitásemos de en medio durante un tiempo, mientras lo encuentra la policía.

—¿Tú crees? —dijo Marie, empezando a asustarse.

—No, no te preocupes. Lo digo más que nada por Léonard... No hay ningún peligro, pero, pensándolo bien, me parece que por prudencia podríamos quizá marcharnos durante dos o tres días, mientras lo detienen...

De la misma opinión era Martial. Les propuso que se instalaran en su casa, en el callejón Soldats, hasta que arrestaran al loco. Dejando aparte las inevitables molestias, lo cierto es que si tenían que pasar unos días fuera, era mejor que no fuese en el propio Versalles. A no ser que aprovecharan para marcharse de vacaciones. No, Zyto se negaba a alejarse demasiado, quería estar presente cuando le echaran el guante a «Zyto».

¿Protección policial? No, no en un caso como éste. Sería una protección necesariamente leve, más molesta que eficaz. Y, por otra parte, si piensa uno en los jefes de Estado muertos a manos de locos, a pesar del ejército de guardaespaldas y de todas las medidas de seguridad...

—¿Por qué no un hotel? —dijo entonces Marie-Thérèse—. Un hotel de París. Sería divertido. Unos cuantos días de vacaciones en vuestra propia ciudad, en un buen hotel, de incógnito.

Zyto hizo como que se lo pensaba y luego miró a Marie-Thérèse con aprobación y amabilidad, como si acabara de revelarles esa solución, que a él ya se le había ocurrido a raíz de la llamada telefónica de Hugues informándolo de «su» fuga: esconderse en un hotel, dejar allí tranquilamente a Marie y Léonard, y salir de cacería en solitario. Cosa que le resultaba imposible si la familia se quedaba en casa. Tarde o temprano, Marc se acercaría al camino del Herrador. Puede incluso que ya anduviera por allí, pensó Zyto, que decidió ser prudente ahora, cuando regresasen. Marie se daría cuenta y con ella quedaría más convencida de que sería bueno ausentarse.

—Es buena idea —dijo a Marie-Thérèse—. Muy buena idea.

Los ojos de Marie-Thérèse resplandecieron de orgullo, tanto más cuanto que Zyto, saltando de un tema a otro para alejar la atención de su proyecto de instalarse en un hotel, le dedicó los más encendidos elogios por el gazpacho. (Un desastre, le dijo más tarde Marie a Zyto: *Marie-Thérèse* era una nulidad culinaria.) Marie-Thérèse siempre se había sentido intimidada ante el doctor Lacroix. Zyto acababa de metérsela en el bolsillo. Otra persona más que se metía en el bolsillo. Y, sin embargo, bien sabía Dios que esa mujer grande y guapa, un poco ajada (que había recibido dos llamadas telefónicas, y hecho una, durante el transcurso de una sola cena), no le había caído bien desde el principio. No iba a olvidarse con facilidad del momento en que les abrió la puerta, con un sombrero en la cabeza y un chucho redondo y peludo en los brazos, con una sonrisa boba esparcida por todo el rostro. Zyto estaba al corriente de los regalos de cumpleaños, luego no tuvo problemas para soltar las sandeces de rigor. De modo que aquel Cookie era el mismo Cookie de que Marc se había servido para su primer experimento.

Durante unos instantes, se dijo, el cuerpo de aquel perro había estado «ocupado»

por el espíritu de otro perro. ¡Marc Lacroix era verdaderamente un hombre excepcional, un genio!

Zyto salió con bien de la reunión en casa de los Cazanvielh. Por eso, al menos, podía felicitarse sin reservas. No ser demasiadas veces el primero en hablar, adoptar un aire absorto y preocupado, apoyarse en lo que sabía y escuchaba, para expresarse con conocimiento de causa, constatando que daba en la diana prácticamente todas las veces: era una especie de juego estimulante, que él jugaba a la perfección.

Los demás no dejaron de observar ciertos detalles extraños: cierta torpeza de Marc para moverse por aquella casa, que tenía que saberse de memoria, vacilaciones, en un momento dado, entre el tú y el usted... Pero de ahí a imaginar que se hallaban en presencia del enfermo mental fugado del asilo, que estaba utilizando el cuerpo de Marc Lacroix para engañar a todo el mundo, había un paso infranqueable.

No tan infranqueable, sin embargo, para el terrier blanco *west highland*, que no era perro para dejarse engañar por las apariencias: Cookie emitió unos cuantos gruñidos contra Zyto, para gran sorpresa de Marie. Zyto le ofreció una notable parte de su cena, le aplicó toda clase de apelativos cariñosos, pero no le sirvió de nada. Llegó a llamarlo «Cukinucho», «ven aquí, Cukinucho lindo». Pero le fallaba el tono. El animal, advertido por su instinto, no respondía a sus invitaciones y acabó buscando refugio en el regazo de Marie-Thérèse, enseñando los colmillos, como si todavía estuviese poseído por el espíritu malo de Mana.

—Eso demuestra que ya se ha acostumbrado a nosotros —concluyó Marie-Thérèse.

Hubo otro pequeño momento de tensión cuando Martial propuso a Zyto que jugasen una partida de ajedrez para ahuyentar las preocupaciones.

—De acuerdo —dijo Zyto.

Luego, haciendo como que cambiaba de idea, como si se le acabara de ocurrir otra cosa:

—Os voy a sorprender a todos, pero ¿qué os parece una partida de *flipper*? Seguro que así me relajo más.

Nada más terminar la cena, Léonard se había colocado sus guantes de mendigo, haciendo gestos de consumado pillastre. Disfrutando de su propia comedia, se echó a reír antes de abandonar la compañía de todo el mundo, marcando el paso a ritmo de «¡fli-per, fli-per, fli-per!»

Todo el mundo quedó encantado con la propuesta de Zyto, empezando por Marie-Thérèse. Aunque no por ello dejó de pedir, tras haber echado un vistazo al reloj, que tuvieran la amabilidad de esperarla veinte segundos, porque tenía, como ella dijo, una «minillamada» telefónica que hacer.

Esperaron.

Hecha la minillamada, todos se desplazaron al piso de arriba, a la cueva de Alí

Babá, al cuarto del tesoro de Martial. Zyto disimulaba su sorpresa, igual que la había disimulado al ver las estatuas del jardín. Se quedó atónito ante aquel amontonamiento de muebles, vestidos antiguos llenos de dorados, juegos de ajedrez, cuadros, animales disecados o tallados en madera, armas, joyas, instrumentos de música... De todo había.

Y estaba el *flipper*, espléndido, una preciosa pieza de bisutería, con sus dos *cowboys* a punto de disparar.

—¿Sabes jugar? —le preguntó Marie-Thérèse.

—Vais a ver. Os voy a dejar de piedra.

Léonard, muy excitado, con el *walkman* puesto, le cedió el sitio.

De piedra y muy de piedra los dejó a todos Zyto: les hizo una auténtica demostración de virtuosismo, con las caderas pegadas a la máquina, con los ojos brillantes, los gestos rápidos y precisos, profesional, acudiendo a esos pequeños empujones con el bajo vientre, un poco obscenos, pero tan típicos, que deben de ser ideales para modificar la trayectoria de la bola de metal sin que la máquina denuncie la falta. Estaba claro que habría podido pasarse horas y horas jugando, acumulando las partidas gratuitas que salían cada veinte mil puntos, sin dar a la bola la más mínima oportunidad de salirse de su control.

Se paró, permitiendo, como desdeñosamente, que pasase la bola, para perderse en el sumidero.

Luego se quedó mirando la escena del Oeste, ese duelo de resultado eternamente incierto.

Las exclamaciones de Marie-Thérèse y los chillidos de Léonard, que no pararon un momento mientras estaba jugando, pero que él apenas si había percibido, lo volvieron a la realidad. Se dio cuenta de que acababa de cometer una pequeña imprudencia.

—¿Por qué no me habías dicho que jugabas tan bien? —dijo Léonard, arrebatado de admiración—. ¡Tendrías que participar en un campeonato!

Zyto sonrió.

—También a mí me había ocultado ese talento —dijo Marie.

—Increíble —dijo Marie-Thérèse, batiendo las manos una sola vez.

Marie seguía encontrando más hermosas que de costumbre, más finas, más prolongadas, las sonrisas de «Marc». Sin duda alguna. O, en todo caso, sin duda para ella, como esposa amante. ¡Cuántos motivos de sorpresa, en una sola tarde!

—Querido amigo, parece que no se ha dedicado usted a otra cosa en toda su vida —dijo Martial a Zyto.

Ante semejante adversario, dotado de tantos y tan diversos talentos, le constaba que no tenía nada que hacer con Marie. Pero no sentía casi ningún deseo, casi ninguna amargura. Y tampoco se declaraba vencido. A fin de cuentas, él montaba

muy bien a caballo, tenía muy buena puntería, jugaba excelentemente al ajedrez. Mejor que Marc. Razonaba como un niño, aferrándose a una infantil esperanza.

—Ya podéis figuraros. Jugué mucho durante mis tiempos de estudiante —dijo Zyto—. Y estas cosas no se olvidan. Es como nadar y montar en velocípedo.

—¡Velocípedo! —repitió Léonard, entusiasmado con la palabra.

Marie estaba absorta en sus propios pensamientos. Tenía la impresión de que «Marc» evitaba mirarla. ¿Cómo era posible que nunca le hubiese dicho, ni una sola vez, por ejemplo en algún bar, «fíjate, cuando era más joven se me daba estupendamente el juego ese»?... Jamás le había sugerido siquiera nada semejante. Estaba segura. No se le podía haber olvidado un detalle así. «Estas cosas deben de formar parte de los pequeños misterios de la existencia», pensó. «Puede que también Marc se sorprendiera si supiese cosas de mí que nunca se me ha ocurrido comentarle...»

No veía muy bien qué cosas podían ser ésas. Pero alguna habría, seguramente.

Todas las ventanas del magnífico chalé de los Cazanvielh se abrían de par en par a la noche. Un silencio absoluto reinaba en el callejón de los Soldados y en el barrio entero.

De pronto, en algún rincón de aquel amasijo de cosas sonó el teléfono. Todos se sobresaltaron. La casa estaba sembrada de teléfonos por todas partes.

—¡Debe de ser para mí! —dijo Marie-Thérèse, precipitándose a cogerlo.

—No hay nada imposible —dijo Martial, con una sonrisa a Marie.

Aquella misma noche, Michel Zyto hizo el amor con una mujer por primera vez en su vida.

Al principio, todo fue como en la noche anterior; pero Zyto, sin haberlo decidido verdaderamente, se encontró tendido sobre Marie. Ella, sin presionarlo en ningún sentido, le acariciaba la espalda con ternura, diciéndole: «Te quiero». Y Zyto la penetró fácilmente, casi por casualidad. No sabía lo que le estaba pasando. Se sentía apresado en un abrazo tan diferente de todo lo que había vivido antes, con Marie o a solas... Un abrazo más suave pero más irresistible, menos directamente violento, pero más total, más abarcador.

Se agitó febrilmente durante unos segundos y experimentó un placer breve e intenso.

El despego amoroso de Marc había atormentado a Marie más de lo que ella misma creía, o más de lo que se confesaba a sí misma. Esta noche, aunque no pudiera afirmarse que Marc la hubiera colmado físicamente, estaba loca de alegría por haberlo recuperado, emocionada por su torpeza, por su timidez, como si —tras todos esos meses de abstinencia— estuviera volviendo a descubrir el amor con ella.

En cuanto a Michel Zyto, si olvidó sus temores fue sin duda alguna porque se hallaba en el cuerpo de otro, porque estaba utilizando el cuerpo de Marc Lacroix. Esa trampa le permitía acceder a una conducta aparentemente normal. Pero, también sin duda alguna, este paso al acto sexual fue el origen del verdadero desencadenamiento de su locura.

En el momento mismo de su placer supo que era capaz de matar a Marie. A ella y a otras mujeres. En ese momento quedó sellado su destino de «asesino de mujeres», como lo llamaron los periódicos, aunque todavía no hubiera matado a nadie. Pero, también por hallarse dentro del cuerpo de Marc, podía no ceder inmediatamente a su deseo de matar. Podía mantenerlo a distancia, como en reserva, podía decirse con toda calma que hacer el amor había constituido una revelación y que con mucho gusto volvería a empezar, otra noche.

Se sentía ganador en toda la línea. Dueño de sus impulsos, y más fuerte que nunca.

Quedaba en pie la necesidad de solventar cuanto antes y del mejor modo posible el problema con Marc. Y otra consecuencia de los retozos nocturnos fue la de aportar un principio de solución a tal problema.

Ello se produjo en el transcurso de la conversación que vino tras los retozos, llena de complicidad, tan tierna y cómplice como la habría tenido el auténtico matrimonio Lacroix.

—Me horroriza el modo en que Marie-Thérèse expelle el humo del tabaco —dijo

de pronto Zyto—. Hace un ruido que me crispa los nervios.

—Ya me lo has dicho tres millones de veces, cariño.

—Y otros tres millones que pienso repetírtelo...

—¿Te has fijado de qué modo miraba Léonard la entrada del sótano, cuando volvimos?

—No —dijo Zyto.

No añadió «¿de qué modo?». Se atuvo prudentemente al «no», esperando lo que viniera después, alguna otra declaración, algún otro dato que lo ayudara a comprender.

—Siempre se lo noto, cuando tiene miedo.

—¿Crees que tiene miedo? —dijo Zyto, en un tono casi neutro.

—Quizá sea mucho decir, miedo. Pero este asunto lo mantiene en estado de ansiedad. Tu percance, tu herida en la frente, la fuga, irnos a vivir a un hotel. ¿Te das cuenta?

—Por supuesto que me doy cuenta. Pero no le durará mucho. Y, de todas formas, estando con nosotros siempre se sentirá seguro.

—Sí —dijo Marie—. En realidad, no hay verdadero motivo para preocuparse.

Léonard asustado, la puerta del sótano, estado de ansiedad... ¿Miedo de qué? ¿Qué ansiedad? No había tantas posibilidades de explicación. Lo más probable era que Léonard, de más pequeño, hubiera pasado por alguna situación de miedo relacionada con el sótano. Por otra parte, los Lacroix siempre dejaban abierta la vía de acceso al sótano, la puerta del vestíbulo. Tenía que existir una relación entre ambas cosas. Pero ¿cuál había sido la razón del miedo?... No tenía importancia alguna. Y Marie no dijo nada más al respecto.

Estaba pensando en lo del *flipper*. En la posibilidad de que Marc le ocultase algún otro secreto. En Marianne Matys...

A partir de aquella representación de *El sueño de una noche de verano*, y durante algún tiempo, Marie tuvo sospechas contra las que se vio obligada a luchar. Por nada del mundo le habría dicho nada de tales sospechas a Marc durante el periodo en que estuvo sexualmente apartado de ella: por orgullo, porque atribuía la falta de interés a las preocupaciones de Marc, a su estado de depresión. Porque en el fondo no lo creía de veras. Estaba segura de que Marc no se había dado cuenta de nada, porque ella había sabido disimular perfectamente su inquietud. Pero, por paradoja y por lógica, ahora que «Marc» acababa de hacer el amor con ella, se sentía menos capaz de razonar. Estaba experimentando verdaderos celos, unos celos originados en los sentidos. Se imaginaba a Marc haciendo esas mismas cosas con otra, con Marianne, dando y recibiendo las mismas caricias.

Estaba celosa, estúpidamente celosa.

Y sintió la necesidad de saberlo seguro.

Trató de dominarse, diciéndose que a la mañana siguiente ya se le habría quitado todo aquello de la cabeza, pero no pudo resistir. Era como una comezón. No tenía más que dejarse ir, y luego se sentiría más tranquila. Una sencilla pregunta le bastaría para quedarse en paz. En unos pocos segundos, si quería.

—Todavía no salgo de mi sorpresa con eso de que nunca me hayas hablado de tu afición al *flipper*.

Zyto se puso a pensar, a toda prisa. Dejó escapar una risita, muy conseguida, muy natural.

—Puedes figurarte: lo he tenido completamente olvidado durante un montón de años. Ni pasármelo por la cabeza. En algún momento he estado a punto de mencionártelo, lo recuerdo perfectamente, por lo menos en dos o tres ocasiones. Pero ya sabes lo que pasa: en ese momento salías tú con cualquier otra cosa, y se me olvidaba. Tampoco es tan importante. ¿Te preocupa mucho?

Volvió a reírse.

—No, es una tontería —dijo ella—. Pero...

—Pero ¿qué?

Marie tenía un carácter demasiado franco y demasiado entero como para andarse con tantos rodeos.

—Mira, Marc, perdóname si te parece ridículo lo que voy a decirte, pero tengo que preguntarte... ¿No me has ocultado alguna otra cosa?

—No. ¿Qué, por ejemplo?

—¿Ha habido algo entre Marianne Matys y tú?

Uf. Era difícil. Le salió una vocecilla ridícula, y el corazón se le escapaba del pecho. Menos mal que estaban a oscuras.

—¡Estás loca! ¡Por supuesto que no! ¿Cómo ha podido ocurrírsete semejante cosa? Apenas si la he tratado. No es que no me caiga simpática, pero, vamos... Ni hablar.

Zyto fue convincente. Estaba diciendo la verdadera verdad. Y había temido alguna otra pregunta más embarazosa. Se tranquilizó. ¡No era más que eso! No, por supuesto, no había nada entre Zyto y Marianne Matys. Marie se acurrucó contra él.

—¿No te has enfadado mucho conmigo?

—Sí, muchísimo.

La tomó en sus brazos, le cubrió el rostro de besos. Las ideas de muerte, nítidamente inscritas en su espíritu, no le impedían quererla. Esta noche la quería mucho.

Qué alivio.

Y qué alegría, porque acababa de descubrir dónde se escondía Marc Lacroix.

Se había apresurado al concluir que Marc no tenía ninguna amante. Se había apresurado al descartar la hipótesis de Marianne Matys, esta misma tarde... Lo que

acababa de decirle Marie lo obligaba a replantearse el asunto desde el principio. Marie era fina, perspicaz. Si sus sospechas eran fundadas, Marianne Matys, la actriz, había acudido al Carrefour de Ivry con unas intenciones muy concretas. ¿No había tratado de aislar primero a Marie, luego a Léonard, y luego al propio Zyto? ¿Con qué objeto, esto último, sino para intentar algo contra él, de conformidad con algún plan maquinado por su amante, Marc Lacroix?

Un poco más tarde, se levantó: imposible dormir, me hace falta un poco de menta con gaseosa, dijo, volvería en seguida.

La guía telefónica. Si no, la agenda de Marie.

Pero Marianne venía en la guía.

Luego examinó el abultado llavero de Marc. Había tantas llaves, que bien podía estar entre ellas la de Marianne. Él, Zyto, la habría colocado precisamente ahí, entre las llaves de la casa y de los diversos lugares de trabajo. Era el mejor escondite.

Pero tal vez no necesitara la llave.

Volvió a subir.

Si Marie tenía razón en sus sospechas, Marc se hallaba actualmente, esta noche, en este mismo minuto, con Marianne Matys. En su casa.

Marc, agotado, sin ánimos, abochornado por su aspecto físico y experimentando como una verdadera tortura la mirada de Marianne, se daba asco. Imaginaba en la oscuridad aquel cuerpo odiado, ese rostro no del todo feo en que se echaba a faltar el bigote, esa silueta demasiado baja, sin gracia, esos pies deformes, estropeados por el calzado de mala calidad, ese culo demasiado grande, ese pene rechoncho, esos pelos muchísimo más abundantes que los suyos, tan diferentes en el color y en el contacto.

También se imaginaba a Marie y a Michel Zyto codo con codo en la misma cama, en el camino del Herrador. Tenía todos los datos para saber que nada ocurriría, o muy poco, quizá un beso de buenas noches, algún gesto tierno; pero ese poco era ya demasiado, algo intolerable, insoportable.

Marie ¿se habría dado cuenta de algo? ¿Habría cometido Zyto algún error de palabra u obra, algún error de gran calibre, que Marie no lograra comprender? Y Léonard, que era tan listo, que lo adivinaba todo en seguida, ¿habría captado algo anormal, se sentía a disgusto en presencia de ese falso padre? ¿Llegaba a manifestar ese disgusto? Quizá sí. Quizá no. Marianne se había quedado impresionada ante la facilidad con que Zyto se desenvolvía en su papel de cabeza de familia, en su papel de Marc Lacroix. El papel de su vida, se decía Marc, con odio y amargura. Con errores o sin ellos, a gusto o a disgusto, lo cierto era que el hijo de puta debía de apañárselas para caer siempre de pie.

Marc no podía perdonarse haber llevado a cabo el experimento. Sin él, ahora no estaría debatiéndose en una pesadilla. Pero, en el fondo de sí mismo, lo seguían sosteniendo la ambición y el orgullo, ayudándolo a conservar la esperanza. Aún no había renunciado a nada.

Se habían acostado pronto. Marc había tomado una buena dosis de tranquilizantes. Marianne, una pequeña, pero como casi nunca los tomaba, en seguida le hicieron un efecto tan fulminante como a Marc. La voz se les había ido haciendo cada vez más lenta mientras pasaban revista a las posibilidades de atrapar a aquel loco, malhechor y falsario. Por desgracia, no eran muy numerosas. Y la vigilancia sistemática resultaría muy difícil de llevar a efecto.

Se despertaron casi al mismo tiempo, hacia la una de la madrugada, tras un mal primer sueño. El lacerante recuerdo del bienestar que siempre se le había derivado de sus encuentros con la amante incitó a Marc a poner en práctica unos tímidos gestos, ante los cuales la joven reaccionó vagamente —y se encontraron abrazados.

La ventana del pequeño dormitorio estaba abierta al cielo azul oscuro, lleno de estrellas. Ni un ruido en el patio interior. Apartaron la sábana e hicieron el amor en un silencio y una oscuridad tan profundos como los reinantes en el camino del Herrador.

La rubia Marianne, la de las piernas largas, tan atractivas, un poco irregulares,

incluso al tacto, para quien las conociera tan bien como Marc las conocía, la rubia Marianne obtuvo de ello mayor placer del que esperaba. El cuerpo que iba descubriendo bajo sus caricias no era el de su amante, pero todo lo demás era tan suyo, su deseo, sus gestos, sus hábitos amorosos, su ser, su persona, y ella lo amaba tanto, que llegó a disiparse la impresión del principio, cuando pensó que había metido en su cama a un desconocido. Y en el momento del placer fue verdaderamente a Marc a quien ciñó entre sus brazos, y Marc fue quien la hizo llorar de felicidad, como cualquiera de las otras veces.

De inmediato les sobrevino una pesada soñolencia. Un tanto desconcertados por lo que acababan de hacer, se abstuvieron de hablar.

Marianne, optimista por naturaleza, estaba en la certeza de que todo acabaría bien. Y ¿qué pasaría luego, cuando Marc volviera a ser Marc? ¿Cómo estaban exactamente sus relaciones con Marie? ¿Aceptaría el divorcio? Nunca antes se había planteado estas cuestiones. Ahora, de pronto, le habría gustado tener a Marc para ella sola.

Era la primera vez que dormían juntos.

También Marc andaba perdido en ensoñaciones. Acababa de hacer el amor con Marianne y dos proyectos lo obsesionaban: llevar a Zyto a Louveciennes, primero; luego, anunciar al sorprendido mundo su invención. Por muy diferente que ahora fuera, la situación seguía pudiéndose enunciar en las mismas palabras de unos días antes.

Y su cuerpo odioso, por un instante, se le antojó menos odioso. Era sano, fuerte, funcionaba bien.

Sin tumor en el nervio acústico.

Antes de la cena, Marc había tomado sus dos comprimidos de Maktarin.

Volvió a dormirse.

Y era verdad que Zyto siempre venía a caer de pie. Se integraba a la perfección con la familia Lacroix. Su comportamiento era el de un verdadero artista, mezclándose en ello el talento natural con la vigilancia, la inspiración con la atención consciente.

Marie lo notaba muy tenso, en el fondo, pero más cercano a ella que nunca. En cuanto a Léonard, nunca había visto a su padre tan atento, tan juguetón, tan «guay». Aquella misma mañana, Zyto se había presentado en su habitación y le había hecho unas cuantas payasadas muy conseguidas. Fingiendo no haberse dado cuenta de que Léonard estaba despierto, había simulado que le robaba el *walkman*, saliendo de puntillas de la habitación, a pesar de los gritos y de las risas del niño. Y todo había concluido en unos cuantos cariñitos.

Y, sin embargo, Zyto se había despertado en plena angustia, aquella mañana.

Y un poco después, en esa misma mañana del 4 de agosto, antes de salir hacia el hotel Pavillon de la Reine, situado en la plaza de los Vosgos, tuvo que afrontar una dura prueba. Salía del cuarto de baño. Se encontraba solo en el piso de arriba. Estaba sentado en la cama, poniéndose los calcetines, cuando tuvo la impresión de que le habían metido algodón en los oídos. No oía absolutamente nada, salvo una especie de zumbido continuo procedente del interior de la cabeza. Casi al mismo tiempo, la habitación se puso a dar vueltas en torno a él, en todos los sentidos, como un tiovivo lanzado a toda velocidad y que de vez en cuando se pusiera boca abajo. Zyto se aferró a la cama. Luego, una formidable náusea lo tiró al suelo. Lo hicieron gemir el sufrimiento y el espanto.

Se arrastró hasta el cuarto de baño, sin dejar de gemir. Se agarró a la taza del inodoro y vomitó, dos arcadas seguidas, asquerosas en su violencia y en su abundancia.

Disminuyó el vértigo y también el ruido en los oídos. Tiró varias veces de la cadena, se limpió la boca con papel higiénico y quedó inmóvil, de rodillas ante la taza, jadeante.

Pasó la crisis.

El pánico hizo que se le ocurrieran unas ideas todavía más enloquecedoras. Mientras vomitaba, pensó que estaba entregando el alma, como si el cuerpo de Marc Lacroix no hubiera querido saber nada más de él. Se dijo que aquel padecimiento era un castigo, el justo castigo por la penetración; que estaba pagando a muy alto precio el placer experimentado durante la noche con Marie Lacroix.

Pensó que la fuga de Marc podía ser un truco, un montaje organizado con la colaboración de Hugues d'Oléons, de Adeline, de la clínica entera, de la policía...

Estaba asustado.

Se enderezó, con prudencia. Volvió a sentarse en la cama y a continuación

procedió a vestirse. Sí, la crisis estaba superada. ¿Habría pasado Marc, en alguna ocasión, por un ataque tan fuerte? ¡Cuánto le habría gustado a Zyto poder preguntárselo! Cabía la posibilidad de que el mal estuviese agravándose. Cabía la posibilidad de que Marc nunca hubiese experimentado nada tan penoso.

Se calmó. Se repitió ciertas palabras de Cédric Houdé que él no podía poner en duda. En este momento, ninguna molestia, por espectacular que sea, resulta indicativa de la evolución del tumor.

¿Fuga trucada? ¿Trampa, montaje? A ese respecto, pronto estaría al cabo de la calle.

Encontrar hoy mismo a Marc. Repetir el experimento en sentido inverso, reintegrándose en su propio cuerpo.

Una lástima. Pero inevitable. Se había convertido en otro hombre, y otro hombre seguiría siendo. Esa idea le prestó fuerzas.

Dejaron el Nissan Terrano en el garaje del hotel, en la calle Béarn, y luego se encaminaron a pie hacia la plaza de los Vosgos, que estaba al lado.

Zyto iba palidísimo. Marie no le quitaba ojo ni un momento. Era evidente que su marido no se encontraba bien, aquella mañana.

Él llevaba las dos maletas, una grande y otra pequeña, y Marie una bolsa de viaje. Léonard no transportaba más que su *walkman*, encasquetado en la cabeza. El niño apenas si manipulaba los mandos: los tenía ajustados, de una vez para siempre, en *Come Rock, la emisora que sacia el hambre de rock*.

Eran las diez de la mañana y ya apretaba el calor. Una especie de capa ardiente le cayó sobre los hombros cuando, saliendo de las sombras perpetuas de la calle Béarn, desembocaron a pleno sol en la plaza de los Vosgos. Zyto, muy a su pesar, recordó el jardín interior de Stéphen Mornay. La plaza entera restallaba de luz: parecía como si, por algún fenómeno de reverberación, el sol llegara al mismo tiempo de todas partes.

Léonard se quitó el casco de los oídos y se dirigió a Michel Zyto. Acababa de tener una idea, que llevaba varios minutos gestándosele en la cabeza.

—¿Y si decidiéramos llamarnos Xarcoil?

—¿Xarcoil? ¿Por qué? ¿Escrito cómo?

Léonard y su madre quedaron sorprendidos. Marie había comprendido de inmediato. ¿Por qué hacía Marc esas preguntas? Padre e hijo solían intercambiarse juegos de palabras y lo normal era que se entendiesen en medio segundo.

—X-a-r-c-o-i-l. Xarcoil. ¿Te das cuenta? Son las mismas letras de Lacroix, pero...

—Bueno, bueno, ya vale, monicaco. Estaba pensando en otra cosa. Vale, tiene gracia. Vamos a llamarnos Xarcoil.

Léonard ya había propuesto anteriormente que adoptaran un nombre falso, encantado con la idea. Zyto había dicho que sí. De todas maneras, era eso lo que

pensaba hacer. Por un exceso de prudencia, por manía: tampoco era muy concebible que Marc pudiera dedicarse a llamar por teléfono a todos los hoteles de París y su región.

Torcieron a la derecha y luego, en seguida, otra vez a la derecha, para pasar bajo un porche. Al cabo de unos pasos se hallaron ante el Hotel Pavillon de la Reine, un establecimiento de gran lujo construido aparte de la plaza, en un espacio interior agradable, silencioso, casi fresco.

La puerta de doble hoja estaba abierta; la franquearon directamente y avanzaron por el vestíbulo, con Léonard en medio. El recepcionista, al fondo y a la izquierda, acababa de hablar por teléfono. Colgó y se quedó mirando a los recién llegados. Los tres eran agraciados y se conjuntaban. Zyto llevaba un espléndido traje de lino crudo, muy propenso a arrugarse, pero cuya elegancia venía aumentada precisamente por ese defecto. («¿Por qué no te pones el traje de lino?», le había preguntado Marie. «Pues sí, es una buena idea.») Léonard vestía sus pantalones cortos de tela vaquera —los adoraba— y una camiseta negra muy fina, con el letrero HELP!, en letras blancas, en mitad del pecho. Marie lucía un vestido rojo largo y ligero, muy llamativo, muy difícil de llevar. Pero ella superaba fácilmente dicha dificultad, con sus garbosos movimientos. Algo menos garbosos eran los de Zyto, en cambio, impresionado como estaba por lo fastuoso del lugar, por ese vasto vestíbulo todo madera y cuero, bajo la luz de por lo menos diez lámparas y realzado con cuadros antiguos.

El recepcionista era un joven en posesión de un «estilo» impecable. Un maniquí animado, salido el día antes de la escuela de hostelería, pensó Marie. No inspiraba auténtica simpatía. Tenía los rasgos duros y una mirada inquisidora, con su punta de hipocresía y de arrogancia —contenida esta última, lejana, pero perceptible por gente de tan fino olfato como Marie, o tan desconfiada como Michel Zyto. Éste tuvo la impresión de que el hombre lo estaba sometiendo a examen, viéndole las entrañas, adivinándolo todo; de que veía en el bolsillo de su chaqueta, a través de la tela, la pequeña pistola suiza de 6 mm SIG P210, que había extraído del cofre justo antes de salir, a escondidas de Marie.

—Señores...

Zyto, apartando la vista, no dijo nada, dejó que Marie se ocupase de todo. Ella se dio cuenta en seguida, porque conocía a «Marc» y sabía que nunca se encontraba a gusto, que se hacía un lío en cuanto lo sacaban de sus relaciones profesionales, poniéndose nervioso y desanimándose ante la más mínima dificultad de las que presenta la vida cotidiana.

Tras sonreír a Zyto, Marie se encaró tranquilamente con el recepcionista.

Zyto aparcó el 4 X 4 encima de la acera, frente al 23 de la calle de los Mártires, en el distrito IX.

Entró en el inmueble, buscó el nombre en los buzones: Adeline Ledru, escalera B, 2.º izquierda.

Le abrió la puerta un hombre. Era joven, bastante guapo, y tenía aspecto de preocupación. Un mechón blanco, muy blanco, muy delimitado, le cruzaba el pelo negro y ondulado. Se dirigió a Zyto en el tono de quien no dispone de demasiado tiempo:

—¿Sí?

—Buenos días. Perdona que lo moleste. Soy el doctor Marc Lacroix, compañero de trabajo de la señorita Ledru en el Centro Stéphen-Mornay.

El joven cambió de expresión.

—¡Ah, sí! Jean Citadelle. (Fue a tenderle la mano, pero se abstuvo.) Pase, por favor. He acompañado a Adeline al dentista y acabamos de regresar. Ya tuvo que ir ayer, también.

—Perdona que me presente de este modo. Tendría que haber llamado antes por teléfono, pero...

—No faltaría más. Es usted muy amable.

La fuga no era truco. Zyto, en el fondo, lo sabía. Pero ahora podría estar seguro. El tal Jean Citadelle le hizo tomar asiento en un salón interior, más bien triste. Adeline llegó en seguida del cuarto de baño. Tenía moraduras, casi negras en algunos puntos, en la parte inferior de la cara y en la mejilla izquierda. Un golpe tremendo. Apenas si podía hablar. El maldito doctor Lacroix no se había andado por las ramas, repartiendo mamporros...

Adeline, muy emocionada, llegó incluso a derramar unas lagrimitas. Nerviosa, todavía bajo los efectos del *shock*, ayer había pasado mucho miedo, y le habían hecho mucho daño. Y esta mañana el dentista le había tenido que sacar uno de los incisivos inferiores.

Zyto le tomó la cabeza entre las manos y se la inclinó suavemente hacia atrás. Muy profesional en sus ademanes, se dijo el amigo de Adeline.

—Abra la boca. Sólo un poco, pare en cuanto le duela. Ya.

El colmillo podría salvarse, explicó Jean Citadelle, porque sólo estaba astillado. Tendrían que desvitalizarlo y que limar el incisivo contiguo, el sano, para colocar un puente.

—En efecto, no habrá otra solución —dijo Zyto, soltando a la joven—. El doctor d'Oléons me ha dicho que el Centro correrá con todos los gastos, por supuesto.

—Le agradezco mucho que haya tenido la amabilidad de venir.

Se le entendía mal, tartajeaba. Jean Citadelle la miraba con ojos de quererla mucho.

Un buen primer paso. Certeza conseguida. Ahora, a seguir. Zyto tuvo un pequeño acceso de optimismo. Su angustia amainó de golpe. Estaba acostumbrado a tan

bruscos virajes. Subió el volumen de la radio-cassette: Vivaldi, música maravillosa — y ¡qué instalación!

El Nissan Terrano iba a buena marcha por la calle de Richelieu, y los semáforos iban poniéndose verdes a su paso. Zyto estaba empezando a adorar ese coche.

Muy pronto estuvo en la avenida Stéphen-Mornay, ese trocito de calle, ni siquiera ancho, que habían bautizado con el nombre de «avenida», Dios sabría por qué.

El calor le sentaba muy mal al muy enorme Hugues d'Oléons. Se asfixiaba, sudando sin parar. Lo peor eran esas grandes gotas de sudor en el cráneo, que parecían ampollas, una especie de enfermedad de la piel. Se las secaba con regularidad, pero las gotas volvían a formarse instantáneamente, igual de grandes que antes.

—Esta mañana a las nueve llamé a la comisaría. Han decidido sacar las fotos en el telediario. Dos fotos, de frente y de perfil.

Zyto, arrellanado en el sillón Luis XIV, no se quedó muy satisfecho con la novedad. Menos mal que tenía la pista de Marianne Matys, que le parecía buena. Se evitaría muchas complicaciones si era él quien primero le echaba el guante a Marc Lacroix.

Dentro de un rato.

—Se va a sentir acosado —dijo.

—Evidentemente. Pero no hay nada que hacer. Para ellos, Michel Zyto es peligroso. Puede que ya haya matado antes, puede que vuelva a matar. Cumplen con su cometido... Por otro lado, a saber si es peligroso o no. Yo ya ando un poco perdido con este asunto, la verdad.

—Yo también. Reconozco que me pasa lo mismo.

Le sonrió. Hugues d'Oléons, acostumbrado a las breves sonrisas de Marc, cortadas de inmediato, como reprimidas, se sorprendió al poder gozar de una sonrisa más duradera, que iluminaba con mayor amplitud el rostro de su amigo.

—Aparte de todo, Marc, ¿cómo está usted?

—Tirando.

—Por teléfono me dijo que pensaba pasar unos cuantos días en un hotel.

—Sí. A partir de hoy, sin duda. Pobre Adeline —dijo, cambiando de tema.

—Sí, no se puede usted hacer idea del disgusto que tengo.

—Me alegro de haber ido a verla. Le gustó mucho que la visitara. El dentista va a colocarle un puente.

Hugues se quedó pensativo durante un momento.

—No estaría de más que yo también fuese a verla —dijo al fin.

Y sonrió a su vez, con todos sus incisivos amarillentos y grisáceos. Zyto, ignorante de todo detalle relativo a la dentadura de su interlocutor, se abstuvo de hacer comentarios, contentándose con dirigirle una amplia sonrisa, un tanto

bobalicona.

—¿Qué hotel?

—Aún no lo sé —dijo Zyto.

Las habitaciones, situadas en el segundo piso —amplias y hermosas, decoradas en tonos predominantemente marrones—, eran contiguas, pero no comunicaban. Era todo lo que el hotel pudo ofrecerles cuando Marie llamó por teléfono. Y ya era suerte haber encontrado algún sitio, en plena invasión turística.

Lo bueno, para Léonard, era la tele, una tele para él solo, igual que la de sus padres, con mando a distancia. Esta noche podría verla en la cama (ya había recabado la correspondiente autorización), durante tanto tiempo como le apeteciera (decisión personal, porque nada se había tratado acerca de la duración del permiso).

Marie, tras haber echado un vistazo al lugar y deshecho las maletas, estaba ahora sentada en el borde de la cama grande, en la habitación del matrimonio, fumando un cigarrillo. Cosa que casi nunca hacía. En la época en que Marc y ella se conocieron fumaba mucho. Pero él logró que lo dejara en cuatro meses. No le gustaba verla con el cigarrillo en la mano. Solía decirle: Estás volviendo a caer en el infierno del vicio. Te crees que ya lo has superado, pero no es verdad: tus células no lo tienen superado. La célula se acuerda del tabaco. Y en este momento las células te están empujando al vicio, aunque tú no te des cuenta. Marc siempre le endosaba una pequeña conferencia, en tono jocoso, sí, pero no por ello menos reflexivo.

Menos anoche. Marie se había fumado un cigarrillo, ya a última hora, y Marc no le había dicho nada.

Léonard miraba por la ventana. No gran cosa que ver. Se dio la vuelta.

—Tengo hambre.

—¿Tan pronto? Son las once y cuarto.

—El estómago de los valientes no tiene hora.

Sonrió y pronto la sonrisa se le trocó en carcajada, como solía suceder. Besó a su madre en la frente, a toda prisa: era como para comérselo. Se estaba tomando la historia del hotel mejor de lo que ella se había temido; estaba más tranquilo que ayer. Encontraba muy excitante el aroma de aventura que flotaba en el aire.

—Iremos pronto a comer —dijo Marie—. Hay un montón de restaurantes alrededor de la plaza.

—¿Puedo irme?

—¿Adónde?

—A la plaza.

—Dentro de un rato. Iremos los dos.

—Bueno, pues a mi cuarto.

—A ver la tele, ¿no?

El chico dudó un segundo.

—Sí —dijo, haciendo unos cuantos visajes.

—Ve. Te vas a enterar de lo apasionantes que son los programas de por la mañana, borriquito. Ya me contarás.

Se quedó sola. Aplastó la colilla en el cenicero y se retuvo para no encender otro a continuación. Léonard era tan simpático y tan abierto. ¿Cómo había podido, la otra noche, registrarles el dormitorio con tanta decisión, sangre fría y método? Era algo totalmente impropio del Léonard que ella conocía.

Llamó a sus padres, a La Colle-sur-Loup. Les dijo que estaban haciendo un poco de turismo por la región parisina, así, como sonaba. Ya volvería a llamarlos. Pronto se verían. Habló —sin disgusto, por una vez— con su padre y con su madre, y también con Louis, su hermano pequeño, al que llevaba diez años: se acababa de pelear con una novieta y estaba pasando una parte de las vacaciones junto a sus «viejos», como él decía.

Marie colgó para de inmediato marcar otro número, el de los Cazanvielh. A esa hora estaba casi segura de pillar a Martial. A no ser que... No, no, era viernes. Su día de salida era el sábado por la mañana: tiro, caza, equitación... Pero hoy estaría sin duda alguna en casa, entretenido con sus antigüedades o con su jardín, mientras Marie-Thérèse hacía su recorrido de peluquerías y de centros de depilación. Con Cookie a cuestas, ahora. Presentándose a mil versallesas ociosas y maquilladas, que seguramente matarían al pobre *westie* a fuerza de caricias, de carantoñas y de terrones de azúcar.

Dejó que sonase varias veces. Martial, por fin, descolgó, sin jadear, a pesar de haber acudido corriendo, como le constaba a Marie. Estaba en buena forma física. Más que nunca, se dio cuenta de hasta qué punto le resultaba precioso el afecto de Martial. Marie era muy fuerte y muy valiente, pero el sólido apoyo que él le proporcionaba le estaba valiendo de mucho y, sin ella darse cuenta, se le había hecho indispensable.

—¿Martial?

—¡Marie! ¿Cómo están ustedes? ¿Siguen en Versalles?

—No, ya estamos en el hotel.

—¿Dónde? ¿Cuál? Espere que lo anote... Ya.

«Marc» le había dicho al marcharse que no revelara su escondite a nadie; insistiendo: a nadie. «¿Ni siquiera a Martial?», había preguntado Marie, sorprendida. Zyto, viéndose en apuros, se había limitado a mascullar: «No, a nadie, para qué hacer las cosas a medias.» A Marie le pareció que se estaba pasando, la verdad, que estaba demasiado nervioso. No quiso llevarle la contraria, para no ponerlo todavía más nervioso, dijo sí, de acuerdo. Pero cuando Martial le preguntó por el hotel, no dudó ni un segundo. «A nadie» significaba, para ella, a nadie en el mundo excepto Martial, su amigo más próximo, en quien tenía depositada una confianza absoluta. Además,

¿cómo iba a encontrarlos el loco a través de Martial? Para Marie, semejante hipótesis no podía sino considerarse absurda. Y absurdo, más allá de sus fuerzas, negarse a contestar a la pregunta que le hacía Martial.

Léonard estaba más tranquilo, pero Marc, en cambio —pensó Marie— estaba hoy de un ansioso que llegaba a preocuparla. Ya se dio cuenta cuando venían hacia aquí. Era evidente, sin duda de ningún género, que nadie los seguía: cien por cien de certeza. Pero Marc no apartó los ojos del retrovisor en todo el trayecto. El ataque de esta mañana había acabado de sacarlo de quicio, pobrecito. Cada vez más ansioso, frágil, y un poco más celoso de Martial de lo que tenía por costumbre... Experimentó un inmenso impulso de ternura hacia su marido. ¡Cuánto se querían, y cuánto les quedaba por quererse todavía!

Le contó a Martial lo del hotel Pavillon de la Reine sin un asomo de culpabilidad.

—Nos hemos registrado bajo el nombre de Xarcoil, X-a-r-c-o-i-l. Una ocurrencia de Léonard. Las mismas letras que Lacroix, pero en otro orden.

—Es listo como una ardilla —dijo Martial—. Dígale usted que le estoy sacando brillo al *flipper*, para cuando regrese. Que será pronto, espero. ¿Se lo dirá?

—De acuerdo, se lo diré.

Pensaba pedirle a Martial que no los llamase por teléfono, que esperara a que ella lo hiciese. Delicada solicitud. Se sentía muy molesta. Afortunadamente, él se le adelantó.

—Ya está, lo he anotado en el bloc pequeño. No voy a molestarles en ningún caso, pero ténganme al corriente, si le parece bien. Me quedo más tranquilo sabiendo dónde están. Me lo aprenderé de memoria y romperé el papel. Ya que se ponen a buen recaudo durante unos días, no es cosa de que todo Versalles se entere. No, no estoy siendo justo con Marie-Thérèse. Pero de vez en cuando es un poco atolondrada.

El átomo de remordimiento que podía quedarle a Marie por haber llamado a Martial acababa de desvanecerse tras aquellas palabras. ¡Queridísimo Martial! Nuevo impulso de ternura en el corazón. Totalmente puro. Marie era muy franca consigo misma.

—¡Qué estupendo poder contar con un amigo como usted, Martial! Por supuesto que lo tendré al corriente. Un beso muy grande.

Martial se quedó junto al teléfono, muy emocionado, saboreando las últimas palabras de Marie y con el olfato saturado de *Opium*, el perfume de Marie-Thérèse, cuyo olor impregnaba aquel rincón de la sala, dado el tiempo que allí pasaba su portadora. Hasta el bolígrafo olía a *Opium*.

No era desagradable, ni mucho menos.

Suspirando, arrancó la hoja del cuadernillo, la observó durante unos cuantos segundos y luego la rompió en doce pedazos —que terminaron en la papelera.

Luego regresó a sus estatuas del jardín. Les limpió las ingles y las axilas, zonas

donde, curiosamente —como ocurre con los humanos que no se lavan—, tendía a concentrárseles la suciedad.

Michel Zyto dejó el 4 X 4 al fondo de un callejón sin salida que empezaba en la calle Boissy-d'Anglas. Desde dicha calle apenas si alcanzaba a verse el vehículo. Luego, en dos zancadas, se plantó en la calle del Faubourg-Saint-Honoré. No tardó en localizar, frente al número 14, el café «Marítimos», grande, anónimo, desde donde podría llamar por teléfono con toda comodidad.

Cruzó la calle, entró en el café. Le dijeron que el teléfono estaba en la planta baja.

¡Con tal que estuviese Marc! Iba a asustarlo, a hacerle perder el control. En dos minutos, Marc estaría maduro para aceptar todas las condiciones de Zyto. Lo tendría de rodillas a sus pies. Zyto iba a decirle: tengo a Marie y a Léonard. Los tengo seguros. No trate usted de encontrarlos porque perdería el tiempo. Y, como acaba de comprobar, también sé dónde se encuentra usted, y siempre lo sabré. Le voy a señalar una cita. Tenemos mucho que hablar y muchas cosas que hacer.

Pero ¿y si no estaba? ¿Si era Marianne quien se ponía al teléfono? ¿Si no había nadie?

Nadie. Escuchó durante largo rato el mensaje dejado por Marianne en el contestador.

Subió a la planta principal del café, perplejo. ¿Y ahora? Se disponía a abrir la puerta para salir a la calle cuando vio a Marianne en la acera de enfrente, saliendo del 14. La reconoció de inmediato. Llevaba una bolsa con provisiones.

Tan pronto como ella se hubo alejado Zyto cruzó la calle y entró en el patio del número 14. Consultó la lista de inquilinos: Marianne Matys, escalera C, sexto piso.

No había ascensor. Llegó sin aliento. Marc Lacroix no tenía unos pulmones tan buenos como los suyos. Escuchó, con la oreja pegada a la puerta. Ni el menor ruido. Sacó del bolsillo el manojito de llaves e hizo unos cuantos intentos. Cada diez segundos se detenía a escuchar. Ningún ruido. ¡Ya estaba! Una llave larga y complicada abría los dos cerrojos. Una normal abría la cerradura del centro.

Seguía sin haber un solo ruido. También era verdad que Marianne no habría echado los cerrojos con Marc dentro de la casa.

Zyto entró, con la pistola en la mano, y pudo comprobar que el piso estaba vacío. Luego cerró la puerta con llave e hizo una más detenida visita del lugar. Había dos cuencos en el fregadero de la cocina. ¿Marc? Sin duda. ¿Dónde estaba? ¿En Versalles, buscándolo a él? Zyto lo sabría en cuanto volviese Marianne.

Abrió los cajones del armario de la cocina. De inmediato quedó seducido por un cuchillo de mango sólido, color madera clara, barnizado, y con la hoja larga, hermosamente curva, afilada. Estuvo a punto de cortarse al probar el filo con la yema del dedo índice, a pesar de que lo hizo con mucho cuidado. Era un cuchillo finlandés, de los que se utilizan para despiezar las focas. Regalo de un tal Gérard Demaland,

amigo de Marianne, director de cine y apasionado de la aviación, que lo había comprado en Londres (ciudad en cuya región estaba haciendo un curso para aprender a pilotar aviones en la niebla). No hay nada mejor en el mundo para cortar la carne, cruda o asada, según afirmaba el vendedor.

Zyto se quedó admirándolo. Le encajaba bien en la mano.

Fue a sentarse en el pequeño sofá del salón.

Esperó.

El 4 de agosto por la mañana también Marc se sintió enfermo, media hora después de haber desayunado. Tuvo ardores de estómago, calambres, como una piedra en el vientre, algo de lo que sólo parecía posible aliviarse vomitando. Fenómeno de reflujo gástrico, pensó, debido a la terrible tensión a que estaba sometido: una gota de ácido que sube por el duodeno, llegando incluso hasta el esófago —sólo una gota de los litros de ácido que contiene el estómago, pero con ella bastaba.

Estuvo echado durante tres cuartos de hora, paralizado por un ansia de vomitar que se le bloqueaba en el pecho, el peso de una molestia que se hubiese quedado a mitad del camino.

Logró vomitar. A continuación se sintió muy débil. Se bebió una infusión, descansó un rato más y luego salió hacia Versalles, mucho más tarde de lo que habría deseado.

El Autobianchi era un coche nervioso, rápido, de conducción agradable. Pero Marc echaba de menos el Terrano. Se habría sentido algo menos extraviado e infeliz de haberse hallado al volante de su amado vehículo, en esas horas en que todo tenía su importancia.

Tomó la autopista de Versalles en el momento en que salían Zyto, Marie y Léonard. Si no hubiera sido por la vegetación que separaba ambas vías, plenamente crecida en esas fechas de principios de agosto, Marc habría podido verlos.

Aceleró.

Marianne no tenía prácticamente ningún dinero en efectivo en casa, de modo que le había dejado su tarjeta de crédito «Carte Bleue», por si acaso. También llevaba un sándwich de *pâté de foie*.

Veinte minutos más tarde aparcó el coche casi en la cuneta, a buena distancia de la encrucijada donde el camino del Herrador desemboca en la interminable calle Martini. Y permaneció al acecho durante tres horas con la esperanza de ver aparecer su 4 X 4. De seguirlo. De tener oportunidad de aproximarse a Zyto solo, sin Marie ni Léonard.

La espera se le hizo interminable. El coche de Marianne tenía radio, pero él no estaba verdaderamente para músicas en aquel momento.

Dado que el estómago había dejado de causarle molestias, se animó a mordisquear el sándwich. Comió lentamente, para no provocarse nuevos dolores, pero hasta la última miga.

Transcurridas las tres horas, considerando que ya había cumplido con su deber y que quedaba agotada la solución de permanecer al acecho, puso en marcha el coche y lo acercó a una cabina telefónica que conocía bien, en pleno campo, bastante alejada de la calle Martini.

Llamó a su casa. Cabía la posibilidad de pescar a Zyto y convencerlo para acabar con aquel asunto de una vez por todas. Ninguna respuesta. Colgó. Dejó pasar unos segundos, durante los cuales se ajustó las gafas a la nariz. No estaba acostumbrado a llevar gafas, ni siquiera oscuras, en verano, y éstas le apretaban excesivamente. Volvió a llamar por teléfono. Otra vez sin respuesta.

Luego volvió a acercarse al camino del Herrador y se llegó caminando hasta las proximidades de su casa. Cuando vio, de lejos, y disimulada tras un seto, que la ventana del cuarto de baño estaba cerrada y no entreabierta, no simplemente prendida con la falleba, los nervios lo volvieron loco.

En verano, Marie no cerraba completamente aquella ventana más que cuando se iban de vacaciones.

¡Hijo de puta! Se los había llevado a alguna otra parte.

Se fue acercando cada vez más. No cabía duda de que la casa estaba vacía. Llegó hasta a echar un vistazo en el garaje, por el agujero de la cerradura. Su coche no estaba; sólo el Austin de Marie. ¿Dónde buscarlos, ahora? Sentía deseos de hacer algo, lo que fuera, de actuar. Regresó a la cabina con intención de llamar a Martial y contarle todo.

En el trayecto se le ocurrió otra idea, que le pareció mejor. Conocía las relaciones entre Marie y Martial. Y lo que no conocía lo adivinaba. Cabía suponer, con bastante certeza, que Marie hubiese confiado en Martial. Luego éste sabía dónde se ocultaban. Quizá. A Marc le pareció razonable que lo supiese. Lo mejor, pues, era que Marianne llamase a Martial. Soy una amiga de Marie y de Marc, no los encuentro por ningún sitio, Marie me ha hablado muchas veces de usted... Martial no diría nada. Diría que no lo sabía. Muy bien. Pero Marianne le pediría que les pasase el recado —en el supuesto, claro, añadiría, de que lo llamasen por teléfono—, sería muy amable por su parte, porque era importante. Que Marie llamara a Marianne Matys. Marie llamaría a Marianne y Marc trataría de hablar con Zyto. El muy hijo de puta se escabullía, pero también él tenía que andar con deseos de comunicarse con Marc: estaría muriéndose de miedo cada vez que se acordase del tumor de la cabeza; es decir: todo el tiempo.

Dentro de la cabina hacía una temperatura asfixiante, a pesar de que había dejado la puerta abierta. Hasta las gafas le daban calor. Marc se las quitó, respiró a fondo y las guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Una rama de nogal arañaba suavemente el cristal de la cabina, como animal que busca ser acariciado. El campo estaba en sazón. Cada árbol, cada flor, cada brizna de hierba, alcanzaría pronto su más alto grado de madurez.

Marcó el número de Marianne. Iba a decirle que ya volvía, y a explicarle su plan.

Marc tenía necesidad de oír su voz.

«Tengo una amiga que se llama Marie-Thérèse, sabes, ya te he hablado de ella alguna vez. Que yo conozca, es la única persona del mundo que te supera en el uso del teléfono», le había dicho una día Marc a Marianne. Ella, entonces, le había explicado que para un actor una llamada telefónica puede ser del director de cine más importante del mundo, ofreciéndole el mejor papel de la historia. Que todos los actores del mundo, sin excepción, tenían esa misma idea cada vez que sonaba el timbre del teléfono.

Marianne estaba acordándose de esa breve conversación mientras se afanaba por abrir la puerta de su casa.

Entró. Cerró la hoja con el pie, dejó en el suelo el capacho de cuadros rojos y blancos y fue al salón. El piloto rojo del contestador estaba pestañeando: un mensaje. Escuchó. Nada. Quien fuera no había dicho nada. Suspiró. No le gustaban las llamadas «en blanco», que siempre la hacían sentirse a disgusto.

Colocó en su sitio las cosas de comer que acababa de comprar. Casi todo productos ultracongelados, muchos pero mal combinados, *crêpes*, patatas, guisantes, pastel de carne, como para que se atragantase la cristiandad entera, habría dicho Marc. No tenía ningún talento culinario. El papel de ama de casa no era precisamente el que mejor interpretaba.

Pan de molde cortado en rebanadas, envuelto en celofán.

Una revista de cine, que llevó al salón.

Se dejó caer en el sofá, con un nuevo suspiro. Con gusto habría llamado por teléfono a alguna amiga. Pero tenía que dejar la línea libre, por si llamaba Marc.

Se quedó medio minuto sin hacer nada, pensativa, ligeramente angustiada. Pero no demasiado. Poseía un natural feliz gracias al cual lograba mantener la perspectiva, incluso cierta incredulidad ante todo aquello que se le antojaba demasiado malo. Tal disposición de su naturaleza —no creer del todo en el mal, para hacerle frente— la había ayudado a superar los momentos más penosos de su existencia.

Así, por ejemplo, hacía poco, cuando se le metió por las puertas un extraño que era en realidad su amante, el hombre de quien estaba enamorada... Y cuando, en el hipermercado Carrefour de Ivry, había visto el cuerpo de ese mismo amante habitado por un alma extraña y hostil.

Transferencia de sustancia psíquica, merced a una máquina complicada, un «psicordenador» que Marc había ido construyendo a lo largo de los años, en el sótano de la casa de sus padres. Increíble. Marc era auténticamente genial, un genio. Marianne tenía el alma llena de Marc. Lo amaba. Lo amaba y, por añadidura, cuando las aguas volvieran a su cauce, se convertiría en el hombre más famoso del mundo. Y ella, si él la aceptaba a su lado, sería la actriz más solicitada del planeta. No le faltaba

gran cosa: era bella y tenía talento, y la suma de talento y belleza, más un empujoncito, era igual a éxito asegurado.

No había ni rastro de cálculo interesado en el pensamiento de Marianne. Estaba, sencillamente, contándose historias positivas, alentadoras. Las necesitaba en aquel momento. ¡Qué situación! ¡Qué impresión, cuando se le metió por las puertas un extraño que en realidad... !

Tuvo un escalofrío.

La mayor impresión de su vida. ¿Quizá el espectáculo más estupefaciente que jamás se haya ofrecido a la mirada y el entendimiento de un ser humano? Quizá. Y era a ella a quien había tocado afrontarlo.

No pensar demasiado en ello. No creerlo demasiado. Tuvo otro escalofrío, a pesar del calor. Ojalá que Marc llegara cuanto antes. Bajo la apariencia que fuera.

Estiró el brazo hacia la revista de cine, la levantó, la volvió a dejar. Acababa de oír un deslizamiento, algo parecido a un roce de tela, en el pequeño pasillo, del lado del dormitorio. El pánico, sin desbordarse aún, se apoderó de ella.

¡Sí, estaba oyendo algo!

En el momento en que se disponía a levantarse, la alta silueta de Marc destacó en el marco de la puerta del salón. No Marc, sino su cuerpo, y en sus ojos refulgía la maldad del otro, del que ella había visto ya en el Carrefour, jugando diabólicamente a padre ejemplar y esposo amantísimo.

Y capaz de haberlo adivinado, de haberlo comprendido todo, puesto que allí se encontraba. Marc había sido demasiado optimista.

—Sobre todo, que no se le vaya a ocurrir gritar —dijo Zyto, rápida y secamente.

Marianne tenía la boca abierta, amagando el grito que le había inflado el pecho cuando lo vio, y cuando vio que llevaba en la mano el cuchillo de Gérard, ese cuchillo finlandés que lo cortaba todo como si fuese de mantequilla.

De inmediato sintió miedo de morir. ¿Qué quería de ella semejante monstruo? ¡La miraba con unos ojos tan malísimos!

Michel Zyto, en efecto, la miraba con muy malos ojos. Nada más verla, lo habían invadido los celos y el odio. Sobre todo los celos. Ya en el dormitorio, donde se había ocultado al oír entrar a Marianne: la cama, las sábanas revueltas... Marie hacía la cama inmediatamente. La imaginación de Zyto había estado trabajando. Pero, a fin de cuentas, él también, aquella noche pasada... Y si Marianne y Marc... si Marianne había sido penetrada, ¿acaso no lo fue por su sexo, por el sexo de Michel Zyto? ¡Las había poseído a las dos!

—¿Qué quiere usted? —dijo Marianne, quedándose sin fuerzas por segundos, con la boca seca y los dedos temblorosos.

Zyto disfrutaba con su terror. Su terror le confería seguridad en sí mismo.

—Echar el guante a un paciente mío que se ha fugado —dijo Michel Zyto—.

¿Dónde está?

Dio un paso adelante. Marianne volvió a contener un grito. ¿Qué podía hacer? ¿Gritar? Se le echaría encima en nada de tiempo. Llamar por teléfono, imposible. Pasaba revista incluso de las cosas imposibles. Incluso tirarse por la ventana. Tumbarlo de un golpe. ¿Cómo, con qué? Con el *walkman* que estaba en la mesita baja, junto al teléfono y el contestador. Lo mejor sería tumbarlo de un golpe. Y luego atarlo con todo lo que encontrara en el piso. Dejarlo fajado como a una momia. Esperar a Marc. Un buen golpe.

Estaba tratando de ver el lado bueno de las cosas, de no perder pie completamente.

—Venga, ¿dónde está?

—No lo sé —dijo Marianne con un hilo de voz—. Se lo aseguro.

Le acercó el cuchillo a la cara, apoyándole la hoja, de plano, contra el cuello.

—Y yo le aseguro que más le vale contestar.

Zyto se dio cuenta de que Marianne bizqueaba. Un poco, apenas.

—No lo sé. Lo único que sé es que anda buscándolo a usted.

—Luego sí que sabe. Ha ido a Versalles. Y va a llamarla por teléfono. ¿Es eso? Va a decirle: «Soy yo, Marianne, he marrado el tiro. Voy de regreso. Ya encontraremos alguna otra cosa.»

—Puede ser —dijo Marianne, en todo conciliador.

—A propósito de encontrar alguna otra cosa: la felicito por lo de ayer. Una buena interpretación. Un número estupendo.

—También el suyo —dijo Marianne.

Estaba recuperando el valor; una pizca de valor. Estaba tratando de demostrar al otro que no tenía demasiado miedo. Lastimoso intento. Se estaba desmayando de miedo, y se notaba, para gran deleite de Zyto. Hacer el amor con Marie lo había estimulado terriblemente. Era como un adolescente cuando se olvida de que su primera relación sexual no ha sido precisamente un éxito, por muy exaltante que le haya resultado. *Follarse* a una mujer por la noche y aterrorizar a otra unas horas más tarde... Grandes momentos para él. Desde el experimento de Louveciennes no hacía más que vivir grandes momentos. Y seguiría viviéndolos cuando volviera a ser Michel Zyto, libre de la amenaza del neurinoma.

En dos ocasiones, Marianne se había inclinado hacia adelante para tocarse las pantorrillas con un gesto vago, por nerviosismo, para calmar sus temblores, porque estaba retorciéndose de miedo. Zyto había visto sus hermosos pechos por el desceñido escote de su jersey ligero, puesto directamente sobre la piel.

Ahora estaba acurrucada en un extremo del sofá. Él se mantenía en pie frente a ella, aproximadamente a un metro y medio de distancia, con el cuchillo bien sujeto en la mano. Tenía ganas de volverle a ver los pechos.

Y ganas de matarla.

En cuanto a Marie, se dijo, saldría ganando con la espera. A Marie la necesitaría mientras siguiera siendo su «marido». Aún tenía necesidad de su cuerpo, de penetrarla, de derramar su simiente en ella. Y también de engendrarse a sí mismo. Tal era el confuso sentimiento que de lo sucedido entre ellos tenía Michel Zyto.

Buen actor, él también, había dicho Marianne.

—¿Verdad? Conviene aclarar que soy excelente en todo lo que me propongo. Bueno, pues vamos a esperar juntos. Si llama por teléfono, hable con naturalidad, por favor. Siempre se pueden superar los nervios. Usted lo sabe muy bien.

Marianne se daba cuenta de que aquel demente no tenía la cabeza en lo que estaba diciendo, que estaba pensando en otra cosa: se le notaba en los ojos. Le volvió el miedo, tan fuerte y tan paralizante como cuando lo vio entrar en la habitación.

—Váyase —dijo—. Marc no va a llamar por teléfono. Está a punto de llegar, va a llegar en cualquier momento.

—Mucho mejor, entonces —dijo Zyto—. Mucho más sencillo.

Se acercó a ella, llevando el cuchillo por delante. Sus gestos eran pausados, como precavidos. Con la mano izquierda tiró de la parte superior del jersey, para obtener una buena visión del pecho.

No se veía gran cosa.

—Desnúdese —dijo.

—¡No! ¡Déjeme! —gimió Marianne—. Marc está a punto de llegar. Está usted obrando en contra de sus propios intereses. Contra usted mismo. Marc no le desea ningún mal. Piensa aceptar lo que usted le proponga, con tal que no lo eche todo a perder ahora. Váyase, o espérelo tranquilamente, le juro que todo irá bien, que no tendrá nada que lamentar. Usted y él quieren la misma cosa, por consiguiente no vale la pena que...

Perdía el aliento, por culpa de los nervios, y no pudo seguir; de todas formas, Zyto acababa de interrumpirla. Marianne comprendió que algo se le estaba formando en la cabeza, algo que sería difícil atajar. Pero ¿qué? ¿Solamente asustarla, o verla desnuda? No estaba lo suficientemente loco como para...

Sí, quizá sí.

Marianne luchaba, seguía luchando contra el pánico.

—Desnúdese —dijo él, en un tono que no admitía réplica, y apartándose un poco—. No me haga esperar.

Ni siquiera hacía el más mínimo intento por tranquilizarla. ¿Tal vez porque sus intenciones no eran del todo malas? O porque ya, habiendo llegado adonde había llegado...

Marianne negó con la cabeza. Él se inclinó, acercándole el cuchillo al cuello, bajándolo hasta la zona de la nuez. Sólo quería ejercer presión sobre la carne, pero la

hoja era tan puntiaguda, que se hundió un par de milímetros. Inmediatamente la retiró. Brotó una perla de sangre. Marianne se llevó la mano al cuello. Puso unos ojos como platos. ¿Qué hacer sino resignarse, esperando que no llegara demasiado lejos, que sonase el teléfono y fuera Marc, que el horror acabara pronto, antes de que se volviese loca?

—Hágalo, o le rebano el cuello. ¿Entendido?

—Sí —dijo ella, en un susurro.

Se quitó el jersey, liberando sus espléndidos pechos, perfectos e imperfectos, y dejando ver un vientre plano y firme, a pesar de la postura.

Zyto estaba hipnotizado e incómodo, presa de un fastidioso malestar que lo hacía aún más agresivo.

—¿Qué le ha parecido, anoche, eso de frotarse contra mi cuerpo, contra el cuerpo de un enfermo mental?

—Nada. Anoche no hicimos nada. Está usted hablando por hablar. Váyase ya, déjeme.

Estaba repitiéndose lo que Marc le había dicho ayer por la noche: que Michel Zyto era incapaz de relacionarse sexualmente con una mujer y que tal era la razón (Marc se había extendido en explicaciones bastante complicadas, y ella lo escuchó medio dormida) de que no se hubiera convertido en un auténtico asesino. Nada que ver con esos casos, tan frecuentes, en que el homicidio ocupa el lugar del acto sexual.

—No la creo —dijo Zyto—. Desnúdese. Por completo.

Marianne se desnudó. Sin levantarse, se desabrochó los vaqueros y tiró de ellos hacia abajo. Se atascó en el obstáculo de su trasero levantado. Luego, la tela resbaló de golpe y quedaron las rodillas al aire, con todo el pantalón recogido en los tobillos. Ahí se detuvo. Sollozaba, y las lágrimas le hacían cosquillas en la nariz.

Zyto estaba fascinado por las largas piernas, pulcras, lisas, como fugitivas del desorden representado por los vaqueros. Y fascinado también por el bajo vientre: era la primera vez que veía un sexo rubio, y con tantísimo pelo, un hermoso triángulo bien abastecido; la pelambreira, además, seguía más allá del pliegue de la ingle, hasta adentrarse un poco en los muslos. ¡Qué diferencia con Marie! Todo era diferente: la carne, tan clara, tan blanca; las formas; todo.

Marianne tuvo que sorberse la nariz para poder hablar.

—Ahora déjeme, váyase, o deje de asustarme con el cuchillo. Es una tontería, se está usted equivocando, ¡le aseguro que se está usted equivocando!

¿Equivocando? ¿Por qué equivocando? Equivocando sí, quizá, pero ¿por qué exactamente? ¿Qué pasaría si...? Trató de aclararse las ideas. Pero sus tentativas de razonamiento quedaron en nada, de inmediato.

Se agachó un poco. Alargó la mano izquierda, tocó el vientre. Quería hacer con Marianne igual que con Marie: deslizar los dedos entre los pelos, separarlos, localizar

la carne tierna. Pero ella tenía las piernas apretadas. Zyto volvió a enderezarse. Estaba dispuesto a golpear. Se contuvo. Quería acariciarla mejor. Y odiarla todavía más.

Y, para odiarla más, penetrarla también a ella. Aún no se lo confesaba, pero, en el fondo, eso era lo que estaba deseando: penetrarla antes de matarla. Repitió, en tono más seco:

—Desnúdese del todo.

Marianne logró levantarse del sofá, que las piernas la sostuvieran. Consiguió tirar de la pernera izquierda del pantalón. Y ahora de la derecha. Se tambaleó y, para sostenerse, apoyó la mano en la mesa pequeña, en el *walkman*. Zyto le miraba los pechos, que apenas si se alteraban —muy poco, a pesar del movimiento de Marianne— y que apuntaban en dirección al suelo, dejando ver entre ellos, al fondo, la mata de pelos cuya suavidad acaba de apreciar un momento antes.

—Sabe usted que Marie y yo, anoche... Nuestro querido amigo tiene una mujer verdaderamente encantadora, guapísima. No se lo diga usted a nadie, pero me la he tirado. Aunque a Marc le costaría creerlo, es la verdad.

Había hablado sin pensarlo, empujado por la necesidad de alardear, de añadirse valor a ojos de Marianne, de compensar el miedo que sentía ante ella.

Pero había dicho la verdad. Y Marianne lo creyó. Inclined aún hacia adelante, lo miró un momento y comprendió que estaba perdida. Si lo que Marc le había explicado era correcto, estaba perdida.

Las esquinas de plástico podían hacer mucho daño. Iba a golpearlo en la sien con una esquina del aparato. Zyto no se lo esperaba. Su instinto de conservación sacó a Marianne del terror, confiriéndole valentía para actuar.

Acabó de quitarse los vaqueros. Su mano se crispó sobre el *walkman*. De pronto, como si acabara de recibir una descarga eléctrica, recuperando todas sus fuerzas multiplicadas por diez, por la consciencia de que se estaba jugando la vida, se enderezó, con el brazo derecho ligeramente separado del cuerpo, giró sobre el pie izquierdo y descargó el *walkman*, con una esquina por delante, contra la sien izquierda de Michel Zyto.

Y él, por reflejo, en un gesto simétrico al de ella, le hundió el cuchillo en el costado izquierdo. La hoja entera.

Marianne sintió el golpe. No le hizo verdadero daño. Renunció a toda defensa. No había esperanza. Pensó que se arriesgaba a recibir una herida más grave, tomando por leve la que acababa de infligírsele. Algo cedió en su interior, algo la abandonó; quizá, en parte, su capacidad de razonamiento. Y vio que su herida sangraba, que sangraba muchísimo. Miró a Zyto directamente a los ojos, protegiéndose el pecho con los brazos cruzados, y le dijo con voz ronca, entrecortada por horribles sollozos:

—No, Marc, no... no vas tú a matarme, Marc, no tú, te quiero demasiado...

Él no dio respuesta alguna. Le apuñaló el vientre, por tres veces. Luego, viendo que estaba a punto de aullar, le plantó la mano izquierda en la boca, agarrándola por la nariz, por el labio superior, por una parte de la mejilla, y tiró de ella hacia adelante, obligándola, por así decirlo, a caer en sus brazos.

Al mismo tiempo le hincó el cuchillo en el corazón.

La hoja se hundió por la base del pecho, de arriba abajo, hasta la empuñadura.

Inmediatamente retiró el cuchillo mediante un gesto rápido y preciso, y volvió a poner a Marianne en el sofá. El cuerpo cayó hacia atrás, con los brazos en cruz y las piernas separadas, en una postura de lánguido reposo. Pero tenía los ojos descompuestos y la boca torcida.

Zyto jadeaba. La miró. Recuperó el aliento.

Manaba sangre de las heridas: se veía cómo manaba, se oía cómo manaba.

Marianne estaba muerta.

Zyto lo comprobó rápidamente, pero sabía que la había matado, que estaba muerta. No le cabía duda alguna.

Se vio invadido por la alegría y la exaltación. Acababa de franquear una nueva etapa de su renacimiento.

En apariencia, estaba muy tranquilo. Arrojó el cuchillo junto al cuerpo. Se pasó revista. No tenía sangre, Marianne no lo había manchado. Excepto en las manos: tenía un poco de sangre en las manos. Fue a la cocina a lavarse, volvió. Se tiró de la chaqueta para alisarla, pero las arrugas de una chaqueta de lino no son de las que se quitan estirando.

Una erección casi dolorosa le tensaba el sexo. Sólo entonces se dio cuenta. ¿Habría sido capaz de penetrar a Marianne antes de matarla? Le guardaba rencor por aquel gesto agresivo, con esa ridiculez de *walkman*, por el cual se precipitaron las cosas. No sabía. Pensaba que sí, que la habría penetrado.

Observó el cadáver. La sangre manaba con menos fuerza. Marianne tenía el vientre inundado de sangre, enteramente rojo, como si alguien se lo hubiera pintado.

Zyto no experimentó repulsión alguna. Había hecho lo que había que hacer, y la paz que de ello le resultaba era más fuerte que cualquier otro sentimiento. Ignoró tanto la repulsión como los remordimientos.

Le quedaba un trabajillo por hacer.

Sabía bastante de huellas digitales. Con ayuda de una esponja húmeda, limpió los objetos y superficies en los que pudiera haber quedado alguna huella de «Zyto». Puso en ello la perspicacia y minucia de que sabía dar pruebas en ciertas circunstancias.

Le persistía la erección. Tenía hambre.

Se sentó frente al cadáver, a esperar a Marc. Una llamada telefónica, o su presencia. Evidentemente, sería preferible una llamada telefónica. Si Marc se presentaba allí y veía muerta a Marianne, iban a tener que pelearse como bárbaros.

Imaginó la escena. Ganaba él y conducía a Marc hasta Louveciennes, a punta de pistola. Lo amenazaba con una degollina general, si se resistía. Se sentía fuerte, dueño del mundo y del desarrollo de los acontecimientos.

Pasados unos minutos, sonó el teléfono.

Tras dos llamadas, el contestador se puso en marcha. Hubo un silencio, mientras sonaba el mensaje de Marianne, luego un clic y luego la voz de Marc. La voz de Michel Zyto.

—Marianne, cariño —dijo Marc—, me vuelvo, no he...

En ese momento descolgó Zyto, cortándole la palabra:

—Michel, cariño, no es Marianne. Soy yo: Marc —dijo tranquilamente, casi sin ironía.

El sol se ensañaba con la cabina telefónica de la calle Martini.

Marc, ya empapado en sudor, sintió que se derretía del todo cuando oyó su voz al otro lado del hilo.

—¿Dónde está Marianne? —dijo con una voz que no era ni la suya ni la de Michel Zyto, con una voz que no identificaba.

Zyto le contestó, sin alterar el tono:

—A mi entender, ha ido de compras. La vi salir cuando yo llegaba hace un minuto. De modo que aproveché para subir.

Era posible. Marianne le había dicho a Marc que iría a comprar algo de comer, para prepararle un buen almuerzo.

—¿Para qué ha subido usted?

—Ando en su busca. No se enfade usted con Marianne, ayer estuvo estupenda, en los almacenes. Pero yo soy listo. Usted mismo me lo tiene dicho en muchas ocasiones. También su mujer es inteligente...

¡Era eso! Marie había expresado alguna sospecha. Marc no podía creerlo y, sin embargo... No comprendía. Se sentía cada vez más anonadado.

—¿Qué ha dicho usted?

—Se lo quité de la cabeza: ningún lío entre Marianne y yo.

¡Hijo de puta!

Marc pensaba a toda velocidad. Lo más urgente era alejar a Zyto del piso de Marianne. Dios sabe lo que podía ocurrir si Marianne se presentaba en ese momento. Aunque sólo fuera su espanto, al abrir la puerta... También era urgente no permitir que Zyto volviera junto a Marie y Léonard. Ya que se encontraba en casa de Marianne, lo mejor era sacar partido de la situación. Al menos, Marc podía hablar con él.

—Yo también lo ando buscando a usted. Vamos a vernos en seguida. Es imposible seguir así, usted mismo se da cuenta de ello. Le daré todas las garantías que quiera. Lo ayudaré a escapar, si quiere escapar, lo ayudaré en lo que sea. No tendrá que temer ningún castigo. Todo volverá a ser como antes, como si nada hubiese pasado. Incluso llegaré a esconderlo a usted, si fuera necesario. Se lo ruego, vamos a vernos inmediatamente.

—De acuerdo —dijo Zyto.

Recuperar su cuerpo. Huir de ese «neurinoma del acústico». Difícil seguir así. Marc tenía razón. Ahora era buen momento. Antes de que Marc se enterara de la muerte de Marianne.

—¿En Louveciennes? ¿Sabrá usted llegar?

—No —dijo Zyto, con viveza.

—No ¿qué? ¿No sabe llegar?

—Sí, pero... No en Louveciennes.

—¿Por qué?

—Prefiero París. En plena ciudad. Primero hablamos y luego vamos juntos. Así podré estar más seguro de que no me tiende usted alguna trampa. Y no tengo valor para ir a Louveciennes yo solo. Quiero que vayamos juntos, cuando esté seguro de que...

Buen actor.

Marc ardía en impaciencia y cólera contenida.

—¿No se fía usted de mí?

—Sí, pero lo prefiero de este otro modo.

Marc se dominó. No era cosa de echar a perder la oportunidad. No era cosa de dar el más mínimo paso en falso.

Por otra parte, comprendía muy bien a Michel Zyto.

—Como quiera —dijo—. Son ganas de perder el tiempo. Pero como quiera. ¿Dónde?

Zyto no supo qué contestar. Paradójicamente, había esperado que Marc se hiciera cargo de la situación. Cosa que Marc comprendió de inmediato.

—Mire, digamos en la calle Médicis, delante de una librería médica que se llama «El Jardín de Epicuro». Creo que es en el número 5. La calle Médicis sale de la calle Vaugirard y desemboca en la plaza Edmond-Rostand, bordeando el jardín de Luxemburgo. No puede perderse. «El Jardín de Epicuro».

—¿Picuro? ¿Qué camelo de nombre es ése? —dijo Zyto, de un modo un tanto infantil.

—No Picuro, Epicuro. Una sola palabra. E-p-i-c-u-r-o.

Jean Fin, el dueño de la librería, un médico que no practicaba la medicina, era un hombre bastante gracioso —y más gracioso habría sido si no se hubiera tomado por lo que no era: por el tipo más gracioso del mundo—. No había cliente que se librara de sus chistes. A Marc no le caía bien, pero su librería médica era, con mucho, la mejor de París.

«El Jardín de Epicuro».

—¿Por qué ahí? —dijo Zyto, volviéndose agresivo de pronto—. ¿Piensa usted presentarse con un ejército de policías y de loqueros?

—No sea usted estúpido. Lo más sencillo sería que nos viéramos en Louveciennes, pero se niega. Dígame usted dónde, pues. Si le propongo ese sitio es porque lo conozco bien y es el primero que se me ha pasado por la cabeza. Y también para que esté usted tranquilo, dese cuenta. Hay una cabina telefónica a cinco metros de la librería. A diez metros. Yo aparcaré delante, en un Autobianchi de color rosa. Llegue usted antes que yo. Puede usted apuntar el número de la cabina y llamarme

desde la otra punta de París, si no está conforme. Pero le...

—¿Un Autobianchi?

—El coche de Marianne.

Zyto comprendió. Marc y Marianne le habían preparado una trampita, el día anterior.

—¡Ah, muy bien! ¡Bravo!

Marc no acusó recibo de la ironía. Estaba enfermo de impaciencia.

—Lo esperaré. Preséntese en persona o llame por teléfono. Si tiene la más mínima inquietud, y le juro que no hay motivo alguno, puede cambiar de opinión y llamarme, para citarnos en cualquier otro sitio, donde le parezca. ¿Está de acuerdo?

Zyto bebía las palabras de Marc. Volvía a ser como un niño atento, dócil, un juguete entre las manos hábiles y benévolas del doctor Lacroix. Era agradable y lo ponía nervioso, al mismo tiempo; y resultaba inquietante, también, porque la voz que el teléfono le transmitía era la suya propia; porque se estaba hablando a sí mismo.

—De acuerdo —contestó.

—Le aseguro que no lo lamentaré. Salga inmediatamente del piso. Yo también me daré toda la prisa posible. No tendrá que esperarme mucho tiempo. ¿Hasta ahora?

—Hasta ahora —dijo Zyto.

Marc fue el primero en colgar.

Mientras hablaba por teléfono, Zyto casi había llegado a olvidar el cadáver de Marianne, a pesar de tenerlo tan cerca.

Ya no manaba sangre. El brazo izquierdo, que, en la caída, había quedado en un extremo del brazo del sofá, se descolgó de pronto y quedó junto al muslo. Ello introdujo una modificación en el equilibrio entero del cuerpo. La cabeza se inclinó más hacia el costado izquierdo, tirando del torso, que se deslizó un poco. La gravedad siguió controlando aquella carne inerte, haciendo que Marianne resbalara paulatinamente del estrecho sofá, hasta quedar en el suelo. Ahí permaneció, inmóvil, boca abajo, con la cara contra la moqueta.

Zyto había observado aquel macabro desplazamiento sin sentirse afectado. Se dijo, solamente, no sin cierto regodeo interior, que de ahí no pasaría Marianne. El espectáculo de la muerte y la agonía le resultaba indiferente. Había asistido a la agonía de su tío Nicolas, fallecido en unas pocas horas por hemorragia interna, a resultas de un cáncer de estómago no detectado. El propio médico joven que allí se encontraba apartó los ojos en el momento del último estertor. Pero no Michel Zyto. Vio cómo la sangre forzaba los labios cerrados, para salir; vio cómo se fijaba en los ojos una mirada vidriosa. Sin inmutarse.

Aquella escena se la había contado a Marc en repetidas ocasiones. También otra cosa: un sueño sencillo, transparente, directamente relacionado con su miedo a las mujeres. Entraba en una habitación donde había una mujer atada, desnuda, boca

abajo, con los ojos vendados, con los brazos en V por encima de la cabeza (brazos, por consiguiente, que no representaban amenaza alguna para él, que no podían impedirle hacer lo que quisiera), con las piernas muy separadas, todo lo separadas que darse puede. Tenía las muñecas, los tobillos y el cuello sujetos mediante tiras de cuero a una gran plancha (sin duda alguna: una plancha) inclinada, inclinada y que podía moverse, si él quería, merced a un torno manual. Zyto no le hacía daño. Ella no estaba ni dormida ni drogada. Lo único era que no podía moverse, ni tampoco verlo a él. Zyto la tocaba, la acariciaba. No sentía ni miedo ni vergüenza. Se disponía a desnudarse, de hecho sólo a bajarse el pantalón, para poder vestirse a toda prisa si surgía alguna amenaza. Imaginaba lo que iba a ocurrir a continuación: iba a tenderse encima de ella, para penetrarla. Y allí se detenía el sueño.

Marc le había preguntado un día si llegaba a imaginarse, en sueños o despierto, haciendo el amor con una mujer muerta. No. Había contestado que no. Que no se le pasaba por la cabeza.

Se acordó de todo aquello ante el espectáculo de Marianne tendida sobre el vientre, con los cabellos esparcidos, ocultándole el rostro.

Llamó por teléfono a Marie (que volvía de comer con Léonard) para justificar su ausencia, que se alargaba más de lo previsto. Le habló con mucha naturalidad. Y luego se marchó. No tenía nada más que hacer allí. Al colocar la mano en el picaporte se dijo que podía dejar todas las huellas que quisiera. No serían las suyas. Nada que temer... Nada que temer por el lado de la ley.

Salvo si Marc lo denunciaba, se dijo al cerrar la puerta.

Y, por lo visto hasta ahora, Marc lo denunciaría. Tan pronto como supiera que Marianne estaba muerta, Marc se ensañaría con él.

Tenía, pues, que matar a Marc.

Mientras se encontró en el interior del piso —llevado por la excitación de lo que allí estaba haciendo—, Zyto había permanecido bajo la sensación de que gozaba de una especie de impunidad, que podía obrar omnipotentemente, que nada importaba. Pero tan pronto como hizo girar en la cerradura la segunda vuelta del segundo cerrojo se le manifestaron con toda crudeza las consecuencias de su acto.

Tenía que matar a Marc.

Ya no le quedaba elección. Había que volver a someterse a aquella máquina complicada y ronroneante que los esperaba en Louveciennes, antes de que Marc empezara a abrigar la más mínima duda, y luego suprimirlo. Tenía que ser posible. Ya había pensado antes en ello. Un suicidio.

Además, el arma que llevaba encima pertenecía a Marc.

En el Nissan Terrano, consultó tembloroso un plano de París, el antiguo, el que estaba todo estropeado.

Estuvo en un tris de tener un accidente en la plaza de la Concorde, en el último semáforo de antes del puente de la Concorde: extraviado en sus propios pensamientos, no se dio cuenta de que estaba en rojo. Un coche lo pasó rozando el parachoques trasero. El conductor le tocó la bocina y siguió tocándola, encolerizado, lo menos durante cien metros más.

En sólo un cuarto de hora, Michel Zyto había pasado de una alegría profunda a uno de los peores estados de disgusto en que nunca se había encontrado. Ahora se sentía culpable a ojos de Marc, terriblemente culpable. Por Marianne. Y por Marie. ¿Cómo iba a ponerse delante del doctor Lacroix, dentro de un momento? La noción de la muerte de Marc, lejos de calmarlo, le planteaba un conflicto para el que no estaba preparado: tenía que matar a Marc, pero sin Marc todo perdía su sentido. Tenía que deshacerse de él, pero a tal efecto necesitaba unas fuerzas que sólo Marc podía darle. La angustia le inspiraba tan prisioneras razones. En el fondo, tenía ganas de contarle a Marc que se había acostado con Marie, que había matado a Marianne y que mataría a otras mujeres: incluida Marie —si le era posible—. Pero entonces Marc enloquecería de rabia y se volvería contra él. Tenía necesidad de la protección de Marc, pero también de protegerse contra Marc. Ahí estaba la cosa: tenía que protegerse contra aquello que lo protegía. Era insoluble, inextricable, una asfixia que le impedía respirar. No había más que una solución: matar a Marc; y no había más que otra solución: no matar a Marc.

Por si faltaba algo, justo al tomar por la calle de Vaugirard, Zyto empezó a temer que entrara en juego la perspicacia de Marc. ¿No se daría cuenta el doctor Lacroix, inmediatamente, al primer vistazo, de que algo no iba bien, algo grave?

Zyto trató de pensar algún modo de engañarlo o, por lo menos, de mantener el control de la situación si Marc, por exceso de desconfianza, acababa poniéndose nervioso. Volvió a consultar el plano. En lugar de meterse por la calle Médicis, desanduvo el camino, rodeó el jardín de Luxemburgo por la calle Guynemer y por la calle Auguste Comte, y aparcó en la avenida del Observatorio.

Nunca había puesto un pie en el jardín de Luxemburgo.

Entró por la plaza André-Honorat. Estaba muy frecuentado: muchas personas de edad, muchos niños con sus madres o sus canguros, gente paseando perros, muchachas —estudiantes, sin duda— leyendo en los bancos y exponiendo discretamente las piernas al sol. Unos cuantos «ligones»: se les veía el pelo a larga distancia.

Zyto tuvo la certeza de que por lo menos dos mujeres —una de ellas muy joven—

lo miraban con interés. Lo cual le recordó que poseía un rostro agraciado, una silueta elegante, un traje de rico. También él las miró. Habría podido dirigirse a ellas sin miedo a que lo rechazaran, se dijo con satisfacción.

Cruzó el jardín entero y llegó a las verjas que lo separaban de la calle Médicis. No le costó trabajo localizar la librería «El Jardín de Epicuro». La cabina telefónica.

¡Epicuro! Parecía una tomadura de pelo, muy propia de Marc.

No esperó mucho. Zyto sabía que Marc era buen conductor. Un Autobianchi rosa redujo velocidad y se detuvo junto a la acera, justo a la altura de la cabina telefónica. Zyto reconoció a Marc en el interior del coche, *se reconoció a sí mismo*, a pesar de la pequeña sorpresa (no muy sorprendente, por otra parte) que representaban la ropa nueva, el pelo peinado hacia atrás, las gafas negras y la ausencia de bigote. Era exactamente lo mismo que él habría hecho.

Marc bajó del Autobianchi, miró con atención en ambos sentidos de la calle Médicis, y volvió a meterse en el coche. Zyto tendría que haber estado allí. ¿Llamaría por teléfono? Poco probable. Marc se había expresado con toda sinceridad, y había podido darse cuenta, adivinar, que Zyto confiaba en él. Como siempre.

Transcurridos unos segundos, oyó silbar a alguien: un silbido fuerte, agudo, penetrante, de los que se consiguen introduciéndose los dedos en la boca y apoyándolos en la lengua replegada; de esos que se oyen, más que en la calle Médicis, en ciertos barrios, cuando una chica guapa pasa junto a un café de clientela masculina. Marc no le prestó especial atención, ocupado como estaba en vigilar la acera por delante y por detrás, esto último mediante constantes vistazos al retrovisor. No obstante, cuando resonó el segundo silbido sí que volvió la vista en dirección al jardín de Luxemburgo.

Nadie en la acera.

Tras la reja: ahí estaba Michel Zyto, haciéndole señas con el brazo en alto.

Marc volvió a experimentar la fuerte impresión que suponía verse a sí mismo. Esas rejas, esos gestos de la mano del «otro», fuera, al aire libre, en pleno París... Resultaba más extraño todavía: como una especie de aparición, como si estuviera viendo a su propio fantasma haciéndole señas, su propia muerte tratando de atraérselo.

Salió del coche y cruzó la calle, temiéndose lo peor. ¿Por qué se había apostado en aquel punto? Zyto se mantenía a un metro de las rejas, quieto, con el rostro descompuesto. Marc trató de poner coto a la avalancha de hipótesis funestas que se le venía encima. Se acercó, se quitó las gafas, indicó el jardín con un gesto vago.

—¿Qué hace usted ahí?

Zyto pensó que Marc desempeñaba bien su papel de «Michel Zyto lanzado al galope». Desde luego que no carecía de recursos. Lo cual lo hizo sentirse a disgusto, incluso un poco más desdichado, aunque lo disimulara. Habría preferido que aquello

fuera un encuentro entre dos individuos destrozados y gemebundos.

—Por si acaso —dijo—. No quería perder el tiempo llamándole por teléfono para citarnos en otro sitio, pero también quería estar seguro...

—¿De qué? ¿De que venía solo?

—Sí.

—¡Lo sabía usted perfectamente! ¡Sabía usted muy bien que iba a venir solo!

—No me fío. Tengo miedo. (Le tembló la voz.) Esta mañana me ha venido un ataque. Vomité dos veces. Tuve miedo de que se agravara mi estado, muchísimo miedo. ¿Ha llegado usted a vomitar en alguna ocasión? ¿Mucho, con mucha fuerza? También a mí me corre prisa acabar cuanto antes.

En eso consistía la argucia de Michel Zyto: en hacer creer que todo se debía a su condición de hipocondríaco. Si estaba tan poco boyante como Marc lo veía en este momento, era por la crisis de por la mañana, por los accesos de vómito. Si Marc caía en el garlito, querría sacar ventaja de tal estado y tales disposiciones. No importaba que llamase por teléfono a Marianne, porque creería que aún no había vuelto, que volvería de un momento a otro, y no tendría más que una idea en la cabeza: precipitarse hacia Louveciennes en compañía de Zyto, obsesionado y lleno de excitación ante la inminencia del fin de su calvario.

Y si no caía en el garlito... Bueno: Zyto podía escapar fácilmente, con las rejas de por medio. Volver al hotel y dar aviso. Sería un mal menor. Y tendría que seguir siendo Marc Lacroix durante una temporadita más —aunque esto último no llegó a pensarlo de modo consciente.

La trampa estuvo a punto de salirle bien. Que Zyto fuera capaz, en aquellas extraordinarias circunstancias, de lamentarse ante Marc, tratando de conseguir que éste lo consolara, era tan asombroso, y encajaba tan bien en su personalidad, que Marc casi llegó a creerlo, sintiéndose impulsado, en efecto, a aportarle su consuelo. Pero sólo casi. Estaba al acecho, y lo conocía demasiado bien.

Dos cosas lo alarmaron. Para empezar, Michel Zyto se había resguardado tras las rejas para hablar con él, a la defensiva. Si de algo tenía miedo, en aquel momento, era de Marc, por encima de cualquier otra cosa. ¿Por qué, y por qué hasta ese punto? Segunda cuestión: Marc sabía de qué modo variaba la expresión de su padecimiento psíquico según Zyto fuera presa de hipocondría o de sentimiento de culpabilidad. En aquel momento habría podido servir de ejemplo en una facultad de Medicina, para que los estudiantes observasen de forma directa la diferencia clínica entre ansiedad y angustia. En el primer caso, a Zyto se le veía nervioso, agitado, hablando con voz más aguda que de costumbre, y sin evitar la mirada de Marc, sino al contrario: escrutándolo, como buscando protección, o la confirmación de sus temores. En el segundo caso, se le veía anonadado. Hablaba con una voz sorda y apartaba la vista sin cesar.

Y en ésas estaba, en aquel momento. Marc no tuvo duda alguna al respecto, a pesar de verse obligado a alcanzar tal certidumbre en *su propio* rostro, juzgando por su propia voz. Zyto había hecho algo malo. Algo muy gordo. Y tenía que estar preparando nuevas fechorías. No iba a someterse dócilmente a la operación, ni a dejarse encerrar en Stéphen-Mornay tras su paso por la casa de Louveciennes.

Cuyas llaves tenía, el muy hijo de puta.

Esta vez, la oleada de malas hipótesis fue más fuerte que Marc. ¿Marianne? Sí, lo más seguro. Pero ¿cómo averiguarlo?

Ganar un minuto, camelar. Plantear tranquilamente unas cuantas condiciones normales, las que tenía previstas, y observar las reacciones de Zyto.

—Mire, no sea usted ridículo con sus pequeñas dolencias. Dentro de poco no tendrá usted nada que temer. Por lo demás, sabe usted muy bien que puede confiar en mí. Lo sabe. No le demos más vueltas. Va usted a decirme dónde están Marie y Léonard. Va a llamarlos por teléfono. Yo escucharé también, para saber que son ellos. Es todo lo que le pido. (A continuación soltó la frasecilla que había venido preparando, en un tono tan desenvuelto como le fue posible:) Primero tengo que ponerme en contacto con Marianne, porque si no le van a entrar los nervios y hay peligro de que avise a la policía. Luego iremos a Louveciennes y no habrá problemas en lo que a usted respecta, como ya le he prometido. Todo se hará como usted quiera. Se lo he prometido y pienso mantenerlo.

Zyto había palidecido ante la mención de Marianne. Se sentía acorralado, incapaz de decir una palabra. Marc no conseguía captar su mirada. Lo desconcertaba el espectáculo de *su propio* cuerpo expresando todo aquel desasosiego; lo desconcertaba y le hacía daño. No acababa de decidirse a plantear la terrible pregunta.

Tomó la decisión. Lo preguntó con suavidad, de modo más bien afirmativo, haciendo una pregunta afirmativa, destinada a obtener la confesión del otro:

—¿Ha matado usted a Marianne?

Zyto, al fin, lo miró a los ojos, con una expresión de infinito pesar.

Marc creyó enloquecer.

—No lo hice adrede. Cogí un cuchillo, pero sólo para asustarla, para que me dijera dónde estaba usted, y ella intentó defenderse. No habría debido hacerlo. Pensó que yo la estaba atacando, pero no era así, sólo quería meterle miedo. Fue ella quien se arrojó sobre el cuchillo. Y era un cuchillo peligroso, uno que había en la cocina, usted tiene que saber a cuál me refiero. Se me echó encima, se lo juro, y la hoja... Pasó sin querer, le juro que no tenía intención de matarla.

Marc escuchaba, jadeante. Había perdido el control de la respiración y exhalaba roncós gemidos.

—¿Tiene usted la certeza de que Marianne está muerta?

Zyto agachó la cabeza.

Marc, entonces, se abalanzó contra las rejas, pasando los brazos por entre los barrotes, tratando de agarrar al otro por el cuello para estrangularlo. En aquel momento lo habría estrangulado.

Zyto no se hallaba a su alcance, y aún se alejó un poco más. Marc, empeñándose en su propósito, resoplaba y gruñía como una fiera, golpeándose el rostro contra los barrotes, abriendo y cerrando las manos en el aire.

Tenía la impresión de hallarse frente a un espejo, luchando contra un reflejo que se negaba a obedecer.

Zyto lo odió con todo su odio. De pronto le dijo, con una ironía hiriente, brutal, inesperada:

—Tranquilícese usted, Michel Zyto. Se ha fugado usted de un manicomio. Esta mañana ha matado a mi amiga Marianne. Y ahora sufre un ataque de locura, en plena calle. Cálmese, se lo ruego.

Marc dejó caer los brazos. Sin apartar el rostro de los barrotes, se echó a sollozar: unos cuantos sollozos sin lágrimas, que le sacudieron dolorosamente el pecho.

Luego, en efecto, se calmó, como le pedía Michel Zyto —o dio la impresión de calmarse. Irguiéndose, miró al otro durante un par de segundos, totalmente impasible. Luego echó a andar y se alejó a grandes zancadas.

Entonces le tocó a Zyto arrojarse contra los barrotes, tendiendo los brazos con desesperación:

—¡Espere! —gritó.

Pero el verdadero doctor Lacroix ya montaba en el Autobianchi, ya arrancaba sin prestarle atención.

Había poca gente en la calle y nadie se había dado cuenta de nada.

Marc se lanzó por Pigalle, cometiendo a su pesar mil y una infracciones. Hizo un alto en el inmenso Crédit Lyonnais del Boulevard de los Italianos y sacó seis mil francos del cajero automático, utilizando la tarjeta «Premier» de Marianne.

Antes de reemprender el camino se quitó el vendaje de la nuca y lo arrojó discretamente a la calle por la portezuela entreabierta. Ya no le hacía falta.

En el Boulevard de Clichy compró un plano de París y preguntó al de la tienda si conocía el bar «Terminus». Sí, un poco más allá, en la plaza Blanche, entrando por la calle Gevels, en seguida encontraría un callejón a la derecha, en cuya esquina había una farmacia; el bar estaba al fondo del callejón.

Marc aparcó en el callejón.

El café, de paredes verdes, era feo, limpio y alargado: una especie de pasillo con el mostrador en una punta, casi a lo lejos.

Todos los sitios estaban ocupados, sin excepción.

¿Estaría allí «Ratón», el hombre de quien Michel Zyto le había hablado en ocasiones?

Marc fue avanzando lentamente, pasando revista a los rostros masculinos. A tres metros de él, un hombre hizo sonar contra la mesa dos monedas de diez francos y se levantó. Tenía un bigote de pelo escaso, pero largo y tieso, separado por las puntas; un bigote de gato o de rata. Sus ojos parecían anormales, de tan pequeños. ¿Era él?

El hombre llegó a la altura de Marc. Ambos se miraron.

—¿Sabe usted quién soy? —preguntó Marc en voz baja.

Poniéndose el pulgar y el índice, juntos, en la base de la nariz, y luego separándolos en un movimiento que recorrió su propio bigote, como si estuviera alisándoselo, el hombre hizo comprender a Marc que sí lo reconocía, aunque se hubiera afeitado el mostacho.

Ratón tenía buen ojo.

—Vengo a lo mismo —dijo Marc, a ver qué pasaba.

—¿Exactamente a lo mismo?

Marc pensó que se refería al tipo de arma que Zyto había elegido la primera vez.

—Sí, exactamente a lo mismo.

—Espere un segundo.

El llamado Ratón era flaco y vestía ropa de mucho abrigo: sudaba uno al verlo. Se alejó, camino del mostrador. Descolgó el teléfono.

Marc, allí de pie, sintió de pronto un dolor en el estómago. Se tapó la boca con la mano y luego se enjugó la frente empapada. Por fortuna, no tuvo que esperar mucho tiempo. Ratón volvió en seguida y le dijo:

—Dentro de media hora. Serge Martic, calle Véron, 31 bis, cuarto derecha.

—Lo recuerdo —dijo Marc, que ni siquiera sabía dónde estaba la calle Véron.

Ratón se llevó la mano a la sien, en una especie de saludo militar, y salió del café, sin una palabra más, dirigiéndose adonde fuera que lo llamara su destino.

Marc miró el reloj, el espantoso reloj de Zyto. Necesitaba descansar un poco. No se tenía en pie. Fue hacia el sitio que Ratón acababa de dejar libre. Estaba como en trance, pensando en las cosas, en Marianne, en todo, como a través de una neblina.

Se sentó a la mesa, frente a una mujer. Farfulló «¿Me permite?», mirándola por un segundo. Reconoció a la joven con quien se había cruzado el día antes, en las escaleras del metro de la plaza de Italia, al fugarse. La reconoció sin error posible.

—Sí, desde luego —contestó ella, con voz mesurada, suave, agradable.

—Gracias —dijo Marc, sacando el plano del bolsillo.

La calle Véron estaba muy cerca: tercera a la derecha, subiendo por la calle Lepic. Marc se acomodó en la silla, enjugándose otra vez la frente.

El bar olía todo él a jabón barato.

Pidió una infusión, verbena con menta.

—¿No se encuentra usted bien? —le preguntó su vecina, con toda sencillez.

Marc la miró mejor: hermosa mirada oscura, labios finos, igual que las aletas de la nariz y los ojos almendrados. Su rostro conmovedor era de una perfección de retrato, de pintura antigua. Y el desorden de los cabellos lo hacía aún más precioso.

Iba vestida, igual que el día anterior, con una cazadora de cuero negro muy fino, una blusa blanca y un pantalón.

Bebía té. ¿Se hallaba por casualidad en la mesa de Ratón, porque no había ningún otro sitio libre?

Marc se disponía a contestarle cuando llegó el camarero con la verbena con menta. Esperó a que volviera a marcharse.

—No. Ya va pasando, gracias —dijo, sorprendido ante el modo tan natural con que acababa de expresarse.

Empezó a tomarse la infusión a cucharaditas, con la espalda arqueada y el ceño ligeramente fruncido, por el dolor.

—Ayer nos cruzamos en el metro de la plaza de Italia. Lo recuerdo perfectamente —dijo ella.

—Sí, es cierto —dijo Marc—. Yo también lo recuerdo.

Al principio tuvo la impresión de estarse viendo envuelto en una conversación que no le apetecía. Pero no: al final se dejó ir un poco, porque aquella desconocida le apartaba de la cabeza sus monstruosas preocupaciones. Estaba impresionado con su pelo. Formaba una aureola en torno al rostro, como un sol oscuro, y estaba revuelto, irremediablemente revuelto, al parecer; pero el efecto que se percibía era casi el de una obra de arte. Había momentos en que parecía presentar innumerables trazos de colores próximos, pintados y retocados hasta el infinito por un pintor minucioso.

Marc se bebió la infusión evitando producir ruidos de deglución, cosa que siempre le había horrorizado en sus padres. Se lo contó a Vérapoutsimila el primer día de su análisis, en la primera sesión, hacía ya un montón de años. ¿Doce? ¿Quince? El desayuno, en verano, durante las vacaciones, el café con leche en el cual sus padres, a pesar de lo bien educados que eran, mojaban las rebanadas de pan y, tras ellas, hasta las narices, produciendo un tremendo estrépito de succiones y gorgoteos... Insoportable. Ya adulto, Marc siempre había puesto todo su empeño en comer silenciosamente.

—Me llamo Katarina —dijo su compañera de mesa, sirviéndose el té que quedaba en la tetera: dos dedos de un líquido rojizo.

¿Por qué le decía su nombre? ¿Era una prostituta? Marc estaba seguro de que no.

—¿Sabe usted lo que significa Katarina en griego? —dijo él.

—«La más pura», ¿no? —dijo ella, con una sonrisa destellante y corta—. Y usted ¿cómo se llama?

¿Andaba en busca de alguna aventura? No, no de ese modo, no en un café, y en semejante barrio. Y no con él. Bueno, no con Michel Zyto. Por alguna razón, tenía que matar el tiempo y se ponía a charlar con el primero que llegase. Nada más.

Pero, aun así, ¿qué hacía allí una persona tan refinada en su aspecto, sus maneras, su modo de hablar?

—¿Cómo me llamo? Ya ni lo sé...

—Perdóneme, estoy siendo indiscreta. E ingenua. Da la impresión de que la tercera parte de las personas aquí presentes tienen algo que ocultar. Algún secreto. Usted entre ellas, quizá. Y yo.

Volvió a sonreír. Inspiraba confianza. Marc habría querido contarle todo, hablarle de Marianne, de Michel Zyto, de Marie, de Léonard. De sus infinitos padecimientos morales. Ella prosiguió:

—Le advierto que yo tampoco sé ya cómo me llamo, hasta cierto punto. Voy a dejar París durante tres semanas, con un nombre falso, con papeles falsos. Ése es mi secreto. Salgo esta tarde. Puedo decírselo, no tiene importancia. Con tal que no sea usted de la policía.

Luego también ella había venido a ver a Ratón. Sin duda. Ratón, o algún otro.

—En efecto, no tiene importancia —dijo Marc—. Y no, no soy de la policía.

Ella apuró la taza de té.

—¿Le apetece tomar alguna otra cosa? —dijo él.

—No, gracias.

El deseo de confiarle su propio secreto, sin decir nada comprometedor, se le hizo irresistible.

—Estoy un poco en el mismo caso que usted, sólo que más complicado. No puedo decírselo todo, pero sí lo más importante. Va usted a pensar que estoy loco.

Qué más da. (Bajando la voz, se inclinó hacia ella.) No estoy en mi propio cuerpo, en mi auténtico cuerpo. Estoy en el cuerpo de otra persona. No es a mí a quien está usted viendo. Y esa otra persona, además, está en mi cuerpo. (Se enderezó.) Eso es. ¿Cree usted que estoy loco?

Imposible saber lo que pensaba Katarina, la más pura. Lo miraba exactamente igual que antes, sin sorpresa, sin incredulidad.

—No —dijo.

—¿Me cree usted?

—No veo por qué iba a mentirme.

Marc se dijo que por supuesto que no lo creía. Por amabilidad, se abstenía de llevarle la contraria a aquel pobre loco que se cruzaba en su camino.

De pronto le entró la prisa por marcharse. Cuando volvió a mirar el reloj, habían pasado veinte minutos. Pagó su consumición. Intentó pagar también el té de Katarina, pero ya estaba pagado. Ella se lo agradeció.

—Tengo que marcharme —dijo él, levantándose—. Le agradezco que me haya escuchado. Espero que todo le vaya bien.

—Lo mismo digo: que todo le vaya bien.

No dijo nada más, no preguntó nada más. Se acabó. Se saludaron con la cabeza y Marc salió del bar, un poco molesto al tener que exhibirle la nuca parcialmente afeitada por el doctor Antoine Fabricant.

En la calle Véron, pequeña, tranquila y desierta, se sentía uno, sin transición, muy lejos de la agitación de la ciudad, y ello a pesar de la cercanía del Boulevard de Clichy.

Marc llamó a la puerta de Serge Martic. Media hora, minuto más, minuto menos, había transcurrido desde la llamada telefónica de Ratón. Serge Martic acudió a la puerta. Era un hombre de tipo extranjero, eslavo, de por lo menos setenta años, bajo y ancho de hombros, con el rostro señalado por una especie de natural bondad y honradez, se dijo Marc. Su sonrisa imperceptible —un vago estiramiento de la comisura izquierda—, pero muy expresiva, podía significar que reconocía a Marc.

—Adelante —dijo.

Cerró la puerta y precedió a Marc por un pasillo enteramente cubierto —suelo, paredes, techo— con una espesa moqueta color burdeos. Al final del pasillo hizo entrar a Marc en una habitación minúscula, poco amueblada, limpia y anónima, parecida a la sala de espera de un médico.

Lo dejó solo.

Marc echó un vistazo por la ventana. La vista de París era de una inesperada belleza y amplitud. Se sentó, para en seguida levantarse otra vez: Martic regresaba con una enorme bolsa de plástico de la que extrajo una caja de cartón, y de la caja una funda de cuero, y de la funda de cuero un pequeño revolver.

—Colt del 38 —dijo—. Una joya. Está casi nuevo. Le he puesto la funda y seis balas de más.

El arma daba la impresión de algo sin terminar, porque tenía un cañón muy corto y una culata anormal. Martic lo guardó todo en la bolsa.

—Perfecto —dijo Marc—. ¿Cuánto le debo?

—Un poco más. Cinco mil. No es mercancía que baje de precio.

Le tendió la bolsa y se guardó los diez billetes de quinientos francos.

—Gracias —dijo.

—Gracias —dijo Marc.

Marc no manifestaba intención de marcharse.

—¿Alguna otra cosa? —le preguntó Serge Martic, en tono muy suave.

—Sí —dijo Marc. Intentó una sonrisa, que no le salió deslumbrante de alegría vital—. Exactamente lo mismo que la otra vez.

—Espere un minuto —dijo Serge Martic, con toda naturalidad.

Salió y regresó.

—La habitación está libre, pero sólo hasta mañana a primera hora de la tarde.

—Está bien —dijo Marc—. Calle Piat...

—Número 51.

—Sí, 51.

Las pisadas no producían ningún ruido en aquel pasillo. Y no se veía nada del piso de Serge Martic. Todas las puertas, cuatro en total, estaban cerradas. La puerta de entrada parecía provista de un blindaje impresionante.

Tras haber estudiado el plano, Marc volvió a tomar por el Boulevard de Clichy hasta el Boulevard de Magenta, donde torció a la derecha. Llegó a la plaza de la República. En un supermercado de la calle Faubourg du Temple compró dos sándwiches envueltos en celofán, dos paquetes de galletas rellenas de higo, dos botellines de cerveza, unas cuantas maquinillas desechables y jabón de afeitar. Luego siguió por la calle de Belleville, en la prolongación.

La calle Piat, sexta a la derecha por la calle de Belleville (Marc se lo había ido repitiendo cada treinta segundos, durante el trayecto), primero subía durante un breve trecho y luego volvía a bajar. El 51 estaba a la derecha, poco antes del punto más alto. La configuración del lugar lo convertía en una atalaya ideal, perfecta para ver sin ser visto. Ningún edificio en los alrededores: un hangar, varios garajes, unas cuantas casas, pero diseminadas.

Marc empujó la cancela de madera del jardincillo que rodeaba una casa de un solo piso, recién restaurada, pimpante y, al mismo tiempo, siniestra, con el techo rojo, las persianas verdes y flores en las paredes.

Llamó. El encargado abrió de inmediato, como si hubiera estado esperándolo detrás de la puerta. El llamado Jacquot era uno de esos calvos que se afeitan la cabeza por completo, incluidas la nuca y las sienes, para obtener así una especie de victoria sobre su calvicie, para quedarse con la última palabra, indicando a los demás que, por así decirlo, son ellos quienes han elegido su propia suerte. El personaje no dejaba de tener cierto empaque: una cabeza con personalidad, con la nariz fuerte, bien trazada, y unos ojos negros que no parecían pestañear jamás.

Le tendió la mano a Marc, diciéndole:

—¿Garaje?

—No —dijo Marc—. No hay problema.

En el piso de arriba, Marc propuso el pago inmediato.

—Ochocientos —dijo Jacquot.

Marc le dio ochocientos francos. Le quedaban los mil quinientos tomados de Michel Zyto, y pasado mañana podría retirar otros seis mil francos en cualquier sucursal del Crédit Lyonnais. Aunque esperaba que pasado mañana estuviese todo resuelto.

—¿Periódicos?

—Sí, gracias —dijo Marc.

Jacquot salió.

La habitación era de dimensiones modestas, pero lujosa, para sorpresa de Marc:

una alfombra persa en el suelo, paredes tapizadas de un material muy suave al tacto —quizá tela—, fijado con listones de madera barnizada, ventana con cortinas espesas, azul marino; un televisor, una mesa de mármol, redonda, estilo café, brillante de tan pulida como estaba, un refrigerador pequeño.

Marc dejó encima de la mesa la bolsa de plástico en la que llevaba todas sus posesiones, el arma, los víveres, las cosas de afeitarse, y se acercó a la ventana. La calle Piat estaba desierta. Tomó consciencia de que tenía unas ganas muy grandes de orinar. La infusión. Por el ventanuco del cuarto de baño se veía el jardincillo y otros jardines semejantes, en torno a otras casitas.

Reinaba una calma campestre.

Examinó el funcionamiento del Colt del 38.

Luego se tendió en la cama. Toda la desesperación del mundo se le vino encima. El estómago seguía dándole la lata, con accesos de dolor y náuseas. Gimió, se retorció, se colocó de lado, se acurrucó. Cerró los ojos, esperando que pasara el tiempo.

Marianne muerta. Y Marie y Léonard en algún lugar ignorado, en manos de aquel hijo de puta, de aquel loco peligroso. Pero Marc pensaba que Zyto no haría ninguna otra estupidez en un plazo inmediato. Y que él también tenía que estarse retorciendo de miedo y angustia. Flaco consuelo. Marc se congratulaba de haberlo dejado allí plantado, sin una palabra, como si todo le importase un pimiento, y sobre todo como si lo abandonase. Zyto, enloquecido, trataría de ponerse otra vez en contacto con él. Y lo encontraría allí, en la casa de Jacquot.

Otra idea sostenía a Marc, en lo más profundo: sabía que iba a matar a Michel Zyto.

A las seis y media, su anfitrión le trajo los periódicos de la tarde. Marc se los leyó de cabo a rabo, sin encontrar nada que lo concerniese. La verdad era que tampoco se lo esperaba, no tan pronto, al menos, pero la necesidad de comprobarlo resultaba irresistible. ¿En las noticias, quizá?

A las ocho se tomó dos comprimidos de Maktarin, mordisqueó un sándwich frente al televisor y se bebió una de las botellas de cerveza. Al final de las noticias, vino la sorpresa: daban dos fotografías de Michel Zyto. Un psicópata sin duda alguna peligroso acababa de fugarse de un asilo modelo; precaución; ninguna pista por el momento. El tono del comentario era ligeramente burlón. El redactor del noticiero había optado por la complacencia y la demagogia. Le daba a la gente lo que ésta pedía, dejando claramente sobrentendido que no se trataba a los asesinos y a los locos con la suficiente mano dura.

Nada con respecto a Marianne. ¿Cuándo descubrirían su cuerpo?

Marc fue a mirarse en el espejo circular del cuarto de baño. Se puso sus bonitas gafas, volvió a quitárselas, se las puso otra vez, y halló que no se parecía demasiado a

las fotos.

Se sonrió durante un cuarto de segundo.

Luego volvió a tumbarse en la cama, con el Colt del 38 al alcance de la mano.

El sándwich y la cerveza no le habían sentado del todo mal.

Esperaría a Zyto hasta el día siguiente. La verdad, por otra parte, era que no se sentía con valor para moverse. No podía más.

Pensaba en Marianne sin cesar. Imaginaba escenas atroces. De vez en cuando se levantaba con dificultad e iba a echar un vistazo a la calle Piat. Si Zyto no venía antes del mediodía de mañana, daría aviso. ¿Martial, la policía? Iba montando planes, pero ninguno lo satisfacía. Tenía que evitar hasta el más mínimo riesgo para Marie y Léonard. Marianne muerta...

Pero estaba seguro de que Zyto vendría. Se olvidó de Hugues, de Martial, de la policía.

Mataría a Zyto.

La noche fue cayendo poco a poco.

El dormitorio azul y gualda de los Cazanvielh daba al jardín, con sus árboles y sus estatuas, y era sin duda alguna la habitación más bella y extraña de esa bella y extraña casa estilo 1900. Y, también sin duda, la curiosidad más espectacular de la habitación era la cama con baldaquino, que databa de 1410 y había pertenecido a una sobrina de Enrique IV de Francia. Martial la había adquirido poco después de su matrimonio, pagando por ella una pequeña fortuna, en una subasta de Arles —y haciendo luego que se la transportaran hasta Versalles por otra pequeña fortuna. Los dos cabeceros de la cama, decorados de gris claro y oro, estaban compuestos de tres tablas, cuyos dos centros, con leves tallas florales (tulipanes, al parecer), estaban enmarcados entre columnatas torneadas con sorprendente fantasía, una auténtica labor de artista.

Esta pieza de museo alzaba en mitad de la habitación su cúbica silueta de tela, simplemente levantada en los ángulos por cuatro pechinas —cuando la tenían con las cortinas bajadas—. Cuando no, como era el caso esta tarde, no se veían ni la cama propiamente dicha, tapada por los rodapiés, ni las columnas, tapadas por esquineras, ni el propio dosel, oculto por los colgantes.

Y era en esa cama, pequeña habitación dentro de otra, en esta jornada del 4 al 5 de agosto, hacia las once de la noche, y desde hacía una hora larga ya, donde Martial desmayaba de gozo a su esposa Marie-Thérèse, por efecto de sus vigorosos abrazos. La mujer exhalaba un gemido casi continuo, fuertemente aumentado en cada orgasmo, bebía agua (siempre tenía una jarra al alcance de la mano, en tales circunstancias), colmaba a Martial de palabras tiernas, y poco a poco iban reintegrándose a sus movimientos y gemidos. Desnuda parecía menos flaca que vestida. Sus relaciones sexuales eran poco frecuentes —tres o cuatro veces al mes—, pero muy prolongadas e intensas, lo cual venía complaciendo tanto al uno como al otro desde hacía ya bastante tiempo.

Si alguien le hubiera dicho a Marie-Thérèse que Martial la engañaba, o simplemente que deseaba engañarla, se habría echado a reír. Adoraba a su Martial y confiaba plenamente en él. Sabía lo que entre ambos ocurría en el secreto de la cama. Un hombre que se comporta de tal modo con una mujer, manifestándole una pasión física como aquella —hasta el frenesí, a veces, y la propia Marie-Thérèse se burlaba del asunto, diciendo de sus respectivos órganos genitales: «están locos, están completamente locos»—, un hombre así no podía, según ella, traicionarla. No podía andar por ahí «a ver qué pescaba».

Por supuesto que no había tardado en percibir (con gran finura) la parte adolescente de Martial, que lo empujaba a evadirse con la imaginación, a contarse historias, a soñar.

A soñar con Marie Lacroix, por ejemplo.

Marie-Thérèse (con mucha sensatez) había aceptado ese rasgo de carácter, acomodándose a él, sin pronunciar nunca una sola palabra al respecto, segura de la fidelidad de Martial.

A las once menos veinticinco, con los sentidos apaciguados para toda una semana, bajaron al salón. Marie-Thérèse trajo, en una bandeja de madera pintada y lacada, unas pastas saladas y la botella de champán que no habían terminado en la cena.

Mientras picaban y bebían, miraron la televisión, el último noticiario de la tercera cadena. Oyeron pronunciar el nombre de Michel Zyto. Lo vieron.

—¿Es ése? —dijo Marie-Thérèse—. Tampoco está tan mal. No tiene pinta de loco. Marie llamará mañana seguramente, ¿no?

Era Marie quien llamaba con mayor frecuencia, y más raramente Marc.

—Creo que sí —dijo Martial.

Marie-Thérèse, al llegar a casa a eso de las seis, quiso llamar a los Lacroix. Nada que hacer, dijo Martial, deben de estar en el hotel.

—Y ¿tú cómo lo sabes?

—Marie llamó esta mañana.

—Ah, bueno. ¿En qué hotel están?

—No sé. Aún no lo sabían.

Michel Zyto había vuelto al hotel Pavillon de la Reine en estado de pánico, soledad y doloroso abandono, consumido por el deseo de volver a ver a Marc, de tener una explicación con él, de justificarse, de hacer las paces. La necesidad final —la de matarlo, la de suprimirlo— no se le antojaba contradictoria con todo lo demás. Ambos deseos coexistían en su espíritu.

De camino hacia el hotel había comprado una docena de toallas esponjosas de color azul.

¿Cómo haría para localizar a Marc? ¿Yendo a la calle Piat, a casa de Jacquot? Por ahí empezaría. La cólera de Marc iría calmándose. Tampoco él tenía otro remedio que desear un nuevo encuentro entre ambos. Y un nuevo paso por el psicordenador. De modo que se las apañaría para «ponerse a tiro». ¿Por qué no la calle Piat, a tal respecto? Zyto recordaba haber sido muy exacto en sus confesiones —en la intimidad y la paz de la habitación de Stéphen-Mornay, en una época en que se sentía tan bien con el doctor Lacroix, tan cercano a él, tan seguro, tan apreciado por él...

En Belleville, en la casa de Jacquot. La suposición era un tanto forzada, pero no inverosímil. Y, además, era Marc quien estaba forzando las cosas. Desde el momento de su evasión no había dejado de sorprender a Zyto.

Michel Zyto, a pesar de su zozobra, ponderaba la situación con lógica y perspicacia. Marc, por su parte, no se había equivocado en sus previsiones con respecto a Zyto. Pero se había quedado corto. Ignoraba la relación establecida entre

Zyto y Marie. No podía saber que el usurpador no tendría ninguna prisa especial por volver a salir de cacería, que se tomaría el tiempo necesario para apaciguarse en compañía de Marie, haciendo un alto antes de volver a actuar.

Ni siquiera el propio Zyto lo sabía. El consuelo que experimentó al verse de nuevo junto a Marie tuvo tanto de sorprendente como de fuerte e inmediato. Y la alegría que ella expresó cuando él le hizo entrega de las bonitas toallas lo llenó de dicha. Le contó todo lo contable de lo que había hecho durante el día, bordó sus invenciones, narrando con habilidad, alargando el relato.

—Si la vieras, a la pobre enfermera, con la cara hecha polvo, destrozada. Algo horrible. Luego se me ocurrió pasar por «El Jardín de Epicuro». Acaba de salir un nuevo manual de neurología, escrito por alguien a quien conozco. Bueno, a quien conocí en tiempos. No es que el asunto me apasione en este momento, pero...

—Comprendo, cariño —dijo Marie.

—Aparqué delante de la librería. Di una vuelta por el jardín de Luxemburgo, para destensarme. Te echaba de menos. Me iba diciendo: si Marie estuviese aquí, ahora, en este mismo momento...

Estaban ambos sentados en la cama, inmensa, cubierta por una colcha marrón oscuro con rayitas más claras del mismo color. Cada diez palabras, Zyto acariciaba la mejilla de Marie, llenándola de sentimientos tiernos. Marc jamás había sido tan expresivo con ella, jamás se le había confiado tanto. Jamás se había mostrado tan niño pequeño.

Le pasó la mano por el pelo, lo besó.

—¿Y tu amigo? ¿Sigue tan gracioso como siempre?

—¿Qué amigo?

—El librero.

—¿El librero?

Zyto empezaba a inquietarse.

—¡Marc! ¡Fin, el librero, Jean Fin!

Sí. Evidentemente, Marc conocía al librero, y éste se llamaba Fin, Jean Fin, un nombre que se prestaba a tontos juegos de palabras.

—Sí, perdona, cariño, claro. Supongo que seguirá tan gracioso como siempre. La verdad es que no entré en la librería, después del paseo. Me dejó de apetecer.

Marie lo miró. Tenía un aspecto lastimoso. Se acercó a él y lo besó de nuevo, en la punta de la nariz. Zyto vio sus pechos bajo el vestido rojo, atrapados en un sujetador blanco de encaje. De inmediato pensó en Marianne.

Tuvo un principio de erección.

Se sintió invulnerable, en aquella habitación de hotel. Al abrigo de Marc. Iba a pasar unas cuantas horas tranquilas con Marie. Luego, ya vería. Cada cosa a su tiempo.

—Deberías tratar de dormir un poco —le dijo ella.

Durmió, más de dos horas, profundamente, sin soñar.

Luego fue a ver a Léonard a su habitación. El chico se estaba infligiendo un atracón de tele. Lo veía todo. Sabía que tan pronto como regresaran a casa volvería a caer en las redes de los antiguos reglamentos, y que la televisión se convertiría en un placer muchísimo más raro.

*Walkman* y televisión, «Come Rock», telefilmes. Estaba perfectamente feliz. Por el momento, no se aburría lo más mínimo.

Zyto charló un poco con él, haciéndolo reír con la detallada descripción de un perro que había visto en el jardín de Luxemburgo: pequeño, peludo, con el hocico muy plano, aplastado, recogido hacia arriba, como si se hubiera ganado una buena coz en plena jeta en justo castigo por haberle dado la lata a un digno caballo.

Presa de un acceso de nerviosismo, Zyto mimó la escena supuestamente acaecida entre el perro y el caballo. La remató dándose un manotazo en la cara y haciendo como que se le ponía una mueca espantosa, que le deformaba la locución.

—¿Ves a qué perro me refiero?

Léonard logró contener la risa durante el tiempo suficiente para imitar la cara de su padre y decirle, hablando por la nariz: «Sé perfectamente a qué perro te refieres». Luego rompió a reír, y ambos se dieron de golpes, como un par de colegiales.

Luego fue la hora del telefilme norteamericano de ciencia ficción que Léonard no quería perderse a ningún precio. Zyto se quedó en la habitación, mirando a aquel guapo chaval moreno, admirando su flequillo espeso y un poco femenino, sus ojos oscuros, brillantes, sus brazos y sus piernas gráciles, pero de refinado dibujo, sus rodillas —más morenas, Dios sabría por qué, que el resto de las piernas.

Aún más guapo que Marc, se dijo. Léonard había heredado una mezcla, artísticamente conjuntada, de las bellezas de sus progenitores.

—¿Por qué me miras? —dijo Léonard.

Rió encantadoramente y sin apartar los ojos —o apartándolos, encantadoramente, por una fracción de segundo— de la persecución entre ingenios espaciales que sacudía la pantalla.

—No sé, ni idea —dijo Zyto.

Se sentía extrañamente bien.

Más tarde, al declinar el sol, Marie les propuso una vuelta por la plaza de los Vosgos. Zyto bajó un minuto antes que ellos y consultó en el vestíbulo del hotel (evitando la fría mirada del recepcionista) un folleto publicitario en que figuraban datos históricos relativos al lugar. Así podría hacer frente a la lluvia de preguntas a que Léonard sin duda lo sometería.

Pasearon durante un cuarto de hora.

—¿Quién es el tío del caballo, en aquella estatua?

—Luis XIII —dijo Zyto.

—Y ¿de qué época son todas estas casas tan bonitas?

—Ya te lo dije la última vez que vinimos por aquí. Aunque reconozco que hace mucho tiempo.

El juego le resultaba excitante. ¡La última vez que vinimos!

—No, nunca me lo has dicho.

—Sí.

El niño vaciló.

—Se me habrá olvidado.

—Fueron construidas entre 1605 y 1612. ¿Vale así? ¿O quieres que te diga también la fecha de nacimiento de todos los que viven en el segundo piso del edificio este?

Señaló con el dedo un edificio. Léonard rió. Zyto no cabía en sí de gozo: estaba seguro de que Marc habría podido hacer el mismo chiste, palabra por palabra. Hasta Marie sonreía.

Cuando regresaban al hotel, un autocar pequeño se detuvo delante de ellos, junto a la acera, del lado de la plaza de los Vosgos. Se apearon unas quince personas de edad. Una señora de baja estatura se acercó a Zyto con una sonrisa que añadía mil arrugas a las mil naturales que ya poseía. Respiraba con dificultad, ruidosamente.

Era Germaine Halbronn.

—¡Buenas tardes, doctor! ¡Cuánto me alegro de volverlo a ver!

¿De dónde salía la momia aquella? ¿Por qué venía a complicarle la vida, como si no hubiera pasado ya por bastantes apuros en el día de hoy? No había más remedio que contestar al saludo, estrechar la mano que le tendía. Había dicho «doctor»: ¿alguna cliente de Marc, alguna chiflada simpática, curada ya? En todo caso, Marie no la conocía. Ni Léonard. Germaine Halbronn los miraba con timidez, sorprendida de que Marc no los presentase, sorprendida sobre todo de que no dijese nada de Cookie, de que se comportara como si Cookie no hubiera existido nunca. Acabó por presentarse ella misma, con una especie de distinción natural que los años no habían echado a perder: Germaine Halbronn. Marie le estrechó la mano, sonriendo con amabilidad, y lo mismo hizo Léonard a continuación. «Mi mujer, mi hijo», farfulló Zyto. Había que añadir un par de palabras más, preferentemente sin caer en ninguna enfermedad que no viniera a cuento y que dejase cortada a la anciana. Se atuvo a lo más simple:

—¿Cómo está usted?

—Muy bien —dijo ella, sin convicción—. Pasando el rato.

Señaló el autobús con gesto de desengaño. Marie captó el malestar de Zyto y en seguida acudió al rescate:

—¿Están ustedes visitando París?

—Sí. Nos llevan a ver los sitios bonitos. Después nos dan de comer o de cenar. Esta noche nos toca cenar en un restaurante de la plaza de la República.

El plan no parecía colmarla de gozo. Miró a la izquierda y a la derecha, como si aún fuese posible que apareciera Cookie. No le entraba en la cabeza que el doctor Lacroix no le dijese una palabra del perro. Preguntó, con suavidad:

—Y... ¿Cómo está Cookie?

¡Comprendido! Cookie, el perro que Marc le había regalado a la gran idiota aquella, a la Cazanvielh, se lo había comprado Marc a esta otra, a Germaine Comosellame, la asmática. El perro empleado en el primer experimento.

—¡Muy bien! ¡Estupendamente! —dijo Zyto.

Luego se calló, esta vez sin remedio. Germaine Halbronn no pudo evitar que se le entristeciera la expresión. El doctor le había dicho, le había prometido incluso... Con tanta sinceridad, cuando estuvo en su casa... ¡Decididamente, no podía uno fiarse de nadie!

Se dio cuenta de que molestaba. Tras despedirse, volvió pasito a paso, por culpa de la mala circulación de sus piernas, junto al grupo de ancianos que se masticaban las propias encías con todo entusiasmo, mirando de soslayo, como furtivamente.

—¿Quién es? —preguntó Léonard.

—La señora que me vendió a Cookie.

—Es la mar de agradable —dijo Marie—. ¿Has visto lo triste que se puso al preguntarte por el perro?

—Sí.

—¡Pobrecilla! Tiene unas manos preciosas, para su edad.

En el vestíbulo del hotel, el recepcionista antipático los recibió con una sonrisa que parecía obtener apretando un pedal de debajo del mostrador; una sonrisa de encargo, que cuatro segundos más tarde había desaparecido instantánea e íntegramente de su rostro. Zyto pensó que el salón de los doce cuadros (los había contado) era todavía más impresionante al caer el día. Cosa de la luz. No sabía nada de pintura. ¿Eran caros aquellos lienzos? ¿Cuánto podría sacar de su venta en conjunto un ladrón bien introducido?

No tenía ganas de cenar en el restaurante, ni de salir. Prefería agazaparse en el hotel, reduciendo su universo, por aquella noche, a las cuatro paredes de la habitación, gozando de la presencia de Marie.

Marie llamó a recepción y se hicieron servir en la habitación una cena excelente, desde la lubina rellena a las colas de cangrejo de río, acompañándose con un *puligny-montrachet* bien fresco. Léonard comió con glotonería. Y con prisa, para reintegrarse cuanto antes a sus dominios y ver la película de terror de la sexta cadena. «En el programa dice que no asustaría ni a un niño de cinco años», había aclarado previamente, para obtener el beneplácito paterno.

Marie y Michel Zyto también vieron la tele, a partir de las diez, un programa sobre la Grecia antigua, primero de una serie de doce. A las diez y veinticinco oyeron golpes en la pared medianera. Unos golpes lejanos, porque el tabique era espeso.

Marie se trasladó a la habitación contigua. Al abrir la puerta dijo «¡Ya!», y Léonard, desde su cama, clamó: «¡Ya mismo! ¡Ya!»

—¿No quieres más tele?

—No, tengo demasiado sueño.

—¿Estuvo bien?

—No. Una tontería. No habría asustado ni a un niño de cinco años.

Marie rió y le dio un beso. Se había lavado las manos y los dientes, antes de meterse en la cama. Olía bien.

Michel Zyto acudió también a desearle buenas noches. Léonard estaba ya medio dormido. Lo dejaron solo.

Terminó el programa sobre Grecia. Vinieron a continuación las últimas noticias. No habían puesto el telediario de primera hora de la noche, para ahorrárselo a Léonard. Cuanto menos oyera hablar de Michel Zyto, mejor para él. Vieron a «Marc», en ambas fotos.

—De modo que ésa es la pinta que tiene —dijo Marie—. Debe de resultarte raro verlo en la tele. Espero que no tarden mucho en detenerlo.

—Espero —dijo Zyto.

—¿Crees que se habrá afeitado el bigote?

—Seguramente. Y llevará gafas de sol. Es poca cosa, pero cambia muchísimo la cara. Lo principal es que no te preocupes, cariño.

—Ni tú tampoco.

No estaba preocupado. Seguía sintiéndose bien, como si hubiera ocurrido algo nuevo e importante, aunque no supiera qué.

Se abrazaron. Acarició las piernas, el vientre de Marie.

Después hicieron el amor, casi ante los ojos de Marc, se dijo Zyto. Pensó que Marc, acaparado por su amante, tenía que haber desatendido a Marie. Era sin duda eso lo que explicaba la reserva de Marie en los primeros contactos. Pero esta noche estuvo mucho menos reservada. Y él mucho más emprendedor, animado por su éxito de la noche antes, y excitado por el recuerdo de su erección ante el cuerpo de Marianne.

En esta ocasión fue Marie quien tuvo la impresión de primera vez. Nunca había sentido un placer tan intenso con «Marc».

Zyto, tras una hora de devaneos y dos eyaculaciones que no lo dejaron agotado, sino al contrario, llevó su osadía hasta el extremo de colocar a Marie en la postura de las mujeres de sus sueños. Entonces comprendió lo que significaba enloquecer de deseo: el trasero blanco y respingón, redondo, como expuesto al borde de la cama, lo

volvió loco de deseo: hizo con ella todo lo que deseaba hacer, todo lo que se disponía a hacer cuando su sueño se interrumpía.

No por ello se debilitaba su decisión, su deseo de matar a Marie. Al contrario: ambas cosas iban en aumento, hasta culminar con la dicha sexual que junto a ella estaba conociendo.

Pero por el momento la amaba.

Trataron de hacer el menor ruido posible. Marie no quería que Léonard oyese ruidos procedentes de su habitación. Aunque lo cierto era que nada se oía de una habitación a otra. Y Léonard debía de llevar su buen par de horas durmiendo.

Pero no: Léonard no dormía.

Había estado todo el día prometiéndose que aprovecharía la noche para ver la televisión durante tanto tiempo como le permitiera su capacidad de resistencia al sueño. Habiendo fingido con bastante habilidad que estaba agotado y que se dormía, un cuarto de hora después de la marcha de sus padres volvió a poner la televisión en funcionamiento, aunque, por desgracia, sin sonido.

Al principio se aburría. Los programas eran abrumadores. La única película que ponían era de gente que no paraba de hablar. Hablaban en las casas, mientras se encaminaban hacia los coches, dentro de los coches, luego en el ascensor, luego otra vez en una casa distinta. Léonard, sin escuchar lo que decían, tenía la impresión de estar viendo peces. Estuvo a punto de dormirse. Pero resistió, cambiando una y mil veces de canal, y acabó por obtener el premio a tamaña obstinación: en la sexta cadena empezaron a desfilar *clips* con mujeres sin ropa, e incluso hombres y mujeres a medio vestir, haciendo como que copulaban. Por supuesto, no se veía «todo». Pero lo que se veía resultaba lo suficientemente novedoso y atrayente para el pequeño Lacroix.

Más tarde todavía, pusieron una película pornográfica en uno de los canales privados. Esta vez sí que se veía todo, de cerca y detenidamente. Léonard, igual de despabilado que si le hubiesen echado un cubo de agua fría a la cabeza, seguía atónito el inconcebible espectáculo.

Y fue entonces, en el estado de extrema atención en que se hallaba al cabo de tres cuartos de hora, cuando creyó oír ruidos procedentes de la habitación contigua, la de sus padres. ¿Era posible que no estuvieran durmiendo, a aquellas horas?

Pegó la oreja a la pared, apoyando todo lo posible la cabeza. Oía mejor. Ruidos extraños. Jadeos y gemidos, estertores, grititos ahogados.

No había apartado la vista del televisor.

Miraba sin dejar de escuchar, inquieto, intrigado, un poco asqueado. Con el pequeño sexo en posición erguida.

De pronto se hartó. Apagó la tele, se metió en la cama y se escondió bajo las sábanas, como si alguien pudiera atraparlo.

Bertrand Berchet, el recepcionista, estaba con los párpados bajos, en actitud de profunda meditación. Cualquiera habría dicho que rumiaba alguna seria preocupación. Pero lo cierto era que estaba mirando un televisor portátil que a partir de cierta hora ocultaba bajo el mostrador y que lo ayudaba a pasar el tiempo hasta la llegada del vigilante nocturno, un tal Antoine Englenden. Desde luego que el dueño del hotel, Hervé d'Ollandier-Ferlet, no se habría opuesto a que Bertrand Berchet matase un par de horas con ayuda del pequeño receptor que los clientes, si alguno se presentaba a tales horas, no alcanzaban ni a ver ni en realidad tampoco a oír. Pero Berchet, simulador y cazurro por naturaleza, prefería no decir nada, complaciéndose tontamente en la impresión de estar engañando a todo el mundo.

Cuando vio las dos fotos, en las noticias, creyó reconocer a Michel Zyto. Había visto a aquel hombre en alguna parte. Escrutó la imagen. No, se equivocaba, no lo conocía.

Cambió varias veces de canal. Nada le parecía bien. Se detuvo en los *clips* de la sexta cadena. Pero con el sonido a tan bajo volumen no resultaba muy divertido, a pesar de las mujeres desnudas. Sí que disfrutaba, en cambio, con la calidad de su pequeño receptor, un capricho de precio desorbitado, de una marca japonesa poco conocida, regalo de Estelle Esteban, su más reciente novia. A quien no añoraba ni lo más mínimo. Era muy rica, sí, pero tenía demasiados años, y se pasaba de tiránica.

Más valía no exagerar. Bertrand Berchet era un macarra, pero no tanto.

Hizo su llegada Antoine Englenden, un tipo rechoncho, de unos cuarenta años, con el pelo muy rizado y los ojos de huevo. Berchet en seguida guardó su pequeña tele en la bolsa de viaje de «Vuitton», regalo de Sophie Sorrente, la penúltima. Habría podido dejar el aparato alguna vez, por lo menos, para que Antoine lo disfrutara. Pero no era muy dado a prestar sus cosas. Y no le caía bien Antoine. La verdad era que nadie le caía bien.

Zyto, Michel Zyto... No, definitivamente no le decía nada aquel nombre.

Para volver a ser él mismo, Marc tenía que despellejarse vivo, arrancarse la «capa» Michel Zyto, centímetro cuadrado por centímetro cuadrado. Debajo, en efecto, aparecía Marc Lacroix, pero a cambio de tamaños sufrimientos, que prefería interrumpir la operación, quedándose al mismo tiempo en Marc Lacroix y Michel Zyto, odiosa mezcla, confusa y sanguinolenta, de ambos cuerpos.

En una cama de gran tamaño, con Marianne en los brazos, debajo, comprendió que estaba apretándose contra una masa líquida con las formas de Marianne. En aquel mismo momento, en una especie de estallido silencioso, el cuerpo líquido se descomponía, cediendo a la presión de sus brazos, transformándose en una masa de sangre que inundaba la cama y en la cual se hundía, a pesar de todos sus esfuerzos

por zafarse.

O, también, Marie y Léonard rompían a aullar al verlo, y corrían a buscar refugio en brazos de Michel Zyto. Los tres lo señalaban con el dedo. Luego, Marc distinguía con dificultad los tres personajes, apiñados todos, confundiendo cada vez más, hasta formar un magma indiscernible. Un velo rojo se interponía entre las cosas y él. Era una mirada que se velaba, y algo le dolía, algo lo apuñalaba por la espalda, y de pronto se quedaba sin visión y se venía abajo.

O, también, salía de París con Katarina; de golpe y porrazo estaban lejos de la urbe, rodando en coche a alta velocidad: el coche se salía de la carretera y caía en el mar inmenso que bordeaba ésta, un mar rosa y negro agitado por grandes olas, que los devoraba a ambos.

Una y otra vez atormentaban a Marc las mismas pesadillas, regresando en cuanto se sumía por un momento en el sueño, quizá diez minutos de cada hora. Se despertaba debatiéndose, con la boca abierta, conteniendo apenas el grito que en su interior crecía y que en el sueño lo dejaba sin aire.

Luego se levantaba. Miraba por la ventana la calle Piat, tristemente alumbrada. Bebía agua. Fueron litros de agua los que bebió aquella noche. Luego volvía a acostarse, abismándose en unas reflexiones, siempre las mismas, que cada vez desembocaban en lo mismo: no iba a poder aguantar demasiado. Si no aparecía Zyto, Marc pondría fin a aquel infierno en el transcurso del día siguiente. A cualquier precio. ¿Pero qué precio? —se preguntaba entonces. ¿Qué precio estaba dispuesto a pagar? ¿Que aquel demente causara algún daño físico a Marie y Léonard? ¿Daño físico, o algo peor? Y cada vez se perdía más en sus lucubraciones y en su angustia. Era intolerable.

A las seis de la mañana oyó movimiento en el piso de abajo. Se sentía tan profundamente desgraciado, que le vinieron ganas de bajar a conversar con Jacquot, de contarle todo, de pedirle ayuda.

Pero no se podía.

Amédée Hamond, más conocido por Jacquot entre la gente de la basca, se había acostado temprano, a las diez, para levantarse pronto, como tenía por antigua costumbre. Se preparó café. Había dormido bien. Siempre dormía bien. Se tenía bien montada la vida, con sentido común e inteligencia. No ganaba fortunas, pero sí, a su entender, lo suficiente como para vivir a gusto. Siempre se había negado a las ofertas demasiado atractivas, o sea, demasiado peligrosas. Sólo asumía riesgos pequeños, como el jugador que apuesta sumas reducidas y que siempre acaba por recuperarse. Nunca había dicho una palabra de más a nadie, nunca había ido con ningún cuento. Era famoso por su discreción, que le había valido, por ironía, aquel sobrenombre de loro: Jacquot.

Tenía unos cuantos amigos. Con ellos se agarraba la trompa, una vez a la semana.

Igual que se pasaba, una vez a la semana, por casa de una prostituta de Belleville, una mujer que sabía callar, la misma desde hacía diez años.

Se bebió el café. Delicioso. Sabía cómo preparárselo. Había probado mil marcas y otras tantas dosificaciones distintas.

No se acordaba para nada de su inquilino del piso de arriba.

El sábado 5 de agosto, a las ocho de la mañana, Martial salió del cuarto de baño del piso de arriba afeitado, lavado, vestido, oliendo a bálsamo Mark Cross para después del afeitado, en forma, feliz de estar vivo.

Silboteaba. Seguía silboteando, pero sin ruido, emitiendo solamente un poco de aire, cuando entró en el dormitorio donde Marie-Thérèse dormía aún. La besó en la mejilla. Ella gimió, se estiró, lo estrechó en sus brazos mientras abría un ojo, y al final se volvió del otro lado. Tras el beso, Martial se puso de nuevo a silbotear en silencio y luego, al salir de la habitación, con ruido.

En el callejón de los Soldados, sacó su viejo Volvo del garaje. Antes de alejarse, echó un vistazo a la fachada de la casa. Vio a Marie-Thérèse en la ventana del piso de arriba, en bata. Le hacía señas. Sin duda que no consideraba haberse despedido suficientemente de él. Asaltada por un pequeño remordimiento, y arrancándose al sueño que trataba de retenerla, se había precipitado a la ventana.

«Puede que no sea la más brillante de las mujeres», se dijo Martial, «pero ¡qué persona tan buena, Dios mío, qué persona tan buena!» Le envió un beso con la punta de los dedos. «Con tal que los Lacroix no se estén demasiado tiempo en ese hotel», se dijo casi al mismo tiempo.

Echaba de menos a Marie Lacroix. Estaba deseando volver a verla.

Aceleró saludando con el brazo por la ventanilla, y vigilando a Marie-Thérèse por el retrovisor. Luego tomó por la avenida de París a la izquierda.

¡A Melun! Aire libre, tiro al pichón, equitación con salto de obstáculos... Una jornada excelente en perspectiva. Tras una noche excelente.

Físicamente, Marc se fue sintiendo mejor a lo largo de la mañana. Se afeitó dos veces, una detrás de otra, aquella barba mucho más dura que la suya, y se lavó la cabeza, permaneciendo más de un cuarto de hora bajo el chorro de la ducha.

Su estómago le permitió absorber sin daño el buen desayuno que le subió su silencioso anfitrión.

Fue poniendo encima de la mesa de mármol toda la ropa que tenía, quitándole las arrugas del mejor modo posible.

Esperó.

Michel Zyto seguía sin venir.

¿Qué pasaba? ¿Qué estaba haciendo, todas aquellas horas? Pero Marc seguía empeñado en no tener en cuenta la posibilidad de otro desaguisado.

A la una y cinco salió de su madriguera.

Se dirigió a Versalles, a la avenida de París, a casa de los Cazanvielh. El tiempo acuciaba. Los convencería costase lo que costase. Conseguiría que Martial lo escuchara, aunque tuviera que recurrir al Colt del 38.

Había renunciado a utilizar la funda. Se había metido el pequeño revólver en el bolsillo interior izquierdo de la chaqueta.

Primera decepción: Martial no estaba en casa: el garaje estaba abierto, vacío, sin coches, ni el Volvo ni el pequeño Peugeot de Marie-Thérèse. Llamó a la puerta. No estaba ni siquiera Martine, la criada. Era un día sin Martine. Si no, le habría contado algún camelo. O la habría encerrado en algún sitio. Y habría esperado. Estaba dispuesto a todo.

Tanto peor. Sabía cómo entrar en casa de los Cazanvielh. Tanto peor, o tanto mejor: estaría a solas durante la espera. ¡Con tal que Martial fuese el primero en volver! Prefería diez mil veces tener que habérselas con Martial. Con Marie-Thérèse sería un desastre.

Volvió a la avenida de París, hizo unos sesenta metros, tomó a la derecha por una especie de camino entre dos muros, un pasaje angosto y mal cuidado. Primero torcía a la derecha y luego a la izquierda. Unos veinte metros después de la curva a la izquierda, se llegaba a la altura del jardín de los Cazanvielh. Marc, utilizando como estribo la rama más baja de una acacia, consiguió aferrarse con ambas manos a la parte superior del muro, se izó con apuros y saltó al otro lado. Al caer se golpeó el mentón contra la rodilla, con bastante dureza.

No tuvo que romper ningún cristal para entrar en la casa, porque la puerta de una especie de lavadero estaba abierta de par en par. Ropa tendida. Martial no toleraba que se utilizase el jardín a tales efectos.

Decididamente, Zyto poseía un cuerpo mucho más resistente, dotado de una capacidad de recuperación muy superior a la del cuerpo de Marc. El de Zyto obedecía sin rechistar, a pesar del cansancio, del insomnio, del hambre.

A Marc se le hizo un nudo en la garganta al verse en aquel salón inmenso y magnífico, donde tantos buenos momentos habían pasado todos juntos. El perfume de Marie-Thérèse y el olor de sus cigarrillos rubios flotaban por doquier. Vio las altas y finas piezas de metal del juego de ajedrez, colocadas en posición de comienzo. Movié un peón —e2-e4—, su apertura favorita. Generalmente, Martial replicaba con c7-c7. A continuación Marc sacaba el caballo, Cg1-f3, y Martial jugaba e6-e7, y así se iban adentrando en los rigurosos recovecos del sistema de Latokroyzii, el famoso transilvano.

Vaciló, dejó el peón adelantado.

¿Había tenido Zyto la audacia de presentarse en casa de los Cazanvielh?

Pasó un dedo por la mesa de marquetería, suave y lisa, encima de la cual estaba colocado el tablero. Los fragmentos de maderas preciosas, anís, carosiera, ébano, mirto, aplicadas por incrustación y no por encaje simple, formaban diversas figuras geométricas hermosamente conjuntadas. Marc se dijo que le habría gustado tener una mesa tan bella en su propia casa; que no había otorgado la debida importancia a su

interior, a la comodidad de su familia, obsesionado como estaba por su máquina. Y por Marianne.

¿Cómo iba a poder vivir sin Marianne, aun suponiendo que todo acabara del mejor modo posible? Idea insoportable, que no le permitía un momento de reposo.

La cocina daba al callejón de los Soldados. Se apostó tras las cortinas a esperar. No por mucho tiempo: unos minutos más tarde llegaba Marie-Thérèse en su cochecito, con Cookie al lado, en el asiento del pasajero, muy ufano. El coche entró en el garaje.

¡Tenía que ser Marie-Thérèse! Volviendo sin duda del *brunch* de algún salón de té de Versalles. Con Martial había sido más sencillo. ¿Cómo hacer con la grandota de Marie-Thérèse, para ahorrar pérdidas y tiempo y ataques de nervios?

Venía de la peluquería. Llevaba el pelo corto.

Oyó abrir y cerrarse la puerta de la casa.

Tras haber almorzado en familia y tomado un café en la plaza de los Vosgos, en el restaurante «Luis XIII», y otro café en el hotel, Michel Zyto le dijo a Marie que iba a pasarse por Stéphen-Mornay para cambiar impresiones con Hugues, y que luego iría otra vez a ver a la pobre Adeline, porque, ya se lo había dado a entender vagamente, se sentía responsable de lo que le había ocurrido a la chica («no, cariño, claro que no, tú no eres responsable de nada en absoluto»). Y también acudiría a la policía, para ver cómo iba la investigación. Haría una de las tres cosas, o dos, o las tres, no podía quedarse quieto en ningún sitio, necesitaba moverse, dar la impresión de estar haciendo algo.

—Está bien, cariño —le dijo Marie.

Lo comprendía bien, pero no tanto —aunque no llegase a confesárselo— que le prestara tan poca atención a Léonard aquella mañana, a pesar de que el niño estaba claramente fuera de quicio. Se había levantado cansado, pálido, taciturno. Después del desayuno había pretendido irse otra vez a dormir, él que detestaba toda clase de siestas. Con lo contento y lo tranquilo que había estado el día anterior...

—Te aseguro que es cosa de la digestión —dijo Zyto antes de salir—. No es la primera vez que le sienta mal el pescado.

Lo dijo al tuntún, convencido de que la frase sonaba estupendamente. En todo caso, Marie no dio la impresión de sorprenderse. Él añadió:

—Le sentará bien dormir.

Ella lo tomó en sus brazos, feliz de que se despidiera con una palabra dedicada a Léonard. Se besaron y Zyto se encaminó a Belleville, a la calle Piat.

Marc vio a Marie-Thérèse de espaldas, por dos puertas entreabiertas. Se adentró en el salón. Arrojó el bolso en un sillón y se acercó al teléfono. Cookie, por su parte, se había colado ladrando hasta la cocina. Una vez ante Marc, primero se quedó dudando —Marc lo mandaba callar con el dedo—, luego dejó de ladrar, meneó la cola y se frotó contra su pierna.

El más adorable y el más inteligente de los perros.

Marc se agachó para darle unos golpecitos en la cabeza. Luego salió resueltamente de la cocina.

Marie-Thérèse, repantigada en el rincón del teléfono, con un cigarrillo sin encender en los labios, hojeaba su libro de direcciones.

Al levantar la vista, lo vio. Él se detuvo.

—No tenga usted miedo, Marie-Thérèse, se lo suplico. No tenga miedo, voy a explicárselo todo, mire, me quedo aquí sin moverme, le voy a explicar...

Se quedó quieto, en efecto, con los brazos separados y las manos abiertas, en un gesto apaciguador. Pero nada sirvió de nada. Marie-Thérèse, aterrorizada, apenas si oyó lo que decía. Se figuró que tenía delante al «loco de Marc», y casi al mismo tiempo lo reconoció, a pesar de que llevaba afeitado el bigote. Dejó caer al suelo el cigarrillo y el libro de direcciones y se levantó lanzando un aullido que en seguida cortó en seco, para poder concentrar todas sus energías en huir de aquel asesino de mujeres.

Fue reculando, cada vez más deprisa, volvió la cabeza para localizar la puerta por donde pensaba escapar —salir de la habitación, saltar por una ventana y galopar hacia cualquier sitio, ya vería—, pero demasiado tarde: la puerta estaba a medio abrir y Marie-Thérèse, con todo su impulso, fue a tropezar de frente con el borde de la hoja. El choque fue violento, y ella sola se puso fuera de combate. Marc ni siquiera había llegado a moverse.

Se deslizó hasta el suelo, sin conocimiento. Marc se acercó precedido del muy desconcertado Cukinocho, que se puso a darle pequeños golpes con el hocico a su ama, lloriqueando con toda su capacidad de lloriquear, nada escasa.

Fuera de combate. Le sangraba la frente. Nada grave. Marc lo comprobó inmediatamente. No, no había duda, no le ocurriría nada a aquella cabeza de chorlito. El tiempo acuciaba, no dejaba de repetírsele ni por un segundo. Decidió apelar a los grandes recursos.

Se puso a Cookie debajo del brazo, lo encerró en la cocina y volvió junto a Marie-Thérèse con un cuchillo de cortar carne.

Al menos ahora sí que sabría de qué asustarse, pensó con cierta mala fe.

También pensaba que el pelo corto le sentaba muy bien.

Se puso a horcajadas sobre ella. Le sacudió la cara a derecha e izquierda, dándole ligeras bofetadas, para despertarla. Tuvo que contenerse para no picotearle las mejillas con la punta del cuchillo. En su fuero interno la estaba insultando. No le perdonaba que hubiese perdido el control. Lo sacaba de sus cabales, detestaba que le estuviera haciendo perder el tiempo.

Se encontró injusto y odioso.

Marie-Thérèse pestañeó varias veces antes de abrir los ojos de una vez. Sintió que tenía el rostro húmedo de sangre.

Allí estaba el loco, cerquísima de ella, aplastándola, y con un cuchillo en la mano. Estaba aterrorizada. No movió un dedo del pie.

—¿Dónde están los Lacroix? —le preguntó Marc.

—No lo sé —dijo Marie-Thérèse, con voz de niña pequeña.

Le seguía sangrando la herida de la frente.

—Dígame inmediatamente o le rebano el pescuezo —dijo Marc, acercando la hoja al rostro de Marie-Thérèse.

—No lo sé —dijo ella, en un susurro.

Marc la creyó.

—¿Y Martial? ¿Dónde está Martial?

—No lo sé.

Sí lo sabía. No era el mismo «no lo sé» de las veces anteriores.

—¡Sí, sí lo sabe! Él se lo ha dicho. Siempre se lo dice. No tengo intención de hacerle daño, se lo juro. Lo único que quiero es saber dónde están los Lacroix.

—Yo no lo sé —dijo ella—. Se lo pregunté a mi marido y me dijo que él tampoco lo sabía.

—¿Dónde está Martial? —repitió Marc—. ¡Dígame dónde está, por todos los diablos, en seguida!

Había levantado la voz, casi hasta el punto de gritar. Apretó la hoja contra el cuello de la pobre Marie-Thérèse. Ella volvió a decir que no lo sabía, pero sin emitir sonido alguno; había que leerlo en sus labios: «no lo sé».

Era más valiente de lo que Marc había pensado.

Los grandes recursos. De pronto blandió el cuchillo, como si se dispusiera a hincárselo. Ella, en efecto, así lo creyó.

—¡Espere! —dijo.

La palabra le gorgoteó en la boca. Tenía la cara roja de sangre, los ojos fuera de las órbitas. ¡Qué lío tan horrible!, pensó Marc. No estaba orgulloso de sí mismo. Pero tampoco sentía auténticos remordimientos. Se daba cuenta así de hasta qué punto atempera el remordimiento la certidumbre de salir impune.

—¿Va usted a matarme después?

—¡No! —gritó él—. No, ni tampoco le haré daño a Martial. ¿Dónde está?

—En Fontainebleau, en la calle Frères, en una finca que se llama «Les Bloudes». Montando a caballo.

Volvió a un lado la cabeza. La alfombra estaba manchada de sangre. Sollozaba. ¿Estaba diciendo la verdad? Seguramente. Martial solía hablar de sus sesiones de equitación en Fontainebleau. Y, por otra parte, Marie-Thérèse estaba demasiado asustada como para mentir, bastaba con mirarla para darse cuenta. Y Marc no tenía elección. Tendría que darse por contento con aquel dato. No iba a descuartizarla para asegurarse de que no mentía.

Y ahora, ¿qué hacer con ella? Lloraba en silencio. Daba pena verla, pero no se la daba a Marc, por el momento. Al contrario. Cierta maldad lo impulsaba a llegar hasta el fin de la comedia, no a clavarle el cuchillo pero sí a hacer todo lo demás, menos clavárselo. La obligó a levantar el torso, le mostró el cuchillo con una horrible mueca, exactamente como si fuera a matarla, ahora que ya había conseguido lo que quería, ahora que ya había hablado.

Marie-Thérèse exhaló un inmenso suspiro y se desmayó. Esta vez se desmayó de espanto. Marc, todavía sentado encima de ella, sintió cómo se quedaba sin aire, cómo se le deshinchaba debajo del trasero, igual que un colchón neumático.

No venía mal, se dijo, ahora podría ocuparse de ella con toda tranquilidad. Arrancó los cordones de tres cortinas y la ató con ellos por los tobillos y las muñecas. Le metió en la boca un pañuelo de seda que encontró en su propio bolso. Luego fue al cuarto de baño. El botiquín estaba bien provisto. Cogió algodón, alcohol de 90°, y Stérilstrip, un refinado esparadrupo capaz de hacer las veces de dos o tres puntos de sutura en pequeñas heridas.

Primero utilizó el Stérilstrip a modo de mordaza. Pegó una buena tira encima de la boca de Marie-Thérèse. Unas cuantas horas que se iba a quedar sin charla. Así descansaría.

Para terminar, se ocupó de ella como médico. Le colocó debajo de la nuca un cojín del sofá, para que no corriera riesgo de asfixiarse. Le tomó el pulso. Un poco débil, pero normal. A continuación le lavó la cara con alcohol de 90°.

La quemazón del alcohol la sacó de su desmayo. Nada más abrir los ojos rompió a llorar otra vez. Trató de hablar. Imposible. Emitió unos cuantos gruñidos ridículos. Marc esta vez sí que se apiadó de ella. Manteniendo unidos los labios de su herida y aplicándoles con todo cuidado unos centímetros de Stérilstrip, le dijo con suavidad:

—Perdóneme, Marie-Thérèse. Y no se preocupe, no le va a pasar nada a Martial, se lo he prometido. Lo único que quiero es encontrar a los Lacroix. Pero no va a pasarle nada a nadie, no se preocupe.

Marie-Thérèse, perdida en el abismo de su terror, nada comprendía, nada escuchaba, apenas si llegaba a oír. Estando las cosas como están, pensó Marc, lo mejor es que crea a pies juntillas que ha sido atacada por Michel Zyto, un loco, raro,

imprevisible, que bien podía haber entresacado información acerca del matrimonio Cazanvielh en el transcurso de aquella psicoterapia tan particular de que lo había hecho objeto el doctor Lacroix.

Apartando los ojos de ella, se puso en pie.

«Les Bloudes», calle Frères, Fontainebleau. ¡Cuántos esfuerzos aún, cuánto tiempo, para encontrar a Martial! Marie-Thérèse hacía juegos de ojos. Empezaba a creer que escaparía de la muerte. El loco se alejaba de ella.

Marc cruzó el salón, pasando cerca del rincón del teléfono. Su mirada se posó en el teléfono verde de diseño estrafalario, en los tres ceniceros, todos limpios, menos el del medio, en el cuaderno de hojas cuadrículadas. En el cesto de los papeles.

Se detuvo, por si acaso.

Se sentó en el sillón de cuero, cerca de la ventana. Nada en el cuaderno de notas. La primera página estaba en blanco. Y nada en el cesto de los papeles, o no gran cosa, tenían que haberlo vaciado recientemente: un paquete de cigarrillos vacío, un talón anulado, un folio grande de papel blanco, todo arrugado, un grueso clip de metal rojo, nada.

Se hizo con el cuaderno.

En las novelas de aventuras de su infancia, el héroe solía colocar un secante frente al espejo y en éste aparecía un mensaje de gran utilidad para sus pesquisas. O, más sencillamente... Marc examinó la primera hoja del cuaderno. Estaba en blanco, pero lo escrito en la página anterior, arrancada, podía leerse en ligero hundimiento. Incluyó el cuaderno, para que la luz hiriese los surcos y la escritura se dibujase mejor. Letras mayúsculas. También vio números. ¿Un teléfono? Era hasta fácil de leer. Tomó un bolígrafo y siguió el trazo de los caracteres:

xarcoil.

P de la R

42 19194526

Incomprensible.

No, ¡muy comprensible! Una ocurrencia del payaso de Léonard. Xarcoil igual Lacroix. Marie sí que había llamado por teléfono a Martial, a escondidas de «Marc», con toda verosimilitud.

Le cosquilleó un atisbo de celos. Martial y Marie tenían sus secretitos. Porque Martial, por descontado, no le había dicho nada a Marie-Thérèse.

P de la R... Consultó la guía. Hotel P de la R... Pavillon de la Reine. El teléfono correspondía: 42.19.19.45. Habitación 26.

Marie-Thérèse no alcanzaba a verlo. ¿Qué hacía? Estaba de espaldas a ella, tapado por las plantas de los maceteros. ¿Por qué se demoraba?

¡Ya, ya se iba!

¡Estaba salvada!

Marc salió de la casa por donde había entrado.

Xarcoil. Acababa de ahorrarse horas de gestiones inútiles.

Tras haber vuelto a saltar el muro, esforzándose por caer más controladamente que la vez anterior, para no acabar de estropearse el mentón aún dolorido, miró el reloj de Michel Zyto y vio que eran las dos y cuarto.

Plaza de la República, calle Faubourg-du-Temple, luego, todo recto hasta la calle Belleville.

Zyto guardó el viejo plano y arrancó.

Del garaje de la calle Béarn se salía con una tarjeta suministrada por el hotel. Había que meterla en una ranura, la barrera se levantaba y la tarjeta volvía a aparecer de inmediato.

Tres minutos más tarde, Zyto rodaba por el Boulevard Beaumarchais, cambiando de marchas con ímpetu.

El día anterior, a primera hora de la tarde, había tenido una idea. Algo confusa, en su planteamiento, pero muy consoladora, como desde el principio advirtió. Según fue adquiriendo forma y consistencia se le fue imponiendo con mayor claridad. Una idea que le permitía entrever la salida de sus problemas sin salida, un consuelo sin precedentes, el de liberarse de un conflicto desgarrador sin empeñarse en resolverlo, sino dejándolo de lado en su totalidad, en bloque. El consuelo que significaba fugarse de la cárcel del «o esto o lo otro», como decía el doctor Lacroix.

Aparcó en la calle Belleville, unos metros antes de la calle Piat, frente a una carnicería-charcutería. A pesar de las vacaciones y del calor de la tarde, había mucha gente paseando por la calle Belleville. Pero la calle Piat, muy de vecinos, estaba desierta.

Zyto no vio el Autobianchi rosa. En cierto modo, esperaba haberlo visto.

Cruzó el jardincillo del número 51 con paso resuelto, sin preocuparse demasiado de que lo vieran. Observó que las cortinas azules del piso de arriba estaban corridas.

En cuanto Amédée Hamond abrió la puerta, Zyto le hincó en el estómago el cañón de la pistola suiza de 6 mm SIG P2 10.

—Hola, Jacquot. ¡Adentro, deprisa!

Jacquot lo miró de hito en hito, sin pestañear, y luego —ni sorprendido ni asustado— obedeció. Lo único que pensó fue que el hombre con quien se las estaba viendo no se parecía en nada, en el aspecto externo, a sus clientes habituales, ni en general a la gente que él frecuentaba. Entraron en la casita. Zyto cerró la puerta tras sí. Fue al grano de inmediato.

—A ver, dime: ¿tienes un inquilino corpulento, de treinta y siete años, pelo castaño, con traje gris? Aunque, claro, ha podido cambiarse de traje. Se llama Michel Zyto. Es un loco que anda suelto. Quizá lo hayas visto ayer por la noche por la tele. ¿No? Venga, te escucho.

Amédée Hamond no se descompuso. Ya había vivido incidentes similares, y siempre se las había compuesto para salir airoso. Consideró que contestando a la pregunta no comprometía a nadie. Indicó que no con la cabeza.

—No es él. Hay un tipo alojado en el piso de arriba, pero no es él. Seguro. Nada de gresca, por favor, que no se estila en esta casa.

Zyto se quedó de una pieza. No parecía que Jacquot le estuviese metiendo ninguna bola.

—De todas maneras, vamos a ver.

—No te empeñes, no es él.

—Date la vuelta —dijo Zyto.

Le colocó el cañón en la nuca rapada.

—Venga. Subimos tranquilamente. No te preocupes, que no habrá gresca. Pero sería gilipollas no comprobarlo, ya que he hecho el viaje hasta aquí.

El inquilino, en efecto, no era «Zyto-Marc», sino algún otro, un hombre muy moreno, de unos treinta años, con el nacimiento del pelo casi tapándole la frente. Y dormía a pierna suelta, vestido en la cama. Lo despertó bruscamente la brutal entrada de Zyto, que empujó a Jacquot por delante.

—No te asustes —dijo Zyto—. Es un momento. ¿Desde cuándo estás aquí?

El hombre se quedó atónito al principio, pero muy pronto recuperó el control. Miró a Jacquot, luego el reloj, luego el arma que le apuntaba. Como acababa de hacer Jacquot, se pensó la cosa y llegó a la conclusión de que no era como para empezar una guerra de bandas.

—Media hora —dijo, con acusado acento italiano.

Luego se apoyó en ambos codos y esperó a ver qué pasaba.

—Muy bien —dijo Zyto—. Olvídate de mí y duerme tranquilo. Y sigue confiando en Jacquot.

Con el cañón de la pistola indicó al dueño de la casa que había que salir de la habitación.

En la planta baja, le preguntó, mirándolo a los ojos y sin dejar de amenazarlo con el arma:

—El tipo que te he dicho, el tal Michel Zyto, estuvo ahí antes que este otro, ¿verdad? ¿Acaba de marcharse?

Cuestión algo más delicada. Jacquot no contestó nada. ¿Quién calla otorga? Zyto habría podido asegurarlo. Algo en la actitud de Jacquot, en su impasibilidad y en su silencio, decía más bien sí que no. No podía decir que sí, pero lo daba a entender. De otro modo, habría dicho que no. Nada le impedía decir que no, si era que no.

Quizá. Ya está bien de razonamientos, se dijo Zyto. ¿Qué importaba, además? Hubiera o no hubiera estado Marc allí, lo indudable era que ya no estaba.

Interpretó durante unos cuantos segundos más la comedia del interrogatorio.

—Contesta, Jacquot. Puede que salves la vida si me contestas.

—Hasta ahora —dijo Jacquot, que ya se había visto en otras—, si he salvado la vida ha sido por no contestar a preguntas como ésa. Y lo mismo va a pasar hoy.

Zyto, siempre dispuesto a admirar lo que se le antojaba digno de admiración, quedó seducido por la tranquilidad y la desenvoltura de Jacquot. Sonriendo, bajó el arma.

—Bravo. Tienes razón. Lo mismo va a pasar hoy. Ah, sí, una cosa, antes de marcharme: Michel Zyto, el chiflado a quien diste alojamiento anoche, en realidad soy yo. He cambiado de cuerpo. Es él quien tiene el mío, mi cuerpo. ¿Comprendes? Difícil de comprender, ¿verdad? Pero así es. ¿No me crees? Yo estuve alojado aquí hace un par de años. ¿Te acuerdas?

Jacquot no contestó. Se acordaba de Michel Zyto tanto como de cualquier otro: se acordaba de todo, pero no quería acordarse, ni saber nada de nada. Lo que deseaba era que aquel tipo alto y bien maqueado se largase lo antes posible. Un loco. Quien piensa que los demás están locos, es que está loco él. Tal era la experiencia de Jacquot.

Zyto volvió a sonreírle:

—Hasta luego. Encantado de haberte visto otra vez.

Abrió la puerta, salió andando hacia atrás, no por prudencia, sino porque aún tenía algo más que decir, algo que se había venido guardando para el final:

—Tropecé en un peldaño al subir la escalera. El penúltimo peldaño. Casi me echo a perder la cara. Piensa en eso, Jacquot.

Cerró de un portazo.

Esta vez había dado en el clavo. Jacquot se quedó dándole vueltas. ¿Cómo podía este hombre, que no era el otro, conocer un detalle tan preciso e insignificante, relativo a la primera visita del otro? Sí que era raro. Pero siguió pasando del asunto.

Zyto cruzó el jardincillo. Al volverse, comprobó que el italiano había apartado las cortinas y estaba observándolo. Zyto le hizo una señal con la mano.

Estaba satisfecho de sí mismo. Había despertado el interés ajeno.

Marc localizó sin dificultad el garaje de la calle Béarn. Entró en él. No estaba el Nissan Terrano. Volvió a subir al Autobianchi y exploró todo el barrio sin ver el 4x4. ¿Habían dejado el hotel? No era probable. Más bien habrían salido. O había salido Zyto, él solo. Sabiéndolos en lugar seguro, no se los llevaba consigo a hacer los recados. A tratar de localizar a Marc.

Zyto por ahí, en el 4 X 4. Marie y Léonard en el hotel.

Llamaba por teléfono a Marie, la convencía, subía a verla.

Aparcó en la calle Minimes, una callejuela que cortaba Béarn.

Y se dirigió al hotel Pavillon de la Reine. Iba a intentar una pequeña proeza.

Dos minutos más tarde entraba en el vestíbulo del hotel.

Los Lacroix no se privaban de nada...

Estaba al acecho. ¡Lo peor habría sido tropezárselos de improviso!

Nadie, aparte del recepcionista. Ningún ruido.

—¿Está el señor Xarcoil, por favor?

—No, señor —contestó Bertrand Berchet—. El señor Xarcoil salió hará cosa de una hora.

—¿Y la señora Xarcoil?

—Sí. ¿Desea usted... ?

—¿Puedo llamarla por teléfono?

—Por supuesto. Cabina de la izquierda. ¿Sabe el número de habitación?

—¿El 26?

—Exactamente. Marque primero el 1, espere el tono y marque luego el 26.

—Gracias.

—A usted, señor.

Por fin algo que salía bien. Marc entró en la cabina de la izquierda.

Tan pronto como cerró la puerta, Berchet, que lo había identificado de inmediato, descolgó su propio teléfono y llamó a la policía.

—¿Policía, urgencias?

—Sí —contestó una voz grave y apresurada.

—Aquí el hotel Pavillon de la Reine, plaza de los Vosgos, 12. El loco ese que andan buscando, Zyto creo que se llama, el que salió ayer en el telediario, está aquí, en el vestíbulo, hablando por teléfono.

—¿Con quién hablo?

—Bertrand Berchet, recepcionista del hotel.

—¿Está seguro de que es él?

—Seguro.

—No se mueva, no haga nada, estaremos ahí dentro de dos o tres minutos —dijo

el hombre.

Colgó.

Berchet miraba de reojo a Marc. Lo vio que colgaba, que volvía a marcar el número. ¿Por qué? Curioso. La mujer y el niño estaban en la habitación.

Léonard durmió una hora seguida y se despertó en muy buena forma. El hecho de haber dormido a gusto le despejó las pesadillas de la noche anterior. Unas pesadillas en que su madre, cubierta de sangre de pies a cabeza, gemebunda, le hacía señales de socorro, sin que él pudiera atenderla. Marie no lo veía ni lo oía, a pesar de hallarse justo al lado.

Marie le mencionó los cangrejos de la noche anterior. Él volvió a asegurarle que los había digerido a la perfección. Estaba de color rosa. Había sudado un poco en la cama. Marie le sugirió que se diera una buena ducha. Luego irían a visitar la casa de Victor Hugo, al otro lado de la plaza de los Vosgos, en el número 6.

Léonard se duchó. Se mudó de pies a cabeza. Se puso una camiseta también con la inscripción help! en letras negras sobre fondo blanco, al revés que la otra. Marie había comprado las dos camisetas en un almacén de excedentes norteamericanos de la calle Faubourg-Saint-Honoré, el invierno pasado, un día que fue de tiendas con Marianne. Era como otra época de su vida, pensó con un poco de tristeza.

Salieron de la habitación. Para dos pisos, no tomaron el ascensor. Léonard bajó un piso entero marcha atrás, como los cangrejos, según explicó a su madre. Luego se dio vuelta y bajó normalmente el último piso.

Seguían sin contestar. ¿Se habría equivocado el recepcionista? Marc, tras haber colgado, salió intranquilo de la cabina.

—¿Está usted seguro de que la señora Xarcoil y su hijo no han salido también? No me contestan.

Bertrand Berchet levantó la cabeza.

—Seguro no, pero me parece...

Fue entonces cuando Berchet vio que Marie y Léonard llegaban al vestíbulo. ¿Qué podía querer de ellos el loco, qué relación había? Berchet estaba muy excitado.

También los vio Marc. Habían bajado mientras él llamaba por teléfono.

La impresión lo dejó conmocionado.

No supo qué hacer, de improviso. La fortuna le volvía la espalda. ¡Qué mala suerte, no haber podido hablar por teléfono con Marie!

Avanzó hacia ellos, con la boca ya abierta para decir: «Perdón, señora, querría hablar un momento con usted...», pero no le dio tiempo. El recepcionista —¿qué mosca lo había picado?— salió lanzado de detrás del mostrador y cargó contra él chillando:

—¡Súbase, señora, deprisa! ¡Es el loco que se ha escapado del manicomio!

¡Acabo de llamar por teléfono a la policía! ¡Ya vienen!

Marie agarró a Léonard por el brazo y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Marc se quedó paralizado, alhelado, durante medio segundo. Rápido, había que enfrentarse con aquel energúmeno. Cuando se volvió, Bertrand Berchet estaba ya tratando de placarlo.

Desde el instante mismo en que vio a Zyto venía soñando con ser él quien lo entregara a la policía. ¡Qué momento de gloria para Bertrand Berchet!

Marc tenía los brazos atrapados y no podía sacar el arma. Pero, a pesar de la presa de Berchet, todavía tenía las piernas lo suficientemente libres como para apoyarse bien en ellas y colocarle un rodillazo en los testículos, con todas sus fuerzas, como con intención de levantarlo del suelo.

El recepcionista que se excedía en el cumplimiento de su deber se llevó las manos al bajo vientre exhalando una especie de corto ladrido. Marc estaba ciego de rabia. Aquel pobre imbécil lo había echado todo a perder. Sacó el Colt del 38 del bolsillo. Berchet tuvo miedo, un miedo atroz: ¡el loco iba armado, se disponía a matarlo! Comenzó a aullar: «¡Socorro!», pero Marc lo calló en «soc» golpeándolo con el cañón del revólver. Berchet recibió el golpe en los labios y los incisivos superiores. Se puso a sangrar instantáneamente. «¡Uaaa! ¡Ocro! ¡Mí!»: tales fueron los gritos de fiera salvaje que profirió con cuatro segundos de intervalo, antes de regresar, a pesar del dolor, a pasitos cortos como de viejo, detrás de su mostrador, donde se dejó caer en una silla, con lágrimas en los ojos.

Dos señoras de la limpieza, seguidas de un cliente, desembocaron en el vestíbulo. Marc guardó el arma y echó a andar hacia la salida sin prestarles atención.

El cliente, estomagado por la contemplación del Colt del 38, se retiró a toda velocidad, imaginando qué feroces giros de llave iba a aplicar a la puerta de su habitación. Con más valor, las dos señoras de la limpieza se quedaron allí, viendo que Marc se marchaba.

—¿Qué ocurre? —exclamó una de ellas.

—¡Mira a Berchet, le pasa algo! —dijo la otra.

Se acercaron. Berchet tenía la cabeza inclinada hacia el suelo, casi entre las rodillas. De la boca se le escapaba un hilo ininterrumpido de saliva rojiza y pegajosa.

Marc cruzó el patio interior, pasó por el zaguán y fue a salir a la plaza de los Vosgos. Había unos cuantos transeúntes mirando en dirección a la calle Francis-Bourgeois. Por ella llegaba el coche de la policía, silencioso, compacto y oscuro.

Marc giró a la izquierda, caminó con normalidad hasta la calle Béarn, que estaba desierta, y echó a correr una vez allí.

Tras su hazaña de Belleville, Zyto se preguntó si debía o no debía visitar a Hugues. Decidió que no. Ya bastaba por aquella tarde. Más adelante lo llamaría para decirle: no nos gustaba el hotel en que estábamos, Léonard pasó mala noche, vamos a

buscar otro, me volveré a poner en contacto con usted cuanto antes. ¿Nada nuevo? No, yo tampoco tengo ninguna novedad. Hasta pronto, amigo Hugues.

Tenía ganas de volver para pensar un poco.

Estaba perplejo.

Pero sus estados anímicos quedaban en segundo plano. Ahora ya sabía lo que quería.

Desde el Boulevard Beaumarchais tomó a la derecha por la calle Saint-Gilles, luego a la izquierda por la calle Béarn, para a continuación dirigirse tranquilamente hacia el garaje.

Vio un hombre que venía corriendo. Marc Lacroix. Michel Zyto.

Con toda calma, detuvo el coche, abrió la puerta del lado del pasajero y esperó.

Marc reconoció inmediatamente su Nissan Terrano —y el conductor llevaba su bonito traje de lino de color claro.

El coche se detuvo. Se abrió la puerta del pasajero.

Marc no lo dudó. Siguió corriendo, montó en el 4x4 junto a Zyto y cerró dando un portazo.

—¡Dé marcha atrás! —dijo Marc, sin aliento—. La policía está en el hotel. ¡Vuelva a meterse por la calle Saint-Gilles, por ahí, ésa!

Zyto obedeció. Dio marcha atrás, maniobrando con seguridad y rapidez.

¡Con qué gusto le habría plantado Marc el Colt del 38 en la nuca, sin esperar un segundo! Pero, tras la muerte de Marianne, sabía que aquel demente era capaz de cualquier locura, de matar, de matarse, de dejarse matar.

—No podemos seguir así. ¿Acabamos de una vez, ahora mismo?

—De acuerdo —dijo Zyto—. Iba a decírselo yo también. No puedo más. Pero prométame usted...

—Todo lo que quiera —dijo Marc—. Y puede creerme, como usted bien sabe.

—A pesar de...

Hablaban muy deprisa. Zyto iba a decir «a pesar de lo de Marianne». Marc comprendió.

—Sí. De todas formas, hay que acabar de una vez, ya. Me atengo a mis promesas de antes. Yo tampoco puedo más.

Zyto fingió tranquilizarse.

—¿Cómo ha hecho para encontrarme? —preguntó.

—Ahora por la calle de Turenne, ahí, a la derecha. Después métase por la calle Vieille-du-Temple, a la izquierda.

Zyto procedió.

—No soy más tonto que usted —dijo Marc—. Usted me encontró a mí, yo lo encontré a usted.

Zyto se metió por la calle Vieille-du-Temple. Contestó en lugar de Marc. Adivinaba cuál era la repuesta.

—Por sus amigos —dijo—. Martial. Martial y Marie-Thérèse. Su mujer ha debido de hablar con ellos.

Estuvo a punto de decir «Marie», y no «su mujer». Más adelante. Esa flecha ya la clavaría más adelante. El carcaj entero. Por el momento, había que mimar a Marc, ganarse su confianza.

—Sí —dijo Marc.

Se volvía con frecuencia. Nadie los perseguía. El maldito recepcionista estaría contándole su vida a la policía. Limpiándose la boca con una toallita cada tres segundos, para proferir algo que no fuera un gorgoteo de bebé.

—Vamos por la calle Rivoli, a la derecha.

De pronto, Zyto pensó en algo y el miedo le heló los tuétanos.

—¿Se lo ha contado todo a sus amigos? Porque si se lo ha contado todo a sus amigos, ¿qué es lo que me espera a mí, después? ¿Una cadena perpetua?

Fue entonces Marc quien tuvo que sobreponerse al pánico. También él temía por la ejecución de sus planes.

¡Había que tranquilizar a Zyto, costase lo que costase!

—No he contado nada en absoluto.

—¿Me lo jura? ¿Qué es entonces lo que ha dicho?

—Se lo juro. No he visto a Martial.

Y le explicó a Zyto, con todo detalle, el modo en que había sucedido todo, su infructuoso interrogatorio de Marie-Thérèse, herida en la frente, su ocurrencia, en el último segundo, de examinar el cuaderno de notas. No tuvo que esforzarse para dar la impresión de que decía la verdad: le dijo la verdad. Por ese motivo, Zyto lo creyó. Por ese motivo y porque no concebía que el doctor Lacroix fuera capaz de mentirle.

Iban por la calle Rivoli.

Tras el relato de Marc, ambos hombres se habían calmado. Estaban empapados en sudor.

—Ahora, todo recto hasta la puerta Maillot —dijo Marc.

—¿Qué ha pasado en el hotel?

—Quería hablar por teléfono con usted desde el mismo hotel. Para proponerle que hiciéramos lo que vamos a hacer. El recepcionista me reconoció. Sacaron la foto en las noticias.

—Ya lo sé —dijo Zyto.

—Llamó a la policía. Marie y Léonard bajaban de las habitaciones en ese momento. Marie se asustó, intervino el recepcionista. Eso es todo. ¿Ha conocido usted a Martial y Marie-Thérèse?

—Sí —se limitó a decir Zyto.

El muy hijo de puta era verdaderamente sólido. Había logrado sostener el tipo ante Marie, ante Léonard, ante los Cazanvielh, ante todo el mundo...

Marc lo odiaba con todo su ser.

Hubo un momento incómodo.

—No está del todo mal su disfraz —dijo Michel Zyto—. Pero quiero recuperar cuanto antes mi bigote.

Se miraron. Marc hizo un esfuerzo por sonreírle.

Lo único que Marc no quería recuperar cuanto antes era su neurinoma del nervio acústico. Cosa que lo hacía pensar un poco.

—¿Qué hago? ¿Sigo por los Campos Elíseos?

—Sí —dijo Marc—. Recto, todo recto.

Zyto lo miró con aire desdichado.

—Cuando lleguemos, tome usted todas las precauciones que quiera. Haré lo que me diga. Pero le juro que no tiene usted nada más que temer de mí. Tengo la impresión de estar saliendo de un mal sueño. Una impresión que ya he tenido antes.

Un actor excelente. Añadió:

—Y le juro, se lo juro, fue sin querer, lo de Marianne. No lo hice a propósito, fue un accidente, ya se lo he explicado. ¿Me cree usted?

—Sí —dijo Marc, con un profundo cansancio.

Casi lo creía. De conformidad con sus teorías sobre Zyto, y no estando al corriente de sus «adelantos» en las relaciones con las mujeres, se inclinaba a creerlo.

Y más le valía mostrarse con él tan conciliador como le fuera posible, ya que pensaba matarlo.

Plaza de la Estrella, avenida de la Grande-Armée.

Detestaba que se manejase tan bien con «su» coche.

—Lo creo —repitió—. Yo también vuelvo a jurarle que no tiene usted nada que temer de mí.

—¿Sospecharán de mí?

—No, no se preocupe. Si hiciera falta, yo mismo le proporcionaría coartada. Pero no hará falta.

—¿No me ha denunciado ya?

—No.

—¿Me lo jura usted otra vez? —dijo Zyto, casi implorante.

—Se lo juro. No he hablado de nada con nadie, ni de Marianne ni de ninguna otra cosa.

Zyto se dio cuenta de que Marc estaba muy frío. Fingió concentrarse en la conducción del 4x4.

—¿Y ahora? ¿A la derecha?

—Sí. En seguida habrá que tomar por la otra autopista, a la derecha. La autopista del Oeste. ¿Cuáles son sus deseos para... para después?

La respuesta de Zyto fue inmediata:

—Regresar a Stéphen-Mornay. Si me garantiza usted... Tengo que estarlo fastidiando con tanto pedirle que me prometa cosas.

—Se lo garantizo —respondió Marc—. Todo irá mejor. Y le aseguro que lo asociaré públicamente con un nuevo experimento, como le prometí en su momento. No lo considero a usted responsable de lo sucedido. Lo curaré del todo. Porque, a pesar de todo, creo que ya está usted parcialmente curado.

También Marc resultaba ser un buen actor.

En Maupas dejaron la autopista.

En un semáforo, acuciado por un camión que parecía con ganas de pasarles por encima y dejarlos planchados, Zyto no pudo hacer el giro a la derecha que Marc acababa de indicarle.

—No tiene mucha importancia —dijo Marc—. Tome la próxima a la derecha.

Cruzaron la hermosa localidad de Louveciennes. Pasaron por delante del castillo

de Voisins, cuya fachada de estilo griego siempre había sorprendido a Marc.

Cuando desembocaron en la calle del General Leclerc, Zyto giró a la izquierda siguiendo las indicaciones de Marc, y en seguida llegaron al número 101.

—Voy a abrir la puerta —dijo Zyto.

Fue con toda naturalidad a abrir la verja.

Entraron con el coche y aparcaron frente a la escalinata.

La contemplación del estanque rodeado de sauces, en mitad del amplio parque, era un consuelo para los ojos. El barniz de la fachada hacía que la casa resplandeciese al sol. Las esculturas de los balcones se dibujaban con una precisión casi irreal.

El silencio era completo.

—¿Pasó usted la noche en casa de Jacquot? —dijo Zyto, como si acabara de ocurrírsele.

—Sí —dijo Marc—. Lo que me dijo usted era cierto.

—Estaba seguro de que acudiría allí. Bravo.

—Estuve aguardando su visita —dijo Marc, con cierta picardía.

Zyto sonrió.

—Y pasé por allí. Pero acababa usted de marcharse, si no me equivoco en mis adivinanzas.

¿Llevaba Marc encima el arma de Martic? Sin duda. Un arma pequeña (¿Un Colt del 38? Seguramente), bajo la chaqueta, no se notaba. Tampoco tenía importancia. Marc no haría nada contra él antes del experimento.

Zyto le tendió el grueso manojó de llaves.

Entraron en la casa.

En el vestíbulo, Marc accionó un interruptor. Quedó iluminada la escalera del sótano. Con aire resuelto, Marc bajó por delante. Abrió la primera puerta de madera, luego marcó el código.

Zyto lo observaba: A2B34, si mal no recordaba. Lo recordaba todo, punto por punto.

La pesada y espesa puerta de metal se deslizó sin ruido.

Marc alumbró el inmenso sótano.

Siguieron adelante, ambos con la emoción de volver a encontrarse allí, en ese decorado de madera tan íntimo y, al mismo tiempo, tan extraño —que incluso al propio Marc le parecía extraño en el día de hoy.

Las dos cabinas de roble, con sus sillones de patas torneadas, parecían estar aguardándolos, amablemente impacientes, seguras de su regreso.

Ambos emocionados, ambos con el corazón saliéndoseles del pecho —pero replegados y endurecidos, tanto el uno como el otro, en el secreto de su inquebrantable resolución.

Marc había acumulado un odio sin límites contra Zyto, un odio que tal vez lo hubiera afectado en su sano juicio. Zyto le había quitado todo. Marc iba a quitárselo a él. Matarlo constituía una auténtica necesidad para Marc, una restitución forzada del orden de las cosas, un deseo que ya no era capaz de poner en tela de juicio, tan fuerte como en su momento fue el ansia por fabricar la máquina e intentar el primer experimento con ella.

No tenía miedo.

Tomaba la relativa calma de Zyto, junto con su docilidad, por signo cierto de que ya había pasado su prolongada crisis y de que estaba decidido a escapar del cuerpo enfermo de Marc, recuperando el suyo propio.

Signo, también, de que lamentaba lo ocurrido. Además, Zyto, al ver en la mesa redonda del rincón los vasos de que se sirvieron cinco días antes, dijo con la voz alterada:

—No sé qué bicho me picó. Me gustaría poder borrarlo todo. Estoy avergonzado. Y tengo miedo.

—Miedo ¿de qué? —dijo Marc amablemente.

Zyto señaló las cabinas con la cabeza.

—¿Está usted seguro de que todo funcionará bien?

—Evidentemente.

—Desde el otro día... ¿No puede haberse producido alguna avería peligrosa para nosotros?

—Imposible. A la más mínima avería, por insignificante que fuera, aunque no afectara el funcionamiento del conjunto, se pondría a pestañear el piloto de la puesta en marcha.

—¿Y?

—Y nada, nada en absoluto. Al otro lado del tabique, otro piloto me indicaría inmediata y exactamente el problema. Lo que hace falta es que no se intranquilece usted.

—De acuerdo —dijo Zyto, calmado—. ¿Le molestaría que bebiéramos algo? Me estoy muriendo de sed.

—Iba a proponérselo —dijo Marc—. Yo también me estoy muriendo de sed. ¿Gaseosa?

—Gaseosa —dijo Zyto, sonriente.

Marc metió los vasos sucios en el lavabo y sacó otros limpios del armario; luego, extrajo del pequeño refrigerador una botella de gaseosa nuevecita y bien fría.

Se sentaron cada uno a un lado de la mesa. La botella se empañó. Al abrirla Marc, emitió un formidable ¡pssssi! que resonó en el sótano entero.

Allí estaban, frente a frente, cada uno con su vaso en la mano. Zyto pensó en la frase que iba a pronunciar. Una frase simple, sincera, ante la cual Marc acabaría por entregársele atado de pies y manos.

Marc, por su parte, también contaba con aquel intervalo para solucionar el problema del arma, o de las armas. También él estaba pensando en una frase sencilla y directa, cuando Zyto, una vez más, se le adelantó.

—Tengo su pistola en el bolsillo de la izquierda —dijo, abriéndose la chaqueta del traje e inclinándose hacia adelante—. Cójala...

¿Su pistola? Marc disimuló la sorpresa.

—Puede sacarla usted mismo —dijo Marc.

Zyto colocó encima de la mesa la pistola suiza. Marc no se sorprendía de que llevara un arma; pero que tal arma fuese el regalo de Martial... («Ya que no quiere usted una de verdad, mi querido Marc... No las hacen mejor. Hasta un armero la tomaría por auténtica».)

El hijo de puta había tenido acceso al cofrecillo del cuarto de baño. Y había creído que aquella pistola de salvos era auténtica.

—Se lo compré a Martic —dijo Marc, poniendo sobre la mesa su propio Colt del 38.

—Puede usted quedárselo —dijo Zyto—. Lo comprendería muy bien.

—No —dijo Marc—. Si me lo quedo, después del experimento será usted quien lo tenga.

La sorpresa de Zyto fue sincera esta vez:

—En eso no había pensado. (Consideró la cosa durante un segundo.) —¿Sería mejor que yo me quedase con un arma, entonces? ¿Así estaría usted completamente tranquilo? ¿Es eso lo que quiere?

—Francamente, sí —dijo Marc, muy decidido—. No se lo tome usted a mal, pero, en efecto, me quedaría más tranquilo.

—De acuerdo —dijo Zyto.

Y Marc, levantándose de su asiento, le metió el Colt del 38 en el bolsillo.

Zyto no hizo ningún gesto.

—Espero que alguna vez tenga usted un poco más de confianza.

—No me lo tome a mal —dijo Marc.

—No se lo tomo a mal.

De modo que las cosas se arreglaron maravillosamente para ambos. Zyto se había ganado la confianza de Marc, y éste, seguro de Zyto hasta después del experimento, sabía que luego no tendría más que sacarse el del 38 del bolsillo.

Zyto apuró su vaso.

—¿Vamos con ello? —dijo Marc.

—Sí —dijo Zyto.

Zyto se levantó de golpe, como si estuviera forzándose a adoptar una actitud firme y valerosa.

Marc apuró igualmente su vaso, lo puso sobre la mesa, apoyó ambas manos en los brazos de su sillón, se inclinó hacia adelante, empezó a levantarse.

En ese momento, Zyto agarró la botella de gaseosa y se la estampó en la cabeza, tras un recorrido breve y fulminante.

Marc, perdiendo el sentido, se derrumbó en su sillón.

Con gesto rápido, Zyto recuperó el Colt del 38. Luego apartó la mesa para poder alzarse cómodamente frente a Marc.

Marc abrió los ojos a medias. Pesaba como el plomo, era incapaz de moverse. Apenas si tenía consciencia de lo que estaba ocurriendo.

—¿Me oye usted? —dijo Zyto, en tono alto.

Marc lo oyó. Movi6 levemente la cabeza, a punto de volverse a desvanecer.

—Me la he follado —dijo Zyto, a voz en cuello—. No a Marianne. A Marie. ¡A Marie! Me la he follado, ¿me oye? ¡Un mont6n de veces!

Marc percibió el horror de la situaci6n. Hall6 fuerzas para llevarse la mano a la chaqueta. No estaba el arma.

Zyto lo observaba, descompuesto, con la boca abierta en una repugnante expresi6n. Seguía con la botella de gaseosa en la mano, dispuesto a golpear de nuevo.

Y lo hizo.

Marc trataba de arrancarse de su asiento. Zyto blandió la botella, trazó con ella un arco de círculo en el aire y le asestó un golpe en la cabeza con todas sus ganas, como si hubiera querido romperlo todo al mismo tiempo, el cráneo, la botella. Tuvo la impresi6n de oír el ruido del hueso al quebrarse.

Ahora ya le resultaba indiferente herir su propio cuerpo.

Se abstuvo de golpear otra vez. No tenía intenci6n de matar. Aún no.

Marc, con los brazos colgantes y la cabeza caída hacia un lado, parecía un muñeco de trapo. Sangraba, pero poco. Zyto se felicitó por la dureza de *su propio* cráneo.

En el transcurso de las muy detalladas explicaciones que le dio unos días antes, Marc había abierto el bonito mueble que hacía las veces de botiquín: «Tranquilizantes», dijo, «aunque no nos van a hacer ninguna falta». Zyto encontró Xanox 60. Lo conocía. Lo había tomado por toneladas. Bien podía *su* cuerpo asimilar otro poco más.

Sujetando hacia atrás la cabeza de Marc, por el pelo, le metió media docena de píldoras verdes y blancas en la boca y se las hizo tragar a fuerza de gaseosa. El líquido se negaba a bajar. Tuvo que derramar casi toda la botella. Había gaseosa por todas partes.

Se metió el frasco de Xanox en el bolsillo.

En la sala de máquinas, donde penetró con cierta aprensión, encontró un rollo de cable eléctrico.

Luego hizo que se deslizara la puerta metálica.

Necesitó más de un cuarto de hora para arrastrar el cuerpo inerte y pesado hasta el Nissan Terrano. Una vez allí, le puso el cinturón de seguridad y lo colocó en posición de estar dormido, apoyado contra la puerta, para que no se le viniera encima durante la marcha.

Estaba sin aliento. Notaba que el corazón le latía de modo irregular, a auténticas ráfagas, en algunos momentos.

Cerró todas las puertas. De una bolsa lateral del Nissan Terrano sacó un trapo que a continuación rompió en varios pedazos. Secó la herida de Marc, le limpió la frente y el resto de la cara, escupiendo de vez en cuando en la tela, para mejor borrar las huellas, y se quedó con un trozo de trapo en la mano, por si volvía a manar sangre.

Luego se puso en marcha y abandonó Louveciennes.

Le costó bastante menos trabajo transportar el cuerpo desde el coche a la entrada del sótano, en el camino del Herrador. Zyto no llegó a utilizar la carretilla ni el carro de mano, como en principio había previsto: una vez retirado el cinturón de seguridad que sostenía a Marc, pudo cargárselo al hombro, las piernas por un lado, el torso por el otro, y franquear así los metros que lo separaban de la casa.

Lo depositó en el vestíbulo y se concedió un minuto para recuperar el aliento. Aprovechó para registrarle los bolsillos. Encontró la «Carte Bleue» de Marianne. En la cocina, la cortó en seis con las tijeras. Dispersaría los trozos por el campo, luego, al marcharse.

Después fue a abrir la puerta del sótano, encendió la luz, volvió a subir y, agarrando el cuerpo por las axilas y tirando de él, bajó reculando. Puntuaban el breve recorrido los sucesivos golpes de los talones de Marc contra los peldaños.

Zyto lo tendió en mitad del sótano. La herida había dejado de sangrar. Había sangre, dura y negra, en una parte del cuero cabelludo.

Marc dormía. Respiraba con ruido. Zyto le ató las muñecas y los tobillos. El cable eléctrico era fino, flexible, sólido. Perfecto para tal propósito.

Del piso de arriba de la casa trajo un pañuelo y esparadrapo, Stérilstrip, y con ellos confeccionó una mordaza parecida (pañuelo hundido en la boca, esparadrapo pegado a los labios) a la utilizada por Marc para dejar muda a Marie-Thérèse.

Luego apagó la luz, salió del sótano y cerró la puerta con llave. Había que esperar que a Marie no se le ocurriera bajar. Si así fuera... Tendría que modificar su plan.

Ultima cosa —lo hacía todo a toda velocidad—: ocultó uno de los dos cuchillos de cocina de Marie, el más afilado, la pistola suiza, el Colt del 38 y los guantes en la habitación de Léonard, debajo de una sábana, en el último cajón de la cómoda.

Casi las cinco. Era urgente llamar a Marie. Telefonó al hotel y le contestó una mujer que lo puso con la habitación 26 en cuanto dio el nombre de Xarcoil. Marie descolgó en medio del primer timbrazo. Estaba muy nerviosa.

—¡Marc! ¡Por fin! ¿Dónde estás?

—En casa. Ya te explicaré.

—Marc, ¡menos mal que oigo tu voz! Se ha presentado aquí, Michel Zyto, nos ha dado un susto tremendo a Léonard y a mí, y ha lesionado al recepcionista. Antes había atacado a Marie-Thérèse en su casa.

—Lo sé, cariño, lo sé todo —dijo tranquilamente Zyto—. Acabo de hablar con la policía, hace un momento, y me lo han contado todo. ¿Cómo estáis Léonard y tú?

—Ahora ya estamos bien.

—No hay que seguir preocupándose. Hay novedades. Lo han visto en la estación de Lyon. Va a tratar de tomar un tren. Esta vez van a detenerlo, o en la estación o a la

llegada del tren que coja.

—¿Tú crees?

—Sí, estoy seguro.

—Pero ¿cómo es posible que haya ido a casa de Martial?

—Seguramente habré dejado mi agenda alguna vez al alcance de su mano. Y puede que en alguna ocasión le haya dicho que tenía unos amigos en Versalles. No me acuerdo, pero es muy posible. Teniendo en cuenta lo listo que es y la memoria que tiene... Lo más sorprendente es lo del hotel. Ha debido de localizarme por casualidad y seguirme. No veo otra explicación. ¿Cómo está Marie-Thérèse?

—No demasiado mal. Fue a primera hora de la tarde. Martial estaba montando a caballo en Melun. Ya lo han avisado, volverá de un momento a otro. Llamé a Marie-Thérèse después de que Zyto pasara por el hotel. No contestaron, pero oí un ruido en el teléfono, y luego nada. Estaba atada y amordazada, pero había conseguido acercarse al teléfono, y cuando sonó lo hizo caer. Me llevé un susto tremendo, creí que le había dado un ataque. Llamé a la gendarmería de Versalles. Por supuesto, ni siquiera se me pasó por la cabeza que pudiera haber alguna relación entre... Y sigo sin comprenderlo.

Había hablado de prisa, febrilmente. Hizo una pausa, vaciló un instante, y:

—Marc, te tengo que decir una cosa, ahora mismo, en seguida.

Se sentía terriblemente incómoda. Zyto la sacó del apuro:

—Lo sé, cariño, me parece que lo puedo adivinar yo solo. ¿Hablaste con Martial? (No la dejó responder.) No te lo reprocho, era por pura precaución por lo que yo te había pedido... De todas formas, no fueron ni Martial ni Marie-Thérèse quienes le dieron la dirección.

—¡No! Marie-Thérèse no la sabía, y Martial se la había aprendido de memoria. Por eso te digo que no comprendo.

—Ha tenido que verme en alguna parte, por las cercanías de Stéphen-Mornay, y seguirme. Qué más da, ya. Ahora se acabó, cariño, no te sigas preocupando.

—Te quiero. Me corre mucha prisa verte —dijo Marie con suavidad, súbitamente calmada—. Estamos en la habitación. Aquí te esperamos.

—Yo también te quiero. En seguida estoy allí.

Marie y Léonard se le echaron a los brazos. Léonard repitió un mínimo de cuatro veces que no había tenido miedo, nada, ni un poco, ¿miedo él? ¡ja! «La próxima vez», pensó Zyto, «sí que vas a pasar miedo, te lo prometo», y también lanzó una carcajada, sólo que para su fuero interno. Lo cual no le impidió participar de todo corazón en los abrazos y en las confortaciones. Luego se inventó una historia:

—Al salir casi tengo un accidente en los Campos Elíseos. Figúrate, el del otro coche era un colega de Saint-Anne. Ha perdido a su mujer ayer mismo, pobre hombre. Iba igual de distraído que yo. Estuvimos charlando un rato. Luego fui a

Stéphen-Mornay, pero cambié de opinión en el último momento, y... no llegué a entrar. Tengo sin falta que llamar a Hugues. No llegué a entrar y me planté en el camino del Herrador. Pensé que Zyto podía haberse dado una vuelta por allí. Tenía absolutamente que echar un vistazo.

—¡Vaya ocurrencia! —dijo Marie.

—¿Ves?, deberías ir siempre con la pistola encima —dijo Léonard—. Así, si te lo hubieras encontrado...

Iba a añadir «¡bang!», pero se contuvo. Aparentemente, la mención de la pistola no era del gusto de sus padres, sobre todo de su madre. Quizá fuera mejor que no les recordara la tontería aquella que hizo.

Y, hablando de tonterías, le volvió con mucha fuerza lo visto y oído la noche anterior en el hotel. Trató de imaginar a sus padres comportándose igual que la gente de la película. Imposible.

—¿Qué te pasa? —dijo su madre—. ¿En qué estás pensando?

—En nada, mamáaa.

—Quítate la pistola de la cabeza. Tu padre va a deshacerse de ella, además.

Léonard miró a Zyto, quien hizo que sí con la cabeza, gravemente, y luego lo atrajo hacia sí y le revolvió el flequillo negro.

—¿Qué pasa? ¿Te ha acabado ya de bajar el pescado?

—Sí. Y a toda velocidad. Sabes, el señor del hotel, dicen que va a tener que colocarse una cosa en los dientes, igual que la enfermera.

—¿Un puente?

—Sí.

—¡Maldito Zyto! —dijo Zyto—. Si sigue así, los dentistas de París van a tener que ponerse de acuerdo para darle una pequeña comisión.

Marie sonrió (¡era exactamente el estilo de broma que solía hacer Marc!). Léonard, comprendiendo, se echó a reír. Zyto apoyó la cabeza del niño contra su pecho, acariciándole la frente con la yema de los dedos.

—¿Qué pasa con Marie-Thérèse? —le dijo a Marie—. Cuéntame.

Su curiosidad sonó muy justificada. Una gran curiosidad, sin duda, pero su actitud con Léonard demostraba que no era nada, comparada con su ternura paterna.

—Se dio sola con una puerta, tratando de escapar. Zyto la creyó cuando le dijo que no sabía dónde estábamos. Quiso saber dónde estaba Martial. Me parece muy valeroso su comportamiento. Zyto le levantó el cuchillo, como si fuera a matarla. Tuvo la presencia de ánimo de darle una dirección falsa. Le dijo que estaba en Fontainebleau, cuando en realidad se encontraba en Melun. Zyto anduvo revolviendo por la habitación antes de marcharse.

—Eso sí que es curioso —dijo Zyto.

En ese momento sonó el teléfono. Era Martial. Zyto le hizo saber hasta qué punto

lamentaba lo de Marie-Thérèse. Se sentía un poco culpable. Martial (quien sí que se sentía culpable de veras) protestó vehementemente. Luego enumeró unos cuantos detalles extraños, que lo tenían inquieto, que nos tienen inquietos a todos, retocó Zyto, el último de los cuales era, dijo Martial, el hecho de que Zyto hubiera movido un peón del juego de ajedrez, de e2 a e4.

—El primer movimiento que usted acostumbra a hacer.

Zyto retomó uno por uno los problemas planteados por Martial e intentó resolverlos: Zyto tenía alguna idea del ajedrez, dijo; los nombres de pila de unos y otros los leyó en mi agenda. A todo lo cual hay que añadir mucho de farol y de comedia, porque el tipo es listo como una ardilla. En cuanto a los cuidados, el esparadrapo tan bien puesto, etcétera, por un lado él mismo acababa de recibir atenciones por una herida similar; por otro lado, le debió de parecer muy divertido jugar un poco a los médicos. Encajaba bien con su psicología.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —le preguntó Martial.

—Volver. Podemos dar por terminada esta historia. Es cuestión de horas.

—¿Les apetece pasar por casa? Nos encantaría verlos.

—Con mucho gusto —dijo Zyto—. También a nosotros nos encantaría.

Tanto, que estaba a punto de proponerlo él cuando se le adelantó Martial.

Su plan así lo exigía.

Léonard fue a su habitación a recoger sus cosas. Lo acompañó su madre. No encontraba los auriculares del *walkman*, y echaba en falta una cassette.

—Si no encuentras las cosas, iré contigo para ayudarte —le dijo.

Luego fue al cuarto de baño, a arreglarse para la visita.

Zyto aprovechó para llamar a Stéphen Mornay y hablar con Hugues.

—¿Está usted en el hotel? —le preguntó Hugues.

—Sí. En la plaza de los Vosgos. Pero no por mucho tiempo. Creo que nos vamos a volver a casa. Estuve a punto de pasarme por allí a verle a usted esta tarde, pero nuestro amigo hizo una de las suyas.

Zyto lo puso al corriente de lo sucedido, omitiendo lo que había que omitir, por ejemplo: la inminencia del arresto. El excelentísimo d'Oléons tenía muchas ganas de ver al doctor Lacroix. Zyto le prometió una próxima visita, muy probablemente mañana.

Volvió a descolgar y marcó el número de Marianne. En cuanto se puso en marcha el contestador empezó él a hablar, sobre la voz de Marianne. El mensaje era lo suficientemente largo como para permitirle montar su pequeña comedia.

—¿Oiga? Sí, el doctor Marc Lacroix (... ) Exacto. ¿Alguna novedad? (... ) ¡Ah! Sí, de acuerdo (... ) De acuerdo. Les doy otro número de teléfono, por si no me encuentran en casa: 39-69-06-06 (... ) De acuerdo. Gracias.

Colgó al oír la señal sonora del contestador, indicándole que ya podía dejar su

mensaje.

Cuando Marie salió del cuarto de baño, llevando en la mano un estuche de baño a rayas blancas y azules, Zyto la puso al corriente de sus dos últimas llamadas:

—Siguen vigilando la estación —dijo—. Están registrando los trenes. Está avisada la policía de Dijon y la de Lyon. Me llamarán en cuanto sepan algo. He dejado el teléfono de Martial.

—Si hubiera sabido que las cosas iban a llegar a este extremo, habría mandado a Léonard a casa de mis padres, sin dudarle un momento. Tengo miedo por él. Esta atmósfera amenazadora...

—Ya se acabó todo —dijo Zyto—. La verdad es que no pasó miedo de verdad, esta tarde. Quiero decir que no tuvo tiempo de pasar miedo de verdad. Nada traumático, te lo aseguro. Estoy convencido.

Y depositó un beso en cada párpado de su bella esposa, vestida con aquel traje rojo tan bonito.

Los Cazanvielh y los Lacroix se echaron unos en brazos de otros. Cookie fue el único en dar muestras de reserva. Inmóvil, con la cabeza inclinada, miraba a Zyto con los ojos redondos. Estornudó dos veces y decidió desinteresarse de aquel hombre que no era el hombre a quien él conocía, el mismo pero no el mismo de esta tarde. Un gran misterio para el perro.

Marie-Thérèse lloró abundantemente. Todos la consolaron. Zyto le examinó la cura y reconoció que «Zyto» lo había hecho estupendamente.

Léonard lucía una cara de circunstancias bastante convincente, pero no pensaba más que en el *flipper*. Y cuando Martial, que se lo había sentado en las rodillas como a un niño pequeño, lo incitó a jugar unas cuantas partidas, dijo «¿te parece?», antes de lanzarse hacia el piso de arriba como una liebre.

Zyto convenció entonces a Marie y a los Cazanvielh de algo de lo que ya estaban convencidos desde hacía tiempo: de que el doctor Marc Lacroix era un espíritu superior. Al poco tiempo de llegar ya tenía aclarado el punto oscuro: cómo había hecho el loco, con todo su ingenio, para saber en qué hotel se refugiaban los Lacroix. A lo Sherlock Holmes, Zyto rebuscó en el rincón del teléfono, examinó cada objeto, se entretuvo en el cuaderno. Se lo colocó bajo la nariz, lo inclinó en diversos ángulos, pasó el dedo por la primera página. Los demás lo miraban hacer.

—¿Es aquí donde tomó usted nota, Martial?

—Sí.

—Me parece que ya he dado con ello. Mire, se ve con toda facilidad lo que escribió en la página de arriba. Apoyó usted muy fuerte, dejando una señal en hueco. Mire.

Lo comprobaron todos, uno tras otro. Quedaron extasiados. Marie Thérèse estaba lela de admiración.

—¡Bravo! —dijo Martial. En efecto, me acuerdo muy bien. Tenía el teléfono en la mano izquierda y me vi obligado a apretar mucho para que el cuaderno no se me resbalara. Marc, es usted formidable.

—Y Michel Zyto también. Fue a él a quien se le ocurrió primero.

Sonrió, y también los demás, ya lo suficientemente tranquilos como para verle la gracia a semejante respuesta. Las dos parejas se contaron con todo detalle lo vivido por cada una de ellas en aquella tarde memorable. Luego, Marie-Thérèse propuso a los Lacroix que se quedaran hasta muy tarde, incluso a dormir, si querían.

—Cenamos, pasamos una velada tranquila, duermen ustedes aquí, y mañana nos vemos en el desayuno... ¿Qué me dicen? ¿Marc? ¿Me daría tanta alegría!

Zyto estaba pensándose. ¿Por qué no? Sí, ¿por qué no?

La idea gustó mucho. En nada de tiempo, todo quedó previsto y organizado, empezando por la cena: Marie y Marie-Thérèse prepararían un *boeuf bourguignon*. Marie-Thérèse tenía en casa todos los ingredientes necesarios. Nombró jefa de cocina a su amiga y se otorgó prudentemente el título de pinche, porque a ella a duras penas si le salían los huevos pasados por agua sin quedársele demasiado blandos, o sin rompersele, o sin pegarse a las paredes de la cacerola por exceso de hervor, o sin resultar achicharrados en el fondo de la misma cacerola, sin una gota de agua, y el cacharro para tirarlo a la basura. Qué cantidad de cacerolas no habría tenido que tirar desde el día en que se casó...

—Voy a llamar otra vez a la policía —dijo de pronto Zyto—. No por nada, pero en fin...

Se instaló, a unos metros de los demás, y montó la misma comedia que en el hotel Pavillon de la Reine. Le resultó útil haber ensayado: estuvo breve y perfecto, tanto en su falsa llamada como en el comentario que de ella hizo a continuación.

Habló al mismo tiempo que la voz de Marianne, cortó casi como si lo hubieran dejado con la palabra en la boca y aún esperara nuevas explicaciones.

—Según ellos, ha tomado un tren, uno de esos de alta velocidad. Están seguros de que lo van a detener en una de las estaciones de llegada. No sé más. Siempre tienen prisa, siempre están desbordados. Tiene uno la impresión de estarlos molestando. Evidentemente, para ellos es un caso como otro cualquiera.

—No para mí —dijo Marie-Thérèse, muy seria.

Su observación les pareció enternecedora y divertida, y le valió una nueva serie de demostraciones de afecto.

—Le queda a usted muy bien el pelo corto —dijo Marie.

—¿Usted cree?

—Sin duda alguna.

—Pues su vestido, Marie, es espléndido. ¡Ay, si yo pudiera ponerme una ropa así! El loco en el tren, huyendo de París. Muy buena, la llamada a la policía. Ahora,

Zyto estaba tranquilo. En un aparte, le dijo a Marie que le apetecía ir a comprar champán, para festejar el desenlace.

—¡Qué buena idea! —dijo Marie—. Pasa también por Machon y tráete una tarta de frambuesa, una grande.

—Voy a llevarme a Léonard. Debe de estar harto de tanto encierro. ¡Léonard!

—Marc tiene que hacer un recado —dijo Marie a los Cazanvielh.

—¿Quieres que aproveche para pasar por casa y traer...? —dijo Zyto.

Quisiera ella o no, iba a pasar por el camino del Herrador. Pero quería: en efecto, un poco de ropa de repuesto no vendría nada mal. Y sus píldoras para la circulación. Se había dejado el frasco en el hotel.

Léonard acudió desde el piso de arriba, un poco nervioso.

—Si las tiendas de interés siguen abiertas, le voy a hacer un regalito —dijo Zyto—. Incluso un regalazo. Se ha portado muy bien. (A Léonard:) ¿Te vienes conmigo?

—¿Adónde?

—Ya lo verás. No vas a lamentarlo. Después podrás jugar al *flipper* toda la noche: nos quedamos a dormir aquí.

Léonard lanzó un «¡uau!» silencioso, con los ojos fruncidos y la boca floja, para manifestar en términos generales su aprobación.

Había encontrado sus auriculares en el hotel, pero no la cassette de Vivaldi.

Zyto temió por un momento que Martial quisiera acompañarlos, pero a éste, ya porque no quería apartarse un palmo de Marie-Thérèse en aquel momento, ya por discreción, ya porque le apetecía arreglarse después de sus actividades deportivas de la jornada, ni siquiera se le pasó por la cabeza.

¡Dar una dirección falsa hallándose bajo amenaza, bajo amenaza de muerte! Marie-Thérèse lo había sorprendido. ¡Qué mujer tan extraordinaria! Además, al volver él, esta misma tarde, le dijo ella con una especie de vocecita: «Ahora ya te habrás convencido de que sí se me puede confiar un secreto.»

Y luego se deshizo en lágrimas. Martial lo recordaría toda su vida.

Zyto le dio un beso a Marie antes de salir.

Esta vez, no volvería a verla. No de la misma manera. Nunca más.

Había interpretado tan bien su papel, en casa de Martial, que casi se lo creía él mismo. Era como si estuviese muy contento por la velada tan agradable que se disponía a pasar en casa de unos amigos, porque iban a detener al enfermo mental, porque iba a dormir junto a Marie, porque desayunarían todos juntos y en buena armonía, a la mañana siguiente.

Y, al besar a Marie, una especie de luz se abrió paso en su demencia, dejándole entrever una vida tranquila, una vida de gozo y ternura con ella, en la alegría de educar a Léonard, ese otro yo a quien amaría tanto como a sí mismo y tanto como a Marie. Y Marie captó en la mirada de «Marc» un impulso, una pasión, una

complicidad fugitiva pero intensa, por medio de los cuales parecía estarse dando por entero a ella, reclamándola recíprocamente también en su integridad. Marie lo besó de nuevo y le murmuró al oído: «Hasta ahora, cariño...»

—¡No os preocupéis, parejita, que ya volveréis a veros! —dijo Marie Thérèse.

Martial sintió un poco de despecho, pero luego recayó en una felicidad perfecta.

Marie-Thérèse se llevó a Marie camino de la cocina. Cookie las acompañó. Marie-Thérèse, agachándose, le dio un golpecito en el flanco.

—¡Mi pobre perrito, encerrado en la cocina! Qué miedo, ¿verdad? En todo caso, ahora ya sé que no eres un perro de guarda. ¿A que no, perrito lindo? No importa, te quiero de todas maneras.

El perro las precedió al trote ligero.

Marie, volviéndose, dedicó una última sonrisa a Zyto. Éste la saludó con la mano y se marchó con Léonard.

Y las tinieblas se cerraron completamente tras él.

Las seis.

Tenía que actuar con rapidez. La rapidez era condición para el éxito de la segunda fase de su plan.

—¿Por qué me has dicho que no iba a lamentarlo, si venía contigo? —le preguntó Léonard en el coche.

Zyto le explicó, con toda naturalidad, que acababa de construir con todo el secreto del mundo una máquina enorme, en casa de los abuelos, en Louveciennes.

—¿Una máquina? —dijo Léonard.

—Sí, una máquina formidable, que lo pone a uno en forma.

—¿Que lo pone a uno en forma? —casi canturreó Léonard, exagerando su sorpresa.

—Pues sí, que te pone en forma. Te colocas un casco en la cabeza, parecido al del *walkman*, y a los cinco minutos te sientes en plena forma, sin sueño, con ganas de correr y de jugar.

Iban a probarla juntos, ahora, en seguida. Harían un regreso triunfal a casa de Martial (Zyto se iba animando poco a poco, a medida que hablaba), les darían una sorpresa, Léonard podría pasarse la noche entera jugando al *flipper* sin ningún cansancio.

No, a nadie, no se lo había dicho a nadie.

—¿Ni siquiera a mamá?

—Menos que a nadie.

—¿Por qué?

—Ya sabes, siempre pasa lo mismo con la gente que inventa cosas. No se suele decir nada a la familia. Se espera hasta que está acabado el invento. Si no, todo el mundo está sobre ascuas, y cuando no funciona queda uno por tonto y los demás se llevan una decepción. Lo mejor es no decir nada. Luego se les dice: pues he inventado tal cosa, he hecho una máquina así o asá, pero mala suerte, no funciona. O, si no: formidable, sí funciona, venid, vais a ver lo que es bueno. Y éste es ahora el caso, muñeco: ¡funciona! Estoy seguro desde esta tarde.

—¿Fuiste a ver tu máquina esta tarde?

—Sí.

—Entonces le has contado una mentira a mamá.

—Pero no muy gorda. Y vas a ver cómo se pone mamá, ahora, cuando volvamos. ¡Verás cómo van a quedarse todos! Tú eres el primero con quien hablo del asunto. Y eres tú quien va a probar la máquina en primer lugar. Bueno, los dos.

—¿Qué pinta tiene?

Léonard, excitado, estuvo haciendo preguntas durante todo el camino. Zyto iba

contestándolas del modo que le hiciera más fácil la ejecución de su proyecto. Ese proyecto que había germinado en su espíritu la noche anterior, en el hotel, mientras observaba a Léonard fascinado por la tele, los platillos volantes y los venusianos del telefilme.

O tal vez el proyecto hubiera nacido en él tras la primera auténtica relación sexual con Marie.

—No es solamente que te vayas a sentir en forma durante las próximas veinticuatro horas. También estarás feliz. No sé cómo explicártelo, te sentirás un poco como te sentías cuando te compré el *walkman*, pero con más intensidad y durante mucho más tiempo. Pronto habrá máquinas así en el mundo entero. Saldremos en los periódicos, en la tele. ¡Va a ser formidable!

En ese fin de jornada del día 5 de agosto, tardaron menos de ocho minutos en llegar desde el centro de Versalles a la avenida del General Leclerc, en Louveciennes, donde se hallaba la casa de los padres de Marc —que Léonard apenas conocía—. Zyto hablaba casi sin pausa, para embriagar a Léonard con palabras, empujándolo al grado de excitación y entusiasmo que él buscaba, incitándolo a que ardiera en deseos de probar la máquina y de volver luego convertido en un pequeño héroe a ojos de su madre, de Martial y de Marie-Thérèse.

No obstante, el niño se puso un poco tenso ante el hueco de la escalera del sótano, mirando a su padre con ojos de espanto. ¿Hasta dónde llegaba el miedo que los sótanos producían en Léonard? Zyto le tomó el rostro en las manos y lo miró de hito en hito:

—No tengas miedo. ¿Vas a tener miedo, estando conmigo?

—No, no —dijo Léonard—. Vaku, cipaldesa, terunca.

Zyto, desconcertado, renunció a comprender. ¿Vaku... ? Alguna fantasía recién improvisada por aquel chiquillo tan fantasioso.

—¡Muy bien! —dijo, al buen tuntún—. Ya verás, la parte de abajo se parece a cualquier cosa menos a un sótano. Vamos a echarnos al cuerpo una buena gaseosa fresquita. Y luego hay un detalle que está muy bien, y es que después del experimento te sentirás tan robusto y tan feliz, que ya no tendrás miedo de nada, y mucho menos de bajar a un sótano.

—¿Tú crees?

—Te lo prometo.

Léonard, una vez superada su pequeña aprensión, se quedó encantado con todo: la puerta metálica deslizándose en silencio, las maderas, la espesa moqueta marrón claro («¡Qué lástima que no haya una tele pequeñita!»), el rincón preparado como salón, los muebles de anticuario, las lujosas cabinas, tan raras y, al mismo tiempo, tan tranquilizadoras.

Mientras lo examinaba todo, Zyto fue a buscar una botella de gaseosa al

refrigerador —la última—, y aprovechó para meterse en la boca dos cápsulas de Xanax 60. Dos, no más.

Léonard vino junto a él. Bebieron. Zyto se tragó las dos cápsulas.

Ya eran diez las veces que Zyto había mirado el botón de puesta en marcha. No pestañeaba. Nada pestañeaba a este lado, y nada alumbraba al otro lado, en la sala de máquinas, donde dio a Léonard una rápida explicación de cómo iba a pasar la energía nerviosa de sus cuerpos «por esos imanes superconductores, éste, éste, éste, para que la midan esos ordenadores, aquél, aquél, sobre todo aquél» (señalando el Umay 12), y cómo dicha energía les sería devuelta multiplicada por sesenta. Léonard se tragaba con la misma facilidad que si fuesen gaseosa aquellas historias de Zyto, aunque había veces, no obstante, en que la estupefacción lo dejaba boquiabierto.

—¿Todo esto lo has hecho tú? ¿Tú solo?

—Pues sí.

—Habrás tardado muchísimo.

—No, no tanto.

—En todo caso, hay que ver lo bien que guardas los secretos.

—Sí, ¿verdad? Venga, pequeñajo, tenemos que darnos prisa.

Se dieron prisa. Zyto se quitó la chaqueta, la puso encima de uno de los sillones del salón, e inició la instalación de Léonard en la cabina de la izquierda.

Le colocó la abrazadera en la muñeca izquierda.

—Parece un cohete —dijo el chico, levantando la nariz.

—Sí. O un obús. Bueno, claro, un obús viene a ser como un cohete pequeño.

—Es verdad —dijo Léonard, impresionado por la idea.

Zyto le puso un casco Quies en torno a la frente y se colocó otro él mismo. Los cascos tenían unos centímetros de elástico en la parte de atrás y se sujetaban bien, sin apretar.

—Tienes que ponértelo delante de los ojos cuando yo te lo diga, al mismo tiempo que yo. ¿De acuerdo?

—Vale, vale.

Zyto le dio un beso en la mejilla, un beso muy gordo y muy sonoro, y tomó asiento en la cabina de la derecha.

Léonard lo miraba, ambos se miraban sonrientes. El niño tenía una confianza infinita, estaba infinitamente fascinado por su padre; demasiado como para abrigar la más mínima inquietud.

«Una sonrisa más bonita que la de su padre», pensó Zyto. «Tan bonita como la mía...» Un día, Marc le dijo a Zyto que poseía una sonrisa muy bonita y que no debía tener miedo de no gustar.

—Hay un momento en que te va a doler un poco —dijo como al desgaire, mientras cerraba su abrazadera.

—¿Mucho?

—No. Depende de cada persona, un poco más o un poco menos, pero se puede soportar. Y, sobre todo, no es más que un segundo. A mí también me dolerá un poco. Diremos «¡ay!» los dos al mismo tiempo. ¿Vale o no vale?

—Ay al mismo tiempo —repitió Léonard.

Primer botón: puesta en funcionamiento. Segundo: posibilidad de parar en cualquier momento. Tercero: vuelta a cero. Pero lo normal era que bastase con una sola operación: pulsar el primer botón.

Y Zyto apretó decididamente el primero de los tres botones negros y largos, el que tenía más cerca.

—Ahí vamos —dijo—. Ya ves que no es tan terrible.

El piloto correspondiente al botón número uno se puso rojo, al mismo tiempo que oían nacer un ligero zumbido al otro lado del tabique.

—¿Oyes?

—Sí —dijo Léonard—. Igualito que un cohete. La casa entera va a despegar.

—Tienes razón —dijo Zyto—. No me había atrevido a decírtelo. Mira, mira los indicadores, y no te muevas, quédate quieto, sin moverte. Mira, ahora se encienden el 1 y el 4, el tuyo y el mío, las pequeñas líneas de color naranja, como te dije...

Se estaba desarrollando el análisis de sus cerebros por R.M.N., por espectroscopia multinuclear de resonancia magnética nuclear. Las ojivas metálicas concentraban sobre sus cráneos una fuerte corriente magnética, y el ordenador Cray 6 efectuaba un mapa en tres dimensiones de su materia cerebral. Zyto lo recordaba bien.

—¡Alé hop! Se acabó —dijo Zyto.

—Ahora, el 2 y el 5 se ponen marrones, y luego azules —dijo Léonard, exaltado y contento de poder demostrar que se había aprendido bien la lección.

Segunda fase. Se habían encendido los pilotos de color naranja; luego, en efecto, los indicadores marrones, cuyas líneas se retorcían...

Los electrodos situados en las abrazaderas desempeñaban la primera parte de su tarea, transmitiendo estímulos imperceptibles. Durante dicha estimulación se registraba la actividad cerebral. Operación trivial, pero importantísima para el desarrollo de la tercera fase: eso le había dicho Marc, y había mencionado las cosquillas.

—Tienes razón, me hace cosquillas en la muñeca —dijo Léonard.

—A mí también me hace cosquillas. Bueno. ¿Qué tal? Ahora nos tapamos los ojos con el casco. ¡Ya!

Las ondas emitidas por las ojivas durante la tercera fase no eran peligrosas, aunque, digámoslo así, tampoco buenas para los ojos, haciéndolos hipersensibles a la luz (eléctrica o diurna), sobre todo los ojos de los niños. Bastaba con protegerse, algo más de tiempo en el caso de Léonard, en cuanto abandonaran el sótano. Por no

mencionar los efectos secundarios de carácter benigno, relativos por ejemplo a las voces, que Zyto había descrito a Léonard y que se curaban gracias a un medicamento que llevaba aquí mismo, en el bolsillo.

Esto era lo que Zyto le había contado a Léonard.

De lo que se trataba era de retrasar al máximo el momento en que el chico empezara a inquietarse. El Xanox 60 sería una buena ayuda. Zyto ya empezaba a sentir sus efectos calmantes.

Se bajaron los cascos.

—Cuidado —dijo Zyto, con suavidad en la voz—. Es ahora cuando va a hacernos un poco de daño. Aunque te duela un poco más de lo que te esperas, durante un segundo, lo más importante es que no tengas miedo, que no te preocupes. Estoy aquí contigo. Y en seguida habremos terminado.

En cuanto dijo estas palabras, como si hubiera calculado la duración de su discurso, se desencadenó la tercera fase del experimento, corta y decisiva.

Las líneas marrones de los indicadores 2 y 5 se estabilizaron, se encendieron los pilotos de la parte de encima y, tan pronto como aparecieron las líneas azules de los indicadores 3 y 6 —donde desempeñaba su labor el imán superconductor, el N.H.B., controlado por los dos ordenadores Cray 6, según la genial fórmula concebida por el doctor Marc Lacroix—, en ese preciso momento, una recia descarga eléctrica sacudió los cuerpos de Léonard y de Michel Zyto.

Léonard lanzó un grito, un «¡ay!» alargado por la sorpresa y por el dolor. Zyto torció la cara.

Y cuando dejó de atormentarlos la tensión eléctrica, cuando todo dolor los abandonó, el proceso llegó a su conclusión. Las líneas azules dejaron de titilar y se encendió el piloto azul.

Fin y éxito.

La transferencia se había producido, el experimento había llegado a término.

Zyto lo supo ya antes de retirarse el casco, cuando oyó las palabras «Papá, ¡me ha hecho mucho daño!» pronunciadas por una voz que no era la de Léonard, ni la de ningún niño, sino la voz de Marc Lacroix.

Una voz que sonaba un poco pastosa, por efecto del Xanox.

Zyto se quitó el casco. El cuerpo de Marc Lacroix estaba frente a él, en la otra cabina. Y Léonard habitaba ahora en ese cuerpo, en el cuerpo de su padre.

Se acabó el neurinoma del nervio acústico.

—A mí también me ha hecho mucho daño, pequeño. Es porque apreté demasiado la abrazadera, para estar seguro de que el experimento saldría bien. Pero ya se acabó. No te muevas, haz lo que te he dicho.

—Pero me ha hecho mucho daño. ¿Oyes la voz que tengo?

Gimoteaba con su voz de adulto.

Zyto oía, sobre todo, *su voz*, la voz de Léonard. ¡Era Léonard, un niño con voz de niño! Había liberado de la abrazadera su fina y hermosa muñeca. Y veía sus bonitas piernas, bien torneadas y morenas, un poco más morenas por las rótulas. Temblaba, tenía la boca seca, le latía muy fuertemente el corazón, por la tensión y por los nervios que se iban liberando, pero también porque se sentía feliz, ágil, sano, vivo, ¡porque empezaba a vivir!

Empezaría a vivir cada vez que quisiera.

Cuando se iniciara el nuevo curso, todos verían que el pequeño «Léonard» se interesaba por la ciencia, para emprender estudios científicos más adelante. Aprendería a conocer bien la máquina, su funcionamiento, cómo mantenerla en buen estado, reparándola si se le producía alguna avería, si empezaba a pestañear el piloto rojo.

Y, un día, la casa sería suya.

Si algo iba mal, si se ponía enfermo, o cuando la muerte se le aproximase, o sencillamente cuando le viniera en gana, sólo tendría que traerse a alguien al sótano, mejor un niño, y apoderarse de su cuerpo.

Zyto, poco a poco, iba comprendiendo que acababa de hacerse inmortal.

Abrió la abrazadera del «niño». El desdichado lloriqueaba, le rodaban gruesos lagrimones hasta por debajo del casco. Zyto siguió hablándole, suavemente, forzando la voz todo lo que podía, para hacerla más grave. Le repitió todo: después del experimento («ya te lo dije antes, pequeñajo»), durante un cuarto de hora, las sensaciones serían diferentes, deformes, sensación de voz gruesa o voz fina, de cuerpo más voluminoso, como inflado, y ojos frágiles, sobre todo los de Léonard. Era el momento de tomarse las píldoras, para que se disiparan todos aquellos efectos tan desagradables en un cuarto de hora, en menos de un cuarto de hora.

Ya no se trataba de tranquilizarlo, sino de quitárselo de en medio, de dormirlo: Zyto le hizo tragar cinco comprimidos de Xanox con ayuda de la gaseosa. Léonard bebió con avidez.

Zyto se puso la chaqueta del traje, que ahora era el doble de su talla. Apagó los aparatos.

—Se acabó. Volvamos al coche. ¡Venga! ¡Puedes levantarte!

Lo agarró de la mano. Subieron a la planta baja. Zyto conducía a Léonard igual que a un ciego.

—¿Tú te has quitado el casco? —dijo Léonard con una voz penosa, un poco ridícula—. ¿Oyes cómo hablo? No creí que las sensaciones fueran a ser tan fuertes. Me siento muy grande, muy gordo.

Dijo «sensaciones» con la timidez con que los enfermos copian las palabras que oyen utilizar a los médicos para describir su estado.

—En seguida se te pasa. ¿Acaso no confías en mí? Sí, yo sí me he quitado el casco. Me duelen los ojos, pero no demasiado. Dentro de dos minutos te podrás quitar el tuyo. Y dentro de otros diez minutos habrá acabado todo y estaremos de vuelta en casa de Martial.

En lo alto de la escalera, aprovechó que iba por delante de Léonard y que ambos tenían la cabeza a la misma altura para darle un beso en la frente y en la mejilla.

—Salimos. Sujétate bien el casco. Estoy cerrando las puertas. Ya.

Una vez dentro del coche, lo instaló como había hecho con Marc unas horas antes, bien apalancado, con el cinturón de seguridad puesto.

—Siéntate un poco más adelante, déjate ir hacia la esquina... Te pongo el cinturón... Allá vamos. Descansa, no te muevas, allá vamos. ¿Empiezas a sentirte mejor?

—Sí —dijo Léonard, con voz débil—. Pero tengo sueño. Me noto muy grande. Parece como si me fuera a dormir. Tengo mucho sueño.

—Yo también. Es la medicina. Se queda uno un poco atontado, pero ya verás luego.

—¿Me avisarás cuando me pueda quitar la máscara?

—Claro. Es un ratito más. Para que no te hagas demasiado daño en los ojos.

Zyto había acercado al máximo su asiento. La cabeza le quedaba un poco baja en relación al parabrisas, pero si se hubiera puesto un cojín le habría resultado difícil alcanzar los pedales. Había que apañárselas. Obligado a mantenerse en una posición fatigosa, ni erguido ni sentado, apoyando el trasero en el borde del asiento.

Sacó de la chaqueta las gafas de sol, les dobló las patillas para adaptarlas de algún modo a su nueva cara, y se las colocó en la nariz. Con la chaqueta y las gafas tendría menos aspecto de niño de diez años.

Arrancó.

Eran las siete menos diez.

Murmuraba incansablemente las mismas palabras a Léonard: se acabó, es normal, a mí me pasa lo mismo, no faltan ni dos minutos...

Empezaba a ponerse de mal humor.

Atento, crispado al volante, cambió a segunda, a tercera, tratando de no rebasar los cuarenta-cincuenta kilómetros por hora.

Los siete comprimidos de Xanox obraban su efecto en Léonard, que cada vez se apelotonaba más en su rincón. Al hablar articulaba con dificultad, estirando las sílabas, parándose en mitad de las palabras. Tras unos centenares de metros, medio dormido, se llevó la mano a la mano para quitarse el casco.

Zyto lo vio. Le golpeó la mano con el puño cerrado, aullando:

—¡Todavía no! ¡Ahora no! ¡Cuando yo te diga!

El niño, estupefacto, se encogió como un animal herido. De un modo u otro, comprendía que algo malo le estaba pasando. Se echó a llorar, pronunció unas cuantas palabras irreconocibles, trató otra vez de llevarse la mano al casco, sin conseguirlo —y se durmió.

Zyto le arrancó el casco y se lo metió en el bolsillo.

Léonard dormía.

Las callejuelas estaban desiertas, y en el trozo de autopista nadie se fijó en aquel individuo tan raro, vestido unas cuantas tallas en exceso y pegado al volante.

El 4 X 4 tenía una dirección suave y una palanca de cambios fácil de manejar, pero el juego de pedales, desembragar, frenar, acelerar, resultaba agotador. Zyto, sudando, apretaba los dientes. Cada segundo era una prueba. Además, tenía que conducir con suavidad, para no zarandear a su dormido prisionero. Lo espiaba constantemente, con el rabillo del ojo.

A las siete menos ocho minutos hizo su entrada en el camino del Herrador.

Penetró en el patio de la casa, se detuvo a dos metros del garaje, apagó el motor. Le dolía horriblemente el trasero, en el punto en que había venido cargando el peso de todo el cuerpo.

Bajó del coche. Abrió el garaje. Se sentía ligero.

En plena forma, tal como le había prometido a Léonard.

Empujó el carro de mano hasta situarlo junto al estribo del coche, de frente. Luego puso la carretilla detrás y volcó el carro de mano de modo que los mangos descansaran en uno de los largueros de la carretilla. Con ello quedaba establecido un plano inclinado, perpendicular al coche, exactamente a la altura del cuerpo de Marc.

Volvió luego a buscar la pala sin usar.

Se metió de nuevo en el coche. Levantó las piernas de Léonard, las largas piernas de Marc, las agarró por las pantorrillas, con todo el brazo, y emprendió la tarea de hacer girar el cuerpo, esforzándose en ello de modo lento y regular, cuando no a tirones. Cuando lo tuvo de espaldas contra la portezuela, apuntaló su propia espalda contra la portezuela de su lado y situó los pies en las caderas de Léonard, en el hueso. A continuación empujó con todas sus menguadas fuerzas de niño, pero también con toda su furia de adulto, con toda la furia de un Michel Zyto empeñado en lograr su propósito. Apoyó y empujó, apoyó y empujó, y con ello consiguió ganar unos cuantos centímetros, ajustando todo lo posible la espalda de Léonard contra la portezuela.

Cuando el torso amenazaba con derrumbarse hacia adelante, lo sujetó, se puso casi de pie a la izquierda del cuerpo y desabrochó el cinturón de seguridad.

Luego entreabrió la portezuela, se apartó y bajó, rodeando a Léonard y sujetándolo firmemente por el cuello de la camisa. Sus pies tocaron el suelo, a la izquierda del carro de mano. Dejó que el busto cayera hacia él, centímetro por centímetro, y, rodeándole el cuello con ambos brazos, tiró hasta que vino en su ayuda la ley de la gravedad: el trasero comenzó a resbalar del asiento. Zyto se apartó un poco, sujetando a Léonard por el pelo y por el hombro derecho, para dirigir su caída con precisión, y de pronto la caída se produjo, el cuerpo se deslizó y vino a desplomarse de espaldas, desde unos sesenta centímetros de altura, en el carro de mano.

Se había salido con la suya.

La cabeza vino a dar en uno de los travesaños metálicos, rebotando en él. Así, cuando estaba a punto de despertarse, Léonard perdió de nuevo el sentido, ahorrando a Zyto el trabajo de golpearlo con el mango de la pala, como tenía previsto en caso de que se despabilara intempestivamente.

Lo ató al carro de mano con ayuda de una cuerda gruesa que había en el cofre del coche.

Luego abrió la puerta de la casa y prendió la luz eléctrica de la escalera del sótano y del propio sótano, donde apenas si dedicó una mirada a Marc —que seguía durmiendo.

Subió.

Acarreó el cuerpo con facilidad, a pesar de que le arrastraban las largas piernas, tomando por las superficies planas y lisas del patio y del vestíbulo. La bajada al sótano también fue fácil: Zyto, marcha atrás, no tenía más que dirigir las ruedas del carro de mano, reteniéndolo un poco en cada peldaño y tirando luego de él con suavidad, hasta hacerlo alcanzar el borde siguiente.

Abajo, desató la cuerda y descargó el cuerpo como un saco de carbón, junto al otro cuerpo.

La chaqueta le daba calor. Nervioso, se la quitó y la tiró al suelo, tras haber recuperado del bolsillo el casco negro, así como el grueso manojó de llaves.

Entonces se dio cuenta de que Léonard había perdido un mocasín.

Lo encontró en la escalera y se lo puso.

Luego lo ató y amordazó exactamente igual que al otro y los dejó a ambos, padre e hijo, Marc y Léonard, boca arriba y mano a mano, atontados a fuerza de golpes y tranquilizantes, Marc prisionero en el cuerpo de Zyto, Léonard prisionero en el cuerpo de su padre.

Se instaló en el salón, cerca del teléfono. Abrió la guía y eligió al azar un nombre de mujer: Marthe Lenoir.

Cogió una hoja de papel y garrapateó en ella unas cuantas notas apresuradas.

Miró el relojito de cuarzo extraplano propiedad de Léonard: siete horas, doce minutos, veinticinco, veintiséis, veintisiete, veintiocho, veintinueve... Por puro juego, esperó a que el reloj indicara treinta segundos, siete horas, doce minutos y treinta segundos, antes de descolgar el teléfono.

Marcó el número de los Cazanvielh.

Contestó Marie-Thérèse.

Utilizó para dirigirse a ella una voz muy aguda y afectada. Se lanzó sin pensarlo. Era lo único que cabía hacer: interpretar el papel a fondo, olvidándose de que era Michel Zyto, olvidándose de que era Léonard Lacroix, convirtiéndose por unos minutos en la señorita Marthe Lenoir, empleada del IFOP, Instituto Francés de Opinión Pública, encargada de entrevistar a un centenar de personas afortunadas, ya en edad de retiro y residentes en la región parisina.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, si usted me lo permite —dijo en un puro grito la «señorita Lenoir»—. Su colaboración nos resultaría de gran utilidad y no la entretendré mucho tiempo.

Zyto tenía los ojos clavados en la hoja de papel que sostenía en la mano izquierda.

No cabía duda de que Marie-Thérèse Cazanvielh no estaba en plena forma y, por consiguiente, tampoco en su forma telefónica habitual: habría preferido otro día cualquiera, mañana por la tarde a eso de las dos, por ejemplo, después del café; pero, en fin, el placer de que la entrevistara un organismo de sondeo eliminó todas las

restantes consideraciones. Tapando el teléfono, dijo a los demás, sin tratar siquiera de disimular su emoción.

—¡Es el IFOP! Para un sondeo. ¿Me perdonáis un momento? (Todo el mundo la perdonó. Retiró la mano:) De acuerdo, la escucho.

—Gracias. ¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo en Versalles?

—Quince años. Desde que se retiró mi marido. Es militar. Coronel.

—Ah, muy bien —gañitó Zyto—. Y ¿por qué eligieron ustedes Versalles? Porque...

Ella lo interrumpió, en su prisa por contestar:

—Porque...

Zyto la interrumpió a su vez, para acabar la pregunta:

—¿Porque tenían Versalles en mente desde el principio, o por casualidad?

—Las dos cosas. Ya habíamos elegido Versalles, pero si hubiéramos encontrado algo bueno en algún otro sitio también nos lo habríamos quedado. Pero como lo encontramos en Versalles, pues...

—Gracias... Callejón de los Soldados.

—Sí. Tiene gracia, ¿verdad?

—¡Sí! (Gañido.) ¿Tienen ustedes intención de mudarse alguna vez...

—N...

—... o considera definitiva su residencia actual?

Definitiva. La señorita Lenoir había farfullado un poco en esa pregunta. Continuó sin inmutarse: ¿Dónde vivían ustedes anteriormente? ¿Trabaja usted? ¿Ha trabajado alguna vez antes? ¿Hijos? ¿Quién heredará la casa? ¿Se desplaza usted a París? ¿Cuántas veces al mes? ¿Con qué motivo (compras, espectáculos, visitas familiares)? ¿Viven en Versalles los amigos que con más frecuencia tratan ustedes o... ?

Marie-Thérèse se apartó el teléfono del oído. Decididamente, la tal señorita Lenoir era capaz de perforarle el tímpano a cualquiera.

—Sí, viven en Versalles. Un poco lejos, pero bueno, en Versalles.

—¿Tienen hijos?

«Sí, Léonard, el mismo que viste y calza y que te está hablando a ti, ¡Ja-ja!»

—Sí, un niño.

—¿Van ustedes a verlos a su casa, o más bien ellos a la de ustedes?

—Pues, francamente, las dos cosas.

Cuatro preguntas más.

Fue así cómo, inspirándose en su vago formulario, o improvisando según lo que contestaba Marie-Thérèse, Zyto logró sostenerse durante nueve minutos en el papel de una tal señorita Marthe Lenoir, empleada del IFOP, dueña de una curiosa voz, tendente a variar en cuanto al volumen, el timbre, la altura, una voz que a veces se asfixiaba en los agudos, una voz auténticamente desagradable para los oídos de quien

la escuchaba.

Zyto dio las gracias calurosamente y luego colgó.

Esperó treinta segundos, cuarenta, cincuenta.

Sesenta. Un minuto.

Descolgó, volvió a marcar el número de Martial, volvió a contestarle Marie-Thérèse.

—Marie-Thérèse, soy yo, Léonard, estabas comunicando. ¿Puedes ponerme con mamáaa?

Dicho con la voz de Léonard, su voz normal, y su particular modo de decir mamá, que Zyto había captado y reproducido a la perfección, alargando un poco la a, Marie-Thérèse no estableció relación alguna entre las dos llamadas, ni sospechó por un segundo que todo pudiera tratarse de una farsa —y, si lo hubiera sospechado, pronto habría quedado convencida de que, desgraciadamente, no se trataba de ninguna farsa.

Tendió el teléfono a Marie.

—¿Oye? ¿Mamá? Mira, estoy en casa, solo. Cuando llegamos, hace ya mucho rato, papá llamó a la policía. Antes me dijo: no habrá nada nuevo, seguramente, pero voy a llamar de todas formas. Llamó y se tuvo que marchar. Trató de llamarte, pero el teléfono de Martial estaba todo el tiempo comunicando.

—¿Marcharse a dónde? ¿Por qué tuvo que marcharse?

—Pues le dijeron que precisamente iban a llamarlo cuando él los llamó, porque el loco había tomado el tren, como estaba previsto, pero a la llegada se dio cuenta de que lo iban a atrapar, así que se metió en una sala de la estación y cogió un rehén, una mujer, una empleada de la estación.

Zyto hablaba a toda velocidad.

—¿A la llegada adonde? —preguntó Marie.

—A Lyon.

—¿Y qué? Anda, mi niño, dímelo sin ponerte nervioso.

Estaba adivinando, confusamente, lo que venía a continuación; se esperaba algo parecido a lo que Léonard le dijo:

—Entonces le dijeron a papá que si podía tomar el tren de las ocho en la estación de Lyon, les vendría muy bien, incluso se lo pidieron, porque el otro ha dicho que sólo piensa rendirse si es papá quien va a buscarlo. Le dijeron a papá que no había peligro para él y que más valía que fuese a Lyon, porque si no el loco podía matar a alguien. Papá dijo que de acuerdo. Intentó llamarte, lo intentó por lo menos veinte veces, sin parar, y luego me dijo qué le vamos a hacer, cuéntale tú a mamá lo que está pasando, y se marchó con el coche. Luego he estado marcando yo, hasta que dejó de comunicar.

—Tranquilízate, amor mío, no es nada grave. Llegará a Lyon a eso de las diez... ¿Te ha dicho cuándo volverá?

—¡Sí! Me ha dicho que te diga que volvería a casa aunque fuese muy tarde, que ya se las apañaría. Me dijo que volvieras tú también a casa. Llamará en cuanto arresten al loco. Dijo: habrá que dejar para mañana la fiesta en casa de Martial. Y me dijo: dile a mamá que el *boeuf bourguignone* está mejor recalentado.

Marie no pudo reprimir una sonrisa, a pesar de su contrariedad.

—Tiene razón, Léonard. Es verdad que el *boeuf bourguignone* sabe mejor recalentado. ¿Cómo estás tú?

Zyto murmuró un «bien» nada convincente.

—No estás bien, ¿qué te pasa?

—No, es que estoy cansado.

—Voy a pedirle a Martial que me lleve a casa. Le explicaré lo que ocurre.

—¿Se quedarán en su casa los dos?

—No creo. ¿Por qué?

—Porque... Me gustaría esperar la llamada de papá aquí solos en casa, los dos, sin que nos moleste nadie.

—¿No te encuentras bien?

Zyto la dejó cocerse en su inquietud durante dos segundos, antes de emitir un pequeño «no».

Conseguido. La difusa inquietud de Marie acababa de tomar cuerpo. ¿Estaba Léonard a punto de derrumbarse, después de tantas emociones?

—Voy en seguida. Tienes razón, esperaremos los dos solos. Voy en seguidita.

—¿En seguida? ¿Deprisa, deprisa?

—En cuanto colguemos cojo la puerta, amor mío.

«Espero que no», dijo Zyto en voz alta, tras haber colgado.

Tenía que darse mucha prisa, otra vez.

Volvió a ponerse al volante del Nissan Terrano. El trasero empezó a dolerle otra vez, instantáneamente. Debía de tenerlo hecho un puro cardenal. Pero el recorrido fue breve, en esta ocasión. Fue hasta el final del camino del Herrador, siguió adelante por el sendero de tierra que lo prolongaba y cruzó el bosquecillo, deteniéndose tras la primera curva. Los árboles ocultarían el coche.

Volvió a pie, unas veces al trote, otras a paso lento, encorvado y resoplando muy fuerte.

Guardó en el garaje el carro de mano, la carretilla y la pala. Le costó más trabajo subir el carro de mano vacío que bajarlo cargado, como había hecho antes.

En el piso de arriba, en el cuarto de baño de Léonard, quemó los cascos Quies, los trapos que había utilizado para restañar la sangre de Marc y el cuestionario de la señorita Lenoir.

Se miró en el espejo. Tenía un aspecto de lo más fatigado y tenso que darse puede. Se le habían pegado a la frente, por el sudor, unas cuantas mechadas del pelo.

Se instaló en el sofá del salón, dispuesto a esperar. Acaba de ejecutar a la perfección la segunda parte de su plan.

Su madre no tardaría en llegar.

Se calmó, se relajó. Pudo saborear la profunda alegría, la alegría total que lo embargaba. Nada le daba miedo. Un fin único lo guiaba, lo atraía, lo empujaba. Era fácil, en tales condiciones, relajarse. Nunca lo había conseguido antes.

Cuando todo hubiera acabado, más tarde, llamaría a Martial y Marie-Thérèse para contarles llorando los horrores que acababan de suceder. Martial y Marie-Thérèse acudirían de inmediato. Para el pretendido viaje de Marc a Lyon tenía un cuento preparado: en la estación le dijeron a su padre que todo había sido un error, que no se trataba de Zyto, sino otro loco que se le parecía. Sí: otro loco que conocía a Marc y a quien éste había tratado en el hospital. Ese otro loco había visto a Zyto en la televisión y, al darse cuenta de que la policía lo estaba siguiendo, tuvo la ocurrencia de hacerse pasar por Zyto, reteniendo a una mujer como rehén...

Una fantástica coincidencia.

Eso, diría, era lo que les había contado Marc, a Léonard y a su madre, al volver de la estación de Lyon. Marc iba a llamar a Martial, para ponerlo al corriente de todo, cuando justo en ese momento se coló en la casa Zyto, y...

Sólo Léonard se salvó de la degollina.

Inmóvil, con la vista fija, Zyto esperaba a Marie.

Léonard esperaba a su madre.

Martial detuvo el enorme Volvo. Se daba perfecta cuenta de hasta qué punto estaba nerviosa Marie, deseando estar en su casa, reunirse con Léonard.

—La dejo. Llámenos, ¿eh? A la hora que sea.

Marie lo miró con gratitud.

—Por supuesto, Martial. Gracias por todo. Menos mal que lo tenemos aquí.

Se inclinó hacia adelante, le enlazó el cuello y lo besó en ambas mejillas. Martial jamás se había sentido tan cerca de ella por el afecto, ni tan lejos —ay— por lo que tocaba al sentimiento amoroso. Mas no por ello sufrió menoscabo alguno la fuerza de su ensoñación, porque ésta, desafiando la realidad, pertenecía al ámbito de su cuento de hadas.

Marie bajó del coche. Él dio media vuelta y se alejó, agitando el brazo por la ventanilla abierta. Marie mantuvo la mano en alto.

Oyó los mil y un ruidos del campo. La temperatura era muy suave. Corría un poco de aire, no se asfixiaba uno como en París.

Las luces traseras del Volvo desaparecieron en la noche. Marie se dirigió a grandes pasos hacia la entrada de la casa.

Léonard corría a su encuentro. ¡Pobre chico! Le bastó una primera mirada para darse cuenta de que se hallaba al borde de su resistencia, tanto en lo tocante a la fuerza física como a los nervios. Había aguantado bien durante los últimos días, pero ahora todo se le estaba viniendo encima.

Lo cubrió de besos, lo acunó con sus apaciguadoras palabras. Olfateó su sudor infantil. Estaba enternecida. Zyto se debatía contra un inmenso deseo de apartarla. No es que le pareciera desagradable que lo toqueteara de ese modo aquella mujer con quien, recientemente, en el lecho conyugal...

Se sentaron hombro con hombro en el sofá. Marie no soltaba las manos de Léonard, acariciándolo sin cesar mientras él volvía a contarle lo sucedido, minuto por minuto, desde que se separaron.

—No sé si llamar a la policía —dijo ella luego.

—No, no vale la pena —dijo Zyto—. Ya te lo he contado todo, igual que me lo dijo papá. En seguida llamará, en cuanto acabe, y pronto estará aquí.

—Tienes razón —dijo Marie.

Más valía, pensó Zyto, que no telefonease a la policía. Y más valía, también, que no se le ocurriese decir de pronto: «Voy a bajar al sótano.»

Si no, se vería obligado a precipitar el curso de los acontecimientos Marie volvió a tomar posesión de su casa, con placer. Metió en el horno una cena de ultracongelados y atiborró la lavadora de ropa sucia, sobre todo ropa interior y camisas, además de su bata blanca.

Luego, mientras la máquina hacía su trabajo, preparó uno de los postres favoritos de Léonard (arándanos con chantillí) y pasó un poco el aspirador.

Zyto había encendido el televisor. Marie no protestó. Al contrario, ¡que se divirtiera todo lo posible, por todos los medios! De cuando en cuando, en sus recorridos por la espaciosa habitación, hacía un alto para besarlo y hacerle carantoñas. Se daba cuenta de que el chico estaba tenso, casi tieso. Puede que Marc le aplicara durante dos o tres días una pequeña dosis de tranquilizantes, una dosis de bebé.

Y se irían de vacaciones. Hoy, el asunto estaba fuera de toda discusión. Era una necesidad para todos.

Por una vez no iba a pasar nada: cenaron frente al televisor. La televisión les impedía hablar. Zyto prefería no verse obligado a hablar demasiado con Marie.

—¿Crees que saldrá papá? —dijo.

—No.

—¿Hablarán de él, entonces?

«¿O de Marianne?», pensó.

—A lo mejor. No creo. Depende.

—Depende ¿de qué?

—De las demás noticias. Cuando no tienen gran cosa que decir, acuden a los sucesos. Si no... en todo caso, mañana sí que hablarán.

«De eso puedes estar segura, mañana hablarán», pensó Zyto.

Comió mucho y con buen apetito. El postre despertó especialmente su voracidad, pero sin suscitar sus comentarios habituales, desde el sencillo y célebre «¡uau!» hasta el más elaborado: «¡Estos arándigos están fantásdigos!»

«Si Marc viene con ganas de cenar algo, tendré que hacerle alguna otra cosa de postre», se dijo Marie, con tanta ternura por su marido como por su hijo. Puede que Léonard estuviera combatiendo su ansiedad mediante una especie de glotonería. Pero había momentos en que le parecía tan distante, tan ausente de las cosas, tan grave, tan perdido en sí mismo, tan diferente...

Después de cenar se dio prisa en levantar la mesa, para ver el Zorro con el niño.

Zyto tuvo que hacer grandes esfuerzos para simular atención durante el episodio. Marie, por su parte, miraba sin ver. Estaba pendiente, más que de ninguna otra cosa, del reloj de cuarzo incorporado al televisor. El tiempo pasaba lentamente.

También Zyto miraba la hora. Estaba impaciente por actuar. Y Marie lo horripilaba. Desde que se había convertido en Léonard, cuantos más minutos pasaban, más nervioso lo ponía Marie.

—En cuanto acabe el Zorro me voy a la camita —dijo.

—Tienes mucho sueño, ¿no?

—Sí. ¿Vas a acostarte tú también?

—Sí. Yo también estoy un poco cansada, enano. Me meteré en la cama a esperar que llame tu padre.

«Perfecto», pensó Zyto.

—¿Me despertarás? —dijo.

—Sí.

—¿Aunque sea muy tarde?

—Sí. Puedes dormir tranquilo.

Pescó el telemando, hundido entre dos cojines del sofá, y, por nerviosismo, cambió varias veces de canal.

Esperaría a que Marie estuviera acostada para matarla. La iba a matar en su propia cama. En seguida.

Marc estuvo durmiendo algo más de cinco horas. Se pasó la última hora y media tratando de escapar del sueño, desde dentro del sueño, pero sus esfuerzos, contrarrestados por el Xenox, por las ataduras y por la mordaza, no hicieron sino provocarle espantosas pesadillas.

Cuando de veras recuperó el conocimiento fue hacia las diez de la noche, asfixiado y sudoroso, con el cuerpo dolorido y las ideas en desorden.

Abrió los ojos. La oscuridad era total.

Amordazado, atado de pies y manos. Amordazado igual que él había amordazado antes a Marie-Thérèse. Amordazado y atado por Zyto.

«Me la he follado, ¿me oyes? ¡Un montón de veces!»

Recordó los terribles botellazos en la cabeza.

Le dolía todo.

Oyó una respiración regular a su lado.

Puede que entonces adivinara todo lo sucedido, en el momento en que oyó aquella respiración.

Estaba tendido boca arriba. Trabajosamente, logró colocarse sobre el lado derecho, junto al otro cuerpo. Adelantó los pies, luego los brazos, la cabeza. Sus pies tocaron otros pies, su frente un hombro, sus manos la cintura de un pantalón. Un cuerpo de hombre.

¡Se había excedido enseñándole a Zyto cómo funcionaba el psicordenador!

¿Qué otra explicación, sino la peor? ¿Y qué actos de locura estarían aún en preparación?

¿Dónde se encontraba? ¿En Louveciennes? No. No descansaba sobre moqueta, sino sobre una áspera superficie de cemento.

¿En el sótano, en el camino del Herrador?

Quiso hablar, susurrar «Léonard». Había olvidado la mordaza, el esparadrapo, el pañuelo que lo asfixiaba. Como otro pañuelo estaría asfixiando a Léonard...

En el sótano de su casa. Iba a saberlo inmediatamente. Había que actuar, luchar por su vida y por la de otros muchos, poner alto, antes de que llegara a su término, a aquel mecanismo maléfico. Salvar lo que pudiera salvarse. Salvar a Marie, que se arriesgaba a correr la misma suerte que Marianne...

¡Marianne!

Se puso sobre las rodillas y los codos y de esa manera fue desplazándose, en postura y progresión animal, reptando. Alcanzó la pared, la siguió por la izquierda, dio con las cajas de cartón.

En su sótano, en su casa. ¿Por qué los habría traído hasta aquí aquel monstruo? ¿Qué le había contado a Marie, qué retorcidas mentiras? Y ¿cómo había conseguido

transportar el otro cuerpo?

Pronto tropezó con el mueble viejo que estaba lleno de ropa.

Segunda caja después del mueble. La abrió y la volcó, registrando en la oscuridad los objetos que contenía.

Sus dedos se cerraron en una de las podaderas, no la grande, la mediana.

Emprendió la tarea de cortar las ligaduras de sus tobillos. Cable eléctrico. El del laboratorio, que era de una rara dureza. Con las muñecas atadas, las manos torpes, a duras penas lograba accionar la podadora para liberarse los pies. Se puso nervioso.

Dificultades también para liberarse la boca, despegando el esparadrapo sin arrancarse la piel.

Se puso en pie gimiendo, molido de pies a cabeza. Fue pasito a paso hasta la puerta y, tanteando, halló el interruptor.

Encendió.

El otro cuerpo era, en efecto, el de Marc. «Su» cuerpo.

Se acercó.

Quizá porque ahora ya estaba seguro de no haberse equivocado en sus presentimientos, le pareció ver en el rostro dormido una expresión infantil. Era inconcebible tamaño horror. Inconcebible, también, la maldad de Zyto, su habilidad, su obstinación en el cumplimiento de un plan que el propio diablo había debido de inscribir en lo más inaccesible y secreto de su materia gris...

¿Qué proyecto, qué plan? Marc hizo frente a las imágenes de confusa pesadilla que se le vinieron encima, tratando de paralizarlo.

¡Actuar, actuar!

Necesitaba a Léonard para desatarse las muñecas. Solo tardaría demasiado, no lo conseguiría.

Primero lo soltó: los tobillos, las muñecas, el esparadrapo, acechando el momento de su despertar.

Pero Léonard seguía dormido.

El dolor que sintió al arrancarle el esparadrapo sólo lo hizo gemir. Marc le extrajo suavemente el pañuelo de la boca. Léonard emitió entonces un balbuceo quejoso, para en seguida pronunciar la palabra «mamá».

Sí, había acertado.

—¡Léonard! ¡Soy yo, soy tu padre! —dijo Marc.

Léonard lo oyó en su sueño. Murmuró: «Papá» y luego, otra vez «mamáaa»; en seguida «Bebé...», el nombre del pastor alemán muerto.

Marc se sintió desconcertado, aterrado, lleno de infinita piedad por su hijo, atrozmente impresionado por su gemido y su llamada de socorro, así como la idea del sufrimiento por el que había tenido que pasar aquella tarde. Expresó esa piedad por medio de un gesto para con su propio cuerpo, para con su propio rostro. Cualquiera

que hubiese presenciado la escena habría visto a Michel Zyto poner su mejilla contra la del doctor Marc Lacroix, murmurándole palabras tiernas y besándole la frente.

Y Léonard se despertó. Abrió los ojos de golpe, tras el beso. Marc se apartó rápidamente. Léonard vio que estaba en el sótano, sintió y vio que su cuerpo seguía siendo el de un adulto, vestido con ropa de su padre —y vio el rostro de Zyto—. Pero no gritó. Lo único que hizo fue manifestar una gran sorpresa y una gran desesperación, seguida de inmediato por la esperanza, pues las primeras palabras que oyó de Marc, y que él repitió a continuación, fueron: «Vaku, cipaldesa, teranoca», la fórmula mágica: «Vaku, cipaldesa, teranoca, ¡vamos a ganar, Léonard, van a tener que correr a la desbandada, como las hormigas!»

Dos personas en el mundo conocían aquella fórmula. No tres, ni cuatro, solamente dos personas: su padre y él. Marc seguía hablando, hincado de rodillas.

—Soy tu padre, hijo, no tengas miedo, soy tu padre. No creas lo que estás viendo, es como un sueño, y ¿sabes por qué? Por culpa de la máquina, de la máquina de Louveciennes, ¿te acuerdas? Ella es la causa de todo este mal. Bueno, no, han sido los vampiros, ellos me la robaron y la hicieron funcionar al revés, para fastidiarnos. Luego nos encerraron en el sótano. Pero vamos a escaparnos inmediatamente. No saben que conocemos la fórmula mágica, vaku cipaldesa teranoca, no saben que tenemos la llave, escondida en la caja, debajo de los juguetes, y tampoco saben que tenemos la podadera. ¿Ves? Te he soltado. Vamos a escaparnos, a hacer que huyan como hormigas, y luego volveremos a la máquina y lo dejaremos todo como estaba antes. ¡Vamos a salir del sueño! Toma, corta estos hilos.

Espectáculo alucinante: Léonard, efectivamente con una expresión infantil cubriéndole el rostro de adulto, se bebía las palabras del «otro hombre», porque —a pesar de la diferencia corporal— estaba seguro de hallarse ante su padre.

Se sentó.

Tomó la podadera y cortó las ataduras.

Luego se miraron. Arriesgándose a espantarlo, Marc lo abrazó contra sí.

Pero no lo espantó.

¿Era que el «niño» había perdido la razón? ¿Qué ocurría en su espíritu? ¿Qué marcas profundas, quizá irreversibles, quizá fatales, iban a dejar en él aquellos terribles momentos?

Marc lo asió por los hombros.

—Voy a ocuparme de los vampiros y en seguida vuelvo. Voy a ajustar cuentas con ellos. Sabes, son ellos quienes nos tienen miedo a nosotros. Por eso nos han encerrado. No te preocupes, que tu padre se encarga de todo. Cierra los ojos, duerme un poco más, y cuando te despiertes ya habrá pasado todo.

Lo tendió en el suelo. Marc se dejó hacer. Pero no tenía la más mínima intención de dormir. No apartaba los ojos de Marc.

Éste se enderezó, extrajo la llave del fondo de la caja de cartón, se la enseñó a Léonard mientras se encaminaba hacia la puerta:

—En seguida vuelvo, hijo.

Le volvió la espalda y metió la llave en la cerradura, con suavidad.

El grito que entonces oyó fue tan poderoso, tan penetrante, tan desgarrador, que creyó morir, que no pensó que su corazón pudiera seguir latiendo.

Léonard podía soportarlo todo, pero no que su padre lo dejara solo en el sótano. En su cerebro desorientado, incapaz de todo razonamiento, allí donde bullían en desordenada lucha toda clase de impulsos primitivos y contradictorios, en lo más profundo de sí mismo, se había despertado un miedo antiguo, tan antiguo como su propia vida, o más antiguo que su propia vida: e incorporándose en el suelo se puso a gritar, apoyado en las manos, con el rostro hacia el techo, como un animal.

Marc corrió hacia él y volvió a tomarlo en sus brazos. Léonard se calmó instantáneamente.

¿Había alguien en la casa? ¿Habían oído a Léonard? En caso afirmativo, ¿qué iba a suceder?

—¡Ven, pequeño, ven, deprisa, deprisa! Ven conmigo, levántate. Apóyate en mí. Así, eso es. Ahora vas a seguirme, ¿de acuerdo? Cógete fuerte a mi mano.

Léonard no respondió, no hizo gesto de asentimiento ni de rechazo, pero obedeció. Se levantó, siguió a Marc.

Marc accionó la llave en la cerradura.

—Ahora, ya, ni una sola palabra. ¿De acuerdo? Somos los más fuertes. Vamos a recuperar la máquina y a terminar con este mal sueño. Y todo irá bien. ¡Adelante!

Abrió la puerta de par en par y empezó a subir por la escalera. Subieron unos cuantos peldaños. Marc, yendo por delante de Léonard, le sujetaba la mano. Léonard se esmeraba en no hacer ruido, tal como Marc, aparentemente, le indicaba.

Arriba, Marc vio que había luz.

—¡Sí! —respondió Zyto, empujando la puerta con el vigor suficiente como para que terminara de abrirse ella sola.

Marie había tenido el tiempo justo para cubrirse el cuerpo desnudo con la bata color burdeos. Vio que Léonard entraba en el dormitorio con las manos en la espalda, ligeramente inclinado hacia adelante, como haciendo el payaso.

Observó su mirada fija, su sonrisa un tanto forzada, casi un rictus.

Claro está que no se asustó. Sólo se inquietó ante la idea de que su hijo pudiera no encontrarse bien. Aunque también le molestó un poco que hubiera entrado al mismo tiempo que llamaba, sin esperar respuesta. Pero esta noche no había ninguna posibilidad de que le regañase de veras.

—¡Podías haber dado un *golpecito* en la puerta, tú! ¿Qué pasa? ¿No consigues dormirte?

«Ya verás el golpecito que voy a darte», se dijo Zyto, acostumbrado ya a los juegos de palabras típicos de la casa.

—No. ¿Puedo sentarme un rato a tu lado?

—Claro, cariño mío.

Se detuvo al borde de la cama. Tuvo una impresión de retorno a los orígenes de su vida. Se dijo: «Es ella o yo». No se dijo nada más, no pensó nada más.

Seguía con las manos en la espalda.

Marie tenía la mano izquierda ocupada en impedir que la bata se le abriese por el pecho. Alargó la derecha hacia la cabeza de Léonard, para atraerlo hacia sí. Mejor. En ese momento la quería todo lo amorosa, todo lo maternal que fuera posible.

La bata se entreabrió tres o cuatro centímetros, a la altura del ombligo.

Fue allí, en pleno ombligo, donde asestó la primera cuchillada.

Apoyando la rodilla izquierda en la cama, hizo girar todo el cuerpo, de modo que el arma trazara un arco de más de un cuarto de círculo, y la hincó hasta la empuñadura en el vientre de su madre.

Rápidamente, retiró el cuchillo.

Antes que cualquier sensación de dolor, Marie vio la hoja enrojecida, los guantes, reconoció los guantes que Léonard utilizaba para jugar al *flipper* en casa de Martial.

Quedó en la incredulidad durante una fracción de segundo. Luego inspiró profundamente y abrió la boca para aullar el nombre de su hijo, Léonard, pero «Léonard» no le dio ocasión: a pesar de la frenética agitación de brazos y piernas con que ella trató de impedirlo, le clavó el cuchillo en la boca, en el momento en que iba a gritar, hiriendo atrozmente la lengua y el paladar.

Hundió la hoja hasta el fondo de la garganta.

Marie dejó prácticamente de moverse, animada sólo por breves sacudidas.

De un rápido brinco, Zyto se arrodilló en la cama. Con la misma hoja del cuchillo, apartó la bata y arrancó las ligeras braguitas blancas con rayas azules y sólo un hilo de sujeción en los lados. Marie, con los ojos exorbitados, como si se le fueran verdaderamente a salir del cráneo, consiguió cerrar su mano en torno a la del niño, en un intento de apartar el cuchillo.

Pero Zyto aguantaba. No cedió un milímetro. Jadeaba. Miró el rostro monstruosamente deformado de Marie, luego su vientre, sus muslos largos, el triángulo de vello negro del que emergían, bien apretados, los labios rosa de la vulva.

Estaba arrodillado entre sus piernas.

Su sexo infantil se hallaba en erección, endurecido. Quiso hacer con Marie lo que no pudo hacer con Marianne. Era el momento, ahora, mientras se moría.

Se desabrochó el pantalón del pijama.

Marie comprendió. Le manaba sangre de la boca. Su horror alcanzó proporciones infinitas. Soltó la mano de Léonard y se derrumbó sin conocimiento.

Zyto retiró el cuchillo.

Separó la piernas de Marie, la derecha, la izquierda, tanto como le fue posible. Le habría gustado desembarazarse enteramente de la bata, pero resultaba demasiado complicado. Se desnudó, se quitó la chaqueta y el pantalón del pijama.

Se tendió encima de ella. Seguía con la mano crispada en torno a la empuñadura del cuchillo.

La penetró fácilmente: su sexo pequeño, duro como un pedazo de metal, se clavó en la espesura de vello y carnes suaves.

Se agitó con frenesí.

Inmediatamente —tal era su excitación, tan inmensa y tan exaltada su voluntad de hacer lo que estaba haciendo, y tan imperiosas las órdenes transmitidas por su cerebro a los tiernos engranajes genitales, a duras penas aptos para lo que de ellos se solicitaba—, una gota de semen, la primera jamás fabricada por su cuerpo de niño, le quemó las entrañas, pareció moverse, desplazarse, recorrerlo cada vez más deprisa, provocando una sensación cada vez más agradable, una convulsión de placer fugaz, pero muy perceptible, cuando salió de él para depositarse en el vientre de Marie.

Casi sollozaba de alegría.

Acababa de invertir un mecanismo por él temido desde siempre.

Acababa de engendrarse a sí mismo y de nacer; auténticamente, pensó, se había engendrado a sí mismo, ¡había nacido por fin!

Marie recuperó débilmente el conocimiento. Sentía, sobre todo en la garganta, un dolor insoportable, un fuego que la devoraba, que le llegaba al vientre, que le quemaba hasta las piernas.

Sintió el peso del cuerpo que tenía encima, las cosquillas del pelo en el torso, en el pecho izquierdo.

Léonard encima de ella, dentro de ella. ¡Léonard, que la había matado, que la había apuñalado, que la había violado!

Aspiró aire. Abrió la boca espantosamente mutilada. Y lanzó el grito que hasta ahora no había podido expresar, un grito de muerte y de terror para ahuyentar la muerte y el terror, la locura, la desesperación; un aullido agudo, cascado, atroz, arrancado de ella por un sufrimiento físico y moral sin límites.

Zyto, ensordecido, helado de sorpresa y espanto, tuvo un brusco movimiento de sobresalto, parecido al de una alimaña cuando alguien levanta la piedra bajo la cual lleva meses entumecida, perdida en no se sabe qué repulsiva saciedad.

Blandió el cuchillo y se lo hincó en el pecho izquierdo.

Marc ponía el pie en el sexto peldaño de la escalera cuando oyó el aullido. Se detuvo, paralizado. ¿Qué abominable desastre... ?

Marie.

Léonard reconoció a su madre, supo que había sido su madre, lo supo instintivamente y, también instintivamente, echó la cabeza hacia atrás, como había hecho en el fondo del sótano, y lanzó su grito, una especie de respuesta, como queriendo manifestarle a ella su propia desgracia y su deseo de tenerla junto a él.

Marc, muy nervioso, se volvió y le tapó la boca con la mano.

—¡No, Léonard, no se puede! ¡Suéltame la mano, hijo, me aprietas demasiado!

Sin dejar de hablar, trataba de liberar su mano derecha.

—Suéltame, Léonard —dijo, con más dureza.

Léonard no lo soltaba, tenía la mano soldada a la de su padre.

Marc hubo de desplazar el brazo entero con violencia para escapar de aquella presa. Y se precipitó escaleras arriba.

Sin vacilar, con sorprendente viveza, Léonard se lanzó en su persecución.

El grito sonó mucho más cerca y más claro que el percibido por Zyto antes de entrar en la habitación. Esta vez eran ellos. Habían conseguido escapar del sótano. ¿Cómo? Poco importaba. Al contrario: iban a añadir verosimilitud a su puesta en escena, simplificándola. ¡Que vinieran!

Retiró el cuchillo y, sin pensar, asestó con rabia un último golpe, entre las piernas de Marie, entre los labios del sexo apenas alterados por su débil coito, hundiendo el cuchillo hasta la empuñadura.

Marie se agitó ligeramente, volvió la cabeza a un lado y empezó a proferir unos gemidos pequeños y rápidos.

Zyto no se ocupó más de ella. Se precipitó fuera de la habitación.

En tres saltos estuvo en la habitación de Léonard. Recogió las armas, la pistola suiza de 6 mm en la mano derecha, el Colt del 38 en la izquierda, y se apostó junto a la puerta de la habitación, dejándola entreabierta.

Un instante después oyó aproximarse los precipitados pasos de los otros dos.

Se sentía fuerte, galvanizado. Iba a cumplirse la tercera parte de su plan. Un plan admirable, tan admirable, en su género, como el psicordenador de Marc.

Salió, enarbolando ambas pistolas, aullando:

—¡Alto ahí!

Marc agarró el brazo de Léonard y se detuvo en seco, fulminado por aquella visión del infierno, por ese niño que les cerraba el paso, desnudo, con un par de guantes por toda vestimenta, con el pecho y la cara embadurnados de sangre. *Su* hijo, el cuerpo de su hijo, desnudo, ensangrentado, con el sexo todavía a medio alzar...

La puerta del dormitorio conyugal estaba abierta.

Marie ¿estaba muerta, o herida solamente?

Adivinó lo que iba a ocurrir a continuación.

Zyto, el enfermo mental fugado, se había introducido en la casa de los Lacroix, los había derribado a golpes, había violado y asesinado a Marie. Luego, el doctor Lacroix y él se habían dado mutuamente la muerte. El niño, por milagro, era el único sobreviviente de la matanza.

El niño. Solo, libre, con toda la eternidad por delante.

Marc había identificado inmediatamente ambas armas. El Colt del 38, «su» Colt del 38, el revólver que se había procurado en la calle Véron. Y la pistola suiza. Marc Lacroix y Michel Zyto iban a matarse entre sí: el monstruo iba a disparar contra Marc —contra el cuerpo de Zyto—, con la pistola. Con el arma del doctor Lacroix. Por eso llevaba las dos armas.

Luego aquel hijo de puta seguía sin haber averiguado que la pistola era de salvas.

Una pequeña esperanza para Marc. La última.

Zyto, vigilante, con los brazos extendidos, los tenía encañonados a ambos, Marc a la derecha, Léonard a la izquierda.

Léonard, hipnotizado por aquel pequeño monstruo de sí mismo que tenía enfrente, se había convertido en estatua de piedra. Sí, su padre tenía razón, estaban viviendo un sueño, un sueño parecido a los que tuvo en el hotel, la última noche, tras haber visto a aquella gente en la pantalla de televisión y haber escuchado por el tabique. Y, como pasó en el hotel, iba a despertarse —¿tal vez en el mismo hotel?— y luego a salir de paseo con su madre, por aquella plaza tan bonita.

Habían pasado como máximo tres o cuatro segundos desde la aparición del monstruo metamorfoseado en Léonard. Marc se disponía a lanzarse sobre él: Zyto dispararía con el arma cargada con munición de salvas, y...

Dos metros los separaban.

Zyto se adelantó a Marc. Había utilizado aquellos cuatro o cinco segundos para afinar la puntería, apuntando al corazón. Sin moverse, sin que nada en su rostro ni en su actitud indicara su intención, apretó el disparador de la pistola.

No lamentaba nada. Disparó contra su propio cuerpo, consciente de que «Zyto» dejaría de existir tras ese disparo, para siempre.

El arma, fabricada durante la guerra, no había sido concebida con el silencio en mente. La detonación, en aquel piso alto, bien cerrado, de una casa aislada, fue ensordecedora. Marc, sorprendido, con los nervios a flor de piel, aturdido por el estrépito, cerró los ojos a su pesar, aunque, por puro reflejo, no dejó de llevarse las manos al pecho como si verdaderamente lo hubiese alcanzado el tiro. Zyto continuó actuando con esa sensibilidad y esa eficacia de robot de que venía dando pruebas desde que hizo su salida del sótano de Louveciennes. Sin impresionarse por el ruido, dejó caer la pistola sobre la moqueta y se pasó el Colt del 38 a la mano derecha. Era con esta arma con la que iba a disparar contra el otro, contra el cuerpo de Marc Lacroix, contra Léonard.

¡Y, a partir de ahora, él sería Léonard!

Marc abrió los ojos. Vio que la mano derecha de Zyto se cerraba en torno a la culata del Colt. Fingió derrumbarse, pero lo que estaba haciendo era buscar un buen apoyo de la pierna derecha, preparándose para saltar contra Zyto antes de que matara a Léonard, antes de que destruyese a su hijo y matase *su* cuerpo, el cuerpo de Marc...

Pero algo vino a suceder.

Tras el disparo, mientras Marc fingía su muerte, Léonard rompió a chillar.

No era a causa de la detonación.

Levantó el brazo, señalando un punto más lejano del pasillo, detrás de Zyto.

Zyto volvió la cabeza. Marc miró también.

Marc conoció entonces lo peor que tenía destinado.

La hoja no había alcanzado el corazón.

Marie, animada por un resto de vida y por una voluntad sobrehumana de comprender lo que sucedía, de poner fin a la pesadilla, de que la socorriesen, de que la salvarasen... , Marie Lacroix había conseguido arrastrarse hasta la puerta del dormitorio.

Allí se sostuvo medio segundo, de pie, erguida. La bata color burdeos parecía la piel rojo oscuro de alguna metamorfosis, una piel que se le despegaba del cuerpo. Y la sangre seguía fluyéndole, en intrincados canales, por el rostro, por el pecho, por el vientre, por las piernas, como un ejército de espantosos parásitos líquidos.

El cuchillo se le había quedado encajado entre las piernas. La empuñadura le asomaba por el sexo, goteando líquido rojo por la punta.

El tiempo pareció suspender su curso durante la aparición.

Luego, llevándose con la muerte su miedo, su deseo de saber y su esperanza, cayó de golpe hacia adelante, dando de bruces en el suelo.

Algo se rompió. El tiempo comenzó de nuevo a fluir.

Marc se arrojó contra Zyto, aullando.

Zyto se volvió en ese mismo momento. Estupefacto, hizo fuego con el Colt del 38.

Marc se sintió alcanzado. Agarró a Zyto por la muñeca y por ella lo sacudió como tratando de estrangular a una serpiente. El arma, volando, fue a deslizarse hasta cerca del cuerpo de Marie. Zyto, dando puntapiés, se debatía con el rostro deformado por la cólera. Marc lo empujó con todas sus fuerzas. El niño cayó hacia atrás, con tanta fuerza, que el suelo acusó el impacto. Pero, en su saña, logró darse la vuelta y empezó a arrastrarse sobre el vientre, alargando la mano hacia el revólver.

Marc, emitiendo una especie de gruñido continuo, avanzó un paso, tomó auténtico impulso y propinó a Zyto dos patadas de una brutalidad sin control. La primera alcanzó al niño en plena cara, en la frente, justo entre los ojos; la segunda en mitad del cuerpo, en el sexo, ahora pequeño y flácido. Zyto exhaló un quejido, se replegó sobre sí mismo y perdió el sentido.

Marc se sobrepuso a la locura que lo invadía. El cuerpo con el cual se estaba ensañando era el de su hijo. Levantó los ojos del suelo. Léonard se había quedado donde estaba, sin mirar a ningún sitio en particular. Tras su grito, había vuelto a quedarse inmóvil e impassible como una estatua.

Luego, Marc se dio cuenta de que algo le dolía y de que estaba sangrando. La sangre le humedecía los muslos. Bajó la cabeza. Había recibido un balazo en el bajo vientre. ¿Cuánto tiempo podría resistir?

A toda prisa, examinó a Marie —muerta, irremisiblemente muerta— y el cuerpo del niño. Los sitios donde había golpeado Marc, gravemente afectados, iban adquiriendo una tonalidad más oscura: el arranque de la nariz, los ojos, la entrepierna. Pero los cuidados tendrían que esperar. No había otro remedio.

Dijo a Léonard, con voz ronca:

—Ven conmigo, hijo, voy al cuarto de baño a lavarme las manos.

No tenía intención de lavarse las manos. Había dicho las primeras palabras que le pasaron por la cabeza, las más sencillas, por decirle algo a Léonard.

Léonard lo acompañó como un sonámbulo.

Marc no se lavó las manos, sino que, en presencia de Léonard, se introdujo un paquete entero de algodón entre el pantalón y la herida, y se puso una inyección de Matargyl contra el dolor.

Aguantaría sus buenas dos o tres horas. Aguantaría el tiempo suficiente para hacer lo que había que hacer. Tenía que hacerlo. Absolutamente.

De vuelta al pasillo, siempre con Léonard a la zaga, levantó del suelo al desmayado Zyto. No conseguiría transportarlo durante mucho tiempo. Le dolía demasiado el vientre. Era peligroso.

Tuvo una idea: tendió el pequeño cuerpo a Léonard, que lo tomó en sus brazos y lo abrazó contra él, sin vacilación, sin miedo, sin disgusto.

—¡Vamos, sígueme! —le dijo Marc.

Y Léonard lo siguió. Obedecía a su padre.

Bajaron la escalera.

Fueron al garaje. El Nissan Terrano no estaba ahí. Zyto debía de haberlo escondido en algún sitio, por necesidades de su puesta en escena. ¿Dónde? No lejos de la casa, seguramente. Pero se las apañarían con el Austin de Marie. Marc instaló a Léonard en el sitio del pasajero. Lo ayudó a sentarse delante, entre las piernas, el cuerpo del niño, haciéndolo apoyar el trasero contra el borde del asiento.

Luego se puso al volante y arrancó.

Tomó por el camino del Herrador.

El dolor era soportable. Aguantaría. Se lo juró. ¡Aguantaría!

Iría a Louveciennes y volvería.

Y Marc mantuvo su propia palabra ante sí mismo. Hizo lo que había previsto, a cambio de fatigas físicas y de una inhumana tensión espiritual; pagando el precio de un calvario que nadie en el mundo conocería nunca.

Porque nadie, nunca, tendría conocimiento de su máquina. Así lo había decidido Marc al saber muerta a Marie.

Destruiría su máquina. Odiaba la gloria y la fortuna sin límites que podría acarrearle. La odiaba por haber sido origen del desastre.

Y se odiaba a sí mismo por haberla fabricado. Sería su secreto, un secreto que se pudriría en su interior, aunque la podredumbre le impregnara el propio ser.

Michel Zyto, paciente del doctor Lacroix, enfermo mental cuya locura no había valorado éste en todo su alcance, se introdujo en casa del doctor Lacroix en la noche del sábado 6 de agosto. Amenazándolos con un arma, hizo objeto de trato vejatorio y brutal a todos los miembros de la familia Lacroix. Ató de pies y manos al doctor y a su hijo. Luego dio muerte, de manera abominable, a Marie Lacroix, la esposa. Marc Lacroix consiguió liberarse. No poseía más que una pistola de salvas, cargada con su correspondiente munición, pero pudo sorprender al loco y, en la pelea subsiguiente, consiguió apoderarse de su revólver y herirlo. Inmediatamente después, por efecto de los golpes recibidos y de la emoción, se volvió a desmayar, no sabía durante cuánto tiempo. Al despertarse llamó a la policía.

Marc manipuló todos los indicios materiales para que concordaran con su versión de los hechos. Tuvo respuesta preparada para todas las preguntas que pudieran hacerle. Lo sostuvo la terminante resolución de no hablar de su máquina. Actuó y reflexionó con rapidez, eficacia y lucidez, sin un solo fallo.

Había recuperado fácilmente el Nissan Terrano, en el bosquecillo, y lo había aparcado en el patio.

Ultima comprobación antes de llamar a la gendarmería de Versailles, en la habitación en donde aún no se había atrevido a entrar, en el dormitorio conyugal.

Vio la cama deshecha, las sábanas empapadas en sangre.

Vio el marcapáginas de cuero colocado sobre la Odisea.

Halló, a la izquierda de la cama, el pijama de Léonard. Lo recogió. «Desnudé a mi hijo y lo examiné mientras los esperaba a ustedes, aplicándole los primeros cuidados.»

Salió de la habitación. Tuvo que pasar por encima del cuerpo de su mujer. Una enorme mancha de sangre le trazaba una aureola en torno a la cabeza.

Más allá, en el pasillo, estaba tendido Michel Zyto, de lado, inconsciente. Parecía dormido. Pronto moriría. Marc, sin mirarlo siquiera, entró en el dormitorio de Léonard.

El niño descansaba en su cama, boca arriba. Sólo tenía las manos, ya sin guantes, vírgenes de sangre. Había una gruesa compresa en la parte superior de su rostro, ocultándole los ojos, y otra en sus órganos genitales. Al volver en sí, durante el camino de regreso, el hecho de volver a hallarse en su propio cuerpo, de tener al lado el padre que conocía desde siempre, murmurándole sin cesar palabras de consuelo, en nada había contribuido a mejorar su estado. No había pronunciado una sola palabra. No respondía a las preguntas. Ni siquiera se quejaba de que le doliese algo, cuando forzosamente tenía que sentir grandes dolores. Permaneció amurallado en una pasividad total.

Marc volvió a sentir repulsión. Seguía viendo en Léonard la maléfica criaturita infernal que se le había aparecido dos horas antes en el pasillo del piso de arriba de la casa, cubierta de sangre, lúbrica y dispuesta a matar.

Ya se le pasaría. Necesitaría tiempo. O no se le pasaría. No bastaría con la eternidad entera.

Arrojó el pijama al suelo y se acercó a la cama.

La suerte le había reservado un último golpe.

Léonard ya no respiraba. Había dejado de vivir. No por las heridas. Las heridas no eran mortales. Había muerto por exceso de horror. Quizá hubiera esperado a recuperar su cuerpo de niño para morir.

Por exceso de horror y de locura, Léonard había preferido morir.

Marc salió de la habitación. Sacó el Colt del 38 del bolsillo. Se acercó a Zyto. Le dio unos golpecitos con la punta del pie. Zyto se despertó. Abrió penosamente los ojos. Su mirada clara se posó en Marc. Marc estaba de pie junto a él. Con el brazo estirado, le apuntaba a la cabeza.

Ambos hombres permanecieron mirándose a los ojos durante unos segundos. Zyto estaba incapacitado para defenderse. Sobreponiéndose al sufrimiento, dirigió a Marc una vaga sonrisa sin ironía, sombra de aquella hermosa sonrisa que dulcificaba sus rasgos.

Marc cerró los ojos y apretó dos veces el disparador. La primera bala se hundió en el ojo derecho, la segunda en mitad de la frente.

«Estábamos ambos sin sentido. Él se recuperó algo antes que yo. Vi que se acercaba, que me iba a matar. Me apoderé del arma y disparé. Estaba como loco. No tenía elección.»

Mientras bajaba la escalera como un autómatas, Marc se acordó de lo que siempre decía su madre, cuando estaba muy cansada: «Mi querido Marc, si me ves andando, es porque está de moda».

Se derrumbó sobre el sofá. Miró el reloj, el reloj de su padre: la una de la madrugada. Era domingo. Habían pasado dos horas desde su evasión del sótano.

Marcó el número de la gendarmería.

Tan pronto como colgó, sonó el teléfono.

Era Martial, sorprendido, ligeramente angustiado.

—¿Marc? ¿Qué hay? ¿Ya ha vuelto de Lyon?

Marc no replicó en seguida. Había que engañar a Martial, poniendo en ello un último esfuerzo de concentración mental.

—¿Qué pasa, Marc? ¿Por qué no habla usted? ¿Ha habido problemas con el rehén?

Marc comprendió. En un relámpago, comprendió la argucia de Zyto, adivinó en sus grandes rasgos la historia que había tenido que contar para justificar el alejamiento de Marc durante algunas horas.

Pensó muy deprisa. Tenía que inventar otra historia, neutralizar las invenciones de Zyto.

—No he ido a Lyon. En la estación me dijeron que no era Zyto, sino alguien que se le parecía. Un loco. Otro loco que me conocía, uno de mis pacientes de Sainte-Anne. Y que había visto a Zyto en la televisión. Cuando se dio cuenta de que lo perseguía la policía, tuvo la ocurrencia de hacerse pasar por Zyto. Un loco. Una coincidencia. Increíble, pero así fue. Funcionó por un momento. Incluso tomó un rehén. No hable usted de este asunto con la policía ni con nadie, Martial. En la estación me dijeron que iban a tratar de que no corriese demasiado la voz, si era posible y si a mí me parecía bien. Demasiados errores policiales en los últimos tiempos.

Martial se tragó la mentira sin detenerse en ella por un segundo. Tenía la atención puesta en otra cosa. Lo espantaba la voz de Marc, sorda, monocorde, una voz de ultratumba. Y encontraba a Marc demasiado parlanchín.

—Marc, da la impresión de que está usted hablando para ocultarme alguna otra cosa. ¿Ha pasado algo? ¿Algo grave?

—Sí —dijo Marc en un soplo.

Y le contó.

Algo más tarde llegó la policía. Luego, Martial y Marie-Thérèse.

Los Cazanvielh, nada más verse de nuevo junto a Marc, empezaron a ocuparse de él como de un niño pequeño; y así fueron las cosas durante los diez días siguientes, sin que Marc opusiera la más mínima resistencia. Lo alojaron en su casona del callejón de los Soldados, en Versalles, a partir de la noche del sábado al domingo. Lo rodearon de atenciones, hicieron por él, o se las aliviaron cuanto les fue posible, todas las tareas, todas las formalidades. Estas últimas, en cuanto a la investigación policial, fueron, además, bastante ligeras: era un caso sencillo, cuyas pruebas e indicios concordaban con tal claridad, que no dejaban lugar a la duda; el asunto no trajo cola.

El entierro civil de Marie y Léonard Lacroix se verificó el 9 de agosto en el cementerio de Versalles, en la más estricta intimidad —como dice la consabida fórmula—. Sólo estuvieron presentes Gertrude y Marc Leleu, los padres de Marie, Louis, su otro hijo, Hugues d'Oléons —con la bondadosa y gruesa cara devastada por la pena— y, por supuesto, Martial y Marie-Thérèse, que no se apartaban de Marc ni por un segundo.

Marc se sostenía bien. Lo cual no dejaba de suscitar cierta sorpresa en Martial y Marie-Thérèse. Hablaban de ello al llegar la noche, en su cama y su dormitorio de opereta. Temían que más tarde se produjera un súbito derrumbamiento. En esa misma cama, a veces lloraban a escondidas la muerte de Marie y de Léonard. Luego, pasada la crisis de pena, hacían el amor sin ningún inconveniente. Nunca hicieron tanto el amor como durante la permanencia de Marc en su casa.

No hubo ningún derrumbamiento súbito. El espíritu de Marc estaba invadido por la obsesión de dejar su máquina fuera de uso. Dos días después del entierro, so pretexto de que necesitaba salir un poco, estar solo, de que conducir el coche le sentaría bien, se trasladó a Louveciennes con el Nissan Terrano.

Lo primero que hizo fue quemar al borde del estanque los planos y las notas concernientes a su psicordenador: un impresionante montón de papeles que tenía encerrados en una caja fuerte situada en el segundo piso de la casa, en la habitación que antaño fue despacho de su padre. Luego pasó a ocuparse de la máquina propiamente dicha. En menos de media hora arrancó todos los hilos, desenchufó, desconectó todos los aparatos, separándolos entre sí, provocando de ese modo una especie de detención de las funciones vitales, la muerte inmediata.

Estuvo en Louveciennes todas las tardes entre el 11 y el 16 de agosto. No permanecía mucho tiempo ausente: cosa de una hora y media, porque andaba escaso de fuerzas y porque no quería inquietar a Martial y Marie-Thérèse.

Aparte de estas salidas, vivió encerrado en casa de los Cazanvielh, casi todo el tiempo sentado, esperando que pasaran las horas, perdido en sus rumias. Marie-Thérèse le sugirió repetidamente que fuera al médico, pero él se negó. Tampoco

aceptó la cortés invitación de sus suegros para que pasara una temporada en La Colle-sur-Loup. No quería ver a nadie, ni siquiera a Hugues d'Oléons, que de vez en cuando llamaba por teléfono, pero quien, curiosamente, no manifestaba por su parte ningún deseo de ver a Marc. Comía normalmente, no menos que de costumbre, y dormía sin medicamentos. Los Cazanvielh le habían preparado una habitación muy hermosa, que daba al jardín y a sus pétreos moradores.

No pasaba día sin que examinase la herida en la frente de Marie-Thérèse; una herida de la que se consideraba responsable y cuya curación seguía con mucho gusto.

Recibía el correo en el callejón de los Soldados. Martial había hecho las gestiones correspondientes en la estafeta. Dedicó dos mañanas a contestar las cartas de pésame, tarea que llevó a cabo sin que se le notara padecimiento alguno.

De vez en cuando, Martial conseguía embarcarlo en alguna charla. Pero no se atrevía a proponerle una partida de ajedrez. Tampoco a él le apetecía de veras.

A partir del lunes 7, Marc adquirió el hábito de leer el periódico. Esperaba algún suelto relativo a Marianne.

El 12, le llamó la atención una noticia de la página de sucesos: conocía «bien» a la víctima, porque se trataba de Jacquot. Amédée Hamond, alias Jacquot, había sido golpeado y estrangulado el día antes, mientras desayunaba. Al mismo tiempo, un segundo atacante hacía sufrir la misma suerte al inquilino de Jacquot, un siciliano llamado Michelangelo Pininfarina. Esta vez le había fallado a Jacquot su habitual prudencia. O, mejor dicho, se había entremetido, sin saberlo, en un mundo que no era el suyo: Michelangelo Pininfarina, pequeño mafioso de Catania, había sido condenado a muerte por sus superiores. Los dos asesinos llevaban nueve días pisándole los talones. Tan mudos y tan sordos como el propio Jacquot, no se anduvieron con zarandajas. Habrían estrangulado, uno por uno, a todos los miembros de una colonia de veraneantes, si los hubieran encontrado apelotonados en el triste pabellón de la calle Piat.

El 14, la policía descubrió el cadáver de Marianne Matys.

Una actriz amiga suya, creyendo (equivocadamente) que tenía cita con ella para almorzar ese mismo día, y siendo como era, bastante dada a ver tragedias por todas partes —no es que le cayera muy bien a Marianne, dicho sea de paso—, se alarmó al ver que nadie le abría la puerta del piso ni le contestaba al teléfono. Esta vez acertó presintiendo lo peor, porque la realidad rebasó todos sus temores, por no decir esperanzas.

El inspector encargado de las primeras pesquisas estableció inmediatamente una relación con lo ocurrido en Versailles. Pero el examen de las huellas no reveló nada; Zyto, muerto, no podía ser sometido a interrogatorio; las personas a quienes se mostró su foto no lo identificaron, o no sabían; y la relación no pasó de ahí, tal como Marc había supuesto de antemano.

La noticia llegó a su conocimiento el día 15. Nada temió de la consiguiente investigación policial. Estaba fuera de toda sospecha. Su relación con Marianne había sido perfectamente secreta: nunca había sido visto con ella, y por el patio del número 14 del Faubourg-Saint-Honoré, al que daban varias oficinas y las entradas de cuatro edificios, desfilaban todos los días decenas y más decenas de inquilinos, visitantes, empleados. Establecer el más mínimo vínculo entre Marc y Marianne correspondía al ámbito de lo imposible.

Marc, además, no estaba inquieto. Nada lo inquietaba ya. Una vez convencido de que su máquina permanecería para siempre en secreto, lo demás le traía sin cuidado.

Después del 11, en efecto, nadie habría podido decir para qué servía el material eléctrico, informático y electromagnético amontonado en el sótano de Louveciennes. En conjunto, aquello valía una fortuna. A Marc llegó a pasarle por la cabeza la idea de donar los ordenadores y los imanes superconductores al Centro de investigaciones donde él trabajaba, en la avenida de Verdun. Pero renunció. Se oponía a ello su profunda obsesión, consistente en que todo desapareciera, que nada se recuperara ni utilizara. Si quería que tuviese efectos liberadores, el castigo había de estar a la altura del daño engendrado por la máquina: un daño total.

Día tras día, siguió pues desmontando metódicamente, diseccionando todos los elementos, uno por uno, reduciéndolos a unidades tan pequeñas como le fue posible; luego, con lúgubre saña, se puso a destruir, romper, quemar, tirar, en dos vertederos públicos distintos, hasta que no quedó nada. Se deshizo también de los asientos, de la mesita redonda, del pequeño refrigerador, de su autorretrato, de todo.

Incluso echó abajo el tabique que partía el sótano en dos. La supresión de dicho tabique se le antojó de pronto tan urgente e indispensable como todo lo demás.

El 16, a las cinco de la tarde, dio por concluida la destrucción completa de su obra. Le produjo un amargo placer, un sentimiento de liberación que lo dejó solo y desasistido.

El 17 por la mañana, al levantarse de la cama, sintió vértigo. Quedó caído en el suelo, sin conocimiento, durante diez minutos. Martial llamó a un médico. Tenía el pulso imperceptible y la presión arterial le había bajado a seis.

Lo llevaron, a petición propia, al hospital Lariboisière, al área de medicina general del profesor Douot, a quien conocía por mediación de Cédric Houdé y que acababa de reincorporarse al trabajo tras las fiestas del 15 de agosto. Durante cuatro días, Marc pasó por toda una serie de exámenes. No le encontraron nada, ninguna anomalía, aparte de un estado de agotamiento extremo que parecía, le dijo Eric Douot, el de un hombre que hubiera pasado entre seis meses y un año en un campo de concentración. Reposo total en algún establecimiento especializado, donde se le administrasen tónicos diversos, vitaminas, quizá antidepresivos: no había ninguna otra cosa que se pudiera hacer. Una amiga de Douot, la doctora Catherine Hamer, dirigía un establecimiento de ese tipo en Meudon. Era una mujer formidable, y el sitio era formidable, si Marc quería...

Marc aceptó. El 21, una ambulancia lo condujo a la clínica Angèle-Leclair, situada en el número 100 de la avenida de Angèle-Leclair, en Melun. Lo instalaron en una habitación soberbia, con vistas a un parque cuyos límites no alcanzaba a ver Marc, tan vasto era, y tan bien provisto de muy altos árboles.

Eric Douot no había mentido: Catherine Hamer, morena y algo recia, de la edad de Marc, era una mujer formidable y una médica de primer orden. Conocía a Marc, por su reputación, desde hacía mucho tiempo. La noche de su llegada vino a verlo a su habitación, después de cenar, y estuvo una hora hablando con él. Decidieron de común acuerdo el tratamiento a seguir por Marc —que se opuso a todo medicamento psicotrópico.

—¿Ni siquiera un poco de Minotaryl? —preguntó Catherine Hamer, con una sonrisa.

El Minotaryl era el antidepresivo que el propio Marc había puesto a punto años antes y que, inhibiendo de un modo radicalmente nuevo (por intermitencias violentas) la actividad de la monoamina oxidasa, calmaba en ciertos casos las rumias paralizantes de los pacientes obsesivos.

Entre el día del entierro y el día de su ingreso en la clínica había perdido seis kilos. Perdió otros seis en los días subsiguientes. Su rostro, ya flaco por naturaleza, no acusó demasiado los efectos de tal adelgazamiento: sus trazos puros y originales se hicieron aún más agradables. La mirada adquirió una profundidad y una intensidad impresionantes, un resplandor que levantaba sentimientos de inquietud y del que resultaba difícil arrancarse.

Luego dejó de adelgazar. Marc fue recuperando peso poco a poco.

Pasó dos meses en la clínica. Catherine Hamer se ocupó personalmente de él, sin faltar un día. Había comprendido una cosa importante: Marc sabía mejor que nadie lo que era bueno para él. En opinión de Catherine, Marc no salía lo suficiente de su habitación, comunicaba demasiado poco con los demás internos —aunque fuera para intercambiar trivialidades sobre el tiempo o sobre la comida (tan admirables el uno como la otra)—; pero no quiso intervenir en ese sentido, como tampoco lo hizo en otros.

Martial y Marie-Thérèse le hacían visitas cotidianas, e incluso bicotidianas, algunas veces. Venían por afecto puro, fiel, absoluto. Pero también, profundamente tocados por la pérdida de Marie y de Léonard, tenían necesidad de compartir su tiempo con Marc. Ello les servía de consuelo, y también a Marc. Nunca olvidaría hasta qué punto adoraron al chico los Cazanvielh.

Y sabía cuánto había amado Martial a Marie.

A veces pedía noticias de Cookie, pero no le apetecía volver a verlo.

A principios de cada mes, Marc nunca olvidaba enviar un cheque al hotel para perros de Neuilly donde había dejado a Mana. El propietario tenía autorización de Marc para entregar el animal gratuitamente a cualquiera que se interesara en él.

Nunca hablaba de lo sucedido. Nunca hubo momentos penosos, con una sola excepción. Una noche, los Cazanvielh cenaron en un restaurante de Meudon y luego fueron a la habitación de Marc para ver en su compañía una película norteamericana de William Friedkin que daban por la tele; era un filme cuya acción transcurría en Los Angeles y que Martial adoraba. Más tarde, tras haber hablado de la película y bebido zumo de fruta (que Marie-Thérèse suministraba regularmente a Marc y que procedía de una tienda dietética de Versailles), los Cazanvielh desearon las buenas noches a Marc. Y éste, que no había derramado una sola lágrima desde la desaparición de su familia, se sentó en la cama y rompió de pronto a llorar. Marie-Thérèse acudió a su lado, lo tomó en sus brazos y se abandonó a las lágrimas que siempre había retenido en presencia de él. Martial se acercó a ambos con los ojos húmedos. Les acarició el pelo con las dos manos, una para Marc, otra para Marie-Thérèse, en un gesto apaciguador que repitió durante dos buenos minutos, hasta que pasó la crisis.

Aquella misma noche, antes de marcharse, Martial y Marie-Thérèse propusieron a Marc que se instalara en su casa, en el callejón de los Soldados, cuando abandonara la clínica, si así lo deseaba. Marc rehusó. Estuvo a punto de echarse a llorar de nuevo. Todavía no había pensado bien en lo que haría después, les dijo. En todo caso, no seguiría viviendo en Versailles.

También Hugues d'Oléons le hizo unas cuantas visitas. Tímido y torpe en cuanto lo sacaban de su despacho, de ese sillón giratorio que casi formaba parte de su personalidad, se sentía muy afectado por la desdicha de Marc. No sabía muy bien qué

decirle, hasta el punto de que a veces surgía cierta incomodidad en el transcurso de sus encuentros. Marc se dio cuenta un día de que algo había cambiado en sus dientes delanteros, porque dos de ellos estaban muy blancos. Hugues, con cierto apuro, le dijo que le estaban poniendo piezas de espiga, ocho, entre incisivos y caninos. Le habían llamado la atención los dientes nuevos de la señorita Ledru, y, bueno, había decidido que, a fin de cuentas...

Adquirió la costumbre de despedirse de Marc con un beso, como si mediante dicha manifestación de intenso afecto quisiera compensar o hacerse perdonar el vacío de la conversación que acababa de producirse.

Los padres de Marie vinieron en dos ocasiones.

Cédric Houdé, el de la cara de gángster bondadoso, cuatro veces. Con ocasión de la tercera le dijo a Marc:

—¿Qué pasa con el oído?

—Nada —dijo Marc—. Por el momento, nada.

—Perfecto. Estos neurinomas son muy raros. Puede que las cosas se queden así para siempre.

—Puede —dijo Marc—. De hecho, estoy convencido de que así será. O, bueno, digamos que confío en ello.

Cédric Houdé había descubierto, cerca de Tarascón, la clínica de sus sueños. Dejaría París en los próximos meses.

Ningún otro visitante más. Marc había dado encargo a Martial y a la doctora Hamer de que lo protegieran, sirviéndole de pantalla. No quería ver a nadie por el momento.

A mediados de septiembre puso en conocimiento de Martial dos decisiones que acababa de tomar. La primera estribaba en renunciar a toda actividad profesional, cuando saliera, y en volver a pintar. La segunda, en vender todos sus bienes, tanto su casa como la de sus padres, muebles incluidos, biblioteca incluida, y comprarse un buen piso en París.

—¿En qué barrio? —preguntó Martial.

Marc se lo pensó. Luego, levantando la cabeza, declaró, como alguien muy simple a quien acabara de presentársele un antojo:

—En los Campos Elíseos. Sí, los Campos Elíseos.

—¿Qué clase de piso? ¿Lo tiene usted pensado?

—Sí. Grande, con terraza grande. Un ático en los Campos Elíseos, o en alguna calle cercana.

—¿Le parece que sea yo quien me ocupe de ello? —dijo Martial—. Puedo ocuparme de todo, tanto de las ventas como de la compra.

Marc no manifestó ningún rechazo o resistencia de cortesía: sí, quería que Martial se ocupara de todo.

Martial, gracias a sus relaciones en el sector inmobiliario, acicatado por su deseo de hacerle un favor a Marc, y ayudado por la suerte, resolvió el problema en un tiempo récord. Las dos casas se vendieron al mejor precio (es decir: por una suma fenomenal), y descubrió (por una suma no menos fenomenal) un piso conforme a los deseos de Marc, en la calle Marignan. Una tarde, primera hora, llevó a Marc a que lo viera. Quedó encantado: era el piso de sus sueños. Estaba situado en la décima y última planta del número 10 de la calle Marignan. Su superficie era de ciento cincuenta metros cuadrados, más una terraza de cien metros, un verdadero jardín con césped, árboles, plantas diversas allí dejadas por el anterior propietario. Ofrecía, por cada uno de los cuatro costados, una vista de tarjeta postal de París.

Luego, Marc, habiéndose estudiado a fondo unos cuantos catálogos, encargó los muebles. Fue Martial quien los esperó en el piso el día en que los entregaron. Marie-Thérèse se ocupó de todo lo demás: cortinas, sábanas, utensilios de cocina, todo; compró hasta una caja de productos de limpieza.

Habían decidido darle una sorpresa a Marc.

Pasaron unos cuantos días más y el 19 de octubre Marc, en relativa buena forma, dejó la clínica Angèle-Leclair.

Cuando se marchaba, al darle las gracias a la doctora Catherine Hamer, tuvo un momento de vacilación, pero acabó besándola en ambas mejillas.

Se mudó aquel mismo día. Martial y Marie-Thérèse había hecho una labor formidable, como de varita mágica: Marc halló el piso listo para ser habitado, limpio, acogedor, lleno de flores, con la cadena estéreo instalada, con todos los trajes colgados en los armarios. Sintió un impulso de amor hacia sus amigos. Se prometió hacerles, sin mucha tardanza, un regalo principesco, a la altura de su devoción.

Al día siguiente se desprendió del Nissan Terrano y se compró un coche pequeño de ciudad. Luego se abasteció de todo lo necesario para la práctica de la pintura.

Iba con el coche lleno de lienzos, caballetes, colores, pinceles, cuando de pronto se le ocurrió la idea de volver a ponerse en contacto con Martin Vérapoutsimila, el psicoanalista de los comienzos de su vida. Pero rechazó la idea con la misma presteza con que le vino.

Y se instaló en su nueva vida. Por las noches se acostaba muy tarde. Veía mucho la televisión, escuchaba música. (El *Aria* llamada *La Frescobalda*, de Girolamo Frescobaldi, interpretada por Rafael Puyana, siguió siendo su «disco del mes», rebasando con mucho el límite de los treinta días, y no fue sustituido por ningún otro fragmento. Marc no se cansaba de oírlo.) También se levantaba tarde. Tras una media hora de gimnasia (consagrada sobre todo a los músculos del vientre), se daba un paseo por el barrio y compraba provisiones. El resto del día lo dedicaba a pintar.

Dos mañanas a la semana, la guardesa del edificio, mujer ya entrada en años, pero vigorosa, le limpiaba la casa.

No volvió nunca más por Versailles. Eran los Cazanvielh quienes venían con frecuencia. En cuanto a Hugues d'Oléons, sus relaciones con él no pasaban de conversaciones telefónicas.

Cierta mañana recibió carta de John Joseph, el antipático e hipócrita dueño del perro Mana. John Joseph no parecía al corriente de lo sucedido a Marc. Escribía movido por el miedo de tener un tumor cerebral, detrás del ojo derecho, con dolores. Pero era incapaz de acudir al hospital, afirmaba, se desmayaba de angustia en los hospitales. Habiéndose enterado poco después de la venta, que Marc era especialista en cerebro, se permitía la solicitud siguiente, aun dándose cuenta de que estaba fuera de lugar: deseaba ver a Marc en su casa, por lo menos la primera vez...

Marc le contestó que ya no ejercía y le facilitó la dirección de un colega de la ciudad. Luego, en cuanto puso el sello en la carta, llamó a Germaine Halbronn, en Montmartre, a casa de su hijo el tubero. Germaine Halbronn sí que estaba al corriente de lo sucedido. Guardó un largo silencio. Tampoco Marc lograba hablar. Por último, la buena señora le dio como pudo el pésame.

—Ya me di cuenta de que tenía usted problemas, cuando nos encontramos en la plaza de los Vosgos.

—¿En la plaza de los Vosgos? —dijo Marc.

—Sí, ¿no se acuerda usted?

Plaza de los Vosgos. Hotel Pavillon de la Reine. Michel Zyto, el usurpador.

—Sí, por supuesto —dijo Marc—. En efecto, tenía problemas. Tuvo usted que encontrarme muy raro. Le ruego que me perdone.

Ella aseguró que no tenía importancia.

Estaba muy emocionada por el hecho de que a Marc se le hubiese ocurrido llamar. Marc le dijo:

—No es que haya olvidado mi promesa, en lo de Cookie, pero...

Germaine volvió a asegurar que no tenía importancia.

—Más adelante —dijo Marc.

—Eso, más adelante.

Se dijeron adiós.

Marc se quedó entristecido tras esta llamada telefónica. Luego la olvidó.

Cierta tarde en que iba paseando con Martial por los Campos Elíseos, no lejos de la calle Marignan, pasaron por delante de un establecimiento de exposición y venta de automóviles italianos fuera de serie. Se detuvieron a mirar.

—Estoy un poco harto del Volvo grande —dijo Martial—. Un día de estos me parece que voy a dar el cambio. Reconozco que este coche de ahí...

—¿El rojo? —dijo Marc.

Se refería a un Maserati largo, fino, rutilante.

—Sí.

Martial parecía verdaderamente seducido, y Marc acababa de tener una idea para regalo.

Marc pensaba en Léonard y en Marie, y en Marianne; pensaba en todo momento, cada segundo. Pero el dolor iba atenuándose.

Pasaba mucho tiempo en casa. Apenas si utilizaba el coche, que estaba casi siempre aparcado en el garaje del edificio. Lo poco que tenía que hacer, lo hacía a pie. Más o menos, evitaba la parte baja de los Campos Elíseos, porque un día, por descuido, se había encontrado delante del Dragón Rojo. El recuerdo de las comidas con su mujer, de los buenos momentos allí pasados con ella, de los menús al vapor, de la sonriente Connie Huong, lo habían hecho sentirse desgraciado durante horas.

Pintaba mucho, cada vez más, y siempre lo mismo. Pintaba lo que veía desde su terraza, es decir el cielo y los tejados. No le interesaba la fidelidad, ni mucho menos el valor de su obra. Pintaba como le salía. Cuando consideraba terminado el lienzo, lo guardaba en una habitación trasera, enorme, que daba al patio, y montaba otro lienzo en el caballete.

Todos ellos se parecían: la parte superior estaba ocupada por una gran superficie más bien azul, unida, regular, sin sol. La parte inferior era una extensión grisácea y

caótica, tejados, balcones, chimeneas, pero quizá también, según Marie-Thérèse, el suelo devastado y desierto de algún otro planeta, o también, afirmaba Martial, en conjunto, la línea de la costa y el mar vistos desde un avión, a principios de invierno. (Marc no ponía reparo alguno en enseñar sus obras a sus amigos de Versalles.)

La parte inferior del cuadro era la que más trabajo le costaba. Había en ella una gran riqueza de motivos confusos, que se desvanecían en cuanto creía uno haberlos captado, y adquiría sutileza por la yuxtaposición de una multitud de tonos infinitamente vecinos, pero que se distinguían bien entre sí, cuando se fijaba uno o cuando la luz incidía en ellos de una determinada manera.

Nunca personas ni seres vivos.

No obstante, cierta mañana de finales del mes de octubre —pasados dos meses desde su salida de la clínica—, añadió a una tela que acababa de terminar un pequeño personaje a la derecha, como de pie en lo alto de una chimenea, dibujado sin preocuparse de la perspectiva: él mismo. No era reconocible, por supuesto, pero, en su fuero interno, era él. Se sintió mejor que de costumbre, más dichoso, más ligero, tras haberse pintado así en el lienzo.

Eran las once. Ya no trabajaría más por hoy. Llamó por teléfono al callejón de los Soldados e invitó a cenar a Martial y Marie-Thérèse. Irían a un buen restaurante de la calle Beaujon, muy cerca de la plaza de la Estrella, donde Marc había comido dos veces y que sin duda complacería a Martial, como fino gastrónomo que era. Les pidió que pasaran a recogerlo a eso de las seis y media, porque prefería empezar temprano la velada. Marie-Thérèse se quedó un poco sorprendida, pero ni se le ocurrió discutir: muy bien, pasarían a eso de las seis y media.

A primera hora de la tarde, Marc le compró una sortija de oro con diamantes calibrados, cuyo precio no era muy inferior al del Maserati.

Y compró también el Maserati. Lo dejó en la tienda y le dijo al vendedor que volvería antes de las siete, hora de cierre del local.

Tan pronto como Martial y Marie Thérèse llegaron a su casa, a las seis y media en punto, les dijo: «Vámonos en seguida, si no les importa, necesito estirar las piernas. No hace demasiado frío. De paso tomaremos el aperitivo.»

Se puso el abrigo azul marino que se había comprado, y salieron.

Remontaron los Campos Elíseos. Muy pronto llegaron a la altura de la sala de exposición. Marc se detuvo.

—¿Le sigue gustando tanto como al principio? —le preguntó a Martial, señalando el automóvil rojo.

—Más todavía —dijo Martial.

Marc se sacó del bolsillo las llaves del automóvil y se las tendió a Martial:

—Pues tenga usted. Móntese y lléveselo.

Sin dar oportunidad a Martial de expresar más allá de un vago tartamudeo de

sorpresa y de incomprensión, se dirigió a Marie-Thérèse:

—Estos coches son tan elegantes y distinguidos —dijo—, que traen en la guantera una sortija para la esposa.

Y, extrayendo un pequeño envoltorio del otro bolsillo, se lo puso a ella en la mano.

—Ábralo. Espero que le guste.

Muda, Marie-Thérèse abrió el envoltorio.

—Marc... —dijo Martial.

—Nada —dijo Marc—. Ni una sola palabra. Reconozco que la puesta en escena ha sido un poco pueril, pero ¡qué feliz me siento!

Empezaron a darse de besos en plena acera, con tanto impulso, que Marie-Thérèse estuvo a punto de perder el equilibrio. Las efusiones se prolongaron durante varios minutos, estorbando el paso de los demás viandantes.

Martial tomó posesión de su nuevo automóvil.

Pasaron una velada de olvido y bienestar, como fuera del tiempo.

Después de cenar, se instalaron los tres en el Maserati. Era bastante tarde y los Cazanvielh no tenían intención de subir a casa de Marc. Dieron la vuelta a la plaza de la Estrella y volvieron a bajar por los Campos Elíseos. A poco de pasar la calle Galileo, Marc reconoció el Volvo.

—Déjenme aquí —dijo—. Volveré andando.

—¿Seguro? —dijo Martial.

—Trescientos metros —dijo Marc—. Ideal para la salud, tras una buena cena.

Martial paró.

—¡Qué frenos, qué dirección, qué suavidad, qué silencio! —dijo.

Por pura amabilidad, le ofreció a su mujer que se pusiera al volante del Maserati, sabiendo de antemano que ella iba a contestarle lo que le contestó:

—No, me da miedo estropearlo. No lo llevaré por la ciudad hasta que no me haya acostumbrado a él conduciéndolo por carreteras secundarias.

Marc los besó. Nunca antes de aquel día se habían besado Marc y Martial. Se estrechaban virilmente la mano.

Los dos automóviles se alejaron lentamente. Más patoso que nunca, el Volvo, en pos del refinado vehículo italiano.

Se saludaron con la mano. Marie-Thérèse, asomándose por la ventanilla, gritó: «¡Hasta pronto!»

Marc dijo que sí con la cabeza. Sonreía, con una sonrisa muy fina, muy suave, prolongada.

Siguió agitando la mano hasta que los otros dos se perdieron de vista.

Luego se sintió embargado por una peculiar emoción, como si nunca más fuera a verlos de nuevo.

Siguió, pues, andando. Se acercaba el fin de año y había mucha gente por la calle, a pesar de la hora que era.

Llegó a la altura de la avenida de George V. El semáforo estaba verde para los peatones. Cruzó la ancha avenida. Miró a una mujer que iba en un coche, quizá por haber percibido que ella lo observaba a él.

Era Katarina.

Conducía un coche viejo, negro, bien cuidado, de un modelo desconocido para él. Marc se detuvo. Vaciló, se acercó a ella. Ella ya estaba bajando la ventanilla. Iba vestida con cosas caras, como si hubiese hecho fortuna después de su primer encuentro. Marc vio maletas en el asiento trasero.

Le habría gustado decirle algo, pero no se le ocurría qué. Se miraban sin apartar los ojos. En el momento en que ella, por fin, se disponía a hablarle, el semáforo se puso verde y los demás conductores tocaron la bocina.

Katarina inclinó el cuerpo y abrió la puerta del pasajero.

Marc bordeó el automóvil. Se sentó junto a ella y cerró la puerta.

Ella se puso en marcha de inmediato.

Su coche franqueó los Campos Elíseos y tomó por una calle muy pequeña, entre la calle de Washington y la de Berri.

Ya no sonaban las bocinas.

Por contraste, y a pesar de la animación, el silencio parecía abatirse sobre el barrio.

El coche se adentró a buena velocidad en la pequeña calle, donde pronto se perdió de vista.



RENÉ BELLETTO (11 de Septiembre de 1945). Escritor francés conocido por sus novelas de intriga y misterio, muchas de ellas con un componente fantástico o de terror.

Belletto ha recibido premios como el Jean Ray, el Grand prix de literatura policial o el Femina. Su novela *La machine* fue adaptada al cine con gran éxito en Francia.